



EL COLEGIO
DE SONORA



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"



Bríncale no seas miedoso

Masculinidad y peligro
en jornaleros agrícolas de Sonora

José Eduardo Calvario Parra



Bríncale no seas miedoso

Masculinidad y peligro
en jornaleros agrícolas de Sonora

Catalogación en la fuente (CIP) DDB / COLSON

Calvario Parra, José Eduardo

Bríncale no seas miedoso : masculinidad y peligro en jornaleros agrícolas de Sonora / José Eduardo Calvario Parra. --
Hermosillo, Sonora, México : El Colegio de Sonora : Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo : Universidad de
Sonora, 2017.

298 páginas : gráficas ; 23 cm.

Incluye bibliografía.

ISBN: 978-607-8480-87-6(COLSON)

ISBN: 978-607-7900-30-6 (CIAD)

ISBN: 978-607-518-256-8 (UNISON)

1. Trabajadores agrícolas – Salud – Riesgo mínimo – Sonora – Costa de Hermosillo 2. Trabajadores agrícolas – Sonora –
Hermosillo, Poblado Miguel Alemán – Medidas de seguridad 3. Masculinidad – Aspectos sociales – Sonora – Costa de Hermosillo
4. Estereotipo (Psicología) – Costa de Hermosillo – Estudios de caso 5. Evaluación de riesgos – Sonora – Costa de Hermosillo 6.
Mujeres trabajadoras – Sonora – Costa de Hermosillo 7. Trabajadores agrícolas – Salud e higiene – Sonora – Hermosillo, Poblado
Miguel Alemán 8. Trabajadores agrícolas – Administración de riesgos – Sonora – Hermosillo, Poblado Miguel Alemán 9. Poblado
Miguel Alemán, Hermosillo (Sonora) – Aspectos sociodemográficos.

LCC: HD1531.M6 .C35

ISBN: 978-607-8576-10-4 (PDF, El Colegio de Sonora)



El Colegio de Sonora
Doctora Gabriela Grijalva Monteverde
Rectora

Doctora Esther Padilla Calderón
Directora de Publicaciones no Periódicas

Licenciada Inés Martínez de Castro N.
Jefa del Departamento de Difusión Cultural

ISBN COLSON: 978-607-8480-87-6

Primera edición, D.R. © 2017
El Colegio de Sonora
Obregón 54, Centro
Hermosillo, Sonora, México
C. P. 83000
<http://www.colson.edu.mx>
publicaciones@colson.edu.mx

Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C.
Doctor Pablo Wong González
Director General

Doctor Sergio A. Sandoval Godoy
Presidente del Comité Interno
Científico Editorial de Publicaciones (CICEP)

ISBN CIAD: 978-607-7900-30-6
Primera edición, D. R. © 2017
Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C.
Carretera a la Victoria Km 0.6, Apdo. Postal 1735
C. P. 83304, Hermosillo, Sonora, México
<http://www.ciad.mx>

Universidad de Sonora
Doctor Enrique Fernando Velázquez Contreras
Rector
Doctora Arminda Guadalupe García de León Peñúñuri
Secretaria General Académica

Doctor Rodolfo Basurto Álvarez
Director de Vinculación y Difusión

ISBN UNISON: 978-607-518-256-8
Primera edición, D. R. © 2017
Universidad de Sonora
Blvd. Luis Encinas y Rosales s/n, Colonia Centro, C. P. 83000
Hermosillo, Sonora, México
www.uson.mx

Esta obra se publicó con la aportación del Programa de Fortalecimiento de la Calidad Educativa C/PFCE-2016-26MSU0015Z-10 otorgada a la
Universidad de Sonora.

Este libro tiene como referente la tesis doctoral “Género y masculinidad. Juegos de poder y configuración del peligro en el poblado Miguel
Alemán, Sonora”, 2014, El Colegio de México, que fue dirigida por Dr. Nelson J. Minello Martini.

Hecho en México / *Made in Mexico*

DEDICATORIA

Con enorme respeto y afecto a los/as jornaleras agrícolas que con su fuerza de trabajo inadvertida son factor clave para que lleguen las frutas y las verduras a nuestras mesas. A ellos y ellas que, día a día y de sol a sol, trabajan largas jornadas agotadoras y escasamente reconocidas.

Cariñosamente a mi madre y padre, a sus hijos/as y nietos/as.

A mi hijo Iván Eduardo.

El diseño de portadas de este libro se basó en la fotografía
“Bicicleta de uno de los jornaleros
de cacao de la Hacienda El Castillo,
en la provincia del Guayas, Ecuador”
de Jorge López Orozco

RECONOCIMIENTOS

Es necesario agradecer y reconocer a todas las personas que participaron para que este libro haya sido posible, tanto en su publicación como en el proceso de investigación. En primer lugar a las instituciones editoras: El Colegio de Sonora, la Universidad de Sonora y el Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo; a las que respaldaron el proyecto de investigación: El Colegio de México, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y el Programa Universia del Banco Santander. De manera muy especial a los/as jornaleras que cedieron generosamente su tiempo para platicar sobre sus vicisitudes y experiencias. A Nelson Minello Martini, Soledad González Montes y Rosa María Osorio Carranza, quienes asesoraron el estudio que dio origen a esta obra, aunque soy el único responsable de los posibles errores y sesgos. A Carmen Rea, Demetrio Fera y Eloy Mosqueda por sus sugerencias y estímulos en momentos difíciles para la culminación del presente estudio. A todas las personas que, por falta de espacio, es imposible mencionar, y que de alguna u otra forma ayudaron a que se terminara esta obra. Gracias infinitas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
I. UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS	15
EL VARÓN, ¿UN PELIGRO PARA TODOS/AS?	15
ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS.....	19
La observación participante y la entrevista	20
II. LA COSTA DE HERMOSILLO	24
UN ACERCAMIENTO AL NOROESTE AGRÍCOLA MEXICANO	24
LA FORMACIÓN DE LA COSTA DE HERMOSILLO	26
La construcción histórico-discursiva de la Costa	28
LOS/AS TRABAJADORAS DEL CAMPO EN SONORA.....	31
LA ERA DE LOS PRODUCTOS HORTOFRUTÍCOLAS DE EXPORTACIÓN.....	33
III. EL POBLADO COMO PELIGRO.....	35
EL POBLADO MIGUEL ALEMÁN EN LA ACTUALIDAD	35
ASPECTOS SOCIODEMOGRÁFICOS Y CULTURALES.....	37
SITUACIÓN DE LA SALUD EN LA LOCALIDAD	40
ESCENARIOS Y PERCEPCIONES DE PELIGRO EN EL PMA.....	42
LAS CALLES Y SUS PELIGROS.....	44
La valoración social e indicadores de inseguridad del PMA.....	47
Las reuniones sociales: la violencia generizada.....	51
La violencia masculina.....	56

IV. LOS VAIVENES DE LA VIDA Y LOS CUIDADOS DEL CUERPO	58
ABANDONO ESCOLAR, ESPACIOS LÚDICOS Y GÉNERO	59
TRABAJO INFANTIL E INSERCIÓN LABORAL	64
PROCESO MIGRATORIO Y UNIONES CONYUGALES.....	66
EL CUIDADO SOCIAL Y LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA.....	68
V. LAS JORNALERAS Y EL EQUILIBRIO CAMBIANTE DE PODER	75
SER MUJER PARA LAS JORNALERAS	76
La idea de las mujeres sobre sí mismas, como parte del proyecto de género	78
LIBERTAD, PERMISOS E INSERCIÓN LABORAL.....	83
Las hijas de Anastasio.....	84
Imposiciones y resistencias: el caso de las/os entrevistados	87
EL ASCENSO LABORAL, RELACIONES DE AUTORIDAD Y CONFLICTO	91
LAS EMOCIONES Y EL CONTROL EN EL TRABAJO	94
VI. EL PELIGRO LABORAL EN EL HORIZONTE SOCIOCULTURAL COSTEÑO	98
LA DEFINICIÓN SOCIAL DEL PELIGRO Y LOS DAÑOS	99
El peligro en el surco.....	100
Factores de peligro.....	103
<i>Las herramientas-sustancias químicas.....</i>	103
<i>Los animales.....</i>	104
<i>Las personas.....</i>	104
<i>El clima</i>	105
PRÁCTICAS DE CUIDADOS EN EL TRABAJO.....	106
Las mujeres que se cubren y las que no se cuidan	107
Las prácticas de cuidado en los varones	108
UNA ETNOGRAFÍA DEL CORTE DE VID Y EL REGRESO AL PMA	110
Campo Nuevo: ¡trabajo de hombres!.....	111
Campo San Francisco: ¡sácale lumbre Chapo!.....	113
AGRESIONES TRABAJADOR/A-CUADRILLERO/A.....	117

VII. EL PRESTIGIO DE LOS ESTEREOTIPOS MASCULINOS	120
DES-PRESTIGIO EN LOS VARONES	122
El deber ser masculino, el des-prestigio y las prácticas	122
Categorías discursivas como imposiciones.....	126
ESPACIOS HOMOSOCIALES	128
El estereotipo del cholo y su vínculo con las riñas	128
La honra y la autocontención de la situación.....	130
LAS DICOTOMÍAS EN EL TRABAJO AGRÍCOLA Y DOMÉSTICO	133
VIII. CONSIDERACIONES Y REFLEXIONES FINALES	135
LA MASCULINIDAD, EL PODER Y EL PELIGRO.....	135
LAS MASCULINIDADES Y EL PELIGRO EN CONTEXTO	138
EL PROYECTO GÉNERO Y LOS HITOS BIOGRÁFICOS	140
LA DI-VISIÓN GENÉRICA DEL TRABAJO	143
LOS MODELOS MASCULINOS.....	144
El varón responsable (MVR).....	145
El varón descuidado (MVD)	146
BIBLIOGRAFÍA	149

INTRODUCCIÓN

La pregunta de por qué nos cuidamos o desatendemos ante daños tiene varias respuestas, a partir de las ciencias sociales. Mary Douglas, una de las estudiosas más influyentes sobre el tema del riesgo, ha promovido la hipótesis de la creencia de los individuos sobre una inmunidad ante la inminencia de un daño (Douglas 1996; García 2005). Sin embargo, persiste la pregunta de cómo funcionan los mecanismos que permiten que las personas construyan nociones de invulnerabilidad. Según Damián, jornalero de 30 años, los trabajadores creen que no les perjudicará el contacto con ciertas sustancias tóxicas utilizadas en la agricultura. No es casual la insistencia de Maren, jornalera de 54 años, de que los varones jornaleros son más atrabancados en comparación con las mujeres, y Damián subraya que los protagonistas principales de dicha creencia son sus congéneres. La explicación que dan a dichas conductas no se adecua a una lógica social coherente, se comportan así porque a los varones les vale, dicen. Cuando los individuos invisibilizan factores de daño intervienen normas de género sobre el actuar de los varones y de las mujeres, pero ello no ocurre de una manera mecánica y aislada. Existe una estructura normativa, entendida como conjunto de sanciones o ideas que promueven una forma dominante de entender la masculinidad o feminidad y encarar los peligros.

Una explicación sobre los diferenciales en los costos sociales entre los géneros, en especial en los varones,¹ señala que ellos asumen los espacios sociales y simbólicos que por antonomasia les corresponden, de ahí que sus actos tengan consecuencias negativas para su bienestar y salud (Harrison, et al. 1989). Ello ha llevado a una lectura lineal para explicar dichos diferenciales: los varones asumen sus roles y en esta suerte sus acciones son cuando menos, imprudentes. Por otro lado, hay quienes han recuperado los aportes recientes respecto a los estudios de género de los varones, para señalar la importancia de las relaciones sociales que estructuran el lugar que ocupa el individuo en las distancias entre los sexos. De ahí que las explicaciones las encuentren en el medio estructural, por la ubicación en las relaciones de género, y no sólo como ejecución de roles masculinos o femeninos (Cameron y Bernardes 1998; Sabo 2000; Robertson 2003).

En este libro se abordan las relaciones e ideas sobre los géneros (en especial de la masculinidad) en los/as jornaleras agrícolas de una región de Sonora, México, con el fin de analizar los discursos sobre las prácticas de cuidado o descuido que ocurren en la localidad y en el lugar de trabajo. Con la observación de las prácticas de cuidado se persigue el bienestar propio o ajeno pero, con frecuencia, las personas no son conscientes de este proceso. Solamente cuando aparecen signos de alarma (tormenta, incendio, congestionamiento de tráfico, calor extremo o frío intenso, peleas o enfermedad), es decir, cuando existe un disruptor de la vida cotidiana el agente apremia cuidarse o salvaguardar a los demás (familia y amigos). Los escenarios de las prácticas de cuidado pueden ser espacios públicos (calle, plazas, trabajo) o privados (el hogar). En la presente investigación la atención se fija en el cuidado que ocurre en los espacios públicos, sobre todo en la calle y el trabajo; aunque en principio el cuidado es individual, siempre está en relación

¹ Para distinguir nítidamente los géneros masculino y femenino, en esta obra, se utiliza el término *varón*, como contraparte de *mujer*, y el de “hombre” para referirse al ser humano, en general.

con otro u otros. Dichos signos de alarma, que son los factores sociales y ambientales, considerados como parte de lo que se llama peligro, pueden perder su visibilidad para dar paso a una naturalización del potencial de daño. Aunque Figueroa y Flores (2012) ponen atención en los procesos de cuidado de la enfermedad y de la crianza, aquí se recupera el señalamiento que ellos hacen respecto a la relación existente entre el sistema social de género y el cuidado.

Algunas de las prácticas de cuidado que realizan los/as jornaleras están sustentadas por ideologías que clasifican, separan o juzgan las acciones de las personas en la dicotomía de masculino o femenino. Se reproduce un sistema de ubicación social; en la categoría de “hombre” se coloca a los humanos biológicamente machos en el conjunto de los entramados sociales (los vínculos y las relaciones). Esto se hace mediante un sistema simbólico sofisticado en el cual se entreteje una red de significados que intenta reforzar la ubicación en las coordenadas del género. Aunque, de vez en cuando, pierde su eficacia debido a contradicciones internas entre las normativas de la masculinidad y las prácticas. En la indagación de este proceso, lo que interesa es la configuración social del peligro en su percepción y objetivación. La hipótesis planteada es que el sistema género es parte del mecanismo social que permite a los agentes confrontar situaciones de daño en contextos de vulnerabilidad social en sus itinerarios biográficos; las diferencias entre los géneros en situaciones concretas se vinculan con dos modelos de masculinidad.

Desde la perspectiva de la investigación que originó este libro, los daños son efectos negativos de factores sociales o agentes medioambientales que provocan alguna molestia (golpes, heridas, síntomas de enfermedad). Se trata de la materialización del peligro. La posibilidad de que ocurra un daño en ocasiones pasa inadvertida para los informantes de este estudio. La distinción básica entre riesgo y peligro se ciñe a la utilización profusa del primero por la literatura especializada, cuya noción es probabilística y alude a comportamientos individuales; la segunda se encuentra en el vocabulario cotidiano de los agentes e involucra condiciones más que decisiones. Aquí la referencia es mayormente al peligro porque implica factores sociales y representa una categoría utilizada por las personas para distinguir amenazas. Sólo en situaciones específicas se destacarán los comportamientos individuales de riesgo, para advertir que se constituyen en prácticas que dañan o tienen posibilidad de hacerlo, y que llegan a formar parte del peligro.² Las prácticas que se pueden considerar de riesgo siempre están en relación con otros u otros.

La localidad agrícola Miguel Alemán y un par de viñedos de esta región de Sonora fungieron como escenarios de estudio para analizar, en primer lugar, cómo se cuidan u omiten acciones preventivas los/as jornaleras agrícolas y, en segundo, las relaciones de género.³ Como centro poblacional de gran crecimiento, alrededor de 30 mil habitantes, en el PMA existen escenarios de daños colectivos e individuales. Además, las condiciones de trabajo de los asalariados obligaron a considerar los viñedos y los campos de producción hortofrutícolas como lugares de configuración del peligro. Los/as jornaleras residentes representan el principal foco de atención y, aunque en la localidad existe población indígena migrante, se decidió entrevistar a los mestizos, en el entendido de que ambos grupos comparten condiciones de vulnerabilidad social, que estimulan la aparición de daños a la salud. En términos generales, y en el contexto de las condiciones de vulnerabilidad, los interrogantes que guiaron este estudio fueron:

- ¿Cómo se manifiestan las diversas formas de la masculinidad y las situaciones consideradas peligrosas por jornaleros/as del PMA? ¿Cómo se construyen los significados que justifican los modelos?

² No significa que los *riesgos* sean objetivos y los *peligros* subjetivos por el hecho de que estos últimos sean referidos por los informantes. La distinción es para reforzar una idea general y simple: en esta investigación se pone énfasis en la interacción entre los factores que generan los daños (*peligros*) y las respuestas ante éstos en el marco de las ideologías y representaciones de género.

³ Llevaría tiempo describir la historia de investigación, de amistad y laboral en esta región y, sobre todo, en el PMA. Vale decir que la experiencia personal de vida en la zona comenzó en 1993, cuando fui docente de educación básica y repetí dicho trabajo en 1999, con lo cual consolidé amistades entrañables en el lugar.

- ¿En qué medida las nociones hegemónicas de masculinidad incentivan prácticas sociales que generan daños? ¿Cómo se entrecruza la estructura normativa de género con la cultura masculina de la región de estudio?
- ¿Cómo opera en el escenario de estudio, y restringido a las situaciones de peligro, la construcción social de las masculinidades en torno a las etapas de vida? ¿La soltería y el estado conyugal incrementan o disminuyen las prácticas de cuidado ante posibles daños?

El hilo conductor del libro es que existe una ordenación de género que pronuncia, exagera o, incluso, inhibe prácticas frente a lo que los agentes refieren como peligros o daños. La diferenciación y la ubicación social entre machos y hembras de la especie humana en el ámbito material o simbólico estructuran condiciones que producen desatenciones o cuidados. En lógicas particulares, las creencias de lo que debe ser un varón, llevadas a las prácticas sociales, promueven daños en las calles o en el surco. Ello no significa que en automático todos los varones sean descuidados y las mujeres precavidas sino que, más bien, se expresa un juego de factores individuales y sociales que acentúan determinadas prácticas y discursos que generan molestias, lesiones o malestares en ambos géneros. Uno de los cometidos de este libro es mostrar la complejidad de las relaciones de género en los/las trabajadoras agrícolas en contextos diversos y adversos.

Una idea central en este trabajo es que las relaciones de poder entre los géneros, modeladas por los itinerarios biográficos y las condiciones de vulnerabilidad social,⁴ configuran respuestas distintas ante el peligro. La masculinidad, como práctica y discurso social, que ubica a los varones dentro de las relaciones de género, puede favorecer que se mitiguen, exageren o escondan los efectos de los peligros en el marco de las oportunidades de poder (Elías 2006 y 2009). En el horizonte sociocultural se erigen marcos normativos de comportamientos masculinos gracias al proceso de hegemonía, cuya reproducción se basa en la coincidencia entre el ideal cultural y el poder institucional colectivo (Connell 2003, 117) con los medios de convencimiento. La masculinidad hegemónica alude al engranaje cultural que legitima la autoridad de los varones por medio de los elementos de la dominación: el control del cuerpo femenino e inculcación del ideal viril.⁵ En el contexto de la hegemonía de la masculinidad se producen estereotipos, que son prefiguraciones sobre ciertos comportamientos que tienden a estandarizar y exagerar características de las personas de manera negativa o positiva. Los estereotipos promueven ideas sobre la necesidad de demostrar valentía, vencer miedos y, por lo tanto, enfrentar peligros. Existe un marco normativo que trasmite los ideales y los estereotipos masculinos.

Con el avance de la investigación surgió la necesidad de referir, además de la fuerza normativa del hombre valentón-irresponsable, también a quien le interesa ser cauto, precavido, responsable. De esta forma, a partir de datos empíricos, se estableció analíticamente el modelo del varón responsable (MVR) y el del descuidado (MVD); dichos significados están mediados por el proceso de hegemonía de la masculinidad occidental. Una manera sencilla de decirlo es que el MVR es una reacción positiva a la hegemonía de una manera de ser varón, y el MVD representa un efecto negativo en términos sociales. Lo que permite las disrupciones y readecuaciones a los modelos en la vida diaria son las oportunidades de poder que las mujeres y los mismos varones des/aprovechan, y dichos espacios de poder ocurren debido a los cambios sociales de la región, como la inserción masiva de las mujeres al trabajo remunerado y la urbanización de la localidad principal, entre otros.

⁴ Aquí la vulnerabilidad se entiende como la combinación de factores sociales, económicos y culturales que desencadenan un daño en la comunidad de referencia.

⁵ La inculcación del ideal viril representa la afirmación de la primacía masculina en demérito de la femineidad; es lo que se podría identificar en los varones como *bombriá*, es decir, la capacidad de demostrar valores socialmente identificados con dicho grupo genérico en su acepción hegemónica: fuerza, potencia, autonomía, competencia.

Las representaciones culturales sobre el varón, es decir, el conjunto de ideas y significados sobre la masculinidad, se asocian a las rutinas de trabajo agrícola, los sentidos que se le dan al cuerpo (relacionado con el aguante físico) y, sobre todo, a la habilidad social para enfrentar las situaciones medioambientales y socioemocionales graves que suceden en el surco, en la calle o en otro sitio. A la vez, se expresan discursos críticos y se cuestiona la manera de enfrentar las situaciones que pueden generar daño; de este modo, se atenúan las presiones sociales para ser valientes y no demostrar miedo. Las graduaciones son frecuentes en la conducta social de las personas, esto es, existen formas variadas de enfrentar los mandatos de género cristalizados en modelos de representación cultural. Las prácticas sociales tampoco son monolíticas, se orquestan con base en estructuras de significados socialmente modeladas y diversas. La masculinidad descuidada que pregona la valentía, como valor rector que motiva determinada práctica, en especial en varones, no está libre de tensiones; en los intersticios de las relaciones sociales de género se expresan acciones alternativas.

Como parte del análisis cualitativo se describen tendencias situadas biográficamente (Bertaux 1997) entre los grupos de informantes, vinculadas o estructuradas con los factores sociales y económicos pero, sobre todo, por el sistema género, que puede llegar a modular el impacto del mercado de trabajo, del proceso migratorio, de la deserción escolar o de la dinámica familiar en la realidad social de los habitantes del PMA. Aunque el interés se centra en los varones, se aborda el caso de las jornaleras para conjugar elementos de análisis que permitan documentar las similitudes y las diferencias con ellos. La práctica de enfrentar situaciones críticas también se expresa en mujeres, pero en algunos casos obedece a lógicas distintas sustentadas en la esencialización de la femineidad; en otros, al compartir los mismos escenarios laborales, los requerimientos de las condiciones de trabajo en ocasiones hacen que los varones y las mujeres desestimen o no reparen en prácticas de cuidado. La inserción femenina al trabajo, a espacios considerados como masculinos por tradición, ha configurado un proyecto de género en el que algunas asumen prácticas de valor, de enfrentamientos físicos y simbólicos, sobre todo en la calle.

Para captar el significado de la masculinidad, y adentrarse en el discurso sobre las prácticas, fue necesario utilizar un método que garantizase tales cometidos. El enfoque está centrado en la recopilación de relatos biográficos y cotidianos, junto con registros de prácticas laborales y sociales. Por medio de entrevistas semiestructuradas y a profundidad se recuperan significaciones socioculturales que los sujetos producen y reproducen en marcos de sentido específicos. Para rescatar el discurso, la observación participante en el trabajo agrícola fue crucial, sobre todo en la fase final de la investigación, ya que permitió focalizar la atención en prácticas ya relatadas por los/as entrevistadas. A través de la sistematización de las notas de campo se profundizan, aclaran o muestran prácticas o discursos poco presentes en las entrevistas. Pero el hermetismo e indiferencia de las autoridades del campo hicieron muy difícil incursionar en él, con el propósito explícito de observar; por lo tanto, ante las dificultades para realizar observaciones a ras del surco, el único mecanismo metodológico posible fue laborar como jornalero agrícola en dos campos de la Costa de Hermosillo por cuatro días discontinuos. El universo de estudio consistió en trabajadores/as agrícolas de 18 a 54 años de edad con residencia permanente en el poblado Miguel Alemán (con 16 años en promedio, de vivir en la localidad); sus nombres son ficticios, para respetar su anonimato. Se estableció una relación cordial con ellos/as, tras reconocerles su derecho a no hablar de temas que así juzgaran conveniente. En forma paralela a las entrevistas se registraron observaciones de reuniones comunitarias, bailes, vendimias y fiestas patronales. Las guías de observación se remitían a las prácticas de varones en cuanto a la manera de relacionarse, las similitudes y las diferencias.

Para entender la lógica de la influencia de las normativas de género sobre la masculinidad es indispensable analizar las relaciones sociales de poder entre varones y mujeres; en éstas se expresan las acciones que ponen en riesgo la integridad de las personas. Es necesario una definición de masculinidad que se aleje de la noción atributiva de características personalizadas que definen lo que es ser un varón.

Para entender dicho término, más allá de los rasgos individualizados, habría que ubicar a los agentes en los espacios sociales donde opera un orden de género específico. Lo señalado conlleva a explorar, para los propósitos de este estudio, los sistemas de prestigio, las formas de conflicto interpersonal, la separación de las tareas, las prácticas de prevención y atención; en suma, cómo se presentan las interrelaciones, lo que Norbet Elías (2006) denomina entramados de interrelaciones. Por otro lado, conviene distinguir el uso de los términos peligro y riesgo para ayudar a explicar las conductas temerarias de los varones. El primero implica las situaciones sociales, una cultura masculina que tiende a la violencia; el segundo, los comportamientos que pueden desencadenar daños y, de manera más precisa, los procesos de decisión para las acciones. Al referirse a ellos indistintamente se confunden las condicionantes y las consecuencias, pero estas últimas respecto a procesos que generan la acción.⁶

En el primer capítulo se presentan las herramientas teórico-metodológicas principales para abordar la realidad empírica de los/as jornaleras, desde la propuesta de análisis hasta las técnicas de recopilación de información. Para estudiar las relaciones de género fue pertinente ampliar un enfoque de corte sociológico inspirado en R. Connell; en estos términos, las dimensiones consideradas fueron la división del trabajo, los símbolos, las relaciones de poder y el concepto de extracción psicoanalítica de la catexis, que se articulan para entender mejor los recovecos de la realidad por estudiar. El enfoque cualitativo pareció idóneo porque permite un acercamiento vivencial, subjetivo y objetivo de las personas; los instrumentos metodológicos principales empleados fueron la entrevista a profundidad y la observación participante.

En el segundo capítulo se expone un panorama general del noroeste agrícola mexicano y la formación sociohistórica de la Costa de Hermosillo. Es importante la mirada histórica en cuanto a la región y también de las articulaciones de los tipos de masculinidad y su relación con la dinámica productiva. Además, se describen los rasgos actuales de los/as jornaleras agrícolas en Sonora, como fuerza de trabajo precarizada. Para comprender los cuidados en el surco frente al peligro laboral es necesario visibilizar la participación de otro actor importante: los agricultores. Por tanto, se requiere ahondar en el sistema de trabajo de los campos agrícolas de la Costa de Hermosillo, por lo se profundizó en la dinámica laboral de quienes trabajan en ellos.

El capítulo tres representa un acercamiento a los rasgos generales del poblado Miguel Alemán, la principal localidad de estudio. Aquí se describen los aspectos históricos y sociodemográficos, para contextualizar el lugar de residencia de los/as entrevistadas. Para dimensionar los daños a la salud en la comunidad se presentan valores absolutos y porcentajes sobre las enfermedades, lesiones y accidentes principales que se reportan en el centro de salud. También se abordan los escenarios de peligro, sobre todo en las calles y los espacios públicos; por ejemplo las reuniones, para analizar la construcción social del peligro y el orden de género, mediante las relaciones que establecen varones y mujeres.

En el cuarto se tratan algunos eventos decisivos para los/las entrevistadas, junto con sus condiciones materiales de vida. Ello permite ubicar a las personas en un contexto específico, para entender las prácticas y discursos sociales en medio de las amenazas. También se muestra la relación del cuidado social y la masculinidad. Para dar una visión completa sobre los daños a la salud y el peligro en el PMA, se describen los cuidados y el efecto del MVR; la expresión “bríncale no seas culón” sintetiza la influencia de dicho modelo masculino.

⁶ Es pertinente lo que dice Luhmann respecto a distinguir riesgo de peligro “Esta distinción supone [...] que hay una incertidumbre respecto a daños futuros. Se presentan entonces dos posibilidades. Puede considerarse que el posible daño es una consecuencia de la decisión, y entonces hablamos de riesgo, y más precisamente, del riesgo de la decisión. O bien, se juzga que el posible daño es provocado externamente, es decir, se le atribuye al entorno; y en este caso, hablamos de *peligro*” (2006, 67). Puesto que se vuelve muy complicado analizar los procesos de decisión, -en particular desde el punto de vista de un observador de segundo orden, porque incluye el problema irreductible de la intersubjetividad, es decir, observar lo observado por múltiples agentes respecto al riesgo-, enfatizo el peligro como categoría de primer y segundo orden en tanto situaciones sociales y agentes medioambientales que la gente juzga como peligrosos y, por tanto, desde la investigación se consideran como tales. Se alude al riesgo cuando los informantes están expresamente conscientes de sus decisiones respecto a los daños posibles. Las personas pueden considerar algunas prácticas sociales como peligrosas, y de hecho lo hacen.

El quinto capítulo contiene un análisis del control social de los varones sobre las mujeres, como reflejo de las oportunidades cambiantes de poder en las relaciones de ellas en tanto agentes sociales. Es importante abordar la situación de las jornaleras en el contexto de la violencia y los peligros sociales, ya que representa un contrapunto de comparación con los varones. Se intenta mostrar que, a pesar de las condiciones de subordinación de las mujeres, existen jornaleras capaces de resistir y resignificar algunas imposiciones a su libertad; esto es, hay jóvenes que pueden llegar a separarse de sus parejas, trabajar con cierta independencia de sus maridos y enfrentar la violencia circundante en tanto peligro social.

En el sexto se aborda la relación peligro-masculinidad. Una forma en la que se concibe el peligro está en las relaciones entre las personas, tanto por aspectos rípidos en el trabajo como por disputas sobre acuerdos domésticos. En otros casos, el peligro se convierte en objeto por medio de elementos del entorno laboral, como las herramientas de trabajo, los vehículos de transporte, los animales considerados venenosos y la misma organización laboral. También contiene una descripción y análisis de lo que significa el peligro, así como los cuidados en el trabajo y la comparación entre varones y mujeres. La última sección de este apartado versa sobre los conflictos a partir de la organización laboral.

El propósito del séptimo capítulo es explorar y profundizar en los estereotipos masculinos y el desprestigio social; la intención es acercarse a las representaciones negativas de la masculinidad llamada hegemónica. De esta forma se continúa con el análisis de las categorías que desvalorizan las prácticas de los varones, en especial los considerados “marihuanas”, “borrachos” o “huevoes”. Asimismo, de los espacios homosociales en los que ocurren las riñas y los conflictos tanto en el trabajo como en las calles del PMA, en este contexto emerge la categoría del “cholo”, como personaje que encarna los antivalores de la masculinidad responsable. En la última sección de este apartado se profundiza en las dicotomías de género, principalmente en el trabajo, con información etnográfica se analiza la organización y tensión del reparto de las tareas domésticas. Ante cambios del mercado laboral, los varones se hacen más presentes en la escena familiar, y las mujeres se incorporan con mayor regularidad a las faenas agrícolas remuneradas. La clasificación en la separación de las actividades laborales entre varones y mujeres produce las asignaciones de los “trabajos pesados” versus los “trabajos livianos”, respectivamente.

El último capítulo contiene reflexiones y conclusiones cuyo eje rector es la masculinidad, el poder y el peligro. No se pueden explicar las relaciones de género en los/as jornaleras de la Costa de Hermosillo sin considerar el contexto de inseguridad laboral, exclusión social y entramado institucional endeble para proteger los derechos e incluso para salvaguardar las condiciones mínimas de habitabilidad en la región. Las adversidades que enfrentan día a día están vinculadas por una forma de ser varón o mujer y, en especial, para el caso del primero atiende y entiende los peligros de forma tal que se suscitan respuestas que se pueden dividir en dos modelos; uno responsable y otro descuidado. No se trata de esquemas de comportamientos estáticos y lineales, sino que promueven ciertas prácticas sociales sobre el cuidado de sí y de los/as demás, cuando existen amenazas.

I. UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS

En este capítulo se describen las reflexiones y acotaciones teórico-metodológicas principales respecto a las relaciones de género y el proceso de construcción de la/s masculinidad/es. Para ello se incluye una referencia breve sobre la hipótesis del varón como peligro social, y sus implicaciones para el problema de estudio. Después se explican las dimensiones de análisis más importantes que guiaron la investigación y las estrategias metodológicas empleadas.

Es necesario aclarar que la idea de partida fue analizar lo que dice o expresa la gente respecto a temas de la vida social y lo que en efecto hace en el curso de acción, actos que están articulados y tienen lógicas conexas. Dicho de otro modo, las representaciones socioculturales sobre el mundo social tienen asidero en las prácticas, y viceversa. Buena parte del material empírico, derivado de las entrevistas, está integrado a un discurso social que, si bien remite a opiniones y valoraciones subjetivas respecto de tópicos de la investigación, también refleja las prácticas del lugar de estudio. Si no se considerara así equivaldría a divorciar discurso y práctica, y entender a los agentes como sujetos productores del habla (en términos lingüísticos) sin referencia a las condiciones objetivas circundantes y, sobre todo, pensar que lo que dicen es a partir de simples formulaciones inconexas con la realidad. Pero el hecho es que los campos semánticos se construyen en interrelación con el medio objetivo.⁷ Cuando los/as entrevistadas relatan situaciones de accidentes, lesiones, reparto de tareas y riñas, y expresan sus percepciones, evaluaciones y definiciones al respecto, lo hacen desde una ilación argumentativa que enlaza con lo que en efecto sucedió, con lo que hicieron o dejaron de hacer y con las circunstancias sociales de la situación referida.

El reto fue distinguir cuáles eran las exageraciones y contradicciones y las valoraciones con poco asidero en su medio histórico, cultural y social, para lo cual fue necesario controlar los puntos de vista de diversos agentes, e incluir en los relatos las condiciones microsociales que sustentan las ideas. Los sujetos reproducen parte de sus condiciones objetivas mediante los actos del habla; por este motivo también se recuperaron diálogos escuchados en escenarios distintos, en el entendido que reflejan condiciones sociales. De este modo, la producción del discurso implica necesariamente a la práctica.

EL VARÓN, ¿UN PELIGRO PARA TODOS/AS?

Hay que advertir que existe un proceso de hegemonía de una masculinidad dominante,⁸ que articula las representaciones usuales sobre la manera de actuar de los “hombres” y las reacciones estructuradas

⁷ Berger y Luckmann, para subrayar la importancia de los sistemas simbólicos en la construcción del conocimiento ordinario, resaltan el lenguaje y sus áreas de significación mediante un ejemplo: “[...] la suma de objetivaciones lingüísticas que corresponden a mi ocupación constituye otro campo semántico que ordena significativamente todos los sucesos rutinarios [...] Dentro de los campos semánticos así formados se produce la objetivación, retención y acumulación de la experiencia biográfica e histórica” (2006, 58). De esta manera, la relación entre el lenguaje como sistema de significados y la realidad es inequívoca.

⁸ Es importante retomar la distinción entre masculinidad y masculinidades; el primer concepto se refiere a sistemas de posiciones en las que los varones llevan a cabo prácticas, discursos para ratificar, definir, disputar o negociar lo que es “ser hombre”, involucra patrones estructurales que hacen posible la reproducción de la matriz de la dominación masculina. Al aludir a las masculinidades es constatar y reconocer las expresiones de dicho sistema de organización en interacción con otros ejes de diferenciación social.

socialmente contra algunos mandatos. Aquí se documentan respuestas que se podrían calificar como negativas y positivas en torno a las prácticas y discursos sobre el cuidado ante los daños en los modelos MVD y MVR, respectivamente. Con ello se exploraron algunas aristas históricas sobre la conformación de la masculinidad hegemónica. Es importante aclarar que las normas de género que se articulan en el MVD y el MVR no reflejan en automático las prácticas sociales, más bien ofrecen pistas y la posibilidad de registrar empíricamente las tensiones microsociales.

Por décadas ha llamado la atención en varios países la diferencia respecto a indicadores que reflejan daños distintos en varones y mujeres (Sen et al. 2005). Por ejemplo, se han estudiado factores psicosociales y biológicos que expresan formas distintas de mortalidad y morbilidad entre los sexos (Harrison et al. 1988; Verbrugge 1985; Sabo 2000; Hanson 2000; Rezende et al. 2009). Otros autores han señalado la diferencia en la esperanza de vida y en el acceso a los servicios de salud entre ambas categorías sociales (MacIntyre et al. 1996; Cameron y Bernardes 1998). En este sentido, hay discusiones respecto a la influencia del género, y de que sean los varones quienes más se lesionan, enferman o mueren por motivos vinculados con violencia, accidentes imprudentes o daños relacionados con el consumo de alcohol o drogas (Sabo y Gordon 1995). Con el desarrollo de los *men's studies*,⁹ en América Latina llamados estudios de la masculinidad (o estudios de género de los hombres), se estimularon planteamientos sobre la experiencia de los varones y las condicionantes sociales que producen diferencias con las mujeres respecto a la salud (Robertson 2006; De Keijzer 1997; Rivas 2005; Villela 2005; Peak y Julie 2014). En un plano internacional, según cifras de la Organización Mundial de la Salud (OMS), mueren 2.7 veces más varones que mujeres debido a lesiones causadas por accidentes de tránsito (Sen y Östlin 2007, 56). Con base en un estudio sobre la relación salud laboral y hombría en Estados Unidos se dice que:

Los esfuerzos de los hombres jóvenes por parecer fuertes suelen llevarlos a ignorar las normas de seguridad en el trabajo, mientras que otros conducen de manera arriesgada como demostración de valentía. La fascinación y el respeto de los hombres por la violencia suelen estar ligados a la demostración de su hombría (Stillion 1995; Staples 1995; Reed 1991, citados en Sabo 2000, 3).

En este tenor, en el informe de la comisión de la OMS sobre determinantes sociales de la salud, y bajo una mirada desde el género, se señala que “ciertas normas relacionadas con la masculinidad constituyen un peligro tanto para los hombres como para las mujeres” (Sen y Östlin 2007, 38). Es decir, creencias respecto a cómo se espera que los varones actúen en distintos espacios sociales y momentos del curso de vida favorecen la aparición o desenlace de enfermedades, lesiones y tipos de muerte. En parte se trata de una cultura masculina que pregona la violencia como mecanismo de expresión social (conflicto interpersonal o colectivo, recreación).¹⁰

En México, Benno de Keijzer, apoyándose en Luis Bonino, planteó la hipótesis de “el varón como factor de riesgo”, aduciendo que “la temeridad (desarrollada, probada y demostrada colectivamente entre ‘hombres’) empieza a constituirse como una característica de lo masculino” antes de la adolescencia (1997, 210). La preponderancia de los varones en los primeros lugares en accidentes, lesiones infligidas y muertes violentas en comparación con las mujeres se explica, en parte, por el proceso de socialización de un modelo

⁹ Según Carabí, en Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia hace entre veinte y veinticinco años surgieron los *men's studies* en universidades en las cuales se empezó estudiar la masculinidad como “experiencia propia del varón, antes que como paradigma universal de la experiencia humana” (2000, 25). Para Minello, dichos trabajos se enfocaron en la subjetividad masculina por lo que el enfoque individualista “deja poco espacio a la historicidad del concepto” (2011, 18).

¹⁰ Es amplia la bibliografía que da cuenta de la violencia masculina (para una revisión mínima véase Ramírez 2005; Garda y Huerta 2004) y sus efectos negativos en las mujeres (Castro y Riquer 2003). Sin desconocer la relevancia social y epidemiológica de la violencia hacia las mujeres, en este trabajo interesa enfatizar el vínculo entre una cultura masculina que tiende a la violencia, cuyo resultado suele ocasionar los daños referidos en este apartado.

hegemónico masculino,¹¹ sobre todo en dos grupos etarios (15-24 y 25-34); a la vez, De Keijzer encuentra, para 1992, una tasa de sobremortalidad masculina de 133 (1997, 211). El énfasis en expresiones de daño por acciones relacionadas con una cultura masculina que tiende a la violencia parece recaer más en los jóvenes, aunque no de manera exclusiva. Basta echar un vistazo a las estadísticas de los últimos diez años en México para percatarse de que las diferencias entre varones y mujeres se acentúan entre los más jóvenes. Los motivos de muertes masculinas se relacionan con la violencia, las enfermedades vinculadas con el consumo de alcohol y los accidentes automovilísticos. A escala nacional, para los años 2000 y 2001, el promedio en la tasa de accidentes en mujeres en edad productiva (15-64) fue de 11.6, en comparación con la de varones, de 62 muertes por cien mil habitantes. Ello indica una diferencia sustantiva respecto a los accidentes laborales¹² y los que no lo son.

Como ya se apuntó, se recurre al concepto de masculinidad desde la lente teórica del género, para analizar las definiciones y acciones de los varones del PMA, con el ánimo de mostrar el aspecto dinámico de dichas categorías. No obstante, sin perder de vista que la masculinidad se construye a partir de relaciones, en especial se hace posible su definición en términos de ubicación en el espacio social de distinciones entre los cuerpos humanos (machos y hembras). Para darle contenido a los modelos de masculinidad se recupera el concepto de representación social de Stuart Hall lo que permite, a su vez, entender el juego de significación como parte de la cuarta estructura de género aludida por Connell (2009; 2000).

Para la propuesta teórica, emplear la categoría *género* ayuda a entender el concepto de masculinidad en las relaciones y dinámicas sociales. Para conceptualizar al género con frecuencia se recurre a dos autoras pioneras del pensamiento feminista: Gayle Rubin y Joan Scott. Ellas reformularon analíticamente la categoría del género otorgándole historicidad. Los aportes de las dos autoras resultan útiles para esta investigación, en la medida en que reconocen el carácter elaborado de las diferencias entre “hombre” y “mujer”, e incorporan la dimensión simbólica y, por lo menos Scott, la noción de poder y la importancia de las relaciones sociales en el género. Con lo anterior, ellas advierten la dimensión histórico-cultural.¹³ En este tenor, lo anterior permite reconocer que el género no es sólo construcción de la diferencia per se sino que también implica determinada posición en las relaciones sociales de distinción, pero dicha ubicación es cambiante en el sentido de que la estructuración de la situación, es decir, los patrones sociales, contribuyen de una forma decisiva en la construcción de la masculinidad. Habría que agregar para una concepción más completa del género la necesidad de advertir que los patrones sociales y sus cambios son prácticas sociales en tiempo y espacio. Ubicarse en las coordenadas sociales implica necesariamente desigualdades, por ende, el género es un entramado de relaciones desiguales.

Un acercamiento que recoge e incorpora una concepción dinámica sobre el género, y que es útil para analizar prácticas y discursos sociales, es el de R. Connell ya que lo entiende como una forma de organizar –y ubicar– la práctica social para distinguir categorías sociales que se derivan de procesos histórico-culturales; en el caso de la cultura occidental se consolidaron dos, “hombre” y “mujer”, pero han emergido otras relacionadas con identidades sexuales como “homosexual-*gay*”. En este sentido, representa una manera de ubicarse en coordenadas de distinción social en las cuales las relaciones entre las categorías son cruciales para

¹¹ Según De Keijzer: “Para el caso de México [...] existe un modelo hegemónico de masculinidad visto como un esquema culturalmente construido donde se presenta al varón como esencialmente dominante y que sirve para discriminar y subordinar a la mujer y a otros ‘hombres’ que no se adaptan a este modelo.” Además, agrega que se prefiguran mandatos sociales como la noción de “mayor independencia, la agresividad, la competencia y la incorporación de conductas violentas y temerarias [...]” (1998, 201-202).

¹² En 2009, las tasas de incidencia de riesgos de trabajo (accidentes y enfermedades laborales) para ambos géneros fueron 3.4 y 2 respectivamente, por cien trabajadores/as; dicha diferencia se amplía para las edades de 15 a 44 años (Instituto Mexicano del Seguro Social, IMSS 2010).

¹³ Habría que agregar la referencia de Scott sobre la legitimidad social para el funcionamiento del género. Junto a Weber, la validez de un orden social descansa en varias fuentes: en las creencias, en las costumbres, en la “constelación de intereses”, es decir, en un orden válido y legítimo: máximas con las cuales cuando menos algunos se sienten moralmente obligados. El sistema de género se valida a través de dichas formas de legitimación, en especial de la autoridad masculina.

su reproducción. El género se constituye gracias a los vínculos de desigualdad entre las categorías sociales. Se trata de un entramado de relaciones, de un conjunto de interrelaciones que permiten su objetivación (en las prácticas o discursos) y un sistema de sentido.¹⁴ Dichas relaciones se experimentan según el contexto particular y los itinerarios biográficos, lo que es importante para entender las tensiones o contradicciones entre el ideal de género, es decir, las normativas sobre lo que se espera del comportamiento de un varón o mujer, y lo que efectivamente se lleva a cabo a lo largo de itinerarios biográficos. Para lo anterior se recupera el concepto de *proyecto de género* (PG), acuñado por Connell,¹⁵ en tanto permite articular biografía y contexto; el autor escribió que

el término configuración es tal vez demasiado estático. El concepto realmente importante es el de proceso de configuración de la práctica. Si adoptamos un punto de vista dinámico de la organización de la práctica, llegaremos a comprender la masculinidad y feminidad como proyectos de género (2003, 110).

Según el autor, inspirado en el concepto sartreano de *proyecto*, en la vida diaria los/as jóvenes, los/as niñas y los individuos aprenden el género en especial los patrones estructurales con los cuales se van acogiendo por medio de la práctica.¹⁶ Los PG son formas en las que se articulan los ejes de la estructura de género, pero reconociendo la agencia individual, es decir, considerando un margen de maniobra cuyos bordes son rodeados por los patrones constrictivos. Connell clarificó más su concepción sobre los proyectos de género, y esta es la idea que se recupera a lo largo del trabajo:

Seeing gender learning as the creation of gender projects makes it possible to acknowledge both the agency of the learner and the intractability of gender structures. Gender patterns develop in personal life as a series of encounters with the constraints and possibilities of the existing gender order. In these encounters the learner improvises, copies, creates, and thus develops characteristic strategies for handling situations in which gender relations are present - learns how to 'do gender' in particular ways. Over time, especially if the strategies are successful, they crystallize into recognizable patterns of femininity or masculinity (2009, 101).¹⁷

Con el concepto de PG se intenta explicar las formas de desplegar estrategias a lo largo de la vida, y de situaciones sociales concretas en marcos de relaciones centradas en el género. En este proceso se dan las contradicciones o si se quiere tensiones entre el deber hacer y el hacer en términos de reproducción y transformación de los patrones de género.

¹⁴ Un acercamiento al género como sistema generador de sentido en los jornaleros, y en términos de ejercicios analíticos se puede ver en Calvario (2012; 2011).

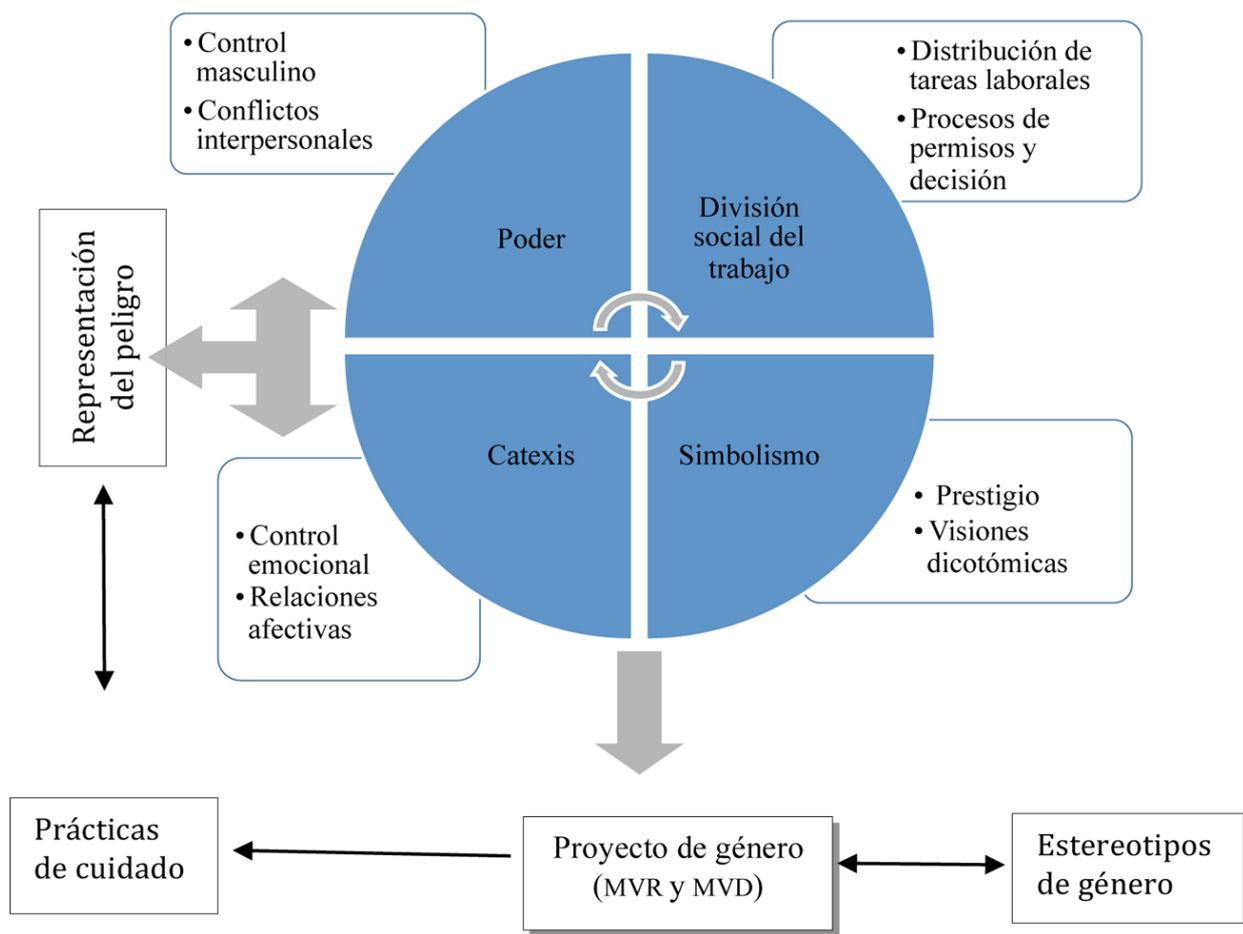
¹⁵ Raewyn Connell (2009) apuntala su idea teórica de género, reflexiona el alcance de ésta en el contexto de la globalización, profundiza la relación del cuerpo y la masculinidad.

¹⁶ Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo* (1984, 9), entendió que las mujeres (u hombres) se plantean su existencia a través de proyectos, "todo sujeto se plantea concretamente a través de proyectos, como una trascendencia". Aunque el planteamiento anterior proviene de una perspectiva filosófica (la existencialista) lo que conviene destacar en el contexto de esta investigación es el vínculo que ella establece entre las circunstancias concretas de un agente humano, las mujeres, y los condicionantes sociales.

¹⁷ "Entender al género como la creación de los proyectos de género hace posible el reconocimiento de la agencia en el aprendizaje y la complejidad de las estructuras de género. Los patrones de género se desarrollan en la vida diaria como una serie de encuentros con posibilidades y constricciones del orden de género. En estos encuentros se aprende a improvisar, imitar, crear y desarrollar estrategias para el manejo de la situación en la cual las relaciones de género están presentes - aprender cómo hacer el género de una manera particular. A través del tiempo, especialmente si las estrategias tienen éxito, éstos se cristalizan dentro de patrones reconocidos de la masculinidad o feminidad" (traducción propia).

Los ejes que guían la investigación pretenden analizar cómo interactúan la estructura de género (respecto a las coordenadas teóricas) y las formas de apropiación de los mandatos sociales asignados a cada sexo, frente a lo que se considera como peligro. Dichos ejes se separaron en dos momentos metodológicos; primero están los relacionados con la dinámica propia de la estructura de género: las expresiones de negociación y permisos, la organización de tareas en los campos agrícolas y los sistemas de prestigio en la localidad. En segundo lugar, y vinculado con la representación del peligro, se encuentra el eje del conflicto interpersonal tanto en el trabajo como en la calle, y la práctica de cuidado que implementan los sujetos de estudio.

Figura 1. Coordenadas teóricas sobre el género y los ejes de análisis



Fuente: elaboración propia.

ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS

La investigación social cualitativa privilegia un acercamiento a la vida social por medio del relato, las imágenes, los objetos, las acciones y las relaciones entre éstos, con el fin de encontrar la lógica subyacente. Esta metodología supone técnicas e instrumentos que facilitan la recopilación de información rica en descripciones y relatos. Conuerdo con Rossana Reguillo cuando dice que las técnicas o estrategias de investigación, desde el enfoque cualitativo, representan “procedimientos lógicos que permiten ir

construyendo en pasos sucesivos conocimiento sobre el ‘objeto’, convierte al proceso de investigación en una empresa abierta, autoreflexiva, y permite que el observador vaya corrigiendo y sobre todo aprenda de y en el proceso” (1998, 26). Dado que aquí el interés fue resaltar las relaciones sociales de género, las entrevistas semiestructuradas y abiertas, y la observación participante resultaron útiles como estrategias metodológicas para la generación del dato.

El acercamiento cualitativo al lugar de estudio y, sobre todo, al problema de investigación posibilita captar los sentidos múltiples y contradictorios expresados en las prácticas y los discursos. Una de las bondades de los métodos de corte cualitativo es que permiten registrar los significados opuestos; un ejemplo es la masculinidad, algunos jornaleros abrazan las definiciones sobre el ser “hombre” de modo tradicional, pero en condiciones específicas y, en otros casos, la concepción sobre la masculinidad y la valentía parece estar divorciada. Las entrevistas permitieron profundizar en el discurso social en sus formas contradictorias.

Así mismo, puesto que el objetivo aquí fue documentar las representaciones de género, en especial en cuanto a los estereotipos o las imágenes idealizadas sobre la masculinidad, la aproximación a los relatos por medio de las entrevistas formales e informales ayudó a cumplirlo. Se recuperó la noción de relato biográfico (Bertaux 1997) para entrever los puntos de inflexión en el marco del proyecto de género, en forma paralela se atendió lo que Pierre Bourdieu llamó “ilusión biográfica” (1999; 1988), y también se retomaron sus reflexiones sobre el efecto del lugar en el contexto del PMA. Para analizar las entrevistas se usaron algunas técnicas de la teoría fundamentada (Strauss y Corbin 2002) y la etnosociología (Bertaux 1997).

Para contextualizar el lugar y cuantificar los daños se consultaron las bases de datos de la Secretaría de Seguridad Pública, sobre probables delitos, y los de la Secretaría de Salud Pública de Sonora, sobre accidentes, lesiones y motivos de consulta. Con estadística descriptiva se observó el comportamiento de la morbilidad, de los delitos, los accidentes y las lesiones. También se utilizaron datos de otras investigaciones para ampliar la mirada en términos cronológicos.

La observación participante y la entrevista

Ante la imposibilidad de solamente observar, la única vía posible para acceder a escenarios de trabajo en los que se encara el peligro de la manera más natural posible fue la observación participante. Por tanto, para la incursión etnográfica a ras de suelo, es decir, en los surcos de los viñedos (Calvario 2003), la única forma de estar cerca de los jornaleros fue asumir de nuevo el rol social de ser uno de ellos, aunque eso significara estar expuesto al desgaste físico y emocional.¹⁸ El acercamiento con los propietarios o administradores de los campos agrícolas fue infranqueable.

Los ejes de observación estuvieron orientados a registrar empíricamente aspectos centrales del trabajo: la contratación informal de los taxistas ya sea en el lugar conocido como “albergue” y los hogares de los/as trabajadoras; la incorporación de los/as jornaleras a las unidades de transporte en las primeras horas del día; el trayecto de ida y vuelta a los campos agrícolas; el proceso de inserción en la actividad laboral y, en particular, de corte de vid conforme las instrucciones que dicta el/la cuadrillero/a, y la ejecución de éstas por el/la trabajadora, las formas de manejo de las herramientas, la interacción con los factores medioambientales

¹⁸ La observación participante se entiende como una técnica que consiste en la intervención directa del investigador en el escenario de estudio, a partir de una preparación de diseño y planeación. Un rasgo de dicha técnica es la asunción, por parte del observador activo, de algunos deberes y obligaciones sobre todo en el aspecto ético, como por ejemplo respetar el anonimato y manejar con cuidado la información obtenida. La inmersión en el lugar de estudio equivale a captar sentidos y significados que los agentes le dan a los sucesos, a sus vínculos con otros, a su experiencia diaria. Por supuesto, este cometido dependerá del tiempo de permanencia en el lugar y de la habilidad antropológica para registrar los significados y sucesos importantes para la investigación.

(calor, frío y animales venenosos) y las prácticas de interacción durante el descanso (las relaciones entre varón-varón, varón-mujer, mujer-mujer; cómo se expresan las amistades o enemistades, las relaciones de pareja en el surco, la resolución o generación de conflicto intralaboral, las situaciones generadoras de accidentes o lesiones). Todo lo anterior fue importante para documentar los espacios y las formas en que se expresan las relaciones de género, en especial la masculinidad.

Fueron dos grandes propósitos simultáneos los que se intentaron alcanzar durante la práctica etnográfica en el PMA: a) reconstruir el diagnóstico de la localidad, focalizado en la relación hombría-peligro, con la necesidad consecuente de cubrir los frentes de información comisaría, calle, plaza, fiestas y b) explorar los perfiles de los entrevistados e informantes potenciales clave, y concertar citas subsiguientes para las entrevistas formales.

La participación del investigador en los viñedos fue en circunstancias parecidas a las de cualquier jornalero/a. La contratación se llevó a cabo por medio de un intermediario, llamado popularmente taxista, en una esquina (Pioneros de la Costa y Nicolás Bravo), de la localidad, la cual es muy concurrida, pues antes ahí había un albergue para jornaleros/as y sus familias.¹⁹ La decisión de a qué taxi solicitar el empleo eventual fue al azar, como suele ocurrir con cientos de jornaleros/as que cada semana se contratan en ese lugar.²⁰ En realidad no importaba la distancia al campo agrícola y, dado que en general todos operan en las mismas condiciones laborales, fue irrelevante escoger el lugar. Antes de subir al taxi procuré contar con lo necesario como la vestimenta (cachucha, camisa de manga larga, zapatos –no tenis–, paliacate), comida, suero y la herramienta requerida. Al principio la prioridad fue desempeñar las actividades indicadas, lo que distrajo mi atención hacia el entorno, no obstante, una vez entrado en el ritmo del trabajo (lo que me llevó algunas horas) todo fue más tranquilo y hubo tiempo para registrar lo que acontecía a mi alrededor.

En las entrevistas y en la observación participante, la unidad de registro y observación fue la jornada (rutina), es decir, un día laboral desde que las personas se levantaban hasta cuando retornaban a sus hogares. Lo primero fue realizar el grueso de las entrevistas, y después trabar como jornalero para contrastar el discurso con la actuación. Los entrevistados no necesariamente fueron los mismos que los observados al momento de laborar en los viñedos. Esto no invalida que mucho de lo que decían se pudiera contrastar con los escenarios de trabajo. La atención se enfocó en tres momentos centrales en el transcurso de la jornada laboral: a) la manera en que las personas se preparan para ingresar a las filas de los surcos para iniciar el trabajo; b) la ejecución y destrezas en la actividad en sí y c) la salida del surco y el trayecto de regreso a sus hogares. La intervención del investigador fue la mínima posible en las charlas y los comportamientos, tanto en el viaje de ida y el de regreso como en el lugar de trabajo. La duración del primer trayecto fue de dos días, y la del segundo de cuatro.

La entrevista se considera como una forma discursiva de captar el significado por medio de un encuentro cara a cara entre el indagador y el observado. En especial cobra relevancia en los relatos biográficos, pues en ellos se sintetizan y reflejan las condiciones sociohistóricas particulares y la subjetividad del actor. La implementación de la técnica de la entrevista supone entender las posibilidades y limitaciones de éstas y también el producto. El resultado de las entrevistas es un corpus heterogéneo de información sobre las percepciones del sujeto en torno a los eventos biográficos importantes, y su interpretación de la realidad inmediata. El corpus discursivo de las entrevistas lo componen los relatos de vida. Es importante resaltar la opinión de Bertaux cuando dice que:

¹⁹ En la actualidad el edificio funciona como comedor para adultos mayores, y es operado por la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL).

²⁰ Por supuesto que hay matices respecto a las condiciones, pero la mayoría no otorga seguridad social vía el IMSS, y los sistemas de trabajo son semejantes en cuanto a la organización.

[...] desde el momento en que aparece la forma narrativa en una conversación y el sujeto la utiliza para examinar el contenido de una parte de su experiencia vivida, entonces decimos que se trata de un relato de vida (1997, 36).

La entrevista representa una interacción donde las asimetrías sociales afloran a cada momento, debido la distancia social y cultural entre los participantes. El ejercicio dialógico permite, sin embargo, mitigar las diferencias mientras la atmósfera social de la entrevista sea cordial, de respeto y, sobre todo, se logre la empatía mínima que garantiza una confianza mutua respecto a lo que se dice o se prefiere no decir. En sociología, la entrevista cualitativa es una herramienta útil en la medida que se reconozca la riqueza del relato, al considerar que es un reflejo fragmentario de la realidad social que el sujeto vive o vivió. De esta forma, la vivencia como experiencia que las personas retienen en el recuerdo, encierra una manera particular de experimentar los episodios biográficos. Por ello, se intentó cruzar las miradas de distintos informantes que ocupan diversas posiciones sociales como jornaleros/as, líderes, profesores/as, médicos y representantes gubernamentales y sindicales.

Es menester considerar el relato obtenido por medio de las entrevistas como un conjunto de significados que a veces son contradictorios e incoherentes, y no como un todo coherente. En este sentido, los sucesos biográficos de los/as jornaleras se ubican en perspectiva macrosocial, vinculados con la dinámica de los factores sociales y económicos particulares. La vida de los jornaleros tiene sentido con base en experiencias en el mercado laboral agrícola y, por tanto, del trabajo asalariado; de igual modo, la configuración sociohistórica ocurre gracias a la colonización de principios del siglo pasado, y que ahora presenta un rostro o perfil social nuevo gracias al flujo migratorio de la década de 1970. Romper la ilusión biográfica consiste en concebir al relato como parte de un intento de las personas por ordenar y dar coherencia a su vida, aunque en los hechos es un conjunto de interconexiones de sentido, que no necesariamente armonizan desde el punto de vista lógico de un observador externo; dicho relato es parte de un discurso fragmentario, con claroscuros, porque es producto de factores sociales, culturales, históricos y económicos constituidos por medio de procesos complejos.

Hay eventos biográficos que se rescataron con el propósito de advertir elementos de la estructura social, que estuvieron operando para la opinión o práctica realizada en cuento a los ejes de interés. *Grosso modo*, los bloques temáticos en cuanto a la trayectoria de vida se refiere fueron los siguientes: a) fin de vida escolar; b) inicio de la vida laboral; c) accidentes graves o enfermedades agudas; d) experiencias de movilidad-emigración; e) pleitos y rupturas laborales y f) ascenso laboral.

Una vez localizados algunos/as informantes, y dado el tiempo social del PMA, hubo observaciones que se registraron por las mañanas pero, en su mayoría, se realizaron de lunes a viernes, por las tardes y en sus hogares. Sólo una entrevista fue en otro lugar, debido a la dificultad que planteaban las condiciones de ruido y falta de espacio en el hogar de la persona. La jornada laboral inicia a las cinco de la mañana, y poco después los/as niñas van a la escuela; por ende, el bullicio comienza ya entrada la tarde.

La apertura de los temas estuvo supeditada a las condiciones de éstos y a la posibilidad de agotar los ejes de conversación en varios encuentros. Fue importante mantener un mínimo de flexibilidad respecto a la intervención del investigador en el curso del encuentro y la diversidad temática. No hubo un tema fijo al abrir la conversación, sino que dependía de las primeras inclinaciones de los/as entrevistadas. Según el *rapport* antropológico y el *background* adquirido, la interacción empezaba con asuntos “superfluos” para, poco a poco, abordar los de interés.²¹ Cuando relataban sus experiencias, la conversación se encauzaba en torno a las

²¹ La mayoría de las entrevistas estaba pactada. La ruta biográfica fue uno de los horizontes-guía, lo que fue de mucha utilidad para construir los perfiles biográficos de todos/as los/as entrevistadas. No hubo un tiempo límite de duración, dependía de la disposición de los/as jornaleras para platicar, y la mayor parte se realizaron en los hogares de los/as informantes.

situaciones de amenazas, sin que ello significara desestimar otros temas. Fueron dos los intereses generales sobre el peligro: trazar las siluetas sobre la configuración de él, vale decir, de la construcción social, y las prácticas que se asumen frente a éste.

En términos metodológicos, y en aras del entendimiento con los/as entrevistadas, se formulaban preguntas como qué es el peligro, cuáles son las acciones que desencadenan daños y qué se hace al respecto. Después se les interrogaba sobre el porqué de determinada acción o inacción ante un posible daño. En paralelo, se exploraban sus ideas sobre lo que debe ser un “hombre” o “mujer”, y la caracterización del “hombre” en el PMA. Asimismo, se les inducía para que hablaran de su edad temprana, sobre todo orientada a las acciones y sanciones en el trabajo intradoméstico, con el interés de saber las formas de repartir las tareas domésticas, para después confrontarlas con la dinámica actual en sus familias. También, referir a sus primeros años de vida daba pauta para recorrer y explorar los puntos biográficos de quiebre (*turning points*).²²

²² Los *turning points* son los momentos biográficos que significan un cambio de trayectoria (entendida no como un camino fijo que sigue una vida individual, sino como secuencias de roles y experiencias condicionadas por la estructura social) (Elder et al. 2003).

II. LA COSTA DE HERMOSILLO

En este capítulo se expone un panorama general de las condiciones socioeconómicas de la Costa de Hermosillo (en lo sucesivo la Costa), de la constitución histórica de la región y de algunos actores sociales relevantes. El propósito fundamental es brindar elementos que permitan ubicar el estudio en un contexto particular y, a la vez, presentar una introducción de la relación entre el daño y el género. Aquí se sientan las bases para comprender las dinámicas actuales a partir de la estructura social de la región, con el interés de mostrar un acercamiento al mercado de trabajo, a la planta productiva, a los sistemas de laborales y a la construcción simbólica discursiva de la zona; de este modo, se proporcionan elementos analíticos para articular, en los capítulos siguientes, la dimensión micro con la macrosocial, para entender de qué manera las masculinidades y las relaciones de género están entrelazadas e interrelacionadas con la estructura social. Lo anterior se cruza con la idea teórica de contemplar los cambios de la estructura en interacción mutua con la agencia humana, en este caso, y aunque el estudio no profundiza en las prácticas, sí documenta la manera en que los/as jornaleras reproducen, se resisten, resignifican las normativas de género y, en especial, de la masculinidad dominante derivada del modelo tradicional respecto a la forma en que se espera que los varones y las mujeres deben actuar o qué cosas deben decir. Este capítulo representa un insumo importante para comprender integralmente las posiciones sociales cruzadas por el género, cuando surge el peligro y se materializan los daños; en este sentido, el contexto es entendido como las circunstancias en que viven los/as jornaleras pero en las que a la vez ellos/as participan en reproducir, tanto en el mercado de trabajo como en los sistemas de producción agrícola. En el capítulo siguiente, y en esta misma lógica, se continúan brindando elementos contextuales pero desde la perspectivas de los relatos biográficos, y de la dinámica de la localidad de residencia de los/as entrevistadas.

El capítulo está organizado en cinco apartados, los tres primeros contribuyen a la caracterización histórica y económica de la Costa, también a entender los rasgos sociales de los/as jornaleras. En el cuarto y quinto se da cuenta de la consolidación de los empresarios agroindustriales y la reconversión productiva, y también de la precarización de la fuerza de trabajo agrícola. Se realiza una interpretación de los datos a la luz del problema de investigación, y en la medida de lo posible se establecen conexiones analíticas con el capítulo siguiente.

UN ACERCAMIENTO AL NOROESTE AGRÍCOLA MEXICANO

En las regiones que integran la agricultura intensiva de exportación en el noroeste mexicano –Sinaloa, Sonora y Baja California-, los contingentes de asalariados dedicados a esta actividad rebasan los 300 mil, según fuentes oficiales (C. de Grammont 2007). En Sonora, llegan a residir hasta 80 mil, según el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (Sariego y Castañeda 2007). Han sido parte y respuesta del proceso de la economía mundial, en el contexto de las cadenas productivas agroalimentarias globales; el requerimiento masivo de mano de obra barata ha sido consustancial (Rojas 2013; Izcara 2013).

Los procesos de flexibilización laboral en los campamentos agrícolas de México, junto con la exigencia de mayor competitividad ante el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estado Unidos y Canadá, han hecho que el grueso de los contingentes humanos, asentados en las diversas localidades y campos agrícolas, mantengan condiciones precarias de trabajo y de vida.²³ Una de las conclusiones a las que llegan Moreno y Niño, al comparar dos regiones de Baja California en torno a la pobreza, es la siguiente:

Los datos obtenidos de la comparación entre las familias de dos valles agrícolas de Baja California son similares; es decir, que los trabajadores agrícolas, en su gran mayoría, no satisfacen los niveles mínimos de bienestar que cualquier familia mexicana debería satisfacer, por lo tanto una primera conclusión pudiera ser que estos trabajadores viven en la pobreza en dos regiones agrícolas consideradas como ricas, en cuanto a producción e inversión (2007, 114).

Muy a menudo, las grandes ganancias capitalistas no van acompañadas de beneficios sustanciales para la clase trabajadora. Las regiones agrícolas modernas de México no son la excepción, en especial las del noroeste; como lo ha documentado Hewitt (1978), en ellas se gestó un proceso de acumulación de capital a mediados del siglo pasado. La conjunción con los procesos de tecnificación de los sistemas de producción, el acceso a insumos y créditos otorgados por el gobierno poscardenista y, sobre todo, la masificación de la mano de obra barata hicieron prosperar las regiones agrícolas del noroeste. Tanto la etapa de los primeros colonizadores como la consolidación de las asociaciones agrícolas modernas han dado paso a una nueva, en donde el capital trasnacional agroindustrial ha impulsado un modelo de exportación de hortalizas y frutas (Lara 2007; C. de Grammont 2007; Arteaga 2000). A la figura social del *agricultor* la ha desplazado la del *empresario agrícola* (Noriega 2010), con lo cual se da cuenta de la repercusión de la economía capitalista moderna. Se han desarrollado certificaciones internacionales que imponen estándares de calidad a todo el agroempresario que exporta sus productos; en especial la referida a la inocuidad alimentaria, la cual incluye no sólo sanidad en el manejo del producto hortofrutícola sino condiciones de trabajo óptimo.²⁴

A pesar del *impasse* que propició la crisis internacional gestada en Estados Unidos durante 2008 y 2009, el dinamismo económico no ha decaído del todo (Almada 2011). Los principales productos de exportación son las frutas y las hortalizas (exportación hortofrutícola) que se vendían al mercado estadounidense, canadiense y europeo. Fue en los años ochenta y noventa cuando dichos productos empezaron a tener relevancia nacional, desplazaron a los granos tradicionales (trigo, sorgo, cebada) (C. de Grammont 2007, 23). A Sinaloa se le ha considerado el estado que atrae más mano de obra agrícola y también uno de los mejores en el cultivo de tomate, chile, mango y calabaza. Por otro lado, y con base en el total nacional, Sonora

²³ En este tenor, existen trabajos de investigación que se abocan a caracterizar las condiciones de vida y dinámica socioeconómica del grupo de asalariados agrícolas conocidos como jornaleros/as del noroeste mexicano (Lara 2007; Velasco 2000; Moreno 2002; Chávez y Landa 2007). En estos acercamientos están quienes describen las dinámicas de género dado el aumento de la incorporación del trabajo femenino a las actividades agrícolas (Chávez y Landa 2007; Barrera y Oehmichen 2000). Ello ha ayudado a poner atención en los varones y su contribución a las transformaciones de las relaciones de género, en tanto individuos socializados bajo una matriz cultural enunciada a lo largo de esta investigación y otras (Calvario 2005; 2003). En el marco del estudio nacional de 2012, sobre las fuentes, orígenes y factores que producen y reproducen la violencia contra las mujeres (Riquer y Castro 2012), se realizaron acercamientos exploratorios sobre el fenómeno de la violencia hacia las mujeres jornaleras en el noroeste de México (Aranda 2014; Arellano 2014). Debido al tiempo, no fue posible analizar estos últimos trabajos, sin embargo, algunos de sus resultados coinciden con los de la presente investigación respecto a la dimensión de la violencia en la vida cotidiana de las jornaleras del PMA.

²⁴ El Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo (CIAD) ha promovido dicha certificación, y la han acogido varios agroempresarios de la Costa. Lejos de realizar una evaluación integral, y sólo por medio de observaciones y entrevistas en distintos campos (La Ventanita, San Arturo, San Francisco) y testimonios de trabajadores/as, se puede señalar que dicha certificación (Norma SA 8000 Social Accountability International) es aparente más que real, en términos de lo que se discute en este trabajo. Existen certificaciones nacionales e internacionales. Según la encargada del programa de inocuidad, los campos Los Arroyos y El Tojobal se certifican por medio de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA) en las llamadas buenas prácticas agrícolas, por medio de las cuales se trata de reducir la contaminación física, química y microbiológica del cultivo desde la siembra hasta la cosecha y el empaque.

contribuye con casi 15 por ciento de unidades hortofrutícolas de exportación, y las principales son la uva, la naranja, el melón, la sandía, el espárrago y el tomate (C. de Grammont 2007, 23). Los productos de mayor valor económico en Baja California son el cebollín, la lechuga, el espárrago, el tomate y la vid (C. de Grammont 2007, 27; Moreno 2002, 70).

Debido a la necesidad de más mano de obra, se han establecido varias rutas migratorias, sobre todo a partir del auge de los productos hortofrutícolas. En este sentido, el proceso migratorio en Sonora ha estado acompañado por la dinámica de la oferta y la demanda de trabajo agrícola, y en los últimos años es notorio el crecimiento de poblaciones dedicadas a las faenas de la agroindustria de exportación.

Desde hace décadas existen los asentamientos en los mismos lugares de trabajo y también fuera de éstos. Los valles y regiones agrícolas de Baja California (Mexicali, San Quintín y Ensenada), Sinaloa (Culiacán, Choix y Navolato) y Sonora (Costa de Hermosillo, Caborca, Pesqueira-Zamora y Empalme-Guaymas) son testigos del crecimiento de su población, asentada junto con los campamentos y campos agrícolas en donde viven los/as migrantes. De esta forma, existen poblados que si bien se fundaron por atracción de mano de obra lejana, con el tiempo reunieron los requisitos administrativos, económicos, sociodemográfico y de servicios para ser considerados cabeceras municipales; es el caso de la población llamada Miguel Alemán.

LA FORMACIÓN DE LA COSTA DE HERMOSILLO

La Costa de Hermosillo²⁵ está constituida por un conjunto de campos agrícolas, ejidos, poblaciones y rancherías que comparten características económicas y socioculturales. Dicha área estuvo poblada desde tiempos inmemorables por grupos étnicos como los seris, y en menor proporción territorial por las etnias extintas guaymas y upaguaymas. En los siglos XVIII y XIX, los españoles combatieron²⁶ a los pueblos autóctonos de esta región, y una vez vencidos floreció la agricultura de temporal en la extensa costa de lo que hoy es el municipio de Hermosillo.²⁷

El impulso modernizador del general Abelardo L. Rodríguez, en la primera mitad del siglo XX, favoreció el desarrollo de esta región (Ramírez 1993).²⁸ Las primeras unidades de producción agrícola dedicadas al cultivo de algodón (Hewitt 1978, 223; Aboites 2013) se convirtieron en factor importante en el desarrollo regional; la atracción de trabajadores agrícolas a los campos motivó, tiempo después, la conformación y crecimiento del PMA (Acosta 1990). En la década de 1940, familias italianas y alemanas iniciaron la colonización de la Costa, y comenzó la perforación de pozos. En este periodo, entre los apellidos de las principales familias ganaderas y agricultoras destacan Noriega, García, Camou, Encinas, Ciscomani y Forni, entre otros.²⁹ Quizá la familia descendiente de Alfredo G. Noriega es la más representativa de la región, él compró diez mil hectáreas, y ahí fundó la hacienda San Fernando, a finales

²⁵ La parte rural poniente del municipio de Hermosillo, conocida como la Costa, se ubica a 60 kilómetros de la ciudad en la región centro-occidental de Sonora, y cuenta con una extensión aproximada de 200 mil hectáreas.

²⁶ La última campaña cruel contra los seris fue en 1904, lo que provocó que se refugiaron en las costas del municipio de Hermosillo, en especial en Punta Chueca (Ramírez 1998).

²⁷ Con la fundación de haciendas entre la ciudad de Hermosillo y la Costa se dio paso para que familias acomodadas de la región iniciaran actividades productivas, primero de ganadería, y poco después de agricultura. Un ejemplo fue la fundación de la hacienda Costa Rica (1847), que animó a los mexicanos a tomar tierras cerca de la costa en lo que siempre fue territorio seri. Véase Thompson (1989) o <http://coppercanyon.freehomepage.com/Seris.htm> (agosto 2004).

²⁸ En este periodo, el concepto y representación del progreso y modernización tomó impulso en términos económicos y simbólico-discursivos.

²⁹ Ver Programa de Desarrollo Regional para el Poblado Miguel Alemán y Costa de Hermosillo, elaborado por la Secretaría de Contraloría General del gobierno del estado de Sonora (1994). Antes de las familias mencionadas, a finales del siglo XIX (1860-1880) la apellidada Encinas extendió sus propiedades, y se apropió de tierras de la etnia seri hacia el noreste de Hermosillo (Ramírez 1998, 53).

del siglo XIX, la cual producía trigo, maíz y frijol; fue el primer agricultor que utilizó una máquina de vapor para extraer agua a poca profundidad (Noriega 2010, 17).

Entre 1920 y 1933 se constituyeron los ejidos El Triunfo, La Habana y San Luis; el primero se formó por familias de repatriados llamados braceros y mineros del norte del estado; ante el desempleo, ellos solicitaron apoyo al gobierno federal. Según Pérez, antes de que se formara El Triunfo, ya existía como localidad, y la característica común de prácticamente todos los demás es que sus fundadores tenían experiencia campesina de sus lugares de origen (2014, 107). Los otros dos ejidos se formaron en las ruinas de las exhaciendas del mismo nombre, a partir de una expropiación en la década de 1940. En realidad, predominó la propiedad privada de la tierra, y la producción ejidal quedó en una posición marginal. El evento decisivo para la expansión de la propiedad privada con fines de explotación agrícola ocurrió en 1944, cuando se logró extraer grandes cantidades de agua por medio del primer pozo profundo (105 metros), en lo que hoy se conoce como el campo El Fundador. La extracción de agua del subsuelo fue debido al cese de avenidas del río Sonora, por la construcción de la presa Abelardo L. Rodríguez, en marzo de ese año.

Figura 2. El trabajo agrícola llamado “tolva” en pleno verano



Foto tomada por el autor en la Costa de Hermosillo, en el contexto de trabajo de campo para la investigación en que se basa el libro.

En 1947, el presidente de la república, Miguel Alemán Valdés, publicó en el *Diario Oficial de la Federación* la nueva Ley Federal de Colonización, lo que dio origen, en 1949, al distrito de colonización Miguel Alemán Valdés. Entre 1949 y 1951 se formalizó socialmente la colonización con tres grupos de personas: a) campesinos del valle del Yaqui; b) campesinos y mineros de Pilares de Nacoari y c) personas de Hermosillo. De 1941 a 1958 se construyeron medio millar de pozos profundos, con lo que se creó el mayor distrito de

riego por bombeo del país (Von der Borch 2007, 49). La producción del llamado oro blanco (algodón) se multiplicó y, con ello apareció la revolución verde, para acelerar el crecimiento agrícola de los principales valles sonorenses, entre ellos la Costa de Hermosillo (Hewitt 1978), que de 1946 a 1950 se consolidó como zona de explotación agrícola intensiva (Acosta 1990; Hewitt 1978). Para 1965 ya había alertas sobre la irracionalidad de la sobreexplotación de los mantos acuíferos, fue en este año que se alcanzó el máximo volumen de extracción, con alrededor de mil 100 Mm³ por año (Morales 2002). El fenómeno de la salinización y sobreexplotación de los recursos hídricos provocó que, para 1990, el número de pozos se redujera a 200 (SEDESOL 1990) .

Todo este proceso de expansión del área cultivada y la prosperidad económica de los dueños de los campos agrícolas, junto con las alianzas económico-políticas de las familias acomodadas, fueron elementos indispensables desde principios del siglo pasado para la consolidación de la elite económica de la región. Este hecho se reflejó en la distribución de los concesionarios de los pozos agrícolas; la repartición de los recursos hídricos fue crucial, pues de ello dependía, como hasta hoy, el éxito de la producción. Obviamente quedó excluida la mayoría de los ejidos (Pérez 2014). Navarro documenta esta situación para mediados de los años noventa:

Esta zona fue abierta al cultivo mediante la perforación de pozos profundos que irrigaban alrededor de 125 mil hectáreas. La estructura de la propiedad agraria en la Costa de Hermosillo presenta tres tipos de tenencia de la tierra: ejidal, colonos agrícolas y propiedad privada. Con todo, la concentración de la tierra no deja de jugar un papel secundario, ante el principal factor de acumulación de esta región: la distribución de los pozos de riego [...] Más de 45 mil hectáreas de riego son acaparadas por 18 familias teniendo propiedades que van de 100 a 5 600 hectáreas (Navarro 1992, 9).

De esta manera, el auge de la producción agrícola en la Costa propició la consolidación de un grupo de agricultores pudientes, y paulatinamente la contratación necesaria de cientos y miles de trabajadores/as. Aunque una aclaración importante es que los primeros peones, trabajadores de las antiguas haciendas de la región, son los que se pudieran considerar los primeros jornaleros ya que si bien realizaban cultivos de autoconsumo, como constata Pérez (2014), con frecuencia laboraban en las haciendas y en los primeros campos agrícolas. Conforme se tuvo la necesidad de contratar más fuerza de trabajo, comenzaron los flujos masivos de trabajadores de otras regiones del país y de Sonora (Castro Luque 2015, 113). Si se analiza este proceso desde la perspectiva marxista, se está frente a una forma de dominación de clase, en la que tanto el campesino sin tierra o con ella se transforma constantemente en asalariado agrícola, a favor de la acumulación de capital regional. Como lo documenta Pérez, el ejido siempre estuvo conformado por personas con raíces campesinas pero, al entrar en la lógica del capital regional, junto con las crisis constante de subsistencia que tenían que enfrentar, se vieron obligados a vender su fuerza de trabajo. Esto también ocurrió en las zonas agrícolas del sur y centro de la república mexicana, pues en las contrataciones que se iniciaron a mediados del siglo pasado, los contingentes eran campesinos empobrecidos.

La lógica socioeconómica de la formación de la Costa no está exenta de otras formas de dominación, en este caso, la que invisibiliza a las mujeres y promueve un modo monolítico de ser hombre. De una manera sutil, pero enormemente exitosa, la construcción histórico-discursiva de lo que es hoy la Costa se debió al androcentrismo y patriarcalismo, que no son más que expresiones de la dominación masculina.

La construcción histórico-discursiva de la Costa

En Sonora, el proceso de constitución de las regiones en términos socioculturales, esto es, como conjunto de ideas, definiciones y matriz de significados, que están ancladas en lugares espacialmente delimitados estuvo, de

alguna manera, relacionado con nociones derivadas de actividades agrícolas y ganaderas.³⁰ Dicho proceso no está exento de referencias de género y, en especial, sobre el papel en la historia regional de los varones. Según Núñez (1994; 1993), las construcciones discursivas sobre las regiones de Sonora, y en el marco del proyecto modernizador emprendido por la elite revolucionaria, se fraguaron gracias a la idea de progreso.³¹ La referencia a *la frontera*, a *la costa*, o a *la sierra*, estuvo marcada por las luchas por la significación del sentido dominante del ser sonorenses y, a la vez, implicó nociones androcéntricas, es decir, la prefiguración de la identidad regional hizo referencia al varón blanco de ascendencia europea que reflejaba los valores viriles por definición, la franqueza, la valentía, la razón, el trabajo, las riquezas, la astucia y la gallardía. En un primer periodo (1882-1930) aún no existía la diferenciación regional actual, sino que el referente geoespacial eran los pueblos que hoy se conocen como sierreños. En términos de ideología cultural, la diferenciación racial era el eje rector en las representaciones en los habitantes de Sonora, y el blanco encarnado en los rancheros era considerado portador de un mundo civilizado, en contraposición de la barbarie de los “salvajes”.³² En un segundo periodo (1930-1960), la idea de progreso o moderno se intensificó, y el polo geoespacial de desarrollo se desplazó hacia los valles costeros (Núñez 1993, 83-85). Es cuando Núñez (1993) y Chávez (2007) ven una consolidación de la ideología regional trazada en relación con la estructura política y económica. También emergió la nominación a lugares de Sonora, que configurarían las regiones actuales; la sierra se veía como los pueblos de atraso, otro símbolo de la vanguardia, y su lugar lo tomarían los valles costeros y la frontera. Fue en el gobierno del general Abelardo Rodríguez cuando se consolidó el proyecto modernizador en su aspecto económico y cultural.³³ Hay que subrayar el carácter masculino de dicha empresa, los valores viriles occidentales de la racionalización y el sentido de poder estarán presentes en la consolidación de los proyectos regionales.

En este contexto, el lugar que hoy ocupa la Costa de Hermosillo, poco a poco empezó a tomar notoriedad no sólo por el aumento incesante de las tierras que se abrieron al cultivo, sino porque se convertiría en el símbolo por excelencia de lo que algunos empresarios denominaron para sí, la tierra de los agrotitanes. Las condiciones adversas de colonización, sobre todo por lo escaso del agua y el clima extremo en esta región, han contribuido para que a través de los años se exprese una representación regional asociada a valores tradicionales que promueven la imagen masculina del sonorenses.³⁴ Es interesante ver cómo la misma idea de que los agricultores sonorenses (ahora agroempresarios) dominaron a la tierra y al medio ambiente, tiene relación con la masculinidad hegemónica porque se le asocia a un referente físico: el clima extremo. El aguante será un referente de uso frecuente en la idealización de la masculinidad para el trabajo “a ras de

³⁰ Estas regiones son: la sierra (conjunto de pueblos que representan la cultura tradicional sonorenses tanto en el habla como en la forma de vestir - Baviácora, Banámichi, Huásabas, Bacadéhuachi, Moctezuma, San Pedro de la Cueva, Ónavas, San Felipe de Jesús); la frontera (en colindancia con Estados Unidos con predominio maquilador/comercial: -Nogales, Agua Prieta, Sahuaripa, San Luis Río Colorado, Fronteras); la costa (municipios tradicionalmente agrícolas, pesqueros y comerciales que comprenden también los valles como el Yaqui y el Mayo -Hermosillo, Ciudad Obregón, Navojoa, Guaymas, Caborca, Huatabampo). Cuando se alude a la Costa es la parte agrícola del municipio de Hermosillo, la cual a su vez forma parte de la última región señalada. El hecho de que el poniente de la capital del estado colinde con el mar de Cortés contribuyó a que esta zona se denomine Costa de Hermosillo.

³¹ Habría que señalar que las antípodas que Núñez explora (moderno-antiguo, desarrollo-atraso, salvaje-civilizado) refieren en términos eliasianos al proceso civilizatorio que impactó esta zona a lo largo de las luchas tanto de conquista como de resistencia por parte de los españoles y de los grupos étnicos. Implicó cambios de comportamientos en pos de la “civilización”, pero de ninguna forma fueron lineales.

³² En este periodo se construyeron las principales líneas ferroviarias que unieron el sur con el norte del estado; aparecieron los sistemas de agua potable, la electrificación y el telégrafo en Guaymas, Hermosillo y Nogales. Según Núñez, en este lapso predominaron nociones referentes al progreso con sesgos raciales importantes (1993, 79-83).

³³ Los símbolos del atraso se sustituyeron por otros nuevos, que reflejarían un intento por cambiar el estilo de vida de las clases acomodadas, las casas de adobe se sustituyeron por los materiales como el concreto, y aparecieron los porches (de origen californiano). Se construyó la Universidad de Sonora, el hospital del estado y edificios de oficinas (Núñez 1994, 84); se trazaron las calles principales de la ciudad, y surgió una industrialización incipiente (fábrica de harina, jabón, hielo y productos lácteos).

³⁴ Trinidad Chávez (2007) escribió que dicho término fue usado por los agricultores de este periodo. Concuerda con lo que Alfredo Noriega León (nieto de uno de los primeros colonizadores de la Costa denominada originalmente como región del Chamizal) escribe respecto a la idea de la grandeza de estos primeros colonizadores “la gran obra que realizó mi abuelo muestra de su carácter emprendedor que lo llevó a vencer los desafíos que imponía la tierra, fue un canal para captar el agua de lluvia” (2010, 18).

suelo”, lo que supone hacerle frente al clima extremo como el calor y el frío. El empuje, la perseverancia, la dureza de los “hombres” que desmontaron estas tierras son referentes que explicarían la fructífera zona agrícola de la Costa, el dominio del desierto que parecía indomable. Como símbolo, la fuerza -en especial la masculina- equiparable al trabajo, es parte de lo que algunos autores llaman la cultura del esfuerzo en Sonora (Manríquez 2001, 529). La síntesis de la representación relacionada con la otrora región de la revolución verde, lo expone la frase instituida desde los gobiernos locales: *los viñedos son parte del orgullo sonorense*. No obstante, en la construcción regional de la cultura del esfuerzo, en especial en su versión oficial, la masculinidad trabajadora, honorable, recta, recae en los hombros de los hombres dueños del capital, por ello, las históricas condiciones de vida de los trabajadores del campo sólo se ven como parte del proceso de producción. La vulnerabilidad de los cuerpos femeninos o masculinos de estos trabajadores “a ras de surco” fue invisibilizada, como también la masculinidad trabajadora y la fuerza de trabajo femenino. Existe un proceso de exclusión en el discurso oficial que ensalza una masculinidad de corte clasista. Los varones jornaleros están marginados en términos de representación legítima de la cultura del esfuerzo, del logro; en el caso de las mujeres jornaleras, simplemente no existen.

Es preciso hacer una última precisión respecto a la manera en que la Costa se consolidó en términos de representación sociohistórica. El punto de observación analítica lo aporta el trabajo de Pérez (2014) en cuanto que documenta, aunque no extrae las consecuencias desde el punto de vista del orden de género, el reconocimiento del trabajo productivo para el varón, en especial el referente a los primeros ejidatarios y, por ende, de los jornaleros. En la región no hay claridad respecto a los antecedentes de la participación de las mujeres en el trabajo asalariado del campo, no obstante, se sabe que se involucraban en actividades no necesariamente remuneradas pero sí productivas, como la elaboración de quesos y de carne seca, la cría de animales de corral y la pepena de elotes, entre otras. Las solicitudes de tierras ejidales constatadas en los archivos gubernamentales fueron realizadas por decenas de varones, las mujeres no figuraron, pues en su mayoría eran éstos quienes ejercían los derechos respectivos. Fue en 1971 cuando la legislación mexicana les reconoció a ellas derechos de propiedad y usufructo de la tierra, y aunque en la actualidad sigue existiendo un desfase entre el entramado legal y la realidad, en este sentido Vázquez (2001) señaló, apoyándose en varios autores, que:

Desde la perspectiva de equidad de género, la modificación más importante fue la de 1971, cuando se decidió otorgar a las mujeres derecho legal a la tierra y representación en las estructuras ejidales. Por su parte, los cambios de 1992 crearon el marco legal para la compra-venta y la inversión privada en tierras ejidales. Sin embargo, varios estudios (Goldring, 1998; Stephen, 1998; Hamilton, 2000) han señalado que la forma más importante de acceso a la tierra por parte de las mujeres ha sido y sigue siendo la herencia por línea de un difunto marido.

De tal forma que gran parte de las dinámicas agrarias que sustentaron la Costa de Hermosillo, en términos de posesión, reconocimiento formal sobre los recursos naturales y económicos estuvieron caracterizadas por la autoridad masculina. No es casual que no exista el término de “agrotitanas”, y que el reconocimiento sobre la rudeza, aguante y valentía estuviera dirigido hacia los varones, quienes en la historia oral regional figuran como los que abrieron las primeras tierras al cultivo intensivo. Las mujeres están presentes sólo como agentes complementarios respecto a los hombres, pero hay que aclarar que se refiere a una clase particular: los hombres blancos quienes, con el proceso de colonización, desde finales del siglo XIX, se constituyeron como los “patrones” de la zona.

A la par, y frente a la construcción de la masculinidad ideal de la región, esto es, la dueña del capital, la que representa la clase social poseedora de los medios de producción en términos marxistas, o la que personifica una ética de trabajo, ahorro y esfuerzo cercana a la caracterizada por Max Weber en *La ética*

protestante y espíritu del capitalismo, se pueden localizar otras formas de ser “hombre” en la lógica del ideal cultural. Como consecuencia del discurso hegemónico de la masculinidad dominante, las relaciones que establecieron los pequeños propietarios, ejidatarios o migrantes campesinos que recién llegaban a la región fermentaron otras formas cómplices, alternas o marginadas de masculinidad en las cuales la letanía clase, etnia y raza se entrecruzó para cristalizar combinaciones de ser hombre. La exclusión de las mujeres en el discurso actual sobre el hombre que domó el desierto también invisibilizó a la clase trabajadora, que acompañó a estos “grandes hombres” desde la colonización de la región de la Costa. Enseguida se presenta una caracterización actual de los trabajadores del campo en Sonora, en una lectura sincrónica y, sobre todo, que introduce el tema de los costos del sistema de trabajo hacia los trabajadores como fuerza laboral precarizada.

LOS/AS TRABAJADORAS DEL CAMPO EN SONORA

*El trabajador no calificado tiene sólo un producto
que ofrecer en el mercado: su capacidad física.
Cumpliendo con el imperativo de generar utilidad,
el trabajo asalariado consume cuerpo mediante
la fatiga acumulada, las enfermedades,
los accidentes de trabajo [...]*
(Connell 1998, 84-85)

Al trabajar en varios viñedos agrícolas de la Costa se constataron las condiciones socioambientales adversas que experimentan los/as jornaleras agrícolas. El cansancio, el frío o el calor son circunstancias que todo/a trabajador/a agrícola enfrenta. En Sonora, caracterizado por climas extremos, las faenas agrícolas suelen requerir alta resistencia física. Se agregan factores como la falta de servicios de salud, la inseguridad en los sistemas de trabajo y sus bajos salarios, los cuales abonan a presentar escenarios complicados. Es fácil prever las consecuencias de laborar como jornalero/a en la salud de los/as trabajadoras.

Es innegable la relación entre el mercado laboral agrícola y las condiciones de vida de los/as trabajadoras, por lo menos así lo han constatado estudiosos del tema. Según varios investigadores/as, el proceso de precarización del trabajo agrícola ha suscitado el deterioro de la clase trabajadora (Lara 1992; C. de Grammont 1992; Rojas 2013). Este fenómeno se ha identificado en la mayoría de las zonas agrícolas del mundo, sometidas a la dinámica y requerimiento de la economía capitalista. La Costa de Hermosillo se encuentra dentro de los circuitos productivos de exportación dirigidos a satisfacer la demanda de frutas y legumbres del mercado estadounidense, canadiense, asiático y europeo. Como tal, el centro occidente agrícola de Sonora le debe su dinámica económica y generación de empleos a los procesos económicos gestados en el último cuarto del siglo pasado. El libre comercio, es decir, la apertura comercial de México hacia el exterior, principalmente a Estados Unidos, facilitó el aumento de los jornales generados en la Costa y la reproducción del capital. Con este proceso se expresaron rasgos inequívocos de lo que se ha llamado flexibilidad primitiva, la cual alude a una “arbitrariedad empresarial” (poca regulación y control del proceso productivo por parte del Estado, la exclusión de la empresa de sindicatos en la dinámica laboral) con formas antiguas de organización del trabajo (De la Garza 1992, citado en Lara 1992, 33).

En la región de estudio, la inestabilidad y la incertidumbre en el empleo durante los meses del fin de la cosecha de vid y siembra de hortalizas, julio y agosto, se viven con inquietud en el PMA, debido a lo escaso del empleo. En estos dos meses es cuando más se refleja el desempleo y, por si fuera poco, desde mayo, que es el final de la cosecha de vid, hasta julio y agosto, cuando se producen jornales mínimos, la temperatura se eleva a

su pico máximo.³⁵ La Costa de Hermosillo es ejemplo del proceso de acumulación de capital. El desarrollo económico produce riqueza para unas decenas de propietarios, y los cientos de peones agrícolas diseminados a lo largo y ancho de esta región se hayan en el umbral de la sobrevivencia. El hecho de que predomine el empleo eventual durante todo el ciclo agrícola, y además en la forma a destajo ha hecho que los habitantes del PMA se encuentren en una situación vulnerable, pues la mayoría no tiene seguridad social, y la pensión por cesantía y vejez es un lujo para pocos.³⁶

Por otro lado, el derecho a la vivienda no está garantizado por el Estado mexicano; quienes laboran de forma permanente (de planta) reciben créditos accesibles a las decenas de viviendas construidas entre 2005 y 2010. Ante los cientos de familias que se asientan en las invasiones de la periferia del PMA, las beneficiadas con un financiamiento para una vivienda se consideran privilegiadas.

Las/los jornaleros agrícolas trabajan en condiciones ambientales extremas, es una más de las adversidades que los acompañan en sus actividades diarias en el noroeste mexicano. En verano tanto mujeres como varones laboran en los viñedos sonorenses a temperaturas superiores a los 40 °C, razón por la cual los sistemas de salud regionales registran, en sus áreas de urgencias, a pacientes de algún campo agrícola con síntomas del llamado golpe de calor. En contraparte, en invierno cuando recién empiezan las labores en los surcos de la vid, suelen ocurrir heladas y el termómetro puede marcar temperaturas bajo cero. En estos términos, José Luis Seefoó no exageró cuando afirmó lo siguiente:

A los jornaleros se les encuentra en cualquier latitud, altitud, clima; vienen en diferentes ropajes, son de varias edades y tamaños, hablan distintas lenguas pero todos, todos se distinguen por ser rendidores en el trabajo. Su rasgo esencial es que para vivir deben vender su fuerza de trabajo en la agricultura y en otras actividades marginales (la construcción, venta ambulante) y no tienen asegurado el empleo en el lugar de residencia (2002, 2).

Las políticas públicas dirigidas a la población jornalera se han centrado en migrantes y, en especial, en indígenas, cuya presencia en ocasiones exacerba la precariedad, pero a la vez son sujetos de programas por parte de la Comisión Nacional Indígena, de la SEDESOL o del gobierno del estado. En las políticas sociales ha prevalecido una mirada focalizada en grupos considerados históricamente marginados, pero cuya finalidad primera es mejorar la imagen institucional del gobierno o personaje político.

Como dijo Cristóbal Kay:

Muchos pobres rurales no indígenas trabajan como jornaleros en actividades agrícolas bajo circunstancias de gran inseguridad, y muy a menudo viven en condiciones precarias en poblados dispersos debido a que no tienen aspecto indígena o no viven en comunidades indígenas; su pobreza resulta muy a menudo invisible y por lo tanto son excluidos de programas para alivio a la pobreza. Ésta podría ser una política deliberadamente escogida porque se adquiere mayor popularidad al lidiar con los pueblos indígenas o por las presiones ejercidas (2007, 83).

³⁵ El colapso de algunos viñedos ante las crisis económicas o salinización del agua, y a la vez, la sobrevivencia de otros, al entender mejor las lógicas de las cadenas de comercialización de sus productos hortofrutícolas a escala internacional, han sido propulsores tanto para el auge económico como para las situaciones de desempleo agudo. La contratación de mano de obra externa y el desplazamiento de cientos de jornaleros hacia otras regiones se debe a las necesidades del mercado de trabajo agrícola. La conversión del patrón de cultivo llevó a muchos productores a sustituir la siembra tradicional (trigo y algodón) por la que demandan el mercado europeo y estadounidense, con ello aumentó la masificación de la fuerza de trabajo, pero con un costo, algunos productos como la vid sólo se reproducen en un ciclo por año. Lo anterior ha generado periodos de desempleo agudo, sobre todo en la principal localidad de la región.

³⁶ La atención a la salud, aun para quienes cuentan con el programa gubernamental instituido en fecha reciente, del Seguro Popular para la población abierta, es de mala calidad junto con la insuficiencia de los recursos materiales (observaciones y entrevistas realizadas a personal del centro de salud del PMA en 2008 y 2009). Por las mañanas las filas para atenderse por lo regular son largas, y no todos alcanzan consulta. Las quejas de los usuarios son constantes por la calidad de la atención y por la insuficiencia de medicamentos.

Con los sistemas modernos de producción agrícola de las últimas décadas y la dinámica del mercado se ha motivado la precarización del trabajo en el campo. El riego presurizado o por goteo, el empleo de agroquímicos para un alto rendimiento y la minimización de costos y maximización de ganancias contribuyen a la alta eficiencia de los campos agrícolas, sobre todo para la exportación de sus productos. No obstante, la flexibilidad laboral, es decir, los sistemas de contratación endebles, con la mínima seguridad del empleo, y los bajos salarios convierten a los/as jornaleras en mano de obra útil para la producción, pero en condiciones precarias.

El poblado Miguel Alemán ha cobrado visibilidad por la magnitud de los problemas y el crecimiento poblacional, y ello ha provocado que se implementen acciones asistencialistas. Por ejemplo, en invierno son frecuentes las ayudas gubernamentales y privadas, que consisten en reparto de cobijas, despensas y, en el mejor de los casos, materiales para construcción. Sin embargo, no existe una política para combatir la precariedad laboral, las condiciones de trabajo no mejoran a pesar de las décadas de promesas para diversificar las fuentes de empleo. La ausencia de una política social articuladora de todos los esfuerzos gubernamentales por mejorar la calidad de vida de los jornaleros del PMA ha hecho que los beneficios asistencialistas sean fugaces. Los indígenas de la etnia triqui han sido los más beneficiados;³⁷ como dice Kay, al gobierno le reditúa políticamente focalizar programas de corte asistencial y, a la vez, ante la opinión pública lava un poco su imagen.

LA ERA DE LOS PRODUCTOS HORTOFRUTÍCOLAS DE EXPORTACIÓN

En 1992, con la presencia de crisis económicas cíclicas, la sobreexplotación del manto acuífero y la exigencia internacional de mayor productividad y competitividad presentaron un panorama nada alentador para los productores agrícolas y trabajadores de la Costa de Hermosillo (Martínez 1993, 197), que en la actualidad no está exenta de las estrategias para impulsar el desarrollo de la agricultura ante el TLC (Martínez y Reed 2002). Como la conversión del patrón de cultivos, que es una de las implementadas por el gobierno y los productores para hacer frente a la baja rentabilidad del campo. Como refiere Seefóo:

En México, la reestructuración neoliberal de la agricultura se centra en tres objetivos: uno, fomentar la exportación de productos no tradicionales (flores, frutas y hortalizas); dos, impulsar su capitalización con recursos locales que sean atractivos para el capital extranjero; y, tres, impulsar la competitividad internacional complementando la oferta interna de bienes alimentarios con la importación. Estas políticas consideran más rentable producir flores, frutas y hortalizas, y comprar granos básicos (maíz) (2002, 5).

En este sentido, la vieja elite de agricultores ha tenido que darle un giro a la producción para convertirse en agroempresarios. El cultivo de granos básicos ha disminuido, pero ha aumentado el de productos hortofrutícolas, entre ellos la vid (Martínez y Reed 2002,15).

Por ejemplo, en el año 2000 se sembraron 66 mil hectáreas en el distrito de riego 055, mejor conocido como la Costa de Hermosillo, y se cosecharon 13 752 hectáreas de vid, 67.5 por ciento del valor de producción total de dicho distrito. En 2001, la uva de mesa significó 52.8 por ciento del volumen total del estado, con un valor de 1 339.3 millones de pesos (Gobierno del Estado de Sonora 2001, 218).

³⁷ La “ayuda” es insuficiente, y no significa que estén en mejor condición de vida que los residentes no indígenas; en algunos casos, ocurre todo lo contrario.

Esta situación propició la utilización de 32 por ciento de los jornales ocupados en cultivos perennes. Para 2002, el valor estatal de la uva estuvo a la par con el del trigo, 2 593 629 y 2 620 800 pesos, respectivamente (Gobierno del Estado de Sonora 2002, 819). En cuanto a las exportaciones del ciclo 2001-2002, la uva de mesa llegó a 196 821 toneladas, sólo superada por el trigo, con 276 83 toneladas para exportación (Gobierno del Estado de Sonora 2002, 84).

A partir del proceso de conversión agrícola, la fuerza de trabajo en cultivos tradicionales (trigo, sorgo, maíz y algodón) fue desplazada por los relacionados con los hortofrutícolas. La fuerza de trabajo femenina aumentó por los requerimientos de los cultivos nuevos. Como en otras zonas agrícolas del país y de América Latina, en algunos procesos de producción fue preferente la mano de obra femenina por la creencia del mejor manejo, sobre todo de mujeres jóvenes, por ejemplo el empaque de vid, melón, sandía y calabaza.

Respecto a la precarización laboral, desde sus inicios del desarrollo agrícola, la Costa ya presentaba indicios marcados de dicho rasgo, sobre todo, de los trabajadores del campo estacionarios (eventuales), así denominados por el IMSS. A pesar que desde 1955 se pretendía incluirlos en dicha institución, fue en 1961 cuando se instauró el sistema de pases (constancia que servía a los/as trabajadoras para utilizar la cobertura en salud (Ramírez 1998, 120); debido al subregistro de los dueños de los campos agrícolas –reportaban menor superficie sembrada de la real–, se modificó el reglamento para que todos los/as trabajadoras tuvieran acceso a la seguridad social desde el primer día de labores. No obstante, la violación flagrante de los derechos laborales es moneda corriente en la actualidad. Es conveniente aclarar que en esta primera etapa, la fuerza de trabajo era fundamentalmente masculina, y aunque siempre existió la femenina, por lo menos, de manera formal en el mercado de trabajo, su presencia aumentó en la etapa hortofrutícola.

La falta de control de las condiciones que ponen en riesgo la vida de los/las trabajadoras, por ejemplo, la capacitación en el uso de agroquímicos, la proporción de material adecuado y el transporte seguro ha sido una constante desde hace décadas, según los informantes (Calvario 2010). De acuerdo con testimonios recabados por Alfredo Noriega, hubo patrones que se preocupaban por la seguridad de sus empleados, incluso se adelantaron al IMSS y al Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores al otorgarles dichas prestaciones cuando estos organismos aún no existían (Noriega 2010). Es cierto que la relación entre el patrón y los trabajadores era más estrecha que ahora, conforme aumentó la movilidad y la cantidad de éstos fue cada vez más difícil mantener dicha cercanía. Uno de los factores que propició la ruptura de este lazo tradicional fue el cambio del modelo de producción, el paso de la agricultura tradicional a la empresa agrícola.

En la etapa hortofrutícola se ha constituido una flexibilidad laboral salvaje en los campos sonorenses y costeños, en particular; se contrata a mujeres embarazadas, a niños o a indígenas sin supervisión alguna (Ramírez 1998, 122).

III. EL POBLADO COMO PELIGRO

En este capítulo se presentan las condiciones sociales y materiales en que viven los/as informantes de esta investigación, para entrever las circunstancias y los determinantes del peligro, y a la vez introducirse a la manera en que se inculcan las ideas sobre el género. Puesto que las prácticas sociales están ubicadas en el contexto de vulnerabilidad de la región, el objetivo es brindar un panorama sobre el entorno residencial de los/as entrevistadas y vincularlo con el análisis del peligro.

En este punto es importante estar atento en términos teórico-metodológicos a lo que Pierre Bourdieu llama efecto de lugar. Se trata de la manera en que las personas se insertan y despliegan acciones en donde el lugar habitado “funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social” (1999, 120). De esta manera, los lugares, el espacio físico en que están situadas y jerarquizadas tienen efecto en las relaciones sociales por medio de la violencia simbólica. El espacio social y físico en el PMA se estructura a partir de múltiples lugares y jerarquías o distancias sociales, como les llama Bourdieu, mediante las interacciones cotidianas, y está conformado por las distancias de género, clase y etnia, principalmente. Las condiciones materiales de precariedad tanto en la calidad de vida como en la inestabilidad laboral, junto con los procesos de exclusión social, reflejan a la localidad como un escenario “poco adecuado para vivir”.³⁸ En términos metodológicos, interesa abordar la comunidad como espacio de reproducción de amenazas, situaciones que ponen en jaque la integridad de las personas y, sobre todo, como asimetrías de género expresadas en distintos espacios sociales.

El capítulo está organizado en cuatro apartados generales, los dos primeros incluyen los antecedentes de la localidad principal, así como sus dinámicas sociales, demográficas y culturales. En el tercero se presentan los rasgos fundamentales de morbi-mortalidad en el contexto de los daños colectivos a la salud. A este respecto, el registro de la morbilidad proviene de los servicios públicos de salud, en especial sobre la frecuencia y tipos de enfermedades más comunes en el PMA. Ello permite una mirada cuantitativa sobre la magnitud de los accidentes y lesiones canalizados al centro de salud de la localidad (CS-PMA), donde se exploran y analizan los escenarios de la comunidad y la percepción social del peligro. Se recuperan algunos datos cuantitativos para realizar un acercamiento cualitativo respecto a la valoración social de la localidad y las dinámicas de género, a partir de situaciones críticas de seguridad. También se analiza la intersección de las prácticas y el discurso sobre el cuidado, en relación con los modelos masculinos.

EL POBLADO MIGUEL ALEMÁN EN LA ACTUALIDAD

En diversos estudios se ha hecho hincapié en el proceso actual en varios centros poblacionales de América Latina, que expresan rasgos tradicionales y modernos (Salas 2006). Es común que al campo y a las ciudades

³⁸ La frase está entrecomillada porque es difícil establecer los parámetros respecto a lo que es poco o muy adecuado, no obstante, el objetivo es enfatizar que los habitantes señalan constantemente los rasgos negativos de la comunidad, los cuales hacen más difícil la vida ahí.

se les haya etiquetado con los términos rural y urbano, respectivamente. Los estudios sobre la nueva ruralidad han advertido sobre la inoperancia de dichas categorías para expresar la complejidad que viven estos centros. Los rasgos sociales, culturales y económicos adjudicados en exclusiva a la ciudad, ya no operan en la actualidad. Llambí señala que la nueva ruralidad se distingue porque los espacios sociales y económicos permanecen vinculados a los grandes complejos agroindustriales (1996, 89, citado en Salas, 2006). Aquí se ve lo que ocurre en La Doce o Calle 12 (como también se le llama al PMA) con los procesos vinculados a la dicotomía rural-urbano.

El poblamiento de La Doce y los patrones de residencia guardan un asombroso parecido con la zona de San Quintín, en Baja California. Un grupo de científicos sociales documentaron los procesos de asentamiento del valle de San Quintín los cuales están en sintonía con lo que pasó en la Costa de Hermosillo, y La Doce, en particular. Velasco et al. (2014, 61-69) señalan que entre 1970 y 1980 en la región citada se inició su despegue demográfico, que se duplicó más de dos veces. Al principio los flujos migratorios predominantes se instalaban en los llamados “campamentos”, donde residen los/as trabajadoras de los campos agrícolas; la primera transición ocurrió cuando ellos/ellas poco a poco empezaron a desplazarse hacia las colonias –lejos de la jurisdicción de los campos–, en ellas vivían con más libertad, se alojaron en las viviendas particulares, y surgió la modalidad residencial de las “cuarterías”.

En la formación del poblado Miguel Alemán intervinieron los productores fundadores y también los cientos de trabajadores que en la década de 1950 viajaban por toda la Costa de Hermosillo, para ocuparse en las labores del algodón y trigo. A este lapso en la cronología agraria sonoreense se le conoce como la época del “oro blanco”. Una parte importante de los terrenos en los cuales se extendió el PMA perteneció a la familia Noriega, otrora colonizadora de los primeros cultivos y producción ganadera de la Costa.

En concordancia con lo anterior, en los años cincuenta llegaron contingentes numerosos de la sierra de Sonora, del oriente del municipio de Hermosillo y del estado de San Luis Potosí, entre otros. En estos años aún no se vislumbraban asentamientos de lo que hoy es el PMA, bastó la intensificación de las actividades agrícolas para que se empezara a construir la carretera Hermosillo-Bahía de Kino (Hewitt 1978, 223). En la confluencia de dicha carretera con La Doce se construyó, en 1960, una despepitadora para procesar el algodón, frente a ésta se instaló un restaurante llamado OK, para ofrecer servicio a los jornaleros y viajeros (Noriega 2010). Con la masificación continua de los trabajadores “golondrinos”,³⁹ algunos de ellos empezaron a asentarse de manera definitiva en este lugar y, ante la necesidad de atención de salud para la población que residía de manera permanente en los campos agrícolas, se empezó a presionar a las autoridades gubernamentales para amortiguar los problemas causados por las enormes cantidades de trabajadores que deambulaban sin protección (y que, paradójicamente, aún andan por las calles del PMA, y de las carreteras principales de la Costa: la de Bahía de Kino, las calles 36, 26 y 12, entre otros) (Calvario 2011, 337-343). De esta manera se construyó la clínica del IMSS-PMA, inaugurada en 1964 por el presidente Adolfo López Mateos.

En los años posteriores se fueron instalando viviendas de manera permanente y para 1969, según Acosta, se creó la Calle Doce (1990, 109). Esto fue resultado de la solicitud de un terreno para la construcción de una escuela pequeña, y de movilizaciones de un grupo que reunió gente de los campos agrícolas para demandar terrenos para los trabajadores que aún no tenían un patrimonio propio.⁴⁰ Debido a ello, el 10 de octubre de 1986, el Congreso del estado aprobó la creación de la comisaría Miguel Alemán que

³⁹ Los trabajadores “golondrinos” eran quienes se trasladaban, de manera periódica, de cualquier lugar de Sonora hacia la Costa de Hermosillo; de esta manera, tenían su residencia indefinida por temporadas en cualquier campo de la Costa. En la actualidad, la SEDESOL usa este término para dar cuenta de los trabajadores, sobre todo indígenas del sur del país, que recorren grandes distancias desde los campos michoacanos pasando por el valle de Culiacán y Costa de Hermosillo hasta los campos de Baja California.

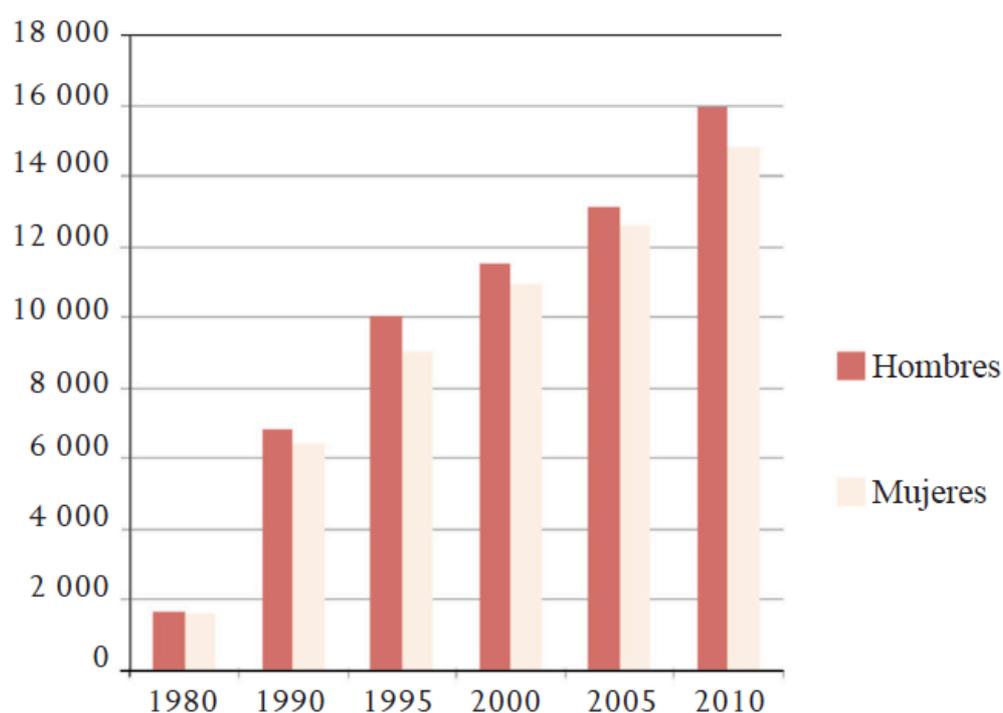
⁴⁰ Existen casos en que la permanencia en un campo agrícola (o varios pero del mismo patrón) ha durado alrededor de 20 años o más. La necesidad de darles educación a sus hijos y tener vivienda propia hizo que decidieran trasladarse, junto con toda la familia, al PMA.

comprende una superficie de 5 643 km². El PMA se convirtió así en la cabecera de dicha comisaría. Se localiza en la parte occidental o poniente del municipio de Hermosillo, y representa 37.92 por ciento del total de éste (Ramírez 1999).

ASPECTOS SOCIODEMOGRÁFICOS Y CULTURALES

Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI (2010), a la comisaría Miguel Alemán le corresponden 30 869 habitantes, 5 131 más que en 2005 (25 738).⁴¹ Es preciso señalar que la cifra para 2005 es reservada, pues tanto el H. Ayuntamiento de Hermosillo como las autoridades locales de la comisaría estimaban que superaba los 40 mil habitantes.⁴² En comparación con la población del resto del municipio, en 1990 el PMA representó 2.9 por ciento del total, en tanto que en 2005 este porcentaje ascendió a 3.6. Del año 2000 a 2005, las viviendas habitadas aumentaron a 810. Por parte del comportamiento de la jefatura femenina, en este mismo lapso se incrementó en 522 hogares nuevos (de 919 pasaron a 1 441), a diferencia de la encabezada por varones con 332 (de 3 927, en el año 2000, a 4 259, en 2005). Los censos muestran mayor número de varones en comparación con las mujeres (véase [Figura 3](#)). En el Programa de Desarrollo Comunitario para Miguel Alemán se plasma un índice de masculinidad de 103.9 por cada 100 mujeres (H. Ayuntamiento de Hermosillo y SEDESOL 2008, 4).

Figura 3. Crecimiento de la población por sexo y año, PMA



Fuente: elaboración propia, con base en los censos de población y vivienda de 1980, 1990 y 2000, y de los conteos de población y vivienda de 1995 y 2005. El INEGI realiza los censos y los conteos en 1981, 1991, 2001, 1996 y 2006.

⁴¹ http://operativos.inegi.org.mx/sistemas/iter/consultar_info.aspx (marzo de 2014).

⁴² Dato proporcionado por el comisario del PMA (entrevistado en 2008).

A pesar de que el PMA se constituyó con base en población fuereña, para el año 2000 la que nació en Sonora representó 63.2 por ciento del total, mientras que el resto era oriunda de algún lugar fuera del estado; en 1990, 65 por ciento de los habitantes era de otro estado de la república (SEDESOL 1990), en 1998 este porcentaje descendió a 44.6, y sólo 27 era de nativos del PMA (Ramírez 1999, 31). Respecto al promedio de escolaridad, se registró un incremento ligero; en el año 2000 era de 5.15 años, ascendió a 5.51, en 2005. El comportamiento sociodemográfico muestra cambios significativos en la localidad.

En general, los entrevistados o informantes cuentan con servicios básicos como agua potable, recolección de basura, electricidad y, recientemente, drenaje. En los últimos años la distribución del agua potable ha tenido problemas en las zonas elevadas del PMA, porque se requieren obras públicas que permitan la instalación de equipos de bombeo nuevos. Varios de los/as informantes viven en parte donde escasea el agua potable; experimentan cortes constantes gran parte del día. Aunque la calidad de los servicios es irregular, permite cierta comodidad a los residentes, pues para un sector de la localidad ya no es necesario quemar la basura o utilizar lámparas de petróleo como antaño. En el caso del drenaje, algunas familias entrevistadas prefieren seguir utilizando las letrinas llamadas “escusados”, por el costo que representa introducirlo a la vivienda. Sobre todo en verano, cuando las temperaturas rebasan los 40°C, el olor de las letrinas se difumina a un radio de entre cinco y diez metros, según el viento.

En términos geoespaciales, el PMA forma un polígono irregular parecido a un rectángulo ubicado a la derecha de la carretera Hermosillo-Bahía de Kino; en la actualidad hay más de 15 colonias populares. Con fines descriptivos, la localidad se divide en tres zonas; la centro, ubicada de oriente a poniente, es donde se originó el poblado, y cuenta con el mayor número de calles pavimentadas y ahí se asientan los comercios principales y las oficinas gubernamentales. También en ésta radican los/as sobrevivientes de los/as primeras habitantes de La Doce, por lo regular eran trabajadores agrícolas algunos de los cuales llegaron a ocupar puestos de mayor jerarquía como mayordomos, supervisores o cuadrilleros; al tiempo, algunos/as forjaron negocios pequeños. La mayoría de los/as informantes vivían (o viven) en la segunda parte, hacia el poniente de la zona centro. Ninguna de las calles donde habitan los/as entrevistadas está pavimentada y con frecuencia están mal iluminadas, sobre todo en la parte final del PMA, hacia el poniente (último bloque del rectángulo imaginario). La última zona la conforman las invasiones y un fraccionamiento habitacional pequeño. El sector propiamente de invasión no cuenta con energía eléctrica ni drenaje. Sólo dos informantes viven en la última parte de la comunidad (Eligio y Jesús). De esta manera, el poblado Miguel Alemán expresa distintos patrones demográficos, económicos, culturales y sociales que lo convierten en el principal centro poblacional del municipio, después de la ciudad de Hermosillo.

Es importante mencionar que caracterizar al PMA sólo con base en la dicotomía rural-urbano es insuficiente, porque se advierten los dos rasgos. Es relevante la presencia de partidos políticos, es frecuente la movilización de personas organizadas para reivindicar derechos y servicios; en los aspectos socioculturales, se expresan diversas costumbres y el impacto de las tecnologías nuevas. Las coordenadas socioculturales están determinadas por tradiciones y costumbres provenientes de varios lugares, lo cual se debe al proceso migratorio.

Existen grupos indígenas que han creado relaciones comunitarias entre sí, de modo que aún preservan algunas festividades, saberes y costumbres de los lugares de origen. Tanto los que proceden de Sonora como los mayos o yaquis, y los de otro estado, como los mixtecos o triquis, han sufrido el impacto de la hegemonía cultural mestiza. Esto no significa que sus raíces culturales se hayan erosionado, pero sí han experimentado transformaciones.

La construcción de la imagen ideal, ya sea tanto viril como femenina, se expresa en las fiestas, los desfiles y certámenes de belleza (reina de la Vendimia y en competencias escolares); en el primer caso, que es la celebración por la cosecha de la vid, se reivindica la imagen de la mujer sonorenses: blanca, ojos grandes,

nariz perfilada, caderas y pechos prominentes o que reflejan la curvaturas de su cuerpo. En el caso de los varones, los grupos de música encarnan la proximidad de la imagen del sonorenses: fornido, alto, blanco, con bigote. Dichas actividades tienen su asidero en las representaciones de las personas, aunque en la vida cotidiana operan combinaciones, bifurcaciones que muchas veces no tienen nada que ver con los modelos representados en las festividades.⁴³

Como parte del consumo cultural, la música representa también un símbolo de identificación colectiva, la norteña simboliza el icono regional; en las dos últimas décadas ha proliferado la música de banda oriunda de Sinaloa. En el PMA los bailes al son de la música de banda en primer lugar y norteña en segundo, son moneda corriente. También el *hip hop*, el *break dance*, entre otras, han empezado a proliferar, sin ser prevaletentes. También la imagen pública del vaquero, llamado regionalmente “chero” –quien en los bailes o eventos festivos usa botas, sombrero, pantalones de mezclilla y bigote–, sin ser presencia menor, ha dado paso a expresiones nuevas como los cholos –pantalones holgados, camisa extra grande, tenis *converse star o vans*, cabello muy corto–. En términos socioculturales, se expresa la convivencia de imágenes relacionadas con estereotipos de la ciudad y el campo: el “cholo” y el “chero”. Estas figuras están masculinizadas, dado que no sólo los varones usan estos aditamentos, sino que se asumen como prácticas de “hombres” por definición.

El impacto de las tecnologías nuevas en el PMA se refleja en la proliferación de lugares conocidos como *café internet* que, a un precio económico, posibilitan formas de comunicación como el correo electrónico, las redes sociales y el *chat*; quienes asisten son jóvenes, escolares, entre 12 y 30 años. Asimismo, el uso de móviles personales entre los residentes de Miguel Alemán se muestra con el aumento de negocios de telefonía celular. También existen numerosas casetas telefónicas públicas donde se paga con tarjeta o monedas. Los medios de comunicación vía teléfonos celulares, internet y a la televisión por cable han permitido que cierto segmento de la población acceda a contenidos diversos y flexibles. Por medio de los mensajes cortos o de voz, se puede transmitir información urgente o rutinaria en el trabajo o en otro espacio social. Una forma nueva de comunicación está emergiendo con las redes sociales virtuales.

Al inicio de la primera década del presente siglo se crearon publicaciones semanales. A mediados de 2002 salió a la venta el periódico *Informador de Kino y la Costa*.⁴⁴ Debido a las noticias recurrentes relacionadas con delitos, accidentes, decomiso de droga y muerte, al editor le permitió dividir el diario en dos: *El Patrullero* y *El Municipal*. En el primero concentra las noticias policíacas, además hay una versión electrónica de *El Patrullero*.

La estructura económica está representada por algunas familias locales que son propietarias de negocios medianos y pequeños, como las tiendas XM, Súper Cele, Las Lomas, Raymundo, expendios de cerveza y licor, casas de empeño, talleres mecánicos y establecimientos de comida (Pollo Feliz, Tacos Mixtecos), ferreterías y tortillerías (cadenas locales: Castro y Miguel Alemán). También hay sucursales de cadenas comerciales y de servicios de Hermosillo como Ferretería la Rumba, Refaccionaria Alemar, Megacable y otras nacionales como Elektra, Banco Azteca, Coppel y Bancomer. Otro grupo de familias está relacionado con autoridades de campos agrícolas sobre todo mayordomos y, en menor medida, administradores. En los últimos diez años han proliferado los negocios de préstamos. Existen casas residenciales junto a otras construcciones modestas.

⁴³ Queda mucho que decir al respecto, aquí sólo interesa señalar la existencia de dichas rupturas, luchas por la resignificación de símbolos expresados en comportamientos, gestos y modas.

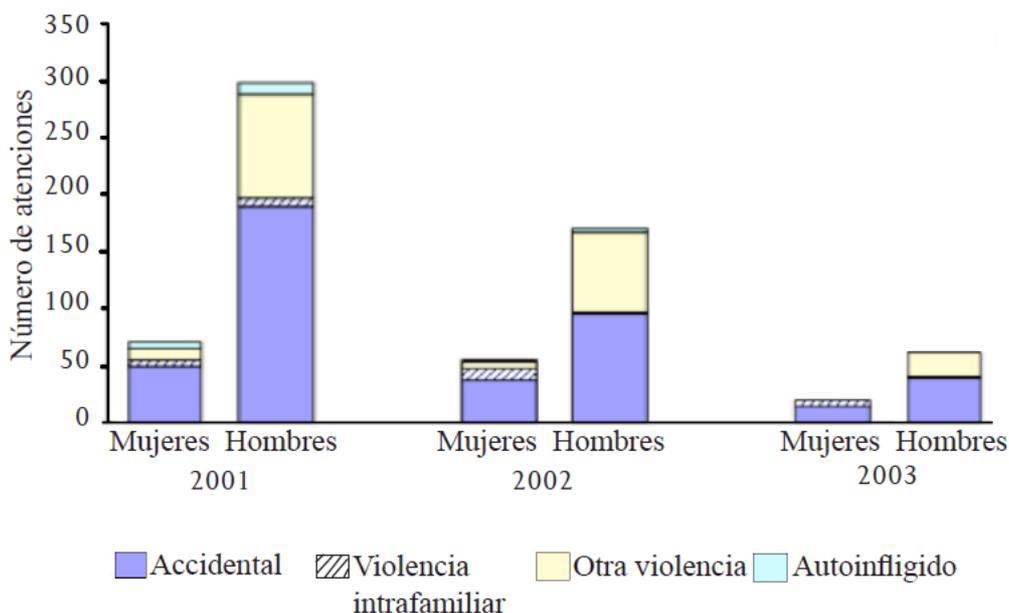
⁴⁴ Para esta investigación se consultaron números de este diario de los años 2004 a 2009.

Del año 2000 a 2003 el IMSS del PMA registró en consultas familiares y urgencias un predominio de padecimientos infectocontagiosos a excepción de la hipertensión arterial. En el registro de 2005 a 2009 de los servicios de salud a población abierta (la que no cuenta con seguridad social), se presentó la misma tendencia, prevalecieron las enfermedades respiratorias, intestinales y urinarias. Las personas de 19 años y más, que presentaron hipertensión arterial y diabetes *mellitus*, estuvieron dentro de los 16 primeros motivos de consulta. Sólo en 2008 hubo un brote de dengue en todos los grupos de edad. En términos globales, las mujeres son quienes más se consultan o acuden a urgencias del IMSS-PMA o al centro de salud. No obstante, predominan los varones atendidos en los servicios de urgencia del CS-PMA.

Las infecciones respiratorias agudas, que incluyen la rinofaringitis, faringitis y amigdalitis, fueron 6 457 casos, 21 por ciento del total, y 55 de las diez más frecuentes. Dichas enfermedades fueron las de mayor frecuencia para todos los años, se acercan sólo las enfermedades diarreicas agudas, con 1 061 casos. Según los diagnósticos de los médicos pasantes de la Secretaría de Salud, la desnutrición es el problema que requiere mayor atención no tanto por su frecuencia, sino porque puede causar otras patologías (Urrea 2004, 49).

Para esta investigación es relevante la atención por lesiones en las salas de urgencias de Miguel Alemán; en el CS-PMA mantuvieron una diferencia significativa en servicios brindados a varones y mujeres. Fueron muchos más los varones a los que se atendió en los tres años en cuestión, y el mayor motivo fue por accidente (véase [Figura 4](#)).

Figura 4. Tipo de lesiones atendidas según sexo y año, en el CS-PMA (2001-2003)



Fuente: elaboración propia, con base en el informe de actividades del Centro de Salud Rural Miguel Alemán, Sistema de Información en Salud para Población Abierta, SSA.⁴⁶

⁴⁵ Esta sección sirvió de base para la publicación del artículo Una mirada a los daños a la salud: las lesiones y el género en la Costa de Hermosillo, publicado en *Epistemos* (Calvario 2014).

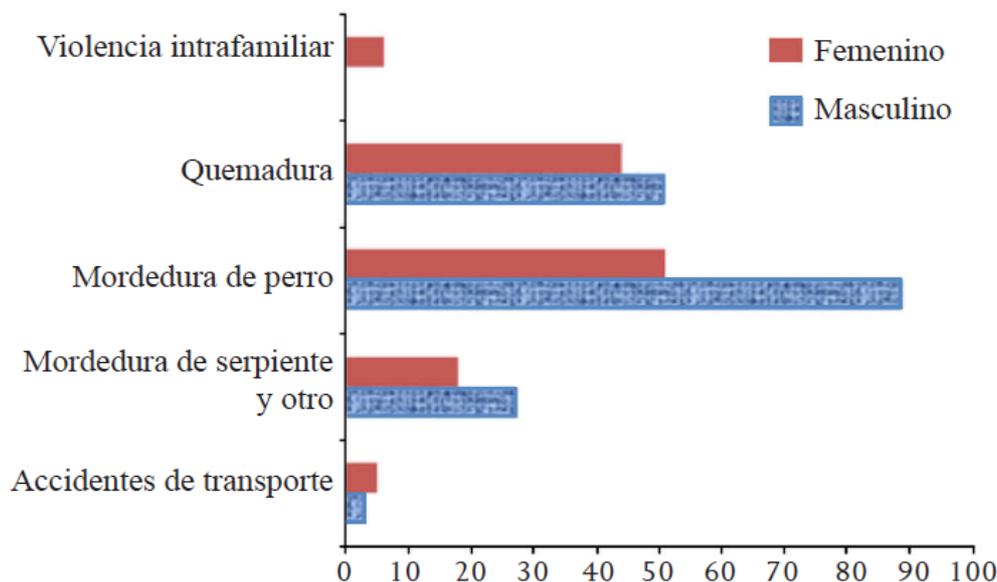
⁴⁶ Esta información la recopiló el autor en el contexto de la investigación: Impacto de la migración en las relaciones de género en la Costa de Hermosillo, cuya titularidad corrió a cargo de la antropóloga Gilda Salazar, del CIAD.

La violencia intrafamiliar está presente en los tres años tanto en mujeres como en los varones. En 2001 hubo seis casos en varones mayores de 15 años, contra cuatro de mujeres, una entre los cinco y nueve años y el resto fueron mayores de 15. Contrario a lo que se pudiera pensar, en este año se atendió más a varones que a mujeres. No obstante, ellas presentaron casi el doble de lesiones atendidas en esta unidad médica para los tres años. De los 31 casos atendidos por “violencia intrafamiliar”⁴⁷ de 2001 a 2003, 20 fueron en mujeres. También la violencia no autoinfligida e intrafamiliar presenta una frecuencia importante que es mayor para los varones. Dicho dato es relevante pues, según la información cualitativa obtenida, el eje de la violencia social y de género se configura como fuente de peligro.

Para complementar los datos anteriores, se registraron las lesiones por accidentes en las consultas de urgencia para 2005, 2008 y 2009, con el fin de dar una idea respecto a las dimensiones de los daños físicos. A diferencia de la información anterior, los registros fueron más específicos respecto al agente que provocó los daños. Dado que los accidentes representaron un motivo importante de consulta de urgencia en los años anteriores, es interesante ahondar sobre éstos para contrastarlos con los discursos sociales presentes en el PMA.

La mayoría de las lesiones por accidentes en los años revisados fue provocada por mordedura de perro, de serpiente, quemadura y, en menor medida, por accidentes de transporte. En esta clasificación de “accidentes” aparece la “violencia intrafamiliar”, si bien es poco el registro sobre ésta, el hecho que también aparezca en estos datos y, sobre todo, que se haya clasificado como “accidente” muestra la importancia social por una parte, y por otra la confusión conceptual respecto a las lesiones causadas por accidente (véase [Figura 5](#)).

Figura 5. Frecuencia de las causas principales de consulta por sexo y año en urgencia en el CS-PMA, 2005, 2008 y 2009

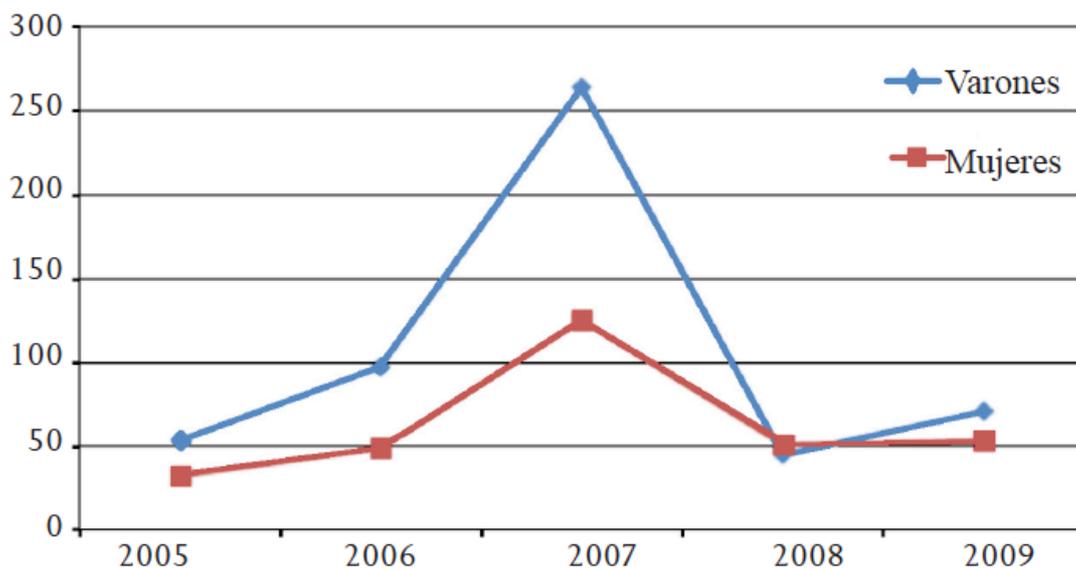


Fuente: elaboración propia, con información proporcionada por el Sistema de Información Semanal de la Secretaría de Salud de Sonora.

⁴⁷ Por supuesto que las etiquetas sobre la violencia, como “lesiones autoinfligidas” o la “intrafamiliar” son un tanto arbitrarias, pues dicen poco respecto a lo que significan; sus componentes empíricos no quedan claros. Esta aclaración se hace con el ánimo de dar elementos que contextualicen los tipos de lesiones pero no reflejan a cabalidad los pormenores. Es decir, cuando las mujeres o varones acudieron al servicio de salud, los que asignan las etiquetas no especifican si la lesión es realmente “intrafamiliar”, y cómo se diferencia de las autoinfligidas en el hogar, ¿qué sucedió para que la lesión se clasificara como violencia intrafamiliar? Sea lo que fuere, aquí interesa enfatizar el dato respecto a la frecuencia de las lesiones como reflejo de los daños colectivos, y no sólo individuales.

Para dimensionar los daños en varios años, se muestran las tendencias por motivos de consulta en la sala de urgencia, respecto a las diferencias entre mujeres y varones. Los primeros mantuvieron una preeminencia ligera en daños. Para mostrar mayor consistencia en la diferencia, en la [Figura 6](#) se expone la sumatoria de lesionados por año con mayor intervalo de tiempo.

Figura 6. Accidentes y lesiones atendidos en el CS-PMA según sexo y año



Fuente: elaboración propia, con información proporcionada por el Sistema de Información Semanal de la Secretaría de Salud de Sonora.

Sólo en uno de los cinco años hubo diferencia a favor de las mujeres, y en el resto los varones fueron los que más se accidentaron y lesionaron; no obstante que la disparidad es mínima. En 2008 las mujeres estuvieron por encima de la sumatoria de los varones, y la mayor diferencia a favor de ellos ocurrió en 2007, con poco más de 250 lesionados/accidentados, en comparación con las 125 mujeres lesionadas.

En la sala de urgencia del CS-PMA, de 2005 a 2009 se atendió a 841 personas por lesiones o accidentes; 63.14 por ciento fue de varones. Por otro lado, la causa que más se atendió fue la mordedura de animales (perros y otros venenosos).

En cuanto a los accidentes, los varones dominaron. Este patrón ocurrió durante los periodos 2001-2003 y 2005-2009; para el primero, los tres motivos principales fueron los accidentes, la violencia “intrafamiliar” y la de otro tipo. Para el segundo, las quemaduras y las mordeduras de animales (perros, serpientes y otros) se añadieron a los anteriores.

ESCENARIOS Y PERCEPCIONES DE PELIGRO EN EL PMA

En el PMA, la construcción de la idea del daño y, por tanto del peligro, fue relacionada con la violencia o situaciones inseguras. Más allá de la lógica laboral, los informantes coincidieron en que durante las primeras

tres décadas de existencia en La Doce los conflictos se resolvían con el uso de la violencia no legítima, para emplear un término weberiano, es decir, sin el respaldo de las autoridades derivadas de un orden legítimo (en este caso el Estado).

Las relaciones comunitarias si bien eran simples, en contraposición a la diferenciación que supone los vínculos intensos y múltiples, era frecuente que las tensiones sociales y las disputas se arreglaran a golpes o incluso con machete, navaja o arma de fuego. Según los/as informantes (un líder de las primeras invasiones, el comisario, y un profesor de preparatoria), la aparición de instituciones que dirimen los intereses contrapuestos poco a poco fue mitigando las tensiones sociales. En este periodo, la construcción de la idea del daño estaba aún en desarrollo y no alcanzaba a asociarse con el peligro, puesto que se miraba la violencia de manera consustancial a la convivencia vecinal, laboral o comunitaria. La aparición de los partidos políticos y una presencia más activa de la autoridad municipal de Hermosillo fungieron como catalizadores para los conflictos latentes, o por lo menos los contuvieron por medio de la negociación y control social. Sin embargo, el viraje que implicó la intensificación, diferenciación y complejidad de las relaciones sociales traspasó los límites institucionales para la resolución de los conflictos; en este momento, los mecanismos formales no garantizaban el orden social y fue cuando apareció la asociación entre el peligro social y los daños. Como se verá, entender la violencia resulta crucial y, sobre todo, la diferenciación por género.

En retrospectiva, un profesor del Centro de Bachilleres Tecnológico y Agropecuario recuerda que cuando empezó a funcionar la escuela (a mediados de los años noventa) había estudiantes varones que por su comportamiento se les identificaba como *brancos* pero *nobles*, en comparación con la actualidad. El informante hizo referencia especial a los modales de urbanidad, faltas a la conducta elemental como decir buenos días, usar las puertas para acceder al salón de clase, etcétera. El profesor relacionó el término “noble” con sentimientos catalogados como buenos en términos éticos y morales. Insiste en que el consumo de drogas y el pandillerismo son rasgos de los alumnos contemporáneos. Para explicar este cambio entre lo que sucedía antes y lo que ocurre ahora se ubicó en el mosaico sociocultural del PMA: el arribo de personas, familias, grupos de otros lados de la república y del estado ha introducido ideas nuevas, costumbres y formas de relacionarse que originan códigos de conducta diversos. Junto con estas maneras de interactuar se diluyen los criterios éticos de “buena conducta” y, por ende, es fácil que los/as estudiantes se aparten de éstos, principalmente los varones, dijo el profesor. En otros ámbitos no escolares, la referencia a las drogas y al pandillerismo será una constante para varios de los informantes en cuanto a que ello favorece la configuración de escenarios peligrosos.

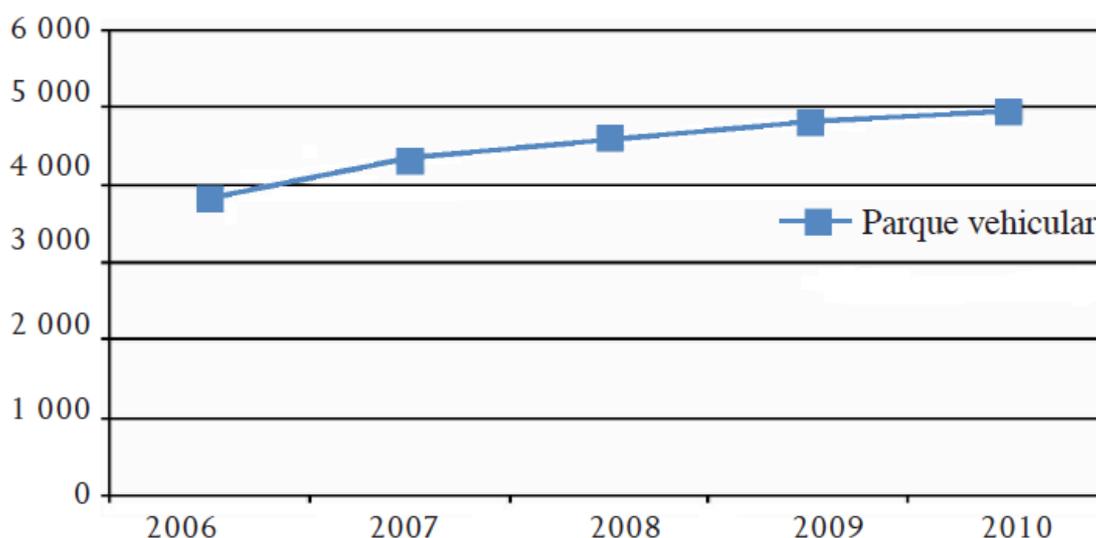
El peligro no se reducirá solamente a las personas sino que se localizará en espacios, objetos y eventos que poco a poco definirán a la comunidad. En las invasiones hay cables eléctricos clandestinos por doquier y los desenlaces mortales no se han hecho esperar. Los accidentes han ocurrido en las épocas de lluvia, debido al poco control que hay sobre la condición de los cables. La electrocución es una amenaza constante para los pobladores de estos sectores. Ante los últimos casos fatales de muerte de niño/as, se han tomado acciones. A finales de 2009, los habitantes se organizaron para pagarles a algunas personas para que cuidaran los cables y los mantuvieran en buen estado, y para realizar la conexión. Era común que cualquiera conectara un cable al poste de luz más cercano a su domicilio, no obstante, y dada la dificultad y posibilidad de un daño, optaron por contratar a dos personas. Otra acción preventiva fue que empezaron a levantar los cordones de electricidad con palos y barrotes, y así minimizaron las posibilidades de electrocución. Es común observar a varones que recorren este sector de Miguel Alemán para realizar las conexiones o labores de mantenimiento de la red clandestina de electricidad. Las autoridades aceleraron la electrificación en la medida que las zonas se fueron regularizando.

A continuación se exponen las implicaciones y condiciones sociales consideradas como factores de daños posibles para la salud. No interesa una medición de la magnitud de éstos sino más bien cómo se expresa un interjuego de los factores sociales para potencializar, minimizar, atenuar o persuadir determinadas amenazas. Se alude al comportamiento frente a los peligros, esto es, a las prácticas que se piensa que preverán desenlaces trágicos o de daño. En este sentido, la atención se centra en la manera en que los sujetos son o no conscientes de los peligros respecto a los factores que amenazan las condiciones de vulnerabilidad. Se advierte, de igual forma, la importancia de la comunidad en las prácticas sociales de los/as jornaleras y en la configuración del peligro social.

LAS CALLES Y SUS PELIGROS

Las situaciones principales que originan accidentes en la calles del PMA son los atropellamientos. El aumento del parque vehicular ha sido notorio en los últimos años, según la Secretaría de Hacienda del Estado de Sonora, el promedio de 2006 a 2009 fue de 4 506 autos; aunque dicha dependencia no contempla los vehículos no legalizados.

Figura 7. Crecimiento del parque vehicular en el PMA



Fuente: elaboración propia, con base en la información facilitada por la Secretaría de Hacienda del Estado de Sonora.

Los residentes del PMA con frecuencia pasan por alto la identificación de las amenazas; las prácticas de atención respecto a los accidentes y las lesiones son poco visibles a los ojos de un observador. Las medidas preventivas se realizan cuando ocurren sistemáticamente lesiones fatales, como el caso de los cables clandestinos de electricidad. Cuando se le da alguna atención al peligro, el cuidado se confina al ámbito individual porque la atribución causal de los accidentes y demás daños se suele considerar como responsabilidad personal. Se pudo observar a mujeres transitar con sus bebés al costado de las calles, con cierta tranquilidad; las carriolas son comunes en cualquier avenida, al igual que los triciclos familiares. Cuando se preguntó respecto al comportamiento peatonal a los informantes clave, explicaron que “hace

falta más cultura vial”, así lo expresó el gerente de un banco. Por otro lado, la razón de las mujeres para no utilizar las banquetas eran los obstáculos (tienditas, vehículos mal estacionados) y los declives repentinos de éstas, que las hacen intransitables. Al preguntarles se sorprendían y, con cierta pena, sonreían y advertían que nunca les había pasado nada. Están conscientes de los factores de daño, o sea de peligro, pero le dan poca importancia. Las nociones del daño están ancladas en la perspectiva del sentido común y, de manera más especial, en la inmediatez del evento, cuando la gravedad del daño es inminente cobra visibilidad. Las prácticas de atención se despliegan cuando sucede el daño, ciertos malestares pasan inadvertidos o se minimizan. Los criterios sociales para graduar los daños y, por lo tanto, tomar medidas preventivas se ciñen a identificar las lesiones incapacitantes, la posibilidad de muerte o de adquirir una enfermedad fulminante.

Además del aumento del tráfico y sus problemas subyacentes, otra situación grave para la salud es la falta de pavimentación de las calles, porque hay polvo provocado por los automóviles que transitan en la localidad; debido a esto y a los vientos estacionales provenientes del mar de Cortés (febrero-marzo) algunos habitantes, para referirse a la localidad, cambian el sustantivo de “poblado” por el participio del verbo “empolvar”, para llamarle jocosamente *empolvado Miguel Alemán*.⁴⁸ Las cortinas de polvo que penden en el aire de manera densa en el invierno son poco advertidas por los habitantes como amenaza para su salud. El aumento de enfermedades de las vías respiratorias en época de invierno ha sido una constante en los últimos años, las infecciones respiratorias agudas superan ligeramente a las enfermedades diarreicas. Para dar una idea, los servicios de salud como el IMSS-PMA y el CS-PMA, reportaron del año 2000 a 2004 un predominio de las afecciones respiratorias como la rinofaringitis aguda, faringitis, amigdalitis y bronquiolitis aguda. Sólo en 2001 hubo 12 mil motivos de consulta atendidos debido a estas enfermedades por los servicios del IMSS-PMA, mientras que en 2004, 52 por ciento de las consultas más frecuentes del CS-PMA correspondió también a este grupo.

Hubo un caso de un niño de 10 años de edad fue mordido por un canino, la presencia de los bomberos para capturar al animal ante la sospecha de que tuviera rabia ocasionó el asombro, curiosidad y temor de los vecinos. Los cuidados posteriores a este evento consistieron en regaños a los niños, cuando se acercaban a perros callejeros para jugar. El efecto social de la movilización de bomberos significó la notoriedad colectiva pero tendió a desvanecerse con el tiempo, aunque no por completo. En la vida cotidiana, sólo cuando sucede algún evento en que se movilizan recursos humanos como policías, socorristas o bomberos es cuando se visibiliza y priorizan los cuidados sociales. En 2004, un niño en bicicleta fue atropellado por un camión de una compañía transnacional de refrescos, originó comentarios que culpaban al chofer de la unidad.⁴⁹ Sin embargo, la preocupación social respecto a la prevención de accidentes en las calles tuvo efectos momentáneos.

Un día de verano quedó registrada una práctica que en un primer momento se podría considerar como preventiva: un vecino⁵⁰ excavó una zanja pequeña en la esquina de su domicilio, en la parte exterior de la calle. Al preguntarle qué estaba haciendo contestó que intentaba contrarrestar la posibilidad que uno de sus hijos/as pequeños/as fuera atropellado por los autos. Se estaba cuidando de un distribuidor de

⁴⁸ En el “Diagnóstico del Plan Municipal de Desarrollo del Municipio de Hermosillo 2006-2009 dice: “En los últimos cinco años la pavimentación de vialidades, por ser uno de los servicios de mayor costo, se rezagó al realizarse grandes inversiones para contrarrestar su déficit, de 24% en la ciudad de Hermosillo, 70% en el poblado Miguel Alemán y 80% en Bahía de Kino, y más del 90% en otras localidades. La problemática de los índices de cobertura tan bajos, principalmente en la zona rural, ha motivado a invertir en obras nuevas de pavimento. En el poblado de Bahía de Kino durante los últimos 5 años se han pavimentado más de 5 vialidades, al igual que en el poblado Miguel Alemán. Sin embargo la demanda de este servicio es mucho mayor” (H. Ayuntamiento de Hermosillo 2006, 32).

⁴⁹ Ver periódicos *El Informador de Kino y la Costa* y *El Costeño* de junio de 2004.

⁵⁰ Anastasio es un informante de la investigación, tiene 45 años de edad y cuatro hijos/as. Hace poco más de 20 años que vive en la región, y más de 13 en el PMA. Es originario del valle de Guaymas-Empalme.

refrescos en particular, que minutos antes había visto transitar por la banqueta. Algunos automovilistas conducen a velocidades no permitidas, sobre todo los fines de semana.⁵¹ Días después la excavación causó molestias a algunos vecinos cuando cayeron al hoyo, porque estaban acostumbrados a caminar por ese sitio. Una vecina con embarazo avanzado cayó sin mayores consecuencias. Después otra vecina le dijo a la esposa de Anastasio, en un tono un poco molesto “¡le vamos a decir a Anastasio que tape ese hoyo!” Una acción que intentaba contrarrestar una amenaza para la integridad física, como el atropellamiento provocó lo opuesto, un daño, aunque menos grave al suceso eventual e hipotético que causó la excavación. La identificación del daño posible, es decir, el atropellamiento minó la visualización del inmediato: la caída de las personas a la zanja. La acción individual trató de poner en la mira social la amenaza latente.

Es sorprendente la iniciativa de Anastasio al excavar la zanja, porque a pesar de haberse dado cuenta del peligro: un vehículo a exceso de velocidad, no había realizado acción alguna. Lilian, esposa de éste, afirmó que nunca hubiera excavado por vergüenza, la tildarían de exagerada. Sin embargo, ni ella y tampoco su vecina verbalizaron una desmotivación adicional: la excavación y la calle se consideran cosas de varones. Los daños posibles son horizontes cercanos siempre y cuando se perciba de inmediato el evento potencial que pudiera desencadenar lesiones y, además, las prácticas de cuidado tienden a ser ejecutadas por categorías diferenciadas de género, que en este caso operó en dos formas, a Anastasio por definición le correspondía emprender una acción para proteger a su familia, y otro indicador para la acción masculina fue el carácter público del espacio en el que cavó la zanja.

Cuando se les preguntaba acerca del peligro en el trabajo, los/as jornaleras lo remitían a los accidentes carreteros, en contraparte, al vincularlo con la comunidad se circunscribía a los sucesos callejeros. Jesús, jornalero de 23 años de edad, y oriundo de la localidad dijo: “[...] por ejemplo aquí el peligro es que te atropelle un carro, que te muerda un perro, porque sí pasa muchas veces que te muerda un perro [...]”. Además, la división espacial del peligro se clasifica con base en las áreas del PMA, las invasiones y las colonias irregulares:

[Los asaltos ocurren] aquí en esta colonia [invasiones] principalmente porque ya estando con mi mamá allá hay mucha luz, ahí que yo sepa puros atropellados que es la mayoría en la pavimentada, pero así como acá no, nomás los borrachitos y los viejitos, eso es lo que pasa, pero aquí muchos te agarran y te golpean [en la invasión donde vive].

En una entrevista, los pobladores del sector centro del PMA relataron la resistencia para andar en las calles de la invasiones por temor a un asalto. Por ello insistieron en la geografía urbana del peligro, en particular la presencia de asaltos y lesiones se expresa más en las invasiones debido a la oscuridad y, por otro lado, los atropellamientos son comunes en los sectores pavimentados. Al naturalizar los peligros, es decir, hacerlos parte de la vida cotidiana con frases como: “no pasa nada o hasta no ver no creer”, se tiende a invisibilizarlos o, en su defecto, a demeritar el potencial de daño. Es semejante a lo que Mary Douglas (1996) refiere sobre las creencias de las personas de que no les pasará nada, por la familiaridad que le otorgan al contexto. Una razón posible para desprevenirse ante amenazas, y dado las exigencias de sobrevivencia, es la condición de vulnerabilidad en que viven los habitantes. La diferenciación genérica se ciñe a la forma en que los modelos de género influyen en las prácticas.

⁵¹ En julio de 2010 murió un niño arrollado por un vehículo oficial del gobierno municipal. Un señor de ascendencia indígena opinó que en parte esto también sucede porque los niños se cruzan y los papas no los cuidan. Comentó que antes del *boom* de los carros, los accidentes eran inusuales, ahora cada 20 días o un mes ocurre uno.

En un evento celebrado en la plaza pública, durante la campaña política a gobernador, fue famoso el error que cometió Alfonso Elías Serrano, candidato del Partido Revolucionario Institucional, al sustituir “Aleman” por “animal”.⁵² Más allá de lo anecdótico de este hecho, para algunos alumnos de educación superior que estudian en Hermosillo significó las burlas de sus compañeros de clase pero, a la vez, fue tema durante un tiempo en las conversaciones, con algunos tintes de humor. Al ser señalados como integrantes de la comunidad “Miguel Aleman” la carga valorativa ha llevado a algunos, según Vanessa, profesora de la preparatoria local, a negar su origen “costeño”, en especial del PMA.

En su experiencia, la profesora expresó la desvalorización que ha sentido por el hecho de ser nativa del “pueblo” -como ella lo llama-.⁵³ La construcción de la idea de comunidad ha estado filtrada por una asociación entre “los que son de [la ciudad de] Hermosillo” y los del “pueblo”. Vanessa narró la tensión como incompreensión de la “gente”, derivada de la desvalorización de su quehacer profesional, a lo dicho por ella, por ser de Miguel Aleman.

Yo veo a la gente de mi pueblo muy exigente y normalmente no te reconocen tu trabajo, para ellos soy producto salido de..., yo siempre he dicho que soy un producto de aquí, de aquí de mi pueblo, yo siempre he dicho que yo soy costeña, nunca me avergüenzo de ser costeña, hay gente que sí se esconde, que dice que es de Hermosillo aunque sea de aquí, la gente no cree en la calidad que hay aquí en la Costa, ellos [los padres de familia] se hacen una imagen [negativa] de nosotros nada más porque somos del poblado, a veces sí nos hacen *sufrir* mucho.

La exaltación de lo negativo, como en los casos señalados, se expresa en juegos discursivos de los residentes, en que la imagen social de sí mismos, la adscripción a la comunidad como costeño/as, no trastoca sus inclinaciones particulares pero depositan en la “generalidad” los posicionamientos que no se atreverían decir de sí mismos. La autocrítica en los relatos de los/as entrevistadas como habitantes de “el poblado” suele estar ausente, a menos que comparen escenarios comunitarios distintos. Los sujetos, al referir por ejemplo “empolvado Miguel Aleman”, si bien representa un hecho objetivo, son cómplices de una crítica a la comunidad, y marcan una distancia de ellos mismos en tanto habitantes de la localidad. Como se verá más adelante, las concepciones negativas sobre la comunidad se las adjudican a situaciones lejanas, en primera instancia, a la personal o familiar. El caso de Vanessa, profesionista e hija de jornaleros, reivindica su membresía comunitaria por la exaltación al valor regional del capital humano, desde su posición como agente educativo en el lugar.

Por otro lado, la asociación del PMA con la violencia se expresa desde la mirada de los/las jornaleras. Cuando Pepe relataba que en la comunidad de la Y Griega, en Caborca, Sonora, estaba “peor” que en el PMA en cuanto a la violencia e influencia que ejercen personajes intocables –por la posición en la red de distribución de drogas ilícitas– me causó asombro; la [Figura 8](#) contiene información sobre la droga

⁵² Tras una serie de equivocaciones al exaltar el trabajo como orgullo de sus habitantes y reiterar su compromiso con la comunidad, sustituyó “Aleman” por “animal”, las frases incompletas fueron las siguientes: “...orgullo de la gente que vive aquí en el poblado Migu...el Animal, por eso, por eso amigas y amigos –aplausos– [...] por eso es el compromiso que tenemos aquí en el poblado Miguel Ani... Aleman –aplausos– no se la crean [...] y ahora mis amigas y mis amigos del poblado Miguel Animal [...]”. La fuente de la transcripción es internet; la edición del fragmento del video fue utilizado como medio de desprestigio por parte del candidato rival durante la campaña referida: www.youtube.com (octubre de 2009).

⁵³ Vanessa es originaria del PMA, en su infancia vivió con sus padres y hermanos/as en un campo agrícola de la región. Durante la entrevista, en enero de 2008, tenía 31 años de edad. Fue en el año 2000 cuando inició sus labores académicas en el Centro de Bachilleres Tecnológico y Agropecuario de la localidad, aunque desde 1993 laboraba en el área administrativa. Cuando se le pidió, de manera abierta, información general sobre ella, además de su origen, enfatizó su escolaridad: es licenciada en ciencias sociales. La profesión del esposo es enfermero, y labora en la sala de urgencia del cs-PMA. Dijo que no salía mucho los fines de semana, porque deseaba estar el mayor tiempo posible con sus tres hijos. Vanessa dijo que ha construido relaciones más igualitarias con su esposo, a pesar del machismo que circundante. Su escolaridad puede jugar un papel central en la dinámica familiar de ella. Según datos de la Universidad de Sonora, el promedio de egresados/as originarios/as del PMA con alguna licenciatura o ingeniería de 1991 a 2009 fue de 3.6 estudiantes por año.

incautada en la localidad. Un sábado por la tarde, después de unos minutos de haber arribado al PMA,⁵⁴ Pepe me visitó para saludarme, le hice la pregunta obligada –¿cómo te fue?–, y con gesto serio como es su costumbre contestó a secas que “bien”, visiblemente cansado, se refería a la remuneración pues había ganado poco más de 200 pesos diarios. Las primeras impresiones de Pepe, después de alojarse por poco más de una semana en la Y Griega, giraron en torno al dominio que ejercen los “narcos” sobre las autoridades policiacas de la comunidad.⁵⁵

Figura 8. Droga asegurada por Seguridad Pública Municipal en la comisaría Miguel Alemán, 2007-2009

Tipo de droga	2007		2008		2009	
	Envoltorios	Peso en kilos	Envoltorios	Peso en kilos	Envoltorios	Peso en kilos
Cocaína	33	0.335	15	-	1	-
Cristal	761	2 517	79	-	4	-
Marihuana	199	1 385	-	1 729	82	10 plantas
Total	993	3 902	94	1 729	87	

Fuente: elaboración propia, con base en información proporcionada por la Dirección General de Seguridad Pública del Municipio de Hermosillo. Las celdas vacías significa la ausencia de información.

En las anotaciones etnográficas, las opiniones y las percepciones sobre el poblado Miguel Alemán por parte de sus habitantes suelen estar compuestas por un conjunto de rasgos negativos: llaman “perdición” al entorno en que viven, y señalan que “hay mucha gente mala” que con frecuencia usan para advertir, más allá de la mera descripción, las tensiones sociales. Para caracterizar al PMA los/as entrevistadas aludían a los pleitos callejeros, a los robos, al consumo de drogas lícitas e ilícitas de manera desenfrenada, a embarazos no deseados, a la violencia y desentendimiento familiar, en tanto situaciones subjetivadas en sus vivencias personales o de terceros. Margarita, jornalera oriunda de Veracruz, y con más de 15 años de vivir en la comunidad lo expone de la siguiente manera:

[...] aquí en el poblado hay mucha perdición, mira aquí, el que no está en la cárcel, muchachos no creas que viejos, jóvenes de dieciocho, quince en la cárcel ya estuvo, el que no ya salió, andan con el botecito de ‘la cosa’ esa aquí. Aquí nomás alrededor te digo todo eso [...] ahí con la Lolita, el único que no es el viejito, el papá, pero ahí el que no es joto, el que no es marihuano está dejado, la que no está panzona [...].

⁵⁴ La movilidad para trabajar fuera de la región de la Costa se manifiesta cuando la oferta laboral es escasa o de remuneración baja. A sus 19 años era la segunda ocasión en que Pepe salía para trabajar en otros campos agrícolas. Son los varones quienes tienen la posibilidad de trabajar por un par de semanas fuera de la región, ello se debe a que las contrataciones no garantizan condiciones laborales y de hospedaje mínimas. Se sabe que los contratistas pueden mentir respecto a los salarios, además algunos tienen prácticas masculinizadas, y las juergas y la violencia afloran en las relaciones extralaborales.

⁵⁵ Consumidor de marihuana y jornalero desde los 14 años, Pepe tenía buenas razones para decir que en la comunidad en la que se había alojado, tras una efímera contratación en los campos agrícolas de Caborca, la presencia de personas dedicadas a la venta de droga se hacía sentir en mayores proporciones que en el PMA.

Las categorías sociales están modeladas por el género. La perdición de la localidad se expresa por la existencia de *jotos* y *maribuanos*, categorías fundamentalmente masculinizadas o con conflictos de pertenencia, como en el caso del primero; no obstante, surge una categoría adjudicada por definición a las mujeres: el estar *panzona*. La mujer que queda embarazada es estigmatizada cuando no mantiene una relación conyugal previa. Estar *panzona* en el contexto del relato citado significa un desprestigio para las mujeres, en especial para las jóvenes. Sin embargo, cuando Pepe confrontaba dos situaciones sociales provenientes de escenarios distintos, PMA y la Y Griega, se daba cuenta que después de todo no es tan “malo” vivir en la localidad. La tensión social⁵⁶ que se dejaba sentir cuando salía a comprar una “gallo” –cigarro de marihuana– le resultó mucho mayor al hallarse en tierras desconocidas, y darse cuenta del “miedo” que las unidades policíacas le tenían a personajes de la Y Griega.⁵⁷ De esta forma, el caso de Pepe muestra cómo ante un proceso de movilidad momentánea se confronta el lugar de destino con el de origen, y viceversa. Reevaluar aspectos de su contexto social abre la posibilidad de incentivar procesos reflexivos. Ante las dificultades profesionales con los padres de familia, en otro polo de las posiciones sociales, ha llevado a la profesora a repensar la imagen colectiva que se ha forjado del propio “pueblo”.

En otro punto de las posiciones sociales, los comerciantes del centro (los de viejo cuño) dividen a la comunidad con base en un criterio espacial: donde habitan ellos y, por tanto las familias acomodadas del PMA, y el resto. Según ellos, en el “resto” del PMA se muestran a flor de piel los problemas sociales, pero tras esta separación se esconde un criterio material –clasista–, porque la zona del centro se ha convertido a través del tiempo en baluarte de la “gente bien”, ha sido sinónimo del valor de la autosuperación por medio del trabajo. Al preguntarle a un comerciante de esta zona sobre su diagnóstico del PMA, afirmaba desconocer la dinámica interna puesto que sus relaciones sociales estaban restringidas a su área comercial; además, después de varios encuentros con él quedó claro que su desconocimiento de lo que sucede en otros puntos de la comunidad en realidad significaba su distanciamiento simbólico respecto a los “otros”. Lejos de considerar la desvalorización social como unidad definitoria del PMA, los comerciantes resignifican –sobre una lógica de clase– sus opiniones “negativas” sobre el resto, lo respaldan por una división visible entre el centro y el resto de la comunidad.

Al comparar la vida de los campos agrícolas con la del PMA o mediante un corte temporal, de antes y ahora, envuelve sentidos que para este caso contienen adjetivaciones del lugar y repliegues evaluativos.

Antes no se miraba tanta maldad como ahora, ahora como que por lo mismo que está poblado hay mucha gente mala aquí, antes dormíamos afuera ahí cuando vivía con mi amá, dormíamos afuera y muy a gusto, bien a gusto, y ahora no se puede ni dormir afuera.

Cruzar relatos de actores distintos lleva a reconsiderar las afirmaciones de narrativas como la anterior. Si bien, algunas de las jornaleras entrevistadas señalaron que antes era más “bonito” y que la presencia de riñas y robos era menor; dicha percepción es matizada cuando se recuerda que en las primeras tres décadas de la formación del PMA la presencia de la autoridad era débil, con la consecuencia del uso de la violencia. La diferencia es quizá la intensidad y magnitud del daño. Aunque el relato anterior se refiere a la comparación de las posibilidades de robos en unidades habitacionales, el contexto global del relato es la referencia a la manera en que la tranquilidad de antaño se esfumó con el crecimiento de la comunidad. Si bien existe la idea romántica de que “el pasado fue mejor”, informantes aludidos aseguraron que son causas extrínsecas al PMA las que configuran los problemas sociales actuales, y no es exclusivo del lugar depositar en el “otro” los

⁵⁶ Desde el temor de ser aprehendido por las patrullas hasta las rivalidades que existen entre grupos de jóvenes que viven en barrios distintos, se convierten en conflictos potenciales y, por tanto, de tensión social.

⁵⁷ El hecho de salir de su lugar de origen, evento que no ocurre con regularidad, le significó cambiar las referencias inmediatas para satisfacer una de sus necesidades: la obtención de droga. Para él fue diferente por la participación de los policías y un individuo intermediario en la comercialización de los psicotrópicos: “parecía como que los policías le tenían miedo, todos hablaban de ese vato [...] se miraba que pasaba en una camioneta bien lujosa”.

malestares que se experimentan en forma colectiva. No obstante llama la atención que sean los varones quienes identificaron los eventos de daños en torno al cuerpo, en especial andar en la calle.

La idea entre los/as informantes respecto a considerar a Miguel Alemán como una localidad problemática implica juicios de valor por parte de varones y mujeres, pero son ellas quienes frasean enfáticamente la existencia de “malas familias” o “gente mala”. La fuerza del sentido común presenta al “pueblo” con categorías de *perdición* y *desmadre*. Entender las afirmaciones como “hay mucha gente mala” no sólo implica identificar el sesgo respecto a una mirada hacia los “otros” y atribuirles las causales sociales de los conflictos, sino ubicar al diagnóstico de la localidad en términos estructurales. Como se mencionó, los procesos socioculturales que se manifiestan en las contenciones y distensiones de las situaciones críticas suelen provocar manifestaciones colectivas, riñas campales o la impotencia colectiva.

Según la Secretaría Estatal de Seguridad Pública de Sonora, la comisaría Miguel Alemán ocupa el primer y segundo lugar en robo a personas y a casa habitación en comparación con el resto del municipio. Asimismo, la violación y la violencia intrafamiliar representaron 18 y 9 por ciento del total de municipio durante 2008. La comisaría muestra mayor incidencia de probables delitos en comparación con el resto del municipio, desde 2006 a 2009 según información de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sonora.⁵⁸ En la [Figura 9](#) se muestra una disminución de 2006 al 2009 en la incidencia delictiva tanto en la localidad en estudio como el resto del municipio. Mientras que en 2006 existían casi 33 delitos por cada mil habitantes varones en el PMA, en el resto la cifra era de casi 20. El mismo patrón se observa para los demás años, lo que muestra que después de todo un indicador como la incidencia delictiva puede dar una idea cercana a la expresada por los/as entrevistadas respecto a la inseguridad pública en PMA. Si bien la construcción social de la imagen negativa de la localidad tiende a exagerarse, la presencia del narcomenudeo, la violencia intrafamiliar y las lesiones con armas de fuego son frecuentes.

Figura 9. Delitos principales y número de detenidos en la comisaría Miguel Alemán

	2007		2008		2009	
	Delito	Detenidos	Delito	Detenidos	Delito	Detenidos
Robo a comercios	62	58	71	38	24	24
Robo a particulares*	220	196	107	101	25	28
Corrupción de menores	13	17	39	56	24	33
Violaciones	3	3	0	0	2	2
Abusos deshonestos	15	16	6	6	3	3
Lesiones	29	18	11	0	11	2
Detenido con arma	7	18	46	66	14	18
Violencia intrafamiliar	99	98	106	109	47	48
Total	448	424	386	376	150	158

*Incluye: robo en perjuicio de quien resulte, robo simple a casa habitación, robo a persona, allanamiento de morada y robo de vehículo.

Fuente: elaboración propia, con base en información proporcionada por Secretaría de Seguridad Pública del Municipio de Hermosillo.

⁵⁸ La información recabada por la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sonora provino de la Agencia Investigadora del Ministerio Público ubicada en el PMA.

Figura 10. Incidencia por mil habitantes* de probables delitos en la comisaría Miguel Alemán y el resto del municipio de Hermosillo

Año	Comisaría Miguel Alemán		Resto de Hermosillo	
	Femenino	Masculino	Femenino	Masculino
2006	1.65	32.85	0.65	19.76
2007	2.58	23.38	1.68	16.26
2008	1.08	21.75	1.51	15.71
2009	0.83	16.23	1.13	13.29

* La población del PMA se estimó con base en cálculos de la propia comisaría (40 mil habitantes); para el resto de Hermosillo se consideró el conteo de población y vivienda del INEGI (2005) (676 mil habitantes).

Fuente: elaboración propia, con base en información de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sonora.

Las reuniones sociales: la violencia generizada

Las juergas en el PMA se supeditan a la celebración de cumpleaños, como las populares fiestas de quince años o las no menos bulliciosas bodas. En los últimos años, es común que al terminarse las fiestas, los grupos de gente continúen la “diversión” en otros lugares. Según los entrevistados, aunque a Miguel Alemán se le distinga como “comunidad fiestera o pachanguera” la relación hombre-fiesta-violencia está siendo desplazada por la presencia femenina en las reuniones sociales que se extienden después de la madrugada. En los últimos años ha sido notoria la presencia de mujeres en prácticas de alcoholización. Por eso, y aunque predominan los espacios exclusivos de varones, existe una tendencia a la heterosocialidad en lugares que antes eran de predominio masculino; aunque no es fácil borrar las huellas de la cultura masculina dominante. Ahora, mujeres menores de 18 años suelen continuar las fiestas en otros lados:

Después también me enteré de un accidente fatal en el que murió una mujer de 14-15 años mientras se divertían en la madrugada al término de una fiesta, al parecer una muchacha quiso manejar el carro de uno de sus acompañantes que participaban en la juerga y no se percató que estaba la hoy occisa y terminó por atropellarla. *Son muchachas que no tienen juicio*, me decía doña Carmen, *que andan de locas*. Aunque no se refería al caso concreto, aludía a las muchachas que se desvelan divirtiéndose –bebiendo cerveza y en los bailes– sin la autorización de los padres.

En el caso anterior los juicios saltan, después de que se emite el obligado “pobre muchacha”, porque la atribución de la responsabilidad con mucha frecuencia recae en el plano individual, aunque en la categoría de “muchachas sin juicio” se suele encapsular a un segmento de las “mujeres” de la comunidad. Para un varón, el equivalente de “muchachas sin juicio”, en el contexto del accidente citado, se relaciona con las jóvenes denominadas “putillas”. En tanto práctica social que encara las amenazas, el desdén hacia el “cuidado moral” por parte de las personas “fiesteras” es señalado para aderezar las circunstancias de los accidentes ocurridos en el contexto de una juerga.

Como en los antiguos bailes populares de la década de los años sesenta, celebrados en el entonces populoso ejido Plan de Ayala, a 30 minutos del PMA, en donde los grupos norteños eran el ingrediente principal para amenizar y brindar entretenimiento a través del baile, hoy la violencia se sigue desatando con

armas blancas como antaño (navajas y cuchillos).⁵⁹ Los bailes populares son recurrentes a lo largo del año, ahora son amenizados por grupos norteños y además por bandas sinaloenses; si bien, la presencia policiaca cohibe los conatos de pleitos colectivos, dista mucho de contenerlos.

Asistí en calidad de “mirón” a varias celebraciones de quince años, con el objetivo de registrar las prácticas de género, las dinámicas entre varones y mujeres. Como ejemplo para ilustrar los contextos de las fiestas y la participación incipiente de mujeres en espacios homosociales masculinos, a continuación se describe una situación específica. Quienes no tienen los recursos económicos para rentar un local festejan en la calle, frente a sus casas; para ello se cierran las vías y los grupos musicales quedan en medio de ellas.

En una de esas fiestas de XV años,⁶⁰ cuando eran alrededor de las diez y media de la noche, me acerqué con la bicicleta justo enfrente, había un par varones montados también en bicicletas, otros formaban un semicírculo, y había mujeres, aunque en menor proporción. Cuando llegué sentí la mirada discreta de algunos varones que platicaban en círculos pequeños. No eran invitados formales pues, por definición, estar a las orillas de la fiesta indica que se trata de “invitados” de la comunidad, es decir, se sobreentiende que la convocatoria es abierta para quien quiera asistir. Los invitados formales, quienes recibieron una invitación en papel u oral, se sientan en las mesas ubicadas cerca de la casa anfitriona. Había un grupo de varones entre 17 y 19 años de edad, y después llegaron dos mujeres más o menos de la misma edad. Junto a ellos se encontraba un muchacho que, de manera discreta, de vez en cuando levantaba su camisa para inhalar alguna sustancia tóxica (debajo de ella “escondía” un bote).⁶¹ Mientras la fiesta transcurría, intercambiaba algunos golpes a manera de juego con otro muchacho del grupo; la interacción era jocosa entre los jóvenes. Poco antes hubo un diálogo breve entre ellos y una de las mujeres (María), quien recién llegaba en compañía de una amiga:

–Ojalá y pilotees aquél sencillo –decía uno de los jóvenes a la mujer, mientras los demás volteaban a su alrededor.

–A güevo ¿qué no? –respondió irónica, y en seguida preguntó: ¿Traen botes? –quitada de la pena y lacónicamente.

–No, ¡ve a comprar! –imperativo y con cierto aire cómico le respondió uno de los amigos.

–¡Ah qué verga!, vayan ustedes y luego me dan; –segundos después un par de muchachos le ofrecieron un bote de Tecate (cerveza).

En breve llegaron otros jóvenes; dos mantenían algún lazo afectivo, y dado el lugar es probable que fuesen novios, entraron tomados de la mano y así permanecieron por algunos minutos. De inmediato los varones intercambiaron palabras, al poco rato, la joven mujer (Elena) fue a reunirse, al otro extremo del área de la fiesta, con otras muchachas. En realidad abandonó el círculo de amistad que en ese momento era heterosocial (por la presencia de ella, María y su amiga), y se incorporó a otro espacio social exclusivo para mujeres, ya que la mayor parte de ellas estaban sentadas en ese lugar, la zona de los invitados. Lo interesante es que las dos jóvenes que llegaron se separaron del grupo de muchachos, pero no la muchacha,

⁵⁹ A pesar de las referencias de informantes sobre el pasado violento y el presente pacífico, en las fiestas populares siguen existiendo conatos de pleitos.

⁶⁰ En México existe la costumbre, en prácticamente todas las capas sociales, de celebrar el quinceavo cumpleaños de las mujeres. El significado de esto, en términos antropológicos, es que la cumpleañera entra al mundo de mercado sexual, es una especie de reconocimiento social a una nueva condición: de niña a “muchacha”. Hay variantes y matices de esta costumbre, según el lugar y la clase social; en el PMA se sobreentiende que los “quince” representan el inicio de una etapa en la cual existe la posibilidad de solicitar permiso para tener novio, maquillarse y salir a los bailes. No significa que al cumplirlos les dé en automático el derecho para salir o tener novio, sino más bien tienen la prerrogativa de negociarlo.

⁶¹ Es probable que se tratara de adhesivo químico llamado “Resistol 5000” utilizado por lo común por los adictos jóvenes de la comunidad.

novia de uno de los integrantes del grupo. Al iniciar el baile, María con el calor de las cervezas fue invitada a bailar un par de piezas musicales por uno de sus amigos. A los minutos su amiga también fue invitada a la pista de baile.

Llamaba la atención la manera en que María y su amiga se introducían en el círculo exclusivo de varones. A la vez, Elena y la mayoría de las mujeres estaban fuera del círculo de varones. A pesar de la presencia de las muchachas, en este caso es difícil suprimir la descripción que apunta a considerar los contornos, las periferias de las fiestas como espacios homosociales, como la zona de “invitados comunitarios”, por lo cual la presencia de mujeres no es muy usual. Y máxime cuando se trata de una joven que asiste sin su novio, por ello el amigo se congratulaba al saber de la salida “sin el permiso”.

Existe un grupo de jornaleras con cierto grado de autonomía, las cuales mantienen relaciones más igualitarias y de resistencia al orden de género. María y su amiga son muestra del grupo de jóvenes, y algunas no tanto, quienes llevan a cabo acciones masculinas. La hija de Anastasio, Rubí, y las jóvenes “putillas” se pueden considerar dentro de este grupo.⁶² Si bien, el control femenino en el contexto de la conversación afloró por la petición del amigo para “pilotear” al novio de la muchacha. El caso citado indica una grieta de la visión y división de los sexos en las reuniones sociales. La intrusión pública de ellas en escenarios que tienden a ser masculinizados está teniendo un cambio ligero.

Durante la convivencia para entrever las relaciones de género dentro de la familia de Anastasio, un domingo asistí a una reunión promovida por Rubí, su hija menor; había dos varones, un amigo suyo y su cuñado, también estaba su hermana Marcela, y empezaron a beber cerveza. El hecho en sí es significativo por utilizar el lugar más público de la vivienda para este fin (el frente contiguo a la calle) y, sobre todo, escuchar cantos y gritos de Rubí; hubo réplicas de esta situación en varios de los hogares del PMA. No es menor la frecuencia de mujeres que asumen posturas de mayor libertad con lo que rompen con la expectativa social. Lo que interesa resaltar es el hecho de los nuevos discursos y prácticas de algunas mujeres del PMA en el contexto de los peligros. Este proceso no está exento de contradicciones y complejidades, dado que no se trata de algo nítido, transparente y coherente. Las situaciones semejantes que ocurren en la localidad contribuyen a mermar la separación de los espacios exclusivos de hombres y mujeres.

Por lo tanto, se puede compartir la aceptación o naturalización de los riesgos que se asumen. Pocas horas después de la reunión ocurrió un desenlace imprevisto para todos, el intento de agresión con arma punzocortante de un exnovio de Rubí hacia un amigo de ella. Cuando el yerno de Anastasio trató de calmarlo recibió una herida en una mano, enseguida reaccionó con un fuerte golpe a su agresor. El desenlace no fue menor, y estuvo a punto de ocurrir una tragedia, pero la intervención de una unidad policiaca cohibió las ansias del agresor, no sin antes arrojar varias piedras al interior de la vivienda. Momentos de zozobra vivieron esa noche los integrantes de la familia de Lilian.

Hay que evitar las generalizaciones a partir de este hecho, para decir que las mujeres asumen prácticas tradicionalmente masculinas, en especial, temerarias. No obstante, es mayor la participación de jóvenes en juergas y convivios sociales con desenlaces trágicos; la muchacha accidentada en una de las múltiples celebraciones en horas de la madrugada, en donde el alcohol es el principal invitado, devela comportamientos femeninos que producen daños. El hecho de gritar las canciones nortañas a todo volumen durante la reunión significa una actitud considerada masculina. Aunque hay informantes que dicen que siempre han existido mujeres que se emborrachan, la manera y regularidad de hacerlo ha cambiado y, sobre todo, los desenlaces suelen producir daños.

⁶² Existe un proceso incipiente que en la literatura feminista anglosajona han llamado *women's empowerment*, y en Hispanoamérica se ha traducido como empoderamiento femenino. Las capacidades de decisión, la noción de independencia y autonomía a partir de enfrentar la cultura masculina dominante se ha expresado en algunos itinerarios laborales y biográficos de jornaleras. Algunos liderazgos comunitarios son femeninos. En la localidad poco más de lo/as profesionistas que se han licenciado son mujeres (1991-2009).

Don Reyes encuentra en el ambiente social del PMA la razón de que existan muchas libertades que echan a perder a los jóvenes; en las fiestas participan activamente ambos sexos. Las mujeres son las más susceptibles para echarse a “perder”, en particular las “chamacas”; como la persona que murió producto de un accidente de automóvil cuando seguían la parranda después de una fiesta. El “ambiente” en la localidad es diametralmente distinto a otros escenarios de la Costa, como los campos agrícolas en donde algunos de la generación de don Reyes vivieron en sus años mozos:

[...] criarse en los campos es un solo ambiente, yo creo que aquí en donde estamos ahorita, donde andamos hay más ambiente, porque es diferente, [...] se echan a perder más pronto, porque es más ambiente, hay más gente, más chamacada, los asaltan p’acá, vamos p’allá, más diversión [...] se echan a perder las chamacas, es el ambiente donde se crían [...] aquí donde estamos nosotros este poblado, hace poco se pobló y está evolucionando y te digo, pues, es pa que todos estuviéramos bien, que todos trabajáramos, que todos fuéramos [...] hasta se iba a ver más bonito todo.

Las diversiones del PMA suelen desembocar en comportamientos que, desde el punto de vista moral de don Reyes, desvirtúan los propósitos de convivencia “sana”. El ambiente en tanto escenario de socialización es factor decisivo para los cuidados del cuerpo y la mente. La expresión “más ambiente” connota una distinción respecto al campo agrícola, dado que ahí es sólo uno, en cambio en el PMA se expresan festividades, celebraciones, convivios y fiestas.⁶³ Hay diferencias según la edad, como lo mencionó Jesús, otro informante de 22, las personas deben saber cómo cuidarse, en especial para ser hombre “hay que estar limpio de cuerpo y mente”. Los “vicios” que se concretan en las “tomadas” desembocan en prácticas que ponen en jaque la armonía que debería existir en las relaciones sociales comunitarias. La concepción del cuerpo incluye una ética de comportamiento, hacer ejercicio, no beber ni drogarse es parte de saber cuidarse.

Hay que recordar que el cuerpo es social, la masculinidad implica una dimensión corporal cargada de sentido. Las diversiones y los bailes se convierten en espacios donde los cuerpos tienen expresión preponderante, y cuidar la conducción de sus vidas implica el cuerpo. El MVR está marcado por el equilibrio necesario entre los peligros sociales: las drogas, “el ambiente”.

El consumo de droga es una de los motivos por el que las mujeres desconfían de los varones en la calle, Jesús lo relató así:

Jesús: [...] antes salías a algún lado y saludabas así a muchachas en la calle y te saludaban, y ahora saludas y corren, haz de cuenta, ni te voltean ver, nomás siguen caminando, muy cambiado [...]

Entrevistador: ¿Por qué crees que han cambiado?

Jesús: Pues yo me imagino por la cantidad de drogas que ha de haber aquí ya, ya no confían en un ‘hombre’ así como era antes, que estaba limpio, que se dedicaban al puro fútbol, a correr, porque antes muchos hacían eso, por aquí pasaban mucho corriendo [...].

En el PMA la asociación del libertinaje con la presencia del vicio suele estar acompañada con ideologías de género. Por ejemplo, cuando Felizardo llegó al PMA, en 1986, no se sentía a gusto pero con el tiempo “le salió lo *baquetón*” porque hay más libertad que en su pueblo original de la sierra de Chihuahua. En particular, los varones son los que refieren la existencia de mayor libertad:

⁶³ A Jesús lo conocí cuando visitaba a su hermano Eligio. Estuvo a punto de continuar sus estudios de preparatoria, pero por una novia desistió, y sólo terminó la secundaria.

Aquí le sale lo *baquetón* a uno también, y es lo que te digo, hay mucha libertad para uno también [para los hombres], tú sales y te vas a dar la vuelta y la andas haciendo de soltero, ¿por qué?, porque aquí hay mucha libertad, mucha fiesta, muchos bailes, uno también sale y anda de cabrón, de carajo.

Felizardo opina que la prerrogativa para salir es exclusiva de varones, las tentaciones son mayores en el PMA pues ha sido una de las razones de “andar de cabrón”, como si fuera “soltero”. Mientras que para Reyes la *chamacada* se echa a perder, Felizardo señala la condición de libertad en el PMA y en consecuencia le “sale lo *baquetón*” a los varones. Una dimensión del sinvergüenza se refiere a los varones y las mujeres que son infieles o gustan de beber cerveza en lugares públicos o de forma clandestina, para el caso de ellas, pero anteponen el propio gusto y provecho que el de sus esposos/as o familias. Es una forma discursiva de resaltar el estereotipo del varón que sin cesar busca conquistas sexuales: el *baquetón*, expresión del modelo del varón descuidado, que no sabe conducirse con una ética de responsabilidad y, por supuesto, se guía por acciones descuidadas e irresponsables.

En la práctica, más allá de los discursos sobre ellas, varias veces registré la afirmación de Felizardo respecto a que “le sale a uno lo *baquetón*”. En una de las esquinas más concurridas entre los varones, “el albergue”, lo saludé varias veces mientras entablaba conversaciones con mujeres que pasaban por el lugar. De manera contundente afirmaba el derecho imperioso de salir de su casa para “dar la vuelta”, situación distinta para su pareja, la libertad y lo *baquetón* es una prerrogativa masculina, no así para las mujeres. Otros informantes señalaron la emergencia de un tipo de mujer que puede ejercer las mismas libertades que los varones, y de igual forma participar en las juergas a altas horas de la noche.

En sí, los bailes se consideran espacios de entrenamiento y diversión, las amenazas que acompañan a los pleitos colectivos o personales, al final o en medio del festín, no se definen en tanto escenarios de peligro. Para don Reyes, las fiestas no están asociadas con las prácticas de alcoholización y, por consiguiente, con problemas probables y daños posibles. Asimismo, se ubica como una persona que no es “de ambiente”, por lo que no le gusta asistir a fiestas, salvo que sea una invitación a una boda o quinceañera, pero sólo permanece por corto tiempo. El caso de él muestra la presencia de varones que se distancian de ser “fiestero” o tomador.

La experiencia de vida, la edad social parece ser un elemento importante para que don Reyes mencionara el hecho de no tomar. Según su esposa, tomaba con frecuencia hace 15 años; sólo empezó a evitar embriagarse cuando entendió las deslealtades e intereses de sus compañeros de juerga. En realidad no eran sus amigos, sólo les interesaba que les compartiera su licor. En cambio José, de 23 años, se refirió más a la importancia del estado civil, en este caso, del proyecto conyugal. Las diferencias de antes y ahora las plasmó en el relato siguiente:

Me divertía o salía pa´ todos lados, agarraba el dinero y lo malgastaba con mis amigos porque tomaba, e iba a los bailes; ya me casé y mejor me controlé un poco, ya no tomaba casi, ya casi no salía. Tuvimos a la niña, le daba el dinero casi todo, nomás me quedaba con 80 pesos, y ya para ella que comprara lo necesario, y me iba a trabajar, ahora ya casi no salgo, ya no me gusta salir, me quedo sin dinero y muchas veces no tengo ni buena ropa pa’salir y sí cambia mucho uno, al principio uno es más liberal pero tienes que controlarte aunque no quieras [...].

Reconoció que al principio de su vida marital le costó trabajo adecuarse a las nuevas responsabilidades y exigencias (caso de Román), pero se pudo “controlar”. El cambio de la etapa biográfica significó disminuir las prácticas derivadas de la masculinidad descuidada y enfatizar la noción de responsabilidad: “le daba el dinero casi todo”, pues no sólo se trataba de enfrentar los gastos de ambos sino la de un nuevo integrante (tuvimos a la niña). La masculinidad descuidada siempre está en el aire, como posibilidad para la práctica, hay varones que actúan de la misma forma aunque ya estén casados, por eso José continuó con su relato:

[...] si quieres tener familia, porque si quieres, puedes seguir igual, pero te deja la mujer; no te va a aguantar que te la laves en la calle y que tú la dejes ahí o que no le des para la comida.

Por eso es que incluso el MVD, efecto negativo del proceso hegemónico de la masculinidad, tiende a modularse cuando está casado o tiene hijos. Para terminar el relato sentenció que “muchos morros, se van a *pistear* y las dejan a las morras, y ni les dan dinero y la mujer se enfada”. Reconoció, en términos generales, la capacidad de decisión “se enfada y deja al marido”.

La violencia masculina

Los espacios de socialización en los que tanto varones como mujeres participan activamente son las plazas y las avenidas principales. La calle como escenario social es uno de los lugares donde las personas no sólo transitan a diario, sino que convergen expresiones sociales que en ocasiones se convierten en situaciones límites, como los pleitos. Edith relató una ocasión en que escuchó ruidos en la calle, una noche que estaba sola en su hogar:

Pues de hecho mi esposo ese día no estaba, estaba yo aquí acostada, eran como las doce de la noche más o menos, doce y media. Oía yo unos gritos, muy feos los gritos, y abrí la puerta y prendí el foco y me asomé por el cerco y ya miré que un muchacho iba corriendo con un cuchillo en la mano, llevaba un cuchillo en la mano y se fue corriendo, y ya miré al otro que salió de una esquinita de una pared de ahí y todo lleno de sangre, que lo pico pues [...].

Para Edith, la diferencia de antes y ahora en el PMA es que hay más maldad, el relato anterior es un ejemplo, según ella. La calle es por definición y, en particular, por las noches, el lugar de mayor peligro para las personas. La plaza en tanto centro de interacciones sociales estandarizadas suele ser escenario de bailes populares.

Ser golpeado conlleva construcciones de sentido de la masculinidad, la hombría se demuestra cuando se encara la amenaza pero ya no en su forma primaria como en la inculcación de “no ser culón”, sino de manera tácita por una respuesta del agredido. Pepe debió sortear los golpes cuando le “tubaron”⁶⁴ la bicicleta mientras compraba unas caguamas (cervezas), lo golpearon a plena luz del día y en medio de la calle. Cuando preparaba la revancha con una pistola, en compañía de un amigo, su hermana menor, Rubí, hizo labor de convencimiento para que desistiera.

Eligio, varón de 28 años de edad, relató la forma en que querían despojarlo de su bicicleta y, para sorpresa, dos muchachas fueron las que lo abordaron al principio, y poco después se les unió un varón:

Ya te dijo la morra que le dieras la bayca. –Luego, luego sacaron la pistola la morra y el compa. –Noo, ¿a poco así de peladita me la vas a querer tubar? ¡Noo, qué pues! –el morro, aferrado, traía la pistola y yo no traía nada. Me decía: –pos bájate, –pues bájame, ¿cómo así de peladita me la vas a quitar? –y yo creo que el morro pensaba que con la pistola me la iba a bajar–. No, a mí nadie me ha bajado de la bicicleta y tú me quieres bajar con esa cosita, no, estás loco –le dije–. No, pues te voy a pegar un tiro, –pues órale –y no, no se animaron.

Eligio presumió su valor y arrojo para enfatizar su decisión de no dejarse ante los demás y, en este caso, en un momento crítico, que había una amenaza inminente y letal. La experiencia que relata ocurrió al principio de su matrimonio con su pareja actual, dice que ahora ya tiene más atención para evitar una

⁶⁴ Cuando son asaltados por otras personas y les roban objetos o dinero, se dice que les “tubaron” sus pertenencias.

situación como la descrita. No obstante deja la posibilidad de reacción idéntica ante una situación posible y futura. Eligio no circunscribir su experiencia de encarar amenazas como esta en su definición social del ser “hombre”. Sin embargo, en este contexto significa una práctica de hombría en tanto postura que desafía las circunstancias adversas por definición.

El sentido de la masculinidad conlleva una necesidad de reafirmar, de exaltar el valor ante amenazas, pero en la lógica de un sistema de ubicación social en tanto “hombres”. La construcción de sentido está en interacción social con el contexto; las experiencias de los informantes tienen lugar en un espacio específico en el cual las normas sociales de convivencia están fracturadas, los significados de comunidad también están fragmentados. En el imaginario colectivo se erigen figuras sociales a las cuales les son atribuidas propiedades de violencia, descuido e irresponsabilidad; son el reflejo vivo de las condiciones sociales consideradas negativas.

Con respecto a las situaciones de peligro en la localidad, Pepe comentó, sin vacilar, sobre las amenazas que circundan los alrededores de las calles que se personifican en los cholos. Para objetivar los daños y lesiones, por un lado, los/as informantes evocan parámetros considerados peligrosos y, por otro, están acompañados con frases valorativas. Por ello, en sus narrativas la conexión de sus percepciones con el peligro se manifiesta de manera diversa; una de las imbricaciones tiene que ver con el rechazo cultural a nuevas modas de vestir y actuar por parte de varones jóvenes, matizado por las situaciones de agresividad imperantes en la localidad:

[En cuanto al peligro], hay muchas morras ahorita que no les parece su forma de vestir, aquí han golpeado muchachos, que los han golpeado por su forma de vestir, que por su forma del greñero de esos que les dicen que son emo, la andan haciendo no, pero no, hay quienes no más con el hecho de verlos, ya los golpean.

En otro tenor de los cuidados, las recomendaciones de andar en la calle, según Reynaldo, se ajustan tanto a sus hijos como a sus hijas. El atropellamiento reciente de una joven refuerza su convicción de aconsejar a unos y otros:

Pos en el caso de las mujeres también viene siendo la misma, porque también usan bicicleta, pos aquí no hubo un caso de una muchacha que la atropello un *picap*, la arrolló, entonces, de explicarle, a los dos parejos, a los dos igual.

Las recomendaciones a las mujeres para salir de su hogar se limitan a pedirles que no tengan relaciones (sexuales), y que no salgan con su “domingo siete”, “que se cuiden, que no anden así”. La posibilidad de ser agredidas se da por entendido y, por tanto, las precauciones se internalizan desde que son pequeñas. Los procesos en que se negocian los permisos para salir (a un baile, a una fiesta, a un evento social o ausentarse de sus hogares) pueden llegar a ser distintos en varones y mujeres.

Las amenazas al andar en la calle son las mismas para los dos géneros, por ello, ser asaltados/as, golpeados/as o atropellados/as pende en el aire. Sin embargo, y gracias al sistema normativo de género, los incentivos, las advertencias y los permisos son diferenciales cuando el proyecto reafirma la masculinidad hegemónica compuesta por modelo de género.

IV. LOS VAIVENES DE LA VIDA Y LOS CUIDADOS DEL CUERPO

A partir de los relatos de vida se describen varios puntos de inflexión, denominados en la literatura como *turning points* (Elder et al. 2003), que permiten ubicar a los/as informantes como agentes que toman decisiones en entramados sociales particulares. Los eventos biográficos clave representan momentos en la vida de los sujetos en los cuales se gestan cambios por motivo de la estructura social, y que se expresan en responsabilidades nuevas o en roles sociales y familiares en medio de dinámicas de poder derivadas del orden de género. Los eventos que experimentan los/as jornaleras marcan sus trayectorias de vida pero en constante interacción con el contexto social próximo. El objetivo de este capítulo es analizar momentos biográficos situados sociológicamente, para entender y explicar mejor las prácticas tanto discursivas como corporales frente al peligro en el surco o en la calle. La hipótesis de trabajo es que los puntos de inflexión representan o reflejan las circunstancias históricas particulares según los entramados sociales de los que forma parte el sujeto, en dicho proceso el género es un eje importante que forja ciertas posturas frente al peligro. En los/as jornaleras residentes del PMA, los momentos decisivos de su vida en términos de sus itinerarios están mediados por las situaciones estructurales de orden meso y microsociales y el desplazamiento de un rol hacia otro. Por ejemplo, la transición de estudiante a trabajador ocurre en medio de normativas de género, de significaciones sobre lo que se consideraría debiera actuar o proceder según si se es hombre o mujer. No se pierde de vista que la estructura normativa de género se puede resignificar constantemente y, por ende, motivar transformaciones de la práctica social.

Las generalizaciones que se desprenden de este ejercicio analítico-descriptivo se basan en individuos con ciertas características biográficas y sociales, que se pueden extender a otras personas con rasgos similares, y más importante aún, se trata de puntos contextualizados en escenarios ya descritos. Vale repetir la premisa teórico-metodológica que sostiene este trabajo: los relatos y acercamiento biográficos no sólo refieren a los propios individuos sino a la situación y los entramados sociales en que se expresan los itinerarios.

Los traslapes, los zigzagueos y los retrocesos son parte inherente de las trayectorias que siguen los agentes a lo largo de su vida, y los/as jornaleras no son la excepción. La linealidad es sólo una ilusión de la cual es complicado escapar, aun así es posible documentar la complejidad de los eventos en los cuales los/as jornaleras se ven involucrados/as y responden de maneras diversas. En dicho sentido, el conjunto de desafíos que enfrentan a lo largo de la vida está plagado de situaciones difíciles pero no por ello son necesariamente trágicas o las viven en pesadumbre permanente. En cierta medida, comparten puntos biográficos con jornaleros/as de otras latitudes como los del valle de San Quintín, en Baja California o de Zamora Michoacán (Velasco et al. 2014; Seefoó 2005). La movilidad espacial, las separaciones conyugales, la irregularidad de las trayectorias escolares y el desempleo permanente son momentos que ameritan una observación más detenida, para entender mejor cómo se enfrentan las amenazas que les circundan. Lo anterior no significa que sea fácil caracterizar los rasgos que constituyen escenarios de vulnerabilidad

social, debido a la heterogeneidad en los itinerarios biográficos de la niñez y, sobre todo, de los contextos sociales diversos. Las condiciones de Michoacán o Colima en los años cincuenta (Reyes y Maren) son diferentes a las de Veracruz a finales de los años setenta (Reynaldo y Margarita), o de Sonora en los ochenta y noventa (resto de informantes). No obstante, comparten rasgos como la variabilidad de condiciones sociales, las penurias económicas y el acceso difícil a la salud y la educación durante la niñez, entre otros. Hay sucesos representados por el desplazamiento de sus familias de los lugares de origen hacia el norte, para lograr una mejora en sus vidas. Así, la movilidad inter e intraregional aparece en la biografía de los/as entrevistadas. De igual forma, los procesos de nupcialidad junto con la asunción de la maternidad o paternidad están presentes en la mayoría de sus relatos. Según se trate de varón o mujer se expresan modalidades particulares.

El capítulo está organizado en cuatro apartados, en el primero se presentan los puntos biográficos clave: el abandono escolar, la inserción laboral, la migración, la nupcialidad y la experiencia de la precarización expresada en el desempleo. En el segundo apartado se caracteriza el trabajo infantil y el proceso de inserción laboral de los/as entrevistadas. En el tercero se aborda la migración y las uniones conyugales. En el último se documenta el cuidado social y la relación con la masculinidad hegemónica. El acercamiento biográfico que se realiza en este capítulo se centra en las condiciones materiales de vida.

ABANDONO ESCOLAR, ESPACIOS LÚDICOS Y GÉNERO

En primer lugar, los informantes experimentaron condiciones de vulnerabilidad durante la niñez. En este tránsito, los varones fueron socializados con normativas de género que reforzaron estereotipos o ideales en los cuales se construyen los modelos de actuación, en este caso los masculinos. El abandono escolar, en tanto reflejo de la fragilidad social en la que vivieron, al conjugarse con las circunstancias que se describen a continuación propiciaron condiciones de vulnerabilidad ante el abuso laboral, la violencia familiar y social. Las relaciones intrafamiliares fueron constantes en especial en los más jóvenes, la presencia o ausencia de los padres fraguó algunas trayectorias. En los varones tuvo mayor efecto la prescripción del “hombre” proveedor y de ser jefes de familia potenciales. Los mayores enfrentaron más pronto dichas máximas, en principio, por la orfandad que sufrieron. Las circunstancias de semiorfandad, la precariedad material, las tensiones y los conflictos intrafamiliares fueron algunas de las situaciones que los/as jornaleras experimentaron durante la niñez, que a lo largo de sus itinerarios biográficos han asumido tonalidades distintas, puesto que se conjugan factores que facilitan o agravan las adversidades. En este contexto, los daños se materializaron en la exposición de los/as niños/as a la incorporación temprana a las actividades labores.

Destaca también la ausencia de alguno o de ambos padres, ya sea por muerte u otro motivo, que han configurado sentimientos de abandono en varios de los informantes. Ezequiel y Román fueron criados por sus abuelos maternos. Reynaldo y Reyes no conocieron a sus progenitores, y vivieron con parientes hasta que emigraron a Sonora; el padre de José murió cuando él tenía diez años; Anastasio no conoció a su padre biológico, y vivió con su mamá y el padrastro, de quien soportó maltratos.⁶⁵ Por otro lado, quienes pasaron la infancia con sus padres, algunos/as lo hicieron en medio de fuertes conflictos conyugales. Elsa, por ejemplo,

⁶⁵ En el momento de la entrevista, Ezequiel tenía 35 años, es originario de la Costa de Hermosillo, y contaba con la secundaria terminada; se había desempeñado como taxista y jornalero. Román tenía 18 años, recién casado y con preparatoria terminada, nativo de la Costa y jornalero eventual, por breve tiempo trabajó en la compañía Ford, en Hermosillo. Reynaldo tenía 43 años y la primaria incompleta; nació en Veracruz, tenía más de 20 años viviendo en la Costa. Pocas veces trabajó como cuadrillero; lo había hecho como jornalero eventual. Reyes es de un pueblo de Michoacán, vivió por más de 15 años en un campo agrícola y entonces residía en el PMA; no tenía estudios, pero había fungido como cuadrillero por más de 20 años. Anastasio tiene sus raíces en el pueblo de Ortiz, Sonora, residía en la Costa desde hacía más de 20 años, y en el PMA alrededor de 15; había trabajado como jornalero eventual.

presenció numerosos pleitos y vivió el divorcio de sus progenitores. Pepe experimentó tensiones familiares continuas debido a la falta de comunicación de sus ascendientes.⁶⁶

Jesús, Eligio, Damián, Sandra y Elsa vivieron su niñez en espacios arbolados de los campos agrícolas de la Costa; para el resto, las calles del PMA fue el escenario para sus actividades lúdicas. En general, tanto para los que pasaron gran parte de sus primeros años de vida en los campos, como para los que vivieron en el PMA, hubo diferencias dependiendo del contexto generacional y el género. Los informantes jóvenes recuerdan su niñez como la época en que disfrutaban jugando con amigos/as, fue una etapa que representó momentos felices entre juegos y travesuras. En cambio, los mayores guardan instantes no gratos en su memoria; para algunos varones, la norma después de llegar a la escuela era jugar “porque no había nada que hacer”. En el caso de las mujeres, los momentos lúdicos empezaban toda vez que cumplieran con ciertas tareas domésticas, como lavar trastes o barrer sus hogares. Según Jesús,⁶⁷ algunos juegos durante su infancia eran distintos para las mujeres, y además pendía la posibilidad de sufrir daños como el que nos relata a continuación:

[...] de chicos cuando llegábamos de la escuela, nos gustaba jugar con el lodo, desde que llegábamos hasta que ya se oscurecía, jugando; muchas veces nos gustaba ir a tumbar colmenas de abejas, apedrearlas y correr huidos; en una de esas cometimos un error pues le echamos líquido y prendió una llanta y ardió el árbol, se cayó y todas las abejas, llena la colmena de miel, según nosotros es lo que hacíamos, que se fueran las abejas y ya bajábamos la colmena, pero esa vez se quemó la colmena y el árbol [...].

La travesura por poco les trajo consecuencias perjudiciales por la quema imprudente del árbol, además de las probables picaduras de las abejas. Es difícil considerar que fueran conscientes sobre los daños, por lo que era endeble su noción de peligro. Además, Jesús reconoció que existían diferencias respecto a sus hermanas o demás niñas; cuando se le preguntó si las niñas los acompañaban en esas experiencias comentó:

Ellas no, tenían *miedo*. No, decían, nos van a picar —y que iban a estar hinchadas y todo eso, y nosotros no, nosotros, vamos y nos íbamos bien *valientes*, todo el tiempo, y como en la huerta se dan mucho las colmenas, en todos los árboles, la mayoría y pues nosotros encantados, llegábamos de la escuela y a tumbar colmenas.

Las nociones de *miedo* y *valentía* se conjugan para ejecutar ciertos “juegos” o “diversiones”. Además, se configuran relaciones en las que los participantes delimita sus actuaciones, en este caso, y a pesar de que existían juegos unisex, había momentos en los cuales la separación de lo que se podía hacer era clara: las mujeres advertían los efectos dañinos y rehusaban participar, los varones asumían las posibilidades de dichos efectos. Quedar encantados ante el reto de cometer la osadía de bajar miel era un incentivo irresistible, sin lugar a dudas. Al respecto, el relato de los hermanos Jesús y Eligio tiene de trasfondo un campo en el cual su padre laboraba como regador de los sembradíos de trigo y alfalfa. La configuración de los entramados sociales tienen variaciones según el lugar: jugar en un viñedo o campo agrícola implicaba ciertas libertades o restricciones, que hacerlo en la localidad principal.

⁶⁶ Elsa vivió mucho tiempo en los campos agrícolas hasta que su familia se mudó al PMA; tenía 31 años al entrevistarla, no terminó la primaria; era jornalera eventual. Pepe es hijo de Anastasio, con 19 años; cursó hasta quinto año de primaria, también es nativo del PMA y había trabajado casi siempre como jornalero eventual.

⁶⁷ Hermano menor de Eligio, nacido en el PMA y con 20 años de edad. Terminó la secundaria en la localidad y siempre ha trabajado como jornalero eventual.

En escenarios del PMA, Edith⁶⁸ narró las preocupaciones de la madre cuando su hermano, de niño, se iba (junto a sus amigos de la misma edad) a bañar a los antiguos canales ubicados cerca de su casa. Según el relato de Edith, la mamá calificaba a su hermano como “vago” en el sentido de aventurarse a realizar acciones no permitidas por sus padres. Llama la atención que sus hermanas no hayan tenido esa clase de problemas. Los niños varones cometían actos trasgresores, como irse a zambullir en los canales cuando el calor arreciaba. Por el contrario, a las niñas les correspondía parte de las responsabilidades domésticas, ya sea porque eran las mayores o porque como mujeres les incumbía barrer, ordenar y lavar. De acuerdo con Edith, sus protestas se visibilizaron conforme fueron creciendo. Elsa vivió parte de su niñez ayudándole a su mamá en las tareas domésticas y de crianza, y también en atender el negocio pequeño de servicio de comida en el campo agrícola donde vivían.

Otra noción clave, aparte del sentido de valentía (positivo) y del miedo (negativo), para la conformación e inculcación de una forma de ser en los varones (modelo masculino) lo representa el uso de la violencia, ya sea para enfrentar ofensas o demostrar jerarquía ante sus amigos o compañeros de la escuela. Como relató José,⁶⁹ sobre su experiencia escolar:

En la secundaria me querían humillar pero no me dejaba, uno me reclamó porque según decía que yo le quería bajar a su morra y yo ni en cuenta y me tiró el chocolate: –Vámonos allá afuera y nos arreglamos, –y afuera nos pegamos un tiro, nos trenzamos y hasta ahí porque esa vez le pegué y ya no me dijo nada [...]. En la actualidad, cuando lo miró se agacha porque sabe que él hizo mal, él fue sólo a buscarme pleito.

La noción de no dejarse humillar por medio de la violencia, del desafío –*vámonos allá afuera*– es un rasgo que se encuentra en las prácticas de los varones adultos en la actualidad. Si bien algunas mujeres también responden a las ofensas como Rubí, hermana de Pepe (véase el capítulo V), en parte se debe a un intento por ocupar espacios masculinizados. “Pegarse un tiro” entre los contrincantes es usar la violencia e intercambiar puñetazos, debido a un agravio mutuo o unilateral; José salió victorioso, incluso aún palpa la repercusión de su éxito. Los encuentros casuales en las calles se dan con gestos corporales como agachar la cabeza; se convierten en símbolo que les recuerda aquel suceso, para José fue de victoria. Para Jesús, la interpretación que hace de los gestos de sus hermanas, ante la diversión de “tumbar panales”, descansa en la simbolización de sus caras ante dicha posibilidad, pero además refuerza que poco a poco aprenden a restringir expresiones de miedo. Los varones según Reynaldo, evitan expresar miedo al momento de un susto durante el trayecto al trabajo, no obstante cuando es demasiada la sensación de peligro reconocen dicho miedo con una sonrisa pronunciada.

Por otro lado, la vida escolar para quienes cursaron algunos grados o concluyeron una etapa en la educación formal incluye momentos biográficos importantes, para reforzar las políticas de género y también para enfrentar condiciones de vulnerabilidad social. La deserción escolar (el abandono de la educación elemental y media básica, primaria y secundaria) figura como punto de transición social, dado que simboliza el momento del quiebre biográfico, para insertarse al mercado de trabajo agrícola formal. En términos estructurales, dicho momento constituye una constante en los entrevistados; y es relevante debido a que contribuye a configurar formas distintas en cómo encararán los desafíos primordialmente laborales y, con ello, los daños que enfrentan antes, durante y después de la jornada.

⁶⁸ Edith también nació en la Costa, y gran parte de su vida ha permanecido en el PMA; de familia numerosa, inició su vida laboral a los 19 años como jornalera eventual y ha logrado ser cuadrillera.

⁶⁹ Su familia es originaria de Sinaloa, pero debido a la muerte de su padre emigraron primero a Ciudad Obregón y después a la Costa.

Poco más de la mitad de lo/as informantes abandonaron la primaria o secundaria antes de concluirla. Uno de los motivos que aluden es la crisis económica en sus familias. Algunos recuerdan, con cierta frustración y nostalgia, no haber terminado o avanzado en su escolaridad. Aunque la mayoría de los informantes no integra una familia numerosa, desciende de alguna con más de cinco integrantes. Este hecho propició que, en algunos casos, sus padres decidieran que no continuarían en el sistema educativo, dada las condiciones de penuria. Eligio contó que su progenitor le recomendó salirse de la escuela para dar prioridad a sus hermanas, pues dado que eran mujeres sería más difícil que se abrieran paso en la vida sin educación, y ellos (los hermanos varones) podían sobrevivir trabajando en actividades pesadas, rudas. El padre de Vere y Sigfredo⁷⁰ dio prioridad a sus hijos/as mayores, para que continuaran los cursos escolares; según refieren ellos/as, su padre les indicó que deberían de salirse de la escuela para que trabajaran y ayudaran a sus hermanos a proseguir su educación formal. Gisela también señaló que el motivo principal para abandonar la escuela fue ayudar con los gastos familiares, por ser la mayor, a ella le daba vergüenza ir a la escuela con ropa vieja mientras sus compañeras iban bien arregladas. Otros informantes reconocieron que no les gustó la escuela, o en su defecto continuaron, como Pepe, para concluir la primaria, y el de Damián, para cursar una carrera universitaria. Román prefirió casarse y no seguir la preparación superior en el sistema de educación formal.

De los jóvenes, sólo Pepe y Vere no concluyeron la educación elemental; él decidió no continuar con el quinto grado, y su padre se convenció de que era lo mejor pues le estaba ayudando con ingresos económicos. Las quejas por parte de las autoridades de la escuela primaria eran frecuentes, la visita de vecinas un tanto molestas, no lo eran menos; en retrospectiva, la madre de Pepe recuerda las angustias que pasó por los reclamos de las travesuras de su hijo. Fue en este periodo en que él inició su adicción a la marihuana, y después al resistol. En ese sentido, su deserción escolar significó un punto biográfico de quiebre. El contexto de violencia en el cual ha vivido desde entonces configura un escenario de daños físicos y emocionales eminentes. Vere recordó con añoranza su niñez y gusto por la escuela, pero ante la ambivalencia de sus padres la abandonó; a diferencia de Pepe, ella expresó su propósito de terminar la primaria en los años venideros, para superarse y acceder a mejores puestos, y así evitar las condiciones extremas del trabajo agrícola; el abandono escolar dio paso a su inserción en el trabajo asalariado. Gisela ha evitado aceptar puestos que requieran un grado de habilidad en la escritura (apuntadora, checadora); ello le ha generado inseguridad para laborar en otros que demanden habilidades en aritmética y lecto-escritura. Reconoció que de haber desarrollado estas destrezas, con la terminación de la secundaria, no estaría expuesta a las inclemencias del clima extremo. A excepción de Pepe, el grupo de entrevistados jóvenes expresaron o desarrollaron acciones que indican un intento por acceder a mejores puestos, y avizoran la preparación que recibieron o pretenden recibir como un elemento positivo. Un aspecto positivo del abandono escolar, más allá de sus intenciones o acciones actuales,⁷¹ es la adquisición de cierta autonomía y el aprendizaje social en tanto experiencias de vida; que les ha proporcionado un conocimiento social, y facilitado abrirse camino tras el surco.

El tercer grupo de informantes se caracteriza por haber enfrentado situaciones de orfandad a temprana edad y condiciones de precariedad severas. Ello les obligó a entender su condición y, sobre todo, una ética personal cargada de significados. En este proceso emergió la idea de *cuidarse*, de *saber cuidarse* no sólo de su entorno sino respecto a los peligros de la vida social. Al combinar su sentir y la satisfacción de haber logrado la conducción de su vida equilibrando los deberes y las responsabilidades, Reyes comentó:

⁷⁰ Son hermanos y descendientes de indígenas de Michoacán, contaban con 23 y 24 años de edad. Ambos iniciaron su vida laboral alrededor de los 14 años, y no terminaron la primaria; Vere es jornalera eventual pendular, y Sigfredo trabaja de manera permanente en las faenas agrícolas.

⁷¹ Durante la entrevista, José recibía capacitación en la preparatoria local para laborar en una granja porcícola, con el fin de tener un empleo más estable y con las prestaciones sociales que le permitirán acceder a un crédito para la vivienda.

Simplemente no tuve estudios, no conocí escuela; nunca pisé una escuela, nunca, nunca, de a tiro pues, analfabeto, y es triste pero entre mi tristeza ahora ya no me siento tan triste porque ya mi pasado pasó, mi niñez ya pasó, como haiga sido, pobre o marginal de todos modos ya pasó. Lo que cuenta que cuando ya empecé a trabajar tuve uso de razón, entonces es lo que cuenta para mí; yo no puedo decir que mis padres tuvieron la culpa, ahí me quedé y soy feliz pues; aprendí a trabajar, aprendí a valorar mi vida y a compartir lo que a mí me enseñaron porque la escuela de la vida es diferente a los que estudian; los que estudian desde chiquitos hasta que ya están grandes dejan de estudiar y yo no, desde que estoy chiquitito a trabajar; pero aprendes a valorar tu vida, a cuidarte, a cuidar de los demás y si ganas un peso tienes que cuidarlo y si tienes que gastarlo, lo vas a gastar, pero tienes que trabajar.

La socialización temprana les trae recuerdos tristes a quienes experimentaron procesos migratorios y dispersión familiar. En sus relatos refieren que evitan recordar los episodios de la infancia por la inestabilidad y dispersión de los integrantes de la familia. En este panorama les resultó complicado asistir con regularidad a la primaria y, en el caso de Reyes, no cursar ni un solo grado escolar en su natal Michoacán. Para él, no pisar un salón de clase representa un antecedente biográfico crucial, por lo que se esforzó más para que sus hijos/as no tuvieran la misma suerte. La pedagogía social es un valor, y a la vez una forma de darse cuenta de la necesidad de que sus hijos logren prepararse. De todos los entrevistados, Reyes fue el único que tenía hijos profesionistas.⁷² Del grupo de mayores de edad, Maren fue la única que recibió una preparación técnica y ese hecho le valió para ser cuadrillera o supervisora, por eso dijo que “lo que yo estudié me sirvió porque te enseñan a tratar a la gente y el desenvolvimiento para algunas cosas”. Sin duda, ellos visualizan la condición como la menos idónea para sus hijos, en especial respecto a la educación formal: “para burradas nomás yo”, le recuerda categórica Margarita a su hija.

Los factores adversos durante la niñez de Reynaldo, Reyes y Felizardo,⁷³ en particular el abandono escolar o la ausencia de educación formal, contribuyeron para ratificar el ideal hegemónico de la masculinidad, que será una fuente de sentido: el trabajo es la única forma de salir adelante, y más el rudo. Los tres tuvieron una infancia difícil en el aspecto material y también emocional; Reynaldo y Reyes vivieron condiciones de orfandad, mientras Felizardo enfrentó un ambiente de violencia comunitaria y nupcialidad prematura. Los tres tienen la idea de que el trabajo arduo y duro es la única vía para enfrentar las adversidades, ya que figura como una fuente de obtener recursos económicos y, sobre todo, les ha permitido validarse como varones responsables. La deserción escolar no fue visualizada como fracaso sino más bien como la transición natural al trabajo rudo.

Para los más jóvenes, la deserción escolar también significó la oportunidad de laborar y contar con ingresos propios, no obstante, han tenido experiencias en labores menos rudas como el comercio. Aunque el grado de autonomía fue distinto para cada uno/a, algunos/as fueron menos dependientes al contar con un grupo doméstico en donde las relaciones eran inestables.⁷⁴

La conclusión de este apartado es que las relaciones sociales estuvieron dadas por la incertidumbre y vulnerabilidad social, aunque eso no fue impedimento para disfrutar de actividades lúdicas. Es importante aclarar que la vulnerabilidad implica fragilidad, susceptibilidad a sufrir algún daño proveniente de factores sociales, en este caso, de la violencia y del abuso. En este marco, el efecto de las normativas que propulsaron

⁷² Según datos de la Universidad de Sonora, 22 estudiantes originarios del PMA egresaron de alguna licenciatura o ingeniería de 1991 a 2001, mientras que de 2002 a 2009 esta cantidad ascendió a 36. A partir de 1998 comenzó un ligero aumento de los egresados/as, ya que el promedio por año, de 1991 a 1997 fue de 1; y el de 1991 a 2009 fue de 3.6.

⁷³ Felizardo procede de Chihuahua y tenía 42 años en el momento de la entrevista. Reside en el PMA desde la década de 1980, y cuenta con primaria incompleta. Ha trabajado como cuadrillero, contratista y jornalero eventual.

⁷⁴ Los casos negativos respecto a la trayectoria escolar continua lo representan Damián y Román. El primero, gracias a ser el menor, pudo gozar de condiciones distintas a la de sus hermanos/as mayores. A Román y sus dos hermanas los crió su abuela materna, y ante el ahínco de ésta por cubrir las necesidades de sus nietos, les facilitó las condiciones para que terminaran la preparatoria.

la idea de lo que se esperaba de los varones y de las mujeres en su desempeño social se comenzó a apreciar en las formas diferentes en que participaban en los juegos, en los motivos de reprimendas por parte de la autoridad familiar, en los conflictos y el abandono escolar.

TRABAJO INFANTIL E INSERCIÓN LABORAL

En general, los/as informantes se han incorporado al mercado de trabajo agrícola a edad temprana, y en ocasiones como fuerza laboral infantil. Los jóvenes recuerdan con añoranza los primeros años en el trabajo, paradójicamente, en el sentido de que “el pasado fue mejor”. Por ejemplo, Para Sigfredo los primeros años fueron de diversión y nuevos saberes sobre las faenas agrícolas. Para Vere sus años de “curas”, en compañías de sus amigas tras el surco, es decir, las bromas y situaciones jocosas entre sus compañeras de trabajo propiciaban buenos ratos; lo mismo expresó José, Sandra y Margarita. Los de mayor edad recordaron sus primeros años de trabajo como de gran dificultad.

Si bien, todos/as laboraron en algunas tareas agrícolas cuando eran niños/as, lo hicieron de manera irregular; José, Eligio, Jesús, Román, Ezequiel y Damián lo hicieron durante las vacaciones escolares, y son quienes cuentan con mayor grado de educación. Mientras Maren, Elsa, Gisela, Vere, Sigfredo y Pepe empezaron a trabajar cuando abandonaron la escuela prematuramente, pero aún no rebasaban los 15 años –al igual que Lilian–. Por otro lado, Reyes, Margarita, Evangelina, Reynaldo y Felizardo tuvieron menos escolaridad, e iniciaron su vida laboral con poca mediación de los cursos escolares (aunque fuese de manera informal a las labores productivas del grupo doméstico).

Los varones comenzaron sus actividades remuneradas más jóvenes, en comparación con las mujeres, entre los 13 y 15.6 años en promedio, respectivamente. Entre ellas están las que empezaron a trabajar de mayor edad: 19, 20 y 18. En el primer caso está Edith, quien comenzó por “invitación” de su esposo; en el segundo, Maren quien, cuando vio frustrada la posibilidad de emplearse en el IMSS local como enfermera auxiliar, fue “invitada” por un mayordomo del campo donde vivía en compañía de su padre; y en el tercero Evangelina, empleada en tareas ajenas a la agrícola sólo por deseo de ayudar a sus padres que, una vez casada dejó de realizarlas hasta que llegaron al PMA.

Entre las mujeres más jóvenes –del primer grupo– se encuentra Vere, quien narró su experiencia frustrante en el tránsito del abandono escolar a la inserción laboral:

Ya cuando no disfruté fue cuando me dijeron que ya no iba ir a la escuela, fue una sorpresa de que ya no iba ir, y cuando me dijeron empecé a llorar y ya después me volvieron a meter y otra vez me volvieron a sacar [...] decidí trabajar para ayudarle al igual que mis hermanos, y parte de que ya no fui fue por el dinero, me puse a trabajar para ayudarle a los que estaban supuestamente más adelantados que yo.

El proceso de deserción escolar, después de tanta ambigüedad (“después me volvieron a meter y otra vez me volvieron a sacar”), culminó con su decisión de trabajar en los campos cuando tenía 12 años. Existen otras personas que empezaron su vida laboral sin abandonar la escuela, por lo menos hasta la secundaria (Jesús) la preparatoria (Damián y Román). A este respecto Jesús expresó:

[Empecé a trabajar a los] catorce años pero no trabajé mucho, eso era en vacaciones nomás, cuando ya entré a la secundaria porque en primaria no trabajaba, nomás estudiaba; en las vacaciones tenía trabajo que me dejaban y lo hacía pues, los 15 días o lo que fueran yo los trabajaba, entonces sí aprovechaba y trabajaba y así ya tenía yo mi dinerito pa’ lo que ocupara; ya cuando salí de tercero que salí como de 16

creo yo, salí de ahí (secundaria) y me dijeron: ¿quieres entrar a la prepa? Y yo dije, no pues si pueden pagarme la prepa, órale, ahí estoy yo, pero no hubo dinero y no entré y pues ni modo, dije yo, voy a tener que trabajar, y a trabajar y de ahí pa'lante, puro en el campo.

Referir como “puro campo” es aludir a una condición de vida como asalariado agrícola. Por supuesto, no se trata en forma exclusiva de que laborar sea un acto voluntario por parte de los/as pequeñas, sino que se debe a las constricciones económicas y, sobre todo, a la existencia de una socialización en la que se inculca una visión relacionada al ser y hacer del jornalero. Desde niños escuchan hablar sobre los salarios, los campos, las herramientas que se usan, la participación de los taxistas, las actividades agrícolas que realizan, el uso de vestimentas de trabajo, los tiempos de ocio u ocupación de sus padres, los problemas con los apuntadores/as o cuadrilleros/as, la planeación y estrategia de trabajo, etcétera. Este proceso es marcadamente diferente en hombres y mujeres. Para el caso de los varones, la inculcación del deber en tanto trabajo físico es parte de los requerimientos necesarios para entenderse como autosuficientes; la noción de responsabilidad es notoria para los varones, sobre todo para los de mayor edad, quienes socializaron en contextos rurales tradicionales como las localidades ubicadas en las serranías chihuahuenses, en los pueblos michoacanos y veracruzanos.

Eligio recuerda con una sonrisa a su hermano menor, Jesús, y su insistencia de querer ser como su papá, y su convicción de dedicarse a las faenas rudas del campo. En cierta ocasión, el hijo menor de Anastasio y hermano de Pepe, de 9 años de edad, al preguntarle sobre su ocupación futura dijo, con contundencia y convicción, que sería jornalero como su papá. Pepe no tuvo mayor opción, una vez que desertó del sistema escolar, la posibilidad única y plausible era ser jornalero; él tenía fresco en su memoria el recuerdo de que su tío materno terminó laborando en el campo a pesar de concluir la secundaria y una incursión breve como instructor comunitario;⁷⁵ Pepe entendió que dicha situación era un destino inevitable, aunque hubiese decidido terminar la primaria y secundaria: de “todos modos trabajaré en el campo”, reviraba a las motivaciones para que continuara estudiando.

Los/as pequeñas están en contacto permanente con situaciones que invocan la realidad del trabajo agrícola. De este modo se interioriza también una visión del mundo. No significa que la actividad u ocupación per se conlleve en automático un esquema de percepción del mundo social,⁷⁶ sino que facilita el desarrollo de una inclinación por seguir los pasos de sus padres o personas cercanas.

En los varones, en la etapa biográfica de la infancia, expresan la influencia de la figura masculina cercana (padres o abuelos), para afianzar una imagen del modelo masculino responsable. El trabajo a temprana edad representa una extensión del proceso de imposición para laborar, en tanto sinónimo de responsabilidad y, por tanto, cumplir con la condición de varón. Ezequiel narró así la importancia que tuvo su abuelo en la construcción de su visión:

Todo el tiempo trabajó y nos ayudó, mientras pudo trabajar nos dio la comida, nos ayudaba [...] mi abuelo nos hizo trabajadores porque de hecho a mí me gusta trabajar donde sea, no nomás el taxi, yo trabajo en donde haiga [...] me fijo en él un poquito más porque, como hombre ¿no? él nos ayudó, él trabajaba, él se preocupaba por nosotros [...] creo que por eso estoy como estoy ahorita, en la vida no me atengo a nadie, como le digo a mi señora, -¿sabes qué? mira, pasa esto y esto. No, no, no, déjame

⁷⁵ El Consejo Nacional de Fomento Educativo implementa un programa nacional de becas a egresados/as de secundaria, preparatoria y, recientemente, de universidad; la condición es que presten un servicio social como profesores de primaria y preescolar en una comunidad rural marginada. Al desarrollar sus actividades reciben el nombre de instructores/as comunitarias.

⁷⁶ Como dice De la Garza: “El trabajo, aunque no tuviese la centralidad que imaginaron los clásicos del marxismo, sigue siendo suficientemente importante para la mayoría de los habitantes del mundo capitalista como para sostener que es un espacio de experiencias que, junto a otros, contribuye a la rutinización o reconstrucción de subjetividades e identidades. Hay nuevas heterogeneidades en el mundo de vida de los trabajadores, aunque las hubo también en otras épocas, pero con diferentes características” (2001, 31).

a mí, vamos a hacer lo que podamos y hasta donde se pueda y vamos a ver—, pero atenerse uno, al menos que sea de a tiro muy urgente o muy forzado, entonces sí, pero como le digo yo a ella, mientras se pueda, yo los voy a alivianar, yo voy a hacer todo lo que yo pueda y hasta la fecha pues he podido.

Ezequiel fue criado por sus abuelos maternos en un campo agrícola, y desde los ocho años empezó a realizar tareas agrícolas para ayudar con los gastos familiares. Su inserción al mercado de trabajo formal culminó una vez que él terminó la secundaria. La idea de valerse por sí mismo, al igual que don Reyes, Reynaldo y José se gestó ante situaciones de semiorfandad. El proceso de autonomía va acompañado con la noción de masculinidad y responsabilidad, que es crucial para entender el modelo del varón responsable como se verá más adelante.

De este modo, durante la niñez el proceso de inserción al trabajo asalariado se vio asociado con la noción de responsabilidad y autonomía; que en las mujeres se considera transitoria, pues se sabe que pronto se casarán y asumirán otras responsabilidades, aunque nunca desaparece la posibilidad real de reinserción al trabajo agrícola. Es el caso de las informantes consideradas como jornaleras pendulares, por sus salidas y entradas constantes al mercado laboral.

En síntesis, el trabajo infantil representa una configuración social en la que se expresan interrelaciones de personas que posibilitan que haya individuos que se incorporen al mercado laboral, aunque no cumplan con el requisito de la edad. En términos de los itinerarios biográficos de los/as entrevistadas, el trabajo infantil permitió un ingreso mayor para la unidad doméstica y también implicó formas de reproducción cultural, en particular la noción de responsabilidad e independencia en los varones. Así, el enfrentamiento con problemas propios de las faenas agrícolas (las relaciones con los jefes, las relaciones entre los/as compañeros/as, las situaciones de temperaturas extremas, los accidentes) puede tomarse como entrenamiento a una forma de entender la masculinidad que prevalece y tiene mayor acogida. Se trata de una matriz que empieza desde que los/as niñas debutan en escenarios sociales como el trabajo.

PROCESO MIGRATORIO Y UNIONES CONYUGALES

La movilidad interregional es frecuente en el escenario de estudio. Los adultos mayores entrevistados vivieron procesos migratorios; entre los jóvenes, sólo Sigfredo experimentó un desplazamiento internacional, José y Eligio eran aún niños cuando sus familias se trasladaron a Sonora. En tanto punto de inflexión, la migración representó espacios sociales nuevos, en especial de trabajo, en los cuales construyeron su vida actual. En el proceso de migración pendular, Reynaldo conoció a su pareja actual en la segunda ocasión que se trasladó a los campos sonorenses, lo mismo le ocurrió a Margarita. Ambos se casaron durante el proceso de movilidad iniciado en Veracruz; poco después Margarita desistió de su compromiso, y se separó de su compañero tras haber procreado una hija, y después de cinco años de vivir en el PMA conoció a Damián, su pareja actual. Para Reynaldo y Margarita, la migración les cambió la vida porque salieron cuando eran jóvenes, con la intención de conocer otras tierras. Maren llegó a la Costa de Hermosillo para visitar a su padre, pero le gustó la vida en los campos y, sobre todo, porque conoció al padre de sus hijos/as. Ella expuso dicha situación de la siguiente manera:

[En Colima] yo no era trabajadora del campo, yo soy enfermera general, en aquel tiempo nomás ocupabas la secundaria y directamente te ibas a la universidad, cuando terminé de hacer mi servicio social me vine aquí a Sonora, vine de vacaciones y me quedé, me casé y aquí me quedé.

Poco después de su casamiento, Maren decidió laborar ante la invitación del mayordomo del campo Las Tracalas, aunque reconoció, al igual que Evangelina y Edith, su desconocimiento de las faenas agrícolas, pues la infancia de las tres trascurrió sin relación directa con las labores del campo.

José y Eligio llegaron de Sinaloa a la Costa cuando eran niños, en compañía de sus familias; José tras una estancia breve en Ciudad Obregón, y después de la muerte de su padre, se reunió con su madre en el PMA, para culminar la secundaria y laborar durante las vacaciones escolares. Ambos se unieron a sus parejas, toda vez que se establecieron en la localidad sonorensis. Anastasio, después de salir de su natal Ortiz, en el municipio de Guaymas, se dedicó a deambular algunos años por la región de la Costa hasta que conoció a Lilian, cuando ésta contaba con 14 años de edad, y a los pocos meses decidieron vivir juntos, y lo hicieron en varios lugares de la Costa hasta que se asentaron de manera definitiva en el PMA. Sigfredo emigró a Estados Unidos por un lapso breve; ya estaba “enfadado de puro campo” y quería aventurarse a conocer nuevos horizontes. La diferencia principal con los desplazamientos anteriores tiene que ver con el carácter momentáneo o definitivo; es decir, permanecieron en el lugar de destino mientras que Sigfredo regresó al PMA después de un año de estancia en Estados Unidos. Al momento de emigrar, Sigfredo estaba soltero, al igual que Maren, Reyes, Anastasio y Reynaldo; sólo Evangelina se trasladó de Sinaloa a Sonora en compañía de su esposo actual; el resto de los informantes que se desplazaron eran aún niños/as.

Cuando trabajó en Estados Unidos, Sigfredo logró ahorrar cierta cantidad de dinero, lo que le permitió comprarle a su hermana la casa, en donde radica él, su pareja y sus hijos pequeños. Durante su estancia en “el otro lado” dos eventos le marcaron la vida: el noviazgo que comenzó con su pareja actual, y la reaparición de la tuberculosis pulmonar, y dichas circunstancias aceleraron su regreso a México. El temor a la enfermedad, la presión familiar para que se atendiera en su país, y su despido de la fábrica lo obligaron a volver a la Costa; aprovechó dicha coyuntura para convencer a su entonces novia de volver juntos a México.

En algunos informantes la nupcialidad se expresa durante el proceso de afianzamiento en el mercado laboral local; en otros, al término de algún grado escolar, independientemente de su movilidad, como le sucedió a Román, José y Damián. En el primer caso están Gisela, Lilian, Vere y Elsa, pues conocieron al papá de sus hijos cuando trabajaban, y dos de ellas se retiraron de la actividad productiva; en la actualidad mantienen una reinserción laboral irregular (pendular). Sólo Elsa se mantuvo activa una vez casada, salvo en los periodos de embarazo y puerperio. Edith conoció a su esposo fuera del ámbito laboral, sin embargo, su vida conyugal estuvo interrelacionada con el trabajo agrícola.

En general, los itinerarios biográficos incluyen procesos de movilidad como efecto de las oleadas migratorias de décadas pasadas (iniciadas en los años sesenta). Todos estos desplazamientos obedecen (u obedecieron) a estrategias de apoyo dadas las condiciones de dificultad en que vivieron. La nupcialidad ocurrió en expresiones distintas, por una parte, algunas mujeres conocieron a sus parejas actuales en el trabajo, por otro lado, el proceso migratorio abrió las posibilidades para uniones maritales. La migración, como documenta Rosas (2008) en el caso de Veracruz también es parte de una situación que viven los varones, para ratificar un sentido de masculinidad en tanto confrontación a los peligros y a las aventuras nuevas; el asentamiento en el PMA, a los varones mayores les ayudó para estabilizarse como le ocurrió a Reyes, Reynaldo y Felizardo aunque, en primera instancia, la nupcialidad facilitó el proceso. Los jóvenes que no vivieron experiencias migratorias propiamente dichas, pero sí eventos de movilidad inter e intrarregionales, como Pepe, Anastasio y Damián lo han hecho en el contexto de la necesidad laboral y, a la vez, por cumplir un deseo de aventura. Pepe está consciente de sus motivaciones por participar en la cosecha del cannabis en la sierra sonorensis; aparte de la necesidad de emplearse en una actividad productiva, reconoce su deseo de conocer otros escenarios y enfrentar condiciones adversas.

Las cadenas de entramados que representó la migración en los adultos mayores y las oportunidades de desplazarse en los jóvenes son formas de encarar la precariedad, y también estrategias para tener experiencias nuevas. En este proceso, en los varones se fragua o fraguaron masculinidades apegadas a un modelo tradicional de reivindicar la aventura, no sólo por ser, en algunos casos, los proveedores sino también por el deseo de experimentar situaciones nuevas. En dichas trayectorias, la Costa de Hermosillo representó otra forma de encarar la vida, en especial derivada del trabajo. La nupcialidad, o unión conyugal informal, implicó también una experiencia novedosa. Es importante entender el entorno, los destellos de configuraciones sociales diferentes. En el estudio de Núñez sobre varones sonorenses y sus prácticas y significados de género, la migración no apareció como eje pero sí la idea de aventura para los del grupo de 45 a 55 años de edad (2014, 75); Reynaldo, Felizardo y Reyes son próximos a esta generación, pero nacidos fuera del estado, de modo que sus trayectorias de vida están marcadas por el proceso migratorio.

EL CUIDADO SOCIAL Y LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

El cuidado, concebido como la práctica en la que se pone interés en el bienestar propio y ajeno, es necesariamente social. Las mutuas y múltiples relaciones sociales que se establecen en el PMA, se reflejan en los modos de llevar a cabo las prácticas y, en ocasiones, la necesidad de cuidar la integridad personal o familiar se llega a invisibilizar, en especial en las calles. Una simple broma o un incentivo para realizar determinada acción son efectos de configuraciones microsociales, que se dan en el hogar o en la calle, y para efectos de esta investigación muestran las normativas de género orientadas al cuidado o a la inculcación de imperativos masculinos.

El PMA recibe contingentes asalariados de los campos agrícolas y ejidos circunvecinos ya sea por cambio de residencia o visitas por el fin de semana, para comprar provisiones. Aunque el bullicio aumenta el sábado y domingo, los/as trabajadoras son transeúntes que arriban con la caída del sol, tras una jornada fatigosa; por consiguiente, aumenta el tránsito de bicicletas, automóviles y triciclos. En las calles y bulevares se puede observar que las personas no utilizan la banqueta o cuando andan en bicicleta y quieren cruzar las calles no avisan de tal acción a los conductores de vehículos o motocicletas. La presencia de mujeres jóvenes que transitan en bicicleta es visible, pero son los varones quienes inundan a diario las avenidas principales.

Al conversar con jóvenes que laboraban en un establecimiento de tortillas, relataron la experiencia de conducir bicicletas de manera temeraria, sin darle mucha importancia a los automóviles de los alrededores. Entre los entrevistados se encontraba una mujer de unos 18 años, y reía con ironía mientras uno de los muchachos asentía sobre la forma de “atreverse” a conducir bicicleta por las calles. La desaprobación de ella afloró al articular gestos de burla por la manera “absurda” de conducir: “¡hombres tenían que ser!”; la combinación de asombro y risa ligera encapsula la distancia simbólica en la que se ubica frente a sus amigos. En las mujeres hubo situaciones equivalentes a las relatadas por los varones⁷⁷ en cuanto a la forma y los lugares de conducir bicicletas. El uso de éstas como medio de transporte se hace necesario por las distancias que se tienen que recorrer para llegar a las tiendas, centros sociales u oficinas de gobierno. Pero son los jóvenes quienes las usan también por entretenimiento. Son comunes los accidentes de tránsito en los que interviene una persona en bicicleta. Si bien afloran algunas prácticas de cuidado, consideradas “atrevidas”, donde intervienen los/as jóvenes, los protagonistas pueden ser adultos, solteros, casados, jóvenes y todas las combinaciones posibles. No obstante, Reynaldo resaltó la edad cuando dijo:

⁷⁷ Román reconoció que es práctica común que jóvenes andén en bicicleta de manera imprudente, incluso que él también, en compañía de sus amigos, se comportaba de la misma forma. Al preguntarles respecto a las mujeres, señaló que su hermana cuando cruza la calle en bicicleta es cuidadosa, pero hay “una que otra” que también conducen sin tener cuidado.

Con la edad [...] tiene uno más experiencia, uno mismo se va dando cuenta que va cambiando la vida de uno, otro modo de pensar, otras acciones pues no son las mismas, ya ves que cuando está uno joven pues también anda uno por todas partes y no se te dificulta nada, llega la noche y te bañas y te vas, y ahora ya que tiene uno edad mejor me acuesto dice uno, en muchas formas de pensar, tienes más cuidado en todo.

—¿Tienes más cuidado en todo?

—Sí, pos tiene uno más cuidado en todo, pues tratar de que no nos pase aquello de lo que hemos visto.

En el reverso de la moneda, algunos adultos tildan de “culones” a sus hijos que le rehúyen al arrojito y la valentía. Se trata de dos procesos interrelacionados frente al esquema masculino normativo dominante. Por una parte, la conjunción de prácticas descuidadas en los jóvenes del PMA, en especial en las calles, y sus implicaciones en la definición sobre el “ser hombre”. Por otro, la pedagogía de la masculinidad inculcada a los varones desde que son pequeños,⁷⁸ y la influencia en algunas mujeres que claman igualdad de trato y libertad.

Afrontar ofensas se convierte en parte “normal” de la cotidianidad social del PMA. En especial enfrentarse a golpes con un rival puede ser, tarde o temprano, un hecho que será inevitable en la vida de un varón de la localidad. La categoría de “culón/a” se asigna a los varones y mujeres que muestran titubeo como signo de temor ante eventos sociales; en ellas la presión social es cualitativamente menor. En la socialización primaria (Berger y Luckmann 2006), se expresa de modos distintos en la inculcación a los varones para evitar, en lo mínimo, demostrar miedo y, por tanto, de aguantarse.

Entender los significados y las prácticas sobre la masculinidad fue uno de los objetivos de la investigación, para ello fue necesario convivir con algunos informantes en sus hogares, sobre todo durante las reuniones familiares. En la estancia etnográfica, en una ocasión un padre incentivó a su hijo para cruzar un charco pequeño de agua, después de titubear el niño recibió un exhorto imperativo: “¡bríncale no seas culón!”, mientras la madre desaprobaba tal estímulo.

Días después, al cruzar la banqueta, Marcela también incentivó a un pequeño a enfrentar una ofensa de su compañero de juego con la frase: “¡ey, te dijo culón!”, el niño optó por retirarse, y dejar a su rival mientras éste le lanzaba piedras pequeñas. Después ella confirmó que, en efecto, había estimulado al niño para que no fuera cobarde y enfrentara a su rival.⁷⁹ En una visita a los suegros de Anastasio, con el fin de registrar las dinámicas familiares, pude presenciar la forma en que el suegro bromeaba con su nieto,⁸⁰ y el disgusto de la abuela por la intromisión de su yerno, de la siguiente forma:

⁷⁸ En las sociedades occidentales que comparten una matriz general sobre la masculinidad, lo que Víctor Seidler llama cultura masculina occidental, se lleva a cabo una inculcación explícita de valores y creencias respecto a lo que deber ser un “hombre”. Michael Kaufmann afirma que es el aprendizaje social del niño respecto al género donde aprende a ser fuerte, controlar sus emociones, someter a todo aquello que sea femenino. El poder y la violencia estructuran el concepto de masculinidad de los individuos, por esta razón comenta:

He (childhood) embrace the project of controlling himself and controlling the World... Controlarse y controlar son necesidades básicas para el desarrollo de la masculinidad, y el modelo que sigue el niño es el del padre, de ahí la influencia. Es entre los cinco y seis años cuando la masculinidad como modelo dominante es asumida por el niño, ‘...masculinity is unconsciously rooted before the age six, is reinforced as the child develops, and positively explodes at adolescence’ [La masculinidad está inconscientemente impregnada desde los seis, es ratificada en el desarrollo de la niñez, y positivamente explotada en la adolescencia] (Kaufman 1992, citado en Calvario 2003, 7).

⁷⁹ Se trataba de la hija mayor de Anastasio, Marcela, a quien se le preguntó ese mismo día sobre dicha situación.

⁸⁰ Don Pascual es originario de San Luis Potosí, pero desde la adolescencia arribó a tierras costeñas, donde lleva casi 50 años; en el PMA lleva poco más de 15. Procreó ocho hijos/as, todos tienen algún tipo de unión conyugal. La relación entre don Pascual y su nieto es semejante a la de padre-hijo; le han inculcado al pequeño a decirles papá y mamá a los abuelos.

[...] Al tiempo que se fueron las hijas casadas con sus respectivos vástagos, nos quedamos sentados en el patio don Pascual y su pequeño nieto, de pronto, el señor inició una broma presionando una ficha de cerveza sobre el brazo del niño; con sonrisa le decía que si era ‘hombre’ no iba a llorar —¡los hombres no lloran!, el niño sólo reía y retiraba el brazo, cuando lo hacía era notoria la marca circular en el antebrazo; poco después también el pequeño de 7 años le revirtió la broma. Don Pascual imitaba un quejido con la idea de fingir un dolor. El niño tuvo claro que se trataba de un juego, y a la vez, una confirmación de la relación entre la resistencia y el hecho de pertenecer a una categoría como ‘ser hombre’. Días después escuché quejarse a su abuela por la resistencia de su nieto para ayudar a ordenar el patio y, en especial, barrer pues con anterioridad el pequeño le ayudaba sin ningún problema. Cuando su abuela se enteró del motivo de dicha resistencia, reprendió a su yerno. Al parecer éste se burló del pequeño, en tono irónico le dijo que dejaría de ser ‘hombre’ si continuaba barriendo y haciendo cosas de ‘vieja’.

Lo que muestra la situación descrita es que el imperativo viril: “los hombres no lloran”, no se puede desechar después de todo. Al parodiarlo, con el ejemplo de don Pascual y su nieto, desmitifica en cierto modo el estereotipo pero a la vez, paradójicamente, acentúa el efecto. Este hecho representa una broma sobre la imagen social de “los hombres no deben llorar”, pero en el mismo acto social expresado en la ironía, de la posición hasta jocosa de parte del abuelo, se advierte una forma de inculcación sutil simbolizada en la risa mutua; la complicidad incluye un espacio de aprendizaje por parte del pequeño, una pedagogía que se puede sintetizar con la frase “es de risa pero tómalo en serio”.

En la crítica del yerno se plasma la vigencia de la idea de que el varón para ser “hombre” no debe hacer cosas de “mujeres”, no obstante, la respuesta de la abuela recuerda su inoperancia y que, en los hechos, es poco práctica. Como ya se refirió, se está expresando un patrón de inserción femenina en el trabajo agrícola con el desempleo masculino; ello ha obligado a que sean más los varones quienes participen en las tareas domésticas, aunque sea a regañadientes y con un sinfín de matices, como se verá más adelante. El mismo yerno de la abuela ha sido “víctima” del desempleo agudo, lo cual ha forzado a que se involucre en el cuidado de su pequeña. Su esposa le ha hecho sentir su inconformidad porque él evita otras tareas como lavar y cocinar, dado que ella las considera dentro de sus “obligaciones domésticas provisionales”.⁸¹

Hacer bromas sobre el estereotipo masculino es una manera de burla social hacia éste y, por lo tanto, de cuestionar su pertinencia, pero ¿por qué traer a colación la relación dolor-hombría en un encuentro microsociedad en el que aparentemente no era el tema? Sin duda porque siguen operando los mecanismos que validan los estereotipos de “los hombres no lloran, ni hacen cosas de mujeres”. De lo contrario la broma no hubiera tenido cabida, ni habría prosperado la burla del yerno con su sobrino político. Además, ¿qué condicionantes sociales están operando para que el tema emerja en situaciones como estas? ¿De qué forma la burla y la broma se relacionan con el exhorto del padre a su hijo pequeño para que cruce el charco? Las relaciones de poder están mediando en la manera en que se instaura y ejecuta la broma, y son las articuladoras en el estímulo que hace el padre a su hijo para que éste brinque. Desde pequeños se trasmite la idea de no tenerle miedo a un riesgo, no obstante, en la práctica hombres y mujeres asumen posturas que desafían, enfrentan con menos vacilación las situaciones que podrían provocar algún daño.

Las expresiones respecto al no ser “culón” (no tener miedo), enfrentar los sinsabores de la vida y del cuerpo, son el telón de fondo que permite abordar el tema hombría-dolor en la vida cotidiana, sin aludir necesariamente a una interrupción temática en las conversaciones informales. Por ello, en primera instancia no

⁸¹ La frase está entrecorrida, pues persiste la convicción de que son obligaciones temporales, y más respecto a las actividades relacionadas con la limpieza, preparación de alimentos y organización de los espacios dentro del hogar; por otro lado, al yerno le gusta, en su tiempo libre, llevar a cabo tareas asociadas a la construcción-ampliación y reparación de la vivienda.

me sorprendió la broma, incluso su importancia analítica pasó inadvertida, pero al escribir el diario redimensioné el hecho y recopilé información adicional.⁸²

El incentivo de los padres hacia sus hijos para afrontar los daños potenciales, sin vacilar o gastarles bromas sobre su capacidad de aguantar el dolor, son hechos que obedecen una lógica del sistema género. Como ya se mencionó, la frase “los hombres no lloran” se coloca en un lugar común de la cotidianidad social, y recurrir a ella conlleva un ejercicio de crítica al estereotipo y a la vez, cuando se expresa en el proceso de socialización primaria, paradójicamente tiende a fortalecer la hombría en tanto equivale a ser valiente-aguantador-resistente. Por ello, el contexto social que permite incentivos para demostrar la valentía o hacer parodias sociales de burla y reafirmación de la masculinidad es un sistema normativo de género.⁸³

Las expresiones de discurso como bromas, regaños, consejos, parodias y burlas transmiten una pedagogía implícita, mensajes que pasan a un primer plano en la interacción social en la que se cuestionan o incentivan los modelos de masculinidad. Las situaciones descritas representan coordenadas de reafirmación o crítica a una forma de masculinidad. La expresión negativa de la hegemonía de la masculinidad es distanciarse de lo femenino y, además, ratificar y validarse como hombre. Pero a la vez se retoma el aspecto positivo, en especial sobre el modelo del varón responsable que se cuestiona la vigencia y utilidad práctica de encarar las amenazas.

Aquí se ve cómo un modelo masculino, el MVD surge para pregonar la valentía y la fuerza masculina, y además implica nociones específicas sobre el cuidado; si bien se le encuentra en el discurso, también tiene una dimensión tácita en su reproducción en la práctica. El padre que incentivaba a su crío para cruzar sin vacilar, o el abuelo que bromeaba para que su nieto aguantara las marcas en el brazo, posiblemente comparten la idea de un cuidado más apegado al orden de género tradicional, esto es, sus hijos desde pequeños tendrían que aprender los desafíos de la vida. No hubo registro de escenarios semejantes hacia las “mujeres”, no obstante, el impacto de dicha masculinidad se hace presente, y ante ésta se construyen dos modelos para situaciones de desafíos: el responsable y el descuidado.

Las representaciones negativas de la masculinidad hegemónica refieren el aguante físico o los desafíos al vencer el miedo; contienen definiciones que implican la equivalencia entre el cuidado y una ética de vida, esto es, las decisiones sopesadas por medio de la razón y la experiencia. En este sentido, existe un reacomodo o, si se quiere, una extrapolación del ideal masculino tradicional a su expresión positiva: ser responsable, por lo tanto cuidadoso con su entorno, no dejarse llevar por circunstancias que ponen en peligro a los demás, nada más porque sí. Estas son interpretaciones a partir del modelo masculino tradicional, pero que promueve una ética de cuidado. Para los efectos de esta investigación se trata del MVR cuyo origen en los sujetos se encuentra en la socialización primaria.

No es menor que en la lógica de la violencia social que se vive, y las condiciones de vulnerabilidad se expresen polos de la masculinidad sobre el cuidado en los cuales existen acentos hacia un lado y otro. Por ello, existen varones que incluyen el discurso del cuidado en contraposición al “bríncale no sea culón”, pero en el contexto de una pedagogía del cuidado; es el caso de Reynaldo.⁸⁴ Mencionó que intentaba aconsejar a su hijo de 11 años respecto al cuidado de “andar en bicicleta”. Visualizar daños posibles es lo que le permite

⁸² Integrante de una familia jornalera del lugar, el pequeño tiene tres hermanos/as de 5, 16 y 17 años. Su madre, de 32, convive con su segunda pareja, con la cual tuvo una hija, entonces tenía cinco años. Desde hacía un año vivía con sus abuelos maternos, y debido al trato preferencial que recibe por parte de éstos, había ganado burlas sistemáticas de su hermano mayor, por la protección y cuidado que le brindaban en su nuevo hogar, el tipo de burlas se refiere a equiparlo con una niña, y nombrarlo como tal, decirle que es “mujercita” por la forma en que ahora es alimentado y vestido, y por el mayor control que tenían sobre él, para que no anduviera en las calles “a la buena de Dios”. Estas burlas son conceptualizadas como “la carrilla”.

⁸³ En donde la mediación de símbolos y significados abonan a la reproducción social del imperativo viril.

⁸⁴ Él tiene dos mujeres y dos varones; el mayor estudia en Hermosillo, en un centro de educación superior. Una de las hijas se casó en mayo de 2009. El menor estudia la primaria y la otra cursa el tercer semestre de preparatoria en la localidad. Ha trabajado en todas las labores agrícolas desde que arribó a la región, y de vez en cuando lo hace con su esposa. Vive en la parte oriente del PMA.

escabullirse de ser valiente-aguantador-resistente, y poner atención en el cuidado social, personal y corporal. Por ello advierte la necesidad de hablarles a sus hijos, sobre todo al más pequeño, sobre las advertencias y precauciones que debe tener al andar en la calle:

[...] por eso sirve decirles ¡no vas a agarrar esto!, y mira cuando vas a sacar la bicicleta, en cada calle vas hacer alto, porque puede pasar un carro y los carros pasan y no te ven, pero tú que vas en la bicicleta te vas a estrellar, uno todo el tiempo debe de parase en cada alto; aunque no venga nadie, tú nunca vas a pasar volando, todo el tiempo debes pararte, son las precauciones que yo les doy a ellos.

Es difícil concebir a Reynaldo diciéndoles a sus hijos “no seas culón” o incentivarlos para afrontar las amenazas visibles. Cabe preguntarse ¿cómo es que él se escapa de la estructura normativa del MVD?⁸⁵ El itinerario biográfico de Reynaldo indica prácticas y discursos de protestas y críticas hacia sus condiciones de vida desde que inició su vida laboral. Al cuestionar las formas de convivencia en el PMA (como sus observaciones sobre la frialdad en los saludos y la poca presencia de cordialidad entre la gente), y reclamar sus derechos ante instancias laborales lo muestran como sujeto reflexivo.⁸⁶ La valentía, como termómetro del modelo de la masculinidad descuidada, no figura en sus horizontes de sentido y acción social, y sólo se justifica por la vía de la defensa de sus derechos.

Sin embargo, el desliz respecto al arrojo masculino es sólo aparente, puesto que si bien Reynaldo pone en alerta a sus hijos ante un accidente o daño, sus propias prácticas lo han llevado a situaciones graves en especial a conflictos laborales. En ellas ha emergido la defensa de sus derechos y también a ser tratado con dignidad, como personas y no como simples trabajadores. Acorde con esto, a lo largo de mi experiencia de investigación y en la presente escuché y registré (Damián, Pepe, Jesús, Eligio) una tendencia en los varones a no dejarse “mangonear” por sus superiores en el trabajo. Además de defender sus derechos, se trata de una disputa simbólica frente a otra forma de masculinidad, esta vez cruzada con el estatus sociolaboral (gerentes, administradores y mayordomos).

Es elocuente la alerta que Reynaldo le pone a su hijo mayor cuando le aconseja que su presentación personal debe coincidir con lo que para él sería lo “normal”. Si bien el incentivo es para guardar las formas de la presentación acorde a los criterios sociales dominantes, el entrevistado adujo una razón adicional y muy poderosa cuando dijo: “Aquí han golpeado muchachos, que los han golpeado por su forma de vestir, que por su forma del greñero”. La amenaza de ser golpeado implica la posibilidad de ser asaltado y además puede ocurrir debido a la negación para aceptar formas de vestir distintas a la dominante, como las del chero, cholo o marihuano. Ante una amenaza visible, Reynaldo desplaza los imperativos culturales de la masculinidad descuidada para priorizar en su lugar, su diagnóstico de violencia en las calles, y así advertir a sus hijos. No obstante, la violencia social a la que aludió tiene relación con las imágenes hegemónicas y subalternas, para emplear un término gramsciano, de las masculinidades. La del cholo, como se verá en el capítulo siguiente, es netamente masculina y en ocasiones se contrapone a lo que significa el chero sonoreño. Las nuevas expresiones culturales en las cuales aparece la figura del *rockero* (pelo largo, ropa holgada con colores oscuros) se insertan con menudas tensiones en las nociones de la masculinidad reinante.

⁸⁵ La dimensión descuidada de la masculinidad es una forma de nombrar a la parte normativa de lo que se inculca a los varones para que puedan jactarse de ser “hombre”, y minimizar las posibilidades sociales del daño y la naturalización de las amenazas.

⁸⁶ Recordó “regaños” que recibió cuando tenía poco más de 20 años, manejaba de manera temeraria un auto prestado, y su dueño le dio “unas terapias”. Reynaldo asustaba al dueño del auto cuando conducía porque se le acercaba demasiado. Su amigo le advirtió que si le fallaban los frenos lo podría matar y a él meterlo en la cárcel, desde entonces, dice, entendió que debía tener más cuidado al conducir. Para dichas conductas, según él la variable relevante es la edad y la etapa biográfica, porque la cultura masculina descuidada se enfatiza más en la juventud.

El proceso es distinto cuando las mujeres enfrentan situaciones críticas. Para ellas los incentivos se dan con menor fuerza y frecuencia en relación con factores de peligro. En este contexto emerge la figura femenina en situaciones específicas, y con ello se entrevé la manera en que las mujeres del PMA asumen posturas que por definición social son propias del varón, y la noción de cuidarse, preservar la integridad se prefigura en el discurso como algo inequívoco para ellas.

Para analizar cómo desarrollan las mujeres prácticas de enfrentamiento y conflicto interpersonal, a continuación se describen situaciones críticas cuya protagonista fue Rubí, una jornalera de 17 años del PMA. Además se contemplan los cambios cristalizados en la práctica en el contexto de las dinámicas de género. Para mostrar el carácter temeroso, blandengue y titubeante de su mamá, Rubí relató la manera en que se enfrentó a una vecina joven. Para evitar que le dijeran “culona” tuvo que encarar situaciones que demandan comportamientos firmes, y si era necesario, usar la violencia.

Una joven que retó a Rubí a gritos desde la calle, al parecer habían tenido un percance hacía tiempo; ese día, poco antes, la retadora había intercambiado golpes con otra vecina del barrio –Raquel-. Mientras Rubí contenía el enojo, su rival le gritaba constantemente mientras entraba a su domicilio; ella tuvo paciencia y esperó el mejor momento para reclamarle. Cuando la tuvo enfrente, la rempujó con la intención de tirarla al suelo, la agredida evitó la caída y rápido emprendió la huida. La madre de la joven, en compañía de su esposo, acudió a casa de Rubí para reclamarle por la agresión. La intervención del señor la exasperó más, ya que éste le reprochó su abuso por ser una persona con “muchísima experiencia”; enfurecida, aclaró que eran de la misma edad y de inmediato le solicitó que se retirara mirando de reojo a la mamá de Raquel, e inmediatamente le gritó: “pinchi chivo”.⁸⁷

Al plantearle la posibilidad de que podía haberse rehusado al enfrentamiento, señaló que quedaría como una miedosa ante las personas del barrio y, además, tenía una motivación más: el desagrado que la rival le despertaba desde hacía tiempo.⁸⁸ En un primer momento me sorprendió este episodio en la vida de Rubí, porque no había registrado con esa claridad en este tipo de acciones en la localidad. En cierta forma, ella ha desarrollado un proyecto biográfico que clama por mayor independencia, libertad y resistencia a la autoridad masculina (con respecto a sus parejas), y en este contexto la interiorización del “no ser culón” lo ha resignificado en sintonía con su identidad genérica.

En el plano simbólico, Rubí tomó la altanería de Raquel y lo que eso significó como ejemplo, para mostrar cómo es que su mamá asume un rol neutral o pasivo ante situaciones ríspidas. La estructura de género operó en el sentido de dejar que fueran las mujeres quienes resolvieran sus diferencias, por ello el enojo de Rubí por la presencia de un varón, que reclamaba el abuso de ésta sobre su hija. La idea de no ser “culón”, es decir, no tener miedo ante un evento que pudiera atraer dificultades sobre todo algún daño, la resignifica.

La resignificación operó en dos planos, en las relaciones sociales, por un lado, y en la idea de sí. La importancia en los efectos posibles en la calle, por una posición tibia y, sobre todo, en el grupo de pares fue crucial; verse como mujer que enfrenta las adversidades abona a su proyecto de insertarse en igualdad de condiciones al mundo público masculinizado.⁸⁹ Emular comportamientos masculinos le provee recursos para

⁸⁷ Según Rubí, en cierta ocasión la señora que le fue a reclamar le confesó que había engañado a su marido con otro varón de la localidad, por ello la mejor ofensa fue recordarle la condición de engaño de la que fue objeto, así él optó por retirarse.

⁸⁸ Según ella, también le llenó de coraje que después del enfrentamiento su antiguo novio visitó a la agredida. Su mamá evitó salir, y permaneció dentro del hogar.

⁸⁹ Si se recuerda el itinerario biográfico de Rubí, sus múltiples separaciones maritales, su resistencia a obedecer a sus parejas, su inserción laboral infantil, sus juergas y las prácticas de alcoholización proporcionan una idea respecto a su autonomía. Mantuvo un vínculo erótico-amoroso con una mujer a la que conoció en el trabajo, y después de un tiempo de vivir con ella, decidió terminar la relación.

competir; si bien el motivo del enfrentamiento fue de carácter personal, en cierto momento Rubí vio en Raquel una competidora respecto a los afectos de su exnovio.⁹⁰

En resumen, la primera lectura respecto a las prácticas sobre enfrentar desafíos o daños, como los citados, se relaciona con un orden de género, en especial por el protagonismo masculino. Por un lado existe la crítica a la imagen estandarizada sobre el actuar (no llorar, no hacer cosas de mujer) y, por otro, la objetivación de esta imagen por medio del discurso en la interacción social. Las acciones concretas como conducir en bicicleta sin precaución por parte de jóvenes de la localidad, la burla de sus pares femeninas por dichos comportamientos dan muestra de cómo operan los contrastes entre el mandato implícito del descuido masculino y sus efectos tanto en el discurso (la burla de la muchacha a sus compañeros con la exclamación: ¡hombres tenían que ser!) como en la práctica —la broma del abuelo a su nieto—. La convivencia de las críticas hacia la normatividad del “deber ser” masculino y su misma reproducción discursiva se deja sentir cuando se transita entre la broma y la “realidad”, de las condiciones materiales y el “dicho”. El poder como estructura de imposición y resistencia funciona, entre otras cosas, para permitir las burlas, la socialización primaria.

Las “acrobacias” de muchachos en plena calle, los incentivos de los padres a sus hijos para aguantar junto con las irónicas frases de “los hombres no lloran” son reflejo de una inculcación de esquemas de acción y disposición, un *habitus* masculino que tiende a imponer prácticas imprudentes hacia el peligro. Algunas jornaleras resignifican estas estructuras de género, y las acomodan para abrirse cancha en espacios tradicionalmente homosociales.

⁹⁰ Poco después hubo nuevos enfrentamientos, ahora de Marcela, hermana mayor de Rubí. En este caso hay que resaltar la idea clara de que al tratarse de pleito entre mujeres tanto en la calle como en los límites de las viviendas, existe un código poco trasgredido, los varones no intervienen aunque alguna de las perdedoras sea cercana (esposa, madre, hija, hermana, amiga), pues corren el riesgo de ser insultados poniendo en entredicho su hombría (Rubí le recordó al papá de Raquel esta trasgresión con el insulto de “pinchi chivo”). Todos saben del desenlace probable cuando algún varón interviene de manera decidida. Para Reynaldo es “poco hombre” quien discute o pelea con una mujer.

V. LAS JORNALERAS Y EL EQUILIBRIO CAMBIANTE DE PODER⁹¹

*[...] ha sucedido que las mujeres tomasen
parte en guerras o en sangrientas vendettas;
desplegaban en tales aventuras tanto
valor y tanta crueldad como los hombres:
se cuenta de algunas que mordían
ferozmente el hígado de sus enemigos.*

Simone de Beauvoir
(1984, 23)

Ya se mostraron algunos rasgos sociales de las prácticas y discursos de varones y mujeres, aquí la mirada se dirige a la situación de las jornaleras, sin desatender las dinámicas sociales subyacentes. Para entender la masculinidad es preciso comprender las relaciones de género, en especial si se parte de la idea de que los varones reciben mayor influencia cultural para afrontar los peligros de manera más decidida. En dicho sentido, se requiere mostrar las circunstancias sociales de las mujeres y los mecanismos que favorecen la subordinación y la resistencia; los ejes de análisis giran en torno a los procesos de decisión de ellas respecto a su inserción al trabajo asalariado, en comparación con las actividades domésticas. También se analizan las relaciones de poder por medio del control masculino, los celos como parte de la estructura de la catexis (Connell 2003).

El proyecto de género, según Connell, es parte de los procesos de configuración de la práctica a través del tiempo, que representan maneras dinámicas de organizarla (2003, 110). Dichos procesos ocurren gracias a la conjunción del orden social de género y las trayectorias biográficas. Y, parafraseando a Bourdieu, los agentes se ubican en el espacio social para producir una visión y acción particular, del mismo modo las jornaleras se hallan en el entramado de posiciones y distancias sociales con respecto a otros agentes (jornaleros, taxistas, mayordomos y empleados).

En el sistema genérico, Scott y otras feministas ubican al poder como parte constitutiva del mismo (Scott 1996; De Barbieri 1996). El control de los cuerpos femeninos es la palanca para la reproducción simbólica y material de la dominación ejercida por los varones, pero pueden existir mecanismos de respuestas estratégicamente sustentadas para inestabilizar el ámbito del género; “las mujeres pueden tener hijos que no

⁹¹ Parte de este capítulo se publicó en *Las relaciones, roles e identidades de género en Sonora* (Calvario 2015).

sean del marido, aparentar esterilidad o de plano negarse a tenerlos [...] seducir para muy diversos fines, negarse a trabajar en el hogar” (De Barbieri 1992, 124).

En el trabajo agrícola es común observar a jornaleras de Sonora y de otras regiones agrícolas (Castañeda y Zavella 2001) cubrirse el rostro y usar varias prendas sobre la vestimenta usual de trabajo. Así se escabullen del acoso de los varones, pero también es una estrategia de anonimato, la cual representa una forma simbólica de protección y manejo de su cuerpo.

En el contexto de las relaciones sociales entre los/as jornaleras surgen prácticas sociales articuladas sobre la base del trabajo agrícola, la significación de los espacios y el cuerpo, y la contención de emociones en situaciones límite o, si se quiere, críticas. Con el concepto de proyecto de género, como articulador de las prácticas y discursos de la realidad de los/as jornaleras del PMA se explican los mecanismos que reproducen las relaciones de poder.

La complejidad respecto a las dinámicas de poder permite entrever que muchas mujeres en países en desarrollo enfrentan condiciones laborales adversas al igual que sus compañeros, pero cuando Pirooska Östlin alude a un estudio de Razabi y colaboradores dice:

Las mujeres pobres que trabajan fuera de la casa demuestran tener más confianza en sí mismas y una mayor independencia económica, a pesar de que enfrentan condiciones de trabajo *peligrosas*, estrés y violencia (2001, 5).

La mayoría de las informantes desempeñaban faenas agrícolas remuneradas, algunas de manera periódica o constante. La participación laboral incluye situaciones que demandan esfuerzo físico y exposición a sustancias químicas y a sufrir la violencia masculina. A la par, se expresan procesos de autonomía y oportunidades de poder en términos eliasianos.

Varios informantes señalaron que los conflictos conyugales en el trabajo son fuente de peligro sobre todo para las mujeres, cuando son coaccionadas por el marido para que no hablen con hombres desconocidos. Los celos en el trabajo y en la calle, la prohibición para que las esposas trabajen, así como el reparto desigual de tareas laborales y domésticas son consecuencias de las relaciones de poder en el marco de la masculinidad. Incluso, una fuente de fricción puede ser que ambos trabajen, y la probabilidad de que haya daños para la integridad física de las mujeres, así lo relataron algunas. La relación peón-capataz puede ser fuente de peligro pero matizado, si se trata de mujer-mujer, hombre-hombre u hombre-mujer, en el último caso el peligro es equiparable a los posibles conflictos por las relaciones de poder en el vínculo laboral.

Este capítulo está organizado en cinco apartados. En el primero se analizan las definiciones sobre lo que significa ser mujer en la articulación con los proyectos de género. En el segundo los procesos de inserción al trabajo agrícola y las relaciones de poder; luego se abordan los celos y el deseo de control masculino en el surco. En el cuarto se explora la manera en que las mujeres ascendieron a mejores puestos de trabajo agrícola en medio de resistencias por parte de los varones. En el último se intenta recuperar el espacio doméstico en sintonía con el trabajo asalariado de las informantes.

SER MUJER PARA LAS JORNALERAS

Existen elementos estructurales que han incidido en la situación de las mujeres jornaleras del PMA, y en definitiva en el PG. El cambio en el mercado laboral regional (mayor demanda de fuerza de trabajo), la crisis económica recurrente de los últimos años y las políticas sociales enfocadas en las mujeres han contribuido a que ellas conformaran pautas de acción cristalizadas en prácticas en el hogar, la calle y el escenario laboral. En

otras palabras, gracias a estos condicionantes sociales, la construcción de las identidades femeninas ha estado ligada con la situación de trabajadoras como pilares de sus familias y población objetivo de programas sociales incipientes.

La implementación de las políticas y los programas asistenciales recientes, en particular los dirigidos a mujeres, ha permitido resaltar en la vida pública la condición social de este grupo. Los programas gubernamentales de asistencia médica, económica y alimentaria, como Oportunidades y el Seguro Popular, han brindado una plataforma para que las mujeres reciban subsidios, y sean promotoras de actividades en salud familiar. También las guarderías para niños son espacios de acción femenina, en la lógica de autogestión y liderazgos de ellas. Esto ha reforzado el protagonismo social de las mujeres como actores idóneos para administrar y movilizar recursos en ámbitos considerados femeninos, como el cuidado infantil. Un hecho revelador, reflejo de la condición social femenina en el PMA, es la participación incipiente en espacios homosociales masculinos.

Con la apertura de cultivos nuevos y el TLC, en la Costa de Hermosillo hay mayor demanda de jornaleros, para la satisfacción de sus necesidades productivas. Ha aumentado, de forma significativa, la inserción laboral femenina, lo que ha traído consigo la reestructuración del patrón funcional familiar. La inclusión de ellas en el mercado laboral y la emergencia de necesidades de servicios públicos y, sobre todo, de terrenos para la construcción de viviendas, han conformado escenarios de liderazgos femeninos. Con las invasiones crecieron los asentamientos al poniente de la comunidad, como formas de apropiación no legal de terrenos. Fueron en su mayoría mujeres quienes tomaron la iniciativa de encabezar las demandas por terrenos para asentarse (una situación semejante ocurrió en la colonia popular Santo Domingo, de la Ciudad de México, según Gutmann (2000). De este modo, los procesos de liderazgos comunitarios y la inserción al trabajo asalariado promovieron la reestructuración de los lazos de las mujeres con sus hogares. No obstante, el liderazgo femenino comunitario se ha visto desplazado por figuras masculinas, cuando se convoca a movilizaciones masivas.

Figura 11. Afiliadas al Programa Oportunidades, PMA

Año	Afiliadas
2005	1 398
2006	1 275
2007	1 175
2008	1 024
2009	939

Fuente: elaboración propia, con base en el padrón de beneficiarios proporcionado por la dirección del Programa Oportunidades de Sonora.

Por otro lado, las jornaleras como protagonistas en los escenarios domésticos del PMA actúan como jefas de hogar y también llevan a cabo acuerdos y negociaciones con los varones, para el funcionamiento de la unidad familiar.

El apoyo de Oportunidades para las pocas familias de los informantes que cuentan con él es gratificante pero no suficiente, para cubrir sus necesidades cotidianas. Esperan con ansia la fecha de pago, pues en algunos casos les ayuda a saldar algunas deudas, aunque la finalidad principal es completar la alimentación familiar.

Asimismo, con la instalación de centros de desarrollo comunitarios en el municipio de Hermosillo, y en especial en zonas consideradas de alta marginación social como la comisaría Miguel Alemán, se ha incentivado la presencia femenina en actividades recreativas y productivas, como las capacitaciones para el trabajo (manualidades, corte y confección).

En suma, la participación de las mujeres en espacios comunitarios se remite al cuidado infantil o geriátrico (guarderías autogestoras, albergue para personas de la tercera edad), algunas son líderes de las invasiones o figuran como mediadoras entre las autoridades y su comunidad. Es notoria la presencia activa de las mujeres en faenas agrícolas remuneradas, ante la crisis económica. La implementación de políticas sociales cuyas destinatarias principales son las mujeres y los procesos de liderazgos femeninos han configurado los rasgos generales de las mujeres como grupo social activo.⁹²

La idea de las mujeres sobre sí mismas,
como parte del proyecto de género

La idea de las entrevistadas sobre sí mismas incluye nociones positivas de su condición y exaltan el valor social de la maternidad. Cuando a Elsa se le preguntó: ¿qué es para ti ser mujer?, contestó con emoción: “Es algo muy maravilloso”, y otra persona expresó que era algo inexplicable, pero subrayó: es “muy bonito, las palabras se acaban para expresarlo”. La condición de ser mujer, en primera instancia, se resalta como si se tratase de una propiedad atesorada; en términos de Bourdieu, capital simbólico (2000b; Bourdieu y Wacquant 2005).

Paradójicamente, la idealización o, mejor dicho, la descripción positiva que hacen las mujeres de ellas mismas está vinculada con las relaciones de dominación masculina. Dicha exaltación está montada justamente en el mecanismo social que las presenta como débiles, pacientes y dependientes del varón. En el PMA, como en otros escenarios, lo femenino se asocia, entre otras características, con la pasividad, la paciencia y la debilidad. Estos rasgos emergen como positivos al vincularlos con la capacidad reproductiva de las mujeres y el valor social que ellas les atribuyen a sus hijos/as. Ser mujer jornalera implica desventajas consustanciales pero, a la vez, se convierte en capital simbólico cuando exponen sus “sacrificios” frente a sus esposos u otros agentes sociales, en pos del bienestar del grupo doméstico. En circunstancias en que está en disputa el reconocimiento –frente al esposo por ejemplo– de su valor como madre sacrificada, la femineidad es un bien simbólico en busca de legitimidad en la familia.

Sandra relacionó su definición de mujer, en primera instancia, con lo que hace en el PMA. Ella englobó la palabra mujer con la actividad económica y de manera más concreta con la labor de jornalera y ama de casa. Por ello, y después de un ligero titubeo y suspiro dijo que ser mujer es “mucha responsabilidad con la familia pero además como en mi caso ayudarle a mi esposo [...] pero a veces desatiende uno a la familia”, es decir, es obligación en primer lugar velar por el cuidado del grupo doméstico y, ante las condiciones de precariedad, ayudar al sustento aunque con ello descuide la otra responsabilidad; se necesita un sobreesfuerzo para cumplir también con su deber doméstico. Por esta última razón, sin titubear, exclamó: “Uno se valora mucho porque trabaja el doble”; está plenamente consciente de la condición de doble jornada.

⁹² En los últimos dos años ha existido un incremento sustancial de los apoyos financieros gubernamentales a proyectos productivos encabezados por mujeres en el PMA. Según el Fondo Estatal para Proyectos Productivos de la Mujer, de 2003 a 2006 se aprobaron cinco, mientras que en 2008 y 2009 fueron 26. Para dar una idea, el municipio de Magdalena de Kino tiene el doble de población que el PMA, y para el primer periodo se aprobaron 11 y 1, respectivamente, en los rubros de venta de *hot dogs*, tortillas, papelería, zapatos, etcétera (información recabada en el portal de acceso a la información pública del gobierno del estado de Sonora).

Algunos varones coincidían con otras informantes en el sentido de la condición de sufrimiento en que se encuentran las mujeres en el PMA.⁹³ Es paradójico que exista un proceso de autonomía no visto antes y, a la vez, se manifiesten discursos sobre casos graves de control masculino. La expresión citada está condicionada por estructuras sociales que ligan a las mujeres con estereotipos de género, pero al mismo tiempo se puede usar para resaltar la feminidad, en tanto ente activo. De ahí la valoración de Sandra sobre sí misma, la doble jornada implica enfrentar las adversidades y la violencia masculina. Felizardo, cuando refirió la concepción social sobre los varones aludió irremediamente a la situación de las mujeres, por ello dijo:

En el poblado, si tú te casas con una mujer pa' el siguiente día ya la traes trabajando en el campo, eso es lo que sucede en el poblado. Te ayuda a trabajar en el campo, y después a trabajar en casa, en el campo donde ando, andan muchos trabajando con sus esposas y cuando llegan a sus casas continúan con la chamba.

Reyes también describió su percepción sobre las mujeres en torno a la condición laboral (según él, ante la tendencia reciente al conflicto interpersonal), las necesidades económicas y el maltrato. En este contexto externó:

[...] lo que yo me di cuenta, que está muy *sufrida* la mujer, muy golpeada, muy marginada, yo creo que sí, porque se casan muy chicas y tienen hijos muy chicas y las mandan a trabajar.

Las dicotomías hogar-feminidad y trabajo-masculinidad encuentran asidero en el discurso del deber ser del modelo de género, pero no en la práctica. La ruptura de ésta ocurre cuando se considera la condición de que las mujeres tienen una doble jornada, es decir, el ideal es que no trabajen, pero cuando lo hacen es necesario que los varones estén conscientes de dicha situación. Emerge otro tipo de ideal: la colaboración por parte de los varones, pero la realidad es que pocos lo hacen, según ellas. Las mujeres con resistencias y negociaciones frente a sus cónyuges o excónyuges, identifican el sufrimiento por su condición de trabajadoras. Ellas realizan sobreesfuerzos por el bienestar de sus hijos/as, sienten angustia por el comportamiento de algunos miembros de la familia (conductas delincuenciales de los hijos varones y, en menor medida de las mujeres) y todas las condiciones que implica la crianza y el trabajo asalariado.

También hay jornaleras que poseen poca o nula autonomía, el sufrimiento está relacionado con los abusos de sus parejas en forma de golpes físicos. Margarita mencionó la situación de muchas respecto a estar “dominadas” por el marido, y resaltó el caso de una amiga a quien describió metafóricamente como “esclava”, por trabajar de sol a sol mientras su esposo está “enviciándose” con las drogas.

En términos generales, y como parte de la idea de sí mismas, las/os informantes aludieron al carácter intrínseco del ser mujer con un tinte de heroísmo y estoicismo; Elsa expresó con admiración que a las mujeres les deberían levantar una estatua por todo lo que experimentan en la vida. De esta forma, los vínculos que establecen a lo largo de su existencia con los varones –padres y esposos–, están impregnados con procesos de sujeción, con algunos matices. Elsa vivió el alcoholismo y las agresiones de su padre, y luego las infidelidades e inactividad económica del marido; por ello, de inmediato su descripción de las mujeres se aproximó a la idea del “aguante” en las condiciones de vida. No obstante, enfatizó la posibilidad de separación conyugal ante la situación desfavorable, y con ello planteó, en términos de negociación, la posibilidad de trabajar separada de su pareja.

⁹³ La directora del Instituto Hermosillense de la Mujer, y con base en datos de la Secretaría Estatal de Seguridad Pública, declaró que en la comisaría Miguel Alemán los casos denunciados por violencia intrafamiliar pasaron de 9 a 15 por ciento, entre 2008 y 2009 (Contreras 2009).

En concreto, algunas jornaleras hacen eco de su capacidad de desprenderse de la dependencia económica del marido y, por extensión, de contar con mayor autonomía en la toma de decisiones. La fuerza de los estereotipos no siempre impone una visión inamovible, sino que convive con prácticas y discursos en que se exalta el ideal de igualdad entre varones y mujeres. Sandra, en tono de broma, amagaba a su esposo resistiéndose para ir a trabajar. Elsa, en forma indirecta y con tono irónico, expresó su inconformidad por laborar en el campo a pesar de tener pareja, –“trabajas porque quieres nadie te obliga”, le reviró él. Las relaciones sociales de dominación, y con ello el peso impositivo de la cultura masculina han permitido la reproducción del orden social de los géneros y las resistencias que se despliegan en las prácticas. Aunque se siente el peso del discurso de “las mujeres abnegadas”, en la práctica las jornaleras resisten y cuestionan la autoridad de sus compañeros.

El caso de doña Maren es interesante porque logró mantenerse en puestos normalmente ocupados por varones; además ha enfrentado fricciones laborales que han puesto en jaque su autoridad como cuadrillera o como supervisora. La trayectoria biográfica ilustra la manera en que opera el PG, en el cual se estimulan las estrategias de reivindicación femenina. Maren, con una larga trayectoria y experiencia en las faenas agrícolas y, sobre todo, representante de un sector de jornaleras que logran ascender en los puestos de trabajo, destacó la capacidad actual de “independencia” de la mujer respecto del varón. Es elocuente la agudeza en la observación de Maren cuando advirtió la desigualdad entre hombres y mujeres pero, a la vez, cómo en ocasiones ellas reproducen esquemas de dominación para salvaguardar un “privilegio”.

[...] yo he visto en la televisión que vamos a pasos lentos a que la mujer tenga un lugar, que seamos iguales tanto hombres como mujeres, pero a veces nosotras nos pasamos de la raya, queremos ser iguales que los hombres pero cuando nos conviene y cuando no nos conviene queremos ser las modositas, ah y cuando no nos conviene hasta torcemos los ojitos y acá, es que también hacemos chantaje ¿no te has fijado?, pero cuando queremos que nos tomen en cuenta [...].

La independencia que Maren ha logrado reflejar las resistencias y formas de desplegar prácticas frente a la desigualdad que advierte. Resiste a las ataduras de las relaciones de dominación de los hombres en el surco y en otros escenarios sociales. Ella experimentó la dinámica conyugal cuando se iniciaba el proceso de inserción masiva de las mujeres al trabajo agrícola. Mencionó que tuvo la aprobación de su esposo cuando el mayordomo del campo la invitó a laborar, y desde entonces lo ha hecho en varios campos. Años después, cuando su marido partió hacia el “norte”, se hizo cargo de la crianza de sus tres hijos/as.⁹⁴ Su trayectoria biográfica está directamente relacionada con las faenas agrícolas, y haber alcanzado el puesto de supervisora le ha traído autonomía plena, no sólo económica.

En el discurso de Maren la fortaleza se convirtió en propiedad social de las mujeres del PMA, en particular al hablar de aguante, ante tantas desventuras del cuerpo y del alma: las lesiones, las enfermedades y los problemas familiares vinculados con los sociales. Aunque por un momento se desprendió de las dicotomías de género, en las que se ve a las mujeres como débiles y sumisas.

Aunque a las mujeres se les considera apropiadas para trabajos livianos y a los hombres para los pesados, de pronto el discurso se bifurca. Por una parte, los dichos sobre la diferenciación estereotipada del trabajo y, por ende, la caracterización de las mujeres como frágiles y delicadas y, por otro, la exaltación del aguante femenino como equivalente a la experiencia de adversidades físicas y emocionales. “¡Las mujeres somos muy poderosas!” exclamó Elsa, y lo dijo así por la condición de ser jefas de familia; en tanto Maren enfatizó que el trabajo las volvía independientes.

⁹⁴ Cuando salía a trabajar, una de sus vecinas le ayudaba a cuidar a sus hijos/as; ella le pagaba por el “gran favor” de hacerse cargo de los niños en su ausencia. Aunque ya hay tres guarderías en el PMA, es notorio que persiste entre las jornaleras la práctica de dejar a sus hijos/os con personas de su confianza.

Para Maren, la separación conyugal guarda relación con la independencia femenina no sólo frente al esposo, sino ya como mujer separada. Como respuesta a las relaciones sociales de dominación, esta independencia es reflejo del “poderío” femenino al enfrentar y sacar adelante la responsabilidad familiar. La posibilidad de recibir un salario le da a la mujer como grupo la capacidad de decisión que está adquiriendo, que se ve reflejada en el rechazo de ellas a seguir aguantando a los maridos.

La soltería emerge como categoría que reproduce las condiciones nuevas de la mujer ya que, si decidiera “casarse” la posibilidad de separarse es mayor que la de antaño. Si bien, las “separadas” y las “solteras” pueden ser equivalentes, en primera instancia la segunda categoría implica la ausencia de lazo conyugal y de hijos, sin embargo, el sentido que le dio Elsa fue señalar la experiencia sin ningún varón, por parte de sus vecinas. Ahí radica el poderío de las mujeres, según las informantes, en la capacidad de “sobrevivencia” ante una separación conyugal. El mercado de trabajo inestable y los “peligros” de la calle son escenarios que deben enfrentar con mayor determinación, una vez entradas a la categoría social de “mujer separada”.

Es interesante la comparación que hizo la informante del segundo relato cuando resaltó el desinterés de los varones para procurarles bienestar a sus hijos, a diferencia de las mujeres; ella identificó y confirmó la poca preocupación masculina por las necesidades familiares. La opinión respecto a la independencia de las mujeres es compatible con la visión de varones y mujeres respecto a la desobligación masculina actual. Por ello, con frecuencia se alude a la categoría de sinvergüenza o de baquetón⁹⁵ entre los/as informantes.

Las ideas de cómo las mujeres se vinculan con la concepción sobre sí mismas, el *habitus* con el cual se construye el proyecto de género, en el caso de ellas tiene tintes, cuasi heroicos y de resistencia ante los infortunios. El conflicto, y las agresiones físicas están latentes cuando Elsa ejemplificó la situación de las mujeres con la actuación de los varones. Subyace en el relato de doña Maren una idea causal respecto a la separación conyugal de los varones y las mujeres. Para ella, hay más mujeres solas porque se separan, no aguantan al marido porque son flojos y viciosos.

Por último, y en contraposición con la realidad a la que aludió en un relato anterior sobre la situación de violencia y abandono de las mujeres que laboran, Reyes externó su opinión en el plano de las representaciones, vía los discursos sobre el deber ser de las mujeres en el PMA, en especial las jornaleras:

[...] la mujer para parecer una mujer tiene que venir de familia con una responsabilidad y una meta, la formación es una y la educación es otra. Te educan en la escuela y te forman en la casa, tiene que formarse desde pequeña con respeto. Es que a veces son muy desentendidas, desde chiquitas hay que llevarlas derechitas. Una persona, una mujer que sea productiva, que vea su persona como es, que trabaje, que sea una persona que sea sincera pues, que se cuide, que se respete, que respete a toda la gente [...].

Sin olvidar que el relato está inserto en un contexto local y, sobre todo, que Reyes tuvo una socialización primaria en una comunidad rural tradicional, la idea del *respeto* cruza incesantemente la narración. Se enfatiza una conducta por parte de las mujeres, según él, poco cuestionada por la sociedad. Así la verdadera mujer se ciñe a guardar actitudes y comportamientos dignos, ello se logra mediante una socialización temprana desde los hogares. La inculcación de los modales y la receptibilidad de ellas son

⁹⁵ Las acciones de un baquetón son asistir con regularidad a las cantinas y quitarles a sus mujeres el dinero que ganan, se trata de “baquetonadas”, es decir, prácticas que cometen los varones “baquetones”. La polisemia del término “baquetón” incluye desde los que son mujeriegos y borrachos, que se aprovechan de sus mujeres y, en definitiva, provee un sentido de desprestigio semejante al sinvergüenza, no obstante también se puede utilizar para aludir a un comportamiento “travieso”. Quienes lo usan y pronuncian son mujeres y varones que no se sienten adscritos a esta categoría. Aunque no se asigna en exclusiva a varones, en el caso de las mujeres el sentido se restringe a desvíos sociales en aras de diversión. Para una referencia a un escenario sonorenses tradicional y el uso de este término véase Núñez (2007).

muestras del éxito futuro de su comportamiento.⁹⁶ El compromiso de la familia, en términos abstractos, es enseñarle a la mujer que tenga una buena conducción de su vida; la antítesis, para don Reyes, es la categoría acuñada por él de “ser comodina o comodino”, las personas que optan por omitir sus responsabilidades. Es equivalente a la de baquetón/a y sinvergüenza, para referirse a quienes otros informantes llaman flojos, y que no cumplen la función de proveeduría y cuidado familiar. Esta opinión cobra relevancia por la noción de responsabilidad, se acerca al MVR.

En el relato citado, las mujeres “baquetonas” optan por trabajos con mala reputación social, como el de meseras y prostitutas; ellas deben de ser productivas, sinceras y cuidar su comportamiento, sobre todo el que ponga en duda su respetabilidad. La inculcación de una forma de ser, de actuar, de ver (interpretar la realidad), quizá de un *habitus* femenino, en tanto esquema de apreciación y acción, se produce en el hogar, y acentúa que la mujer “tiene que formarse de pequeña [...] para llevarlas derechitas”. Este proceso de inculcación no logra un éxito total, por lo menos es distinto según las tendencias que enmarcan los proyectos de género.

Al final del relato, parece que las diferencias genéricas se van diluyendo, para centrarse en la conducción de las personas, y restarle importancia al hecho de que se trate de hombres o mujeres. Llama la atención que don Reyes transmita la idea desgenerizada de la igualdad ética de las personas, es decir, actuar en la lógica valorativa del “bien”, con ello se ubica más allá de la condición social de ser hombre o mujer. Sin embargo, y dado que en gran parte del relato se refiere a la condición social de la mujer en términos abstractos, y de las del PMA en términos concretos, el discurso de rectitud es más acentuado para éstas que para los varones.

La intersección del discurso social sobre el deber ser de las mujeres con el proyecto de género no se logra consolidar. En otras palabras, la práctica en familias del PMA dista de adscribirse al ideal pronunciado por el informante y, sobre todo, la biografía de las jornaleras se integra con rupturas y posiciones críticas hacia el ideal femenino; en especial, y aunque el informante apuntó la necesidad de que ellas fueran productivas, en realidad se refirió a la actividad doméstica. Las jornaleras construyen una idea de sí mismas en tanto personas que “le salen al toro”, toda vez que sus compañeros incumplen con su obligación asignada socialmente.

La expresión de un *habitus* de género a partir del mercado laboral, la división del trabajo, las relaciones de poder han configurado una idea sobre las mujeres como independientes y responsables frente a sus hijos/as. Se estructura el PG donde algunas se consideran poderosas frente a los varones. No hay que olvidar que el PG es el efecto de la estructura normativa a través de itinerarios biográficos para resistirla, negociarla o reproducirla. El discurso de la rectitud, si bien influye en las prácticas dado la fuerza de la representación simbólica del respeto (las mujeres deben darse a respetar y por consiguiente los demás –la sociedad– deben considerarlas con respeto), tiende a modularse ante la realidad social inmediata: las mujeres son agentes sociales y no sujetos pasivos.⁹⁷

En este contexto se incentivan prácticas por parte de las mujeres, que implican resistencia, determinación y arrojo, con consecuencias reales de malestar. La idea de “salirle al toro” refleja la posición de resistencia ante las relaciones de poder y una estrategia de sobrevivencia. En la condición *per se* de las

⁹⁶ Es imposible no referir a la obra de Norbert Elías sobre el proceso civilizatorio, cuando aparece el discurso de la inculcación de los modales en tanto mecanismos de control social y modulación de las emociones. En las relaciones de hombres y mujeres cobran relevancia las diferencias de comportamientos a través de los manuales de educación y buenos modales desde la Edad Media, según Elías 2009.

⁹⁷ Sandra, Elsa y Margarita se separaron por infidelidad o por la decisión unilateral de sus maridos de emigrar. Ante este hecho, ellas reflejan su capacidad de decisión ya sea en las prácticas o por medio de un discurso reivindicativo. A través de las experiencias sobre sus antiguas o nuevas parejas conyugales, se han alejado de la dependencia económica y capacidad de sobrevivencia como jefas de hogar. Sandra, Gisela y Elsa después de un tiempo, y un proceso de depresión volvieron con sus parejas; pero la experiencia les sirvió para “abrir más los ojos”. Maren ha vivido una separación *de facto* por el deseo de su marido de cruzar la frontera norte y probar suerte; el regreso prometido ha tardado más de veinte años. Margarita, ante la separación, se volvió a unir con otro varón.

mujeres no se alude al peligro como se concibe socialmente. El habitus femenino, en este primer análisis, no está alimentado por la idea colectiva del peligro social. No significa que dejen de realizar actos y prácticas temerarias, sino que la socialización en ellas no promueve, en términos prescriptivos, la idea de enfrentar el peligro para validarse como tales.

LIBERTAD, PERMISOS E INSERCIÓN LABORAL

No es una novedad la presencia de las mujeres en los surcos de la Costa, desde la época del “oro blanco”, durante las décadas de 1950 y 1960 la participación en el trabajo agrícola remunerado se expresaba en los surcos como compañeras de sus maridos o hijos. Cuando se inició un segundo éxodo poblacional de distintas partes del estado y del resto de la república –el primero fue con la colonización de la Costa, a principios y mediados del siglo pasado–, decenas de familias arribaron a la Costa para emplearse en la cosecha del algodón, y con ello empezaron a crecer asentamientos humanos incipientes (ejidos como Plan de Ayala, El Triunfo, La Peña y la naciente Calle 12). Las mujeres figuraban sólo como acompañantes de sus parejas, los maridos aprobaban el trabajo remunerado de ellas. Según lo recuerdan viejos líderes sociales, la presencia femenina en los campos de algodón era menor a la actual pero en colaboración con sus maridos en el trabajo asalariado.

En décadas pasadas se permitía que los/as niñas y las mujeres laboraran a ras de suelo en la cosecha de algodón, pero sometían sus salarios al jefe familiar (varón), quien aparecía en las listas de los campos como trabajador y, de este modo, era dado de alta en el IMSS. Aunque las mujeres y los/as niñas recibían un salario, no eran considerados/as trabajadoras formales. La autonomía sobre el gasto personal se circunscribía a las necesidades del hogar.⁹⁸ A los varones, como sucede hoy, se les adjudicaba la responsabilidad de sostener al grupo familiar, y existía discrecionalidad en el uso y destino de su salario, como ocurre en la actualidad, pues guardar una parte de él (en ocasiones hasta la mitad), para fines “recreativos”, se consideraba como un derecho varonil genuino. Según informantes, algunos jóvenes y adultos en los años sesenta y setenta se trasladaban a Hermosillo, a la llamada zona de tolerancia, para “pasar buenos ratos”.⁹⁹

Si a las mujeres jóvenes, consideradas “muchachas”, es decir, solteras, se les ocurría incursionar en los surcos del algodón o en los viñedos incipientes, eran objeto de escrutinios severos por parte de los padres y hermanos mayores. Por ejemplo, se intentaba sincronizar las salidas del centro laboral de las jóvenes con las de sus parientes trabajadores. Ahora la severidad del escrutinio es moderada.

En la actualidad hay mecanismos de control distintos y, por lo menos en jóvenes jornaleras, las posibilidades de participar en espacios tradicionalmente masculinos son mayores. Ahora existen ligas femeninas incipientes de fútbol *soccer*, situación que era distinta hace algunos años. El control masculino se expresa en varias esferas sociales, en especial respecto a la decisión de las mujeres de participar en el trabajo asalariado agrícola que, en términos generales, esta iniciativa personal es muy distinta a la de antaño. Desde una edad muy temprana, los hombres y mujeres del PMA externalan la necesidad de laborar en los campos agrícolas, ya sea en vacaciones, cuando se trata de escolares, o en temporadas de cosechas, cuando el trabajo abunda.

⁹⁸ Antes, la posibilidad de usar el ingreso extra ganado por ellas en necesidades personales era una osadía (algunas siguen considerando que están para apoyar y colaborar con el salario del esposo). El marido, padre o hermano poseían y poseen la prerrogativa de discrecionalidad de los gastos, en cambio los de las mujeres eran más públicos para la familia.

⁹⁹ Hoy son menos frecuentes los viajes a Hermosillo, ya que en el PMA hay muchas cantinas donde tanto mujeres como varones ejercen la prostitución. A dichos establecimientos también asisten personas de los campos agrícolas circunvecinos.

Otro agente de socialización, además del ámbito familiar, es la escuela; si bien ésta, como factor de agencia, puede motivar para que se desista de laborar como jornalero/a, muchos jóvenes incursionan en el mundo laboral en vacaciones escolares.¹⁰⁰

La reproducción del orden social y la de género, en particular, no atañe en exclusiva al tema de la participación laboral agrícola. En otras palabras, el hecho de trabajar en otro ámbito no significa una subversión y cambio del espacio social en el PMA aunque habría, al menos en teoría, mayor posibilidad para una modificación. La actividad económica en sí no provee el ingrediente principal para un habitus social, sino que los esquemas de apreciación y acción provienen más bien de los significados, discursos y prácticas que se expresan tanto en el trabajo agrícola como en uno diferente.

Durante décadas, cortar uva, pizarcar algodón, barbechar y regar terrenos para el trigo o la alfalfa han sido muy importantes para la vida social de los/as jornaleras. Por años ha sido famosa la fiesta de la vendimia en todo el municipio de Hermosillo. Los carros alegóricos del desfile del 20 de noviembre son caracterizados por elementos del trabajo agrícola, en mayor o mayor proporción.

Ante ello, los/as hijas de los/as jornaleras están en contacto directo con referentes simbólicos y materiales relacionados con la agricultura. Es entendible que muchos/as incursionen en los procesos productivos desde pequeños/as. La posibilidad de adquirir mayor libertad en el uso y destino de sus ingresos hace que cientos de adolescentes se inicien como asalariados agrícolas. Las motivaciones para empezar la vida laboral de las jornaleras, por lo común entre los 14 y 17 años, van desde la económica hasta la búsqueda de mayor capacidad de decisión; lo hacen cuando son solteras.

En algunos casos se “acostumbran” al trabajo asalariado y después de casarse desean seguir desempeñándolo; por ejemplo, Gisela señaló que no le gustaba depender económicamente de Juan. Por ello su deseo de volver a su actividad remunerada en el empaque, pero no había podido hacerlo debido a su embarazo. Ella se separó de su pareja por algún tiempo, y poco después decidieron vivir juntos de nuevo, y expresó su incomodidad al depender de su marido: “Estaba impuesta a puro trabajar y trabajar [...] a ganar mi dinero pues, no me gusta estar de que ¡ah, dame dinero! cuánto ganaste”.

Las hijas de Anastasio

El contacto con la familia de Anastasio, jornalero agrícola residente del PMA, se ha mantenido por más de diez años. Aunque él es un poco inexpresivo, me ha recibido siempre con cordialidad.¹⁰¹ Hemos compartido momentos de ocio en tardes calurosas de domingo platicando y tomando unas cervezas. Desde 2002, he reconstruido la historia mínima de la familia de Anastasio como una típica del PMA, pues ambos cónyuges provienen de núcleos campesinos, sus integrantes son o han sido asalariados agrícolas. Aunque su esposa es jornalera pendular, Anastasio ha laborado en los campos costeros de Hermosillo desde que salió de Ortiz, Sonora, su pueblo natal, hace más de 25 años. Existe una relación tradicional de autoridad, el jefe de la familia toma decisiones capitales; por ejemplo, él le ha dado su aprobación a Lilian,

¹⁰⁰ La presencia de profesionistas originarios del PMA, en especial egresados de la Universidad de Sonora, ha aumentado ligeramente en los últimos años. Se sabe que el egreso de las preparatorias, en promedio, es de 80 jóvenes, pero ingresan más del doble pues la deficiencia terminal es muy alta. No obstante, muchos se incorporan al mercado agrícola como asalariados pues la demanda de obra semicalificada es nula, según informó el director del plantel. Son pocos quienes logran emplearse en el PMA o en la Costa en puestos que demanden estudios de preparatoria, por lo que los egresados optan por buscar empleo en Hermosillo. De 1991 a 2009 habían egresado de la Universidad de Sonora 53 personas oriundas del PMA. De la Universidad Tecnológica de Hermosillo lo han hecho cuatro jóvenes, desde su fundación. Había dos preparatorias, una pública y otra privada, y se anunció la construcción de una más para agosto de 2010 (*El Informador*, marzo 2010). Hay planteles de educación básica y tres de secundaria. De los/as entrevistadas sólo uno contaba con hijos/as profesionistas, y otro tenía uno estudiando en la Universidad Tecnológica de Hermosillo.

¹⁰¹ La entrevista con Anastasio fue durante un ejercicio para un curso de investigación cualitativa en la maestría en ciencias sociales. Luego, para mi trabajo de tesis de maestría, él participó en un taller de mapeo de riesgo laboral, en 2002 en el “albergue para jornaleros agrícolas”. Para esta investigación Anastasio ha fungido como informante, por lo que los encuentros etnográficos con él y su familia han sido numerosos.

su esposa, cuando ha trabajado.¹⁰² Le sirve café o le facilita alguna prenda cuando Anastasio lo solicita, pero para ella es obligatorio pedirle permiso a él para salir a cualquier lugar. Procrearon dos varones y dos mujeres: Marcela tiene 21 años, y la menor 11. Los/as hijas mayores “evadieron” cualquier responsabilidad escolar. Marcela abandonó el segundo grado de educación media básica cuando tenía 14 años, para trabajar como asalariada agrícola. Al poco tiempo su hermano, con 12 años, hizo lo propio al salirse del sexto grado de primaria. Luego Rubí, la tercera hija, hizo lo mismo dos años después. El menor estaba por inscribirse a primero de secundaria, pero por lo sucedido con sus hermanos, los padres no están seguros de que termine su educación media básica. La relación entre padres e hijos es cordial y poco afectiva, las muestras de cariño provienen de Lilian, en especial con el menor. Anastasio habla poco con sus hijos/as, sobre todo con las mujeres, sólo lo hace cuando es necesario, y por cuestiones laborales cruza palabras con el hijo mayor. Ha intentado paliar la adicción de Pepe a las drogas, y convencerlo para que asista a las charlas de un grupo religioso no católico.

Marcela vive con su segunda pareja y su incorporación al trabajo remunerado es pendular, es decir, durante periodos cortos labora al lado de su marido, siempre y cuando tenga la aprobación de éste. Marcela procreó dos hijos/as y Rubí dos. Es extraño que Pepe haya permanecido soltero, a diferencia de sus hermanas; él es adicto a la marihuana y al Resistol 5000 desde pequeño. La ruptura biográfica que significó abandonar el sistema escolar, como un acto voluntario y estructural, fue también por tener la libertad que a menudo le faltaba, según se quejaba constantemente.

El caso de Rubí es interesante para los propósitos de esta investigación ya que, por una parte, ha tenido la oportunidad de resistir con ahínco la cultura masculina dominante. Es un tanto oscura la razón de las diferencias en los procesos de decisión y trayectorias biográficas, a veces tan disímiles entre las hermanas. Las dos compartieron escenarios idénticos de socialización primaria, abandonaron la escuela a temprana edad, aunque Rubí en quinto año de educación básica y Marcela en segundo de secundaria; se casaron siendo adolescentes, Rubí tenía apenas 13 años y Marcela 14. Ambas siguieron el patrón de nupcialidad temprana de su mamá y su abuela (tenían 14 años). No obstante, los familiares de Lilian se sorprenden por la trayectoria de Rubí; a los 17 años ya había tenido cuatro parejas, vivido fuera de su casa, como soltera, y dejado a su hija pequeña encargada con su mamá; había viajado de Sinaloa a Tijuana, por cuestiones amorosas y de entretenimiento; sale a divertirse constantemente en el PMA y va a Hermosillo en compañía de amigos/as; es bebedora social, situación distinta a la de Marcela. Ha vivido situaciones críticas en donde su integridad física ha estado en riesgo.

Por el momento, sólo es preciso señalar que la experiencia de vida representa una forma nueva de manifestar las dinámicas de dominación entre los sexos. De alguna manera, y si se considera el trabajo más allá de la mera actividad física y más cercano a un estilo de vida, la incursión en las filas de los/as contingentes asalariados del PMA significó para ella una oportunidad de entablar relaciones y vínculos amorosos y sociales nuevos. Al ser soltera joven, estudiante y dependiente de sus padres le hubiese valido tener otro tipo de lazos y experiencias sociales. A diferencia de su hermana, Rubí pudo desprenderse del compromiso adquirido con su primer marido, y ampliar sus horizontes; al poco tiempo de la separación conoció a un joven de la región agrícola de Sinaloa, y tras una invitación de éste y previo lazo afectivo, se trasladó al estado vecino.¹⁰³ El hecho de trabajar no le significó tener automáticamente mayor libertad per se, sino que ha detonado un *insight*, un momento de apertura respecto a su actuar, a sus decisiones y aspiraciones. En otras palabras, gracias al trabajo desplegó acciones que la posicionaron en el espacio social, con mejor capital simbólico en el

¹⁰² En el momento de los encuentros tenía 36 años de edad, es originaria de la Costa de Hermosillo, su escolaridad es de tercer año de primaria, y es jornalera pendular. Es risueña y abierta para platicar, aunque en presencia de su esposo lo es menos.

¹⁰³ A las pocas semanas decidió regresar al PMA, y pasaron algunos meses para que volviera a establecer un vínculo con otra pareja. Vivió en casa de él, luego regresó con su familia, pero esta vez embarazada. Cuando su segundo hijo tenía un año, ella intentó vivir con un novio nuevo, no obstante, solo duró un par de semanas, y volvió con su mamá.

mercado de intercambio sexual. La vestimenta,¹⁰⁴ la manera de hablar –semejante a la masculina–, el uso de su cuerpo, en tanto estrategia de seducción, y el hecho de compartir prácticas festivas de alcoholización, le han valido para desprenderse de las ataduras de su hermana y su madre. El habitus femenino de Rubí se inscribe en la categoría de las mujeres estigmatizadas por su libertad social y sexual.

La situación de Rubí refleja una forma de actuación en la que las jornaleras se insertan al trabajo, pero además atenúan las imposiciones normativas en relación con la autoridad masculina. Nunca desaparece la imagen del varón en tanto sostén básico y guía del rumbo familiar, no obstante, es confrontada con posiciones críticas respecto a la autoridad tradicional, y su decisión de deshacerse de ataduras simbólicas y materiales representa una revaloración de las relaciones de dominación por parte de algunas jornaleras. Este segmento de mujeres ha enfrentado peligros sociales de manera decidida; en un primer momento pareciera que rompen con la dicotomía de mujeres débiles y dependientes de la autoridad masculina y, al tiempo, desarrollan prácticas que desafían las condiciones de sumisión y, sobre todo, respecto a las amenazas. El caso de Rubí abre pistas para constatar la manera en que los procesos de inserción laboral pueden ser el principio de la construcción social de un proyecto de género en el cual la prerrogativa de los varones es cuestionada por ellas mismas. Es difícil establecer que en efecto se rompan las ataduras con las prácticas de las jornaleras, que asumen posturas consideradas masculinas.¹⁰⁵ Rubí representa un sector de mujeres jóvenes con mayores oportunidades y libertades que otras compañeras de generación o de surco.

El caso de Marcela es revelador, porque marca la diferencia con su hermana en cuanto a la subordinación a su marido. La imagen que Anastasio y su esposa tienen de su yerno es negativa, lo ven como mujeriego, flojo y violento, y no les faltan razones para ello.¹⁰⁶ El proceso de decisión e inserción laboral que experimentaron los hijos de Anastasio estuvo condicionado por la pasividad de los padres, en razón de un habitus que relega la prioridad de la educación (ambos cónyuges no terminaron la primaria). Contraer matrimonio a temprana edad ha representado un patrón trasgeneracional. Una vez casadas, para Rubí y Marcela se configuraron escenarios críticos de tensión en sus vidas, ya que ambas vivieron con varones que intentaron controlarlas, sin embargo, Marcela sucumbió a las imposiciones de su marido actual para participar en el trabajo o en alguna otra área pública. Los puntos de inflexión biográfica fueron, sin duda, el abandono escolar, la unión conyugal y la inserción laboral. Como algunas informantes, Rubí, en el contexto del proyecto de género, inició su vida laboral desde pequeña y, de igual modo, en la conyugal tuvo la capacidad de desprenderse del compromiso, y trabajar más o menos de forma constante, en tareas agrícolas locales.¹⁰⁷

Por otro lado, el marido de Marcela no le permite laborar y, cuando lo hace para solventar necesidades urgentes de sobrevivencia (por ejemplo en la época de mayor desempleo) lo hace con él. El argumento principal del esposo para no dejarla trabajar son los celos; él “dice que no le gusta que trabaje porque me río mucho, que me río con toda la gente igual que mi mamá”. Para finalizar el proceso de cómo los/as hijas de Anastasio empezaron con su trabajo agrícola es necesario sintetizar varios puntos:

1. La decisión se tomó a temprana edad y, aun con la mediación de la familia de la madre, ninguno de los hijos quiso continuar en la escuela. No obstante, Anastasio aprobó que Pepe empezara a trabajar, pues argumentaba que así le ayudaría a sostener a la familia.

¹⁰⁴ En época de calor es común que algunas mujeres usen *shorts* muy cortos y ajustado resaltando la silueta del cuerpo, y esto se da más en las jóvenes.

¹⁰⁵ Para Bourdieu (2000), la dominación masculina se inscribe en las mentes y los cuerpos desde hace mucho tiempo.

¹⁰⁶ Poco después de terminado el trabajo de campo tuvo que salir del PMA, y refugiarse con los familiares de Marcela fuera de Hermosillo, debido a problemas con la autoridad policiaca. Tiene antecedentes de robo y pleitos callejeros.

¹⁰⁷ Más o menos porque alrededor de medio año laboró como empleada en una tienda comercial de la localidad, y debido a sus embarazos o situación de recién “juntada”, no lo hace. En comparación con las jornaleras “pendulares”, ella es más constante.

2. Existe un patrón diferencial entre el varón y sus hermanas. A ellas, el trabajo les dio la oportunidad de conocer muchachos, y pronto se casaron. A pesar del noviazgo sostenido por Pepe con jornaleras, ha evitado establecer un lazo de conyugalidad. La inserción laboral es más intermitente para el varón, y un porcentaje de sus ingresos los destina a la compra de droga.
3. El habitus de género femenino se articula en dos proyectos biográficos diferenciados para cada hija. Marcela, con experiencias de violencia ejercida por su primer esposo, mantiene una relación de subordinación, mientras que Rubí actúa con base en un habitus orientado hacia una tendencia a cuestionar a la autoridad masculina.

Respecto al último punto, existen elementos que apuntan a identificar relaciones dentro del espacio social de la localidad para que haya jornaleras abusadas físicamente por varones, tanto en el trabajo como fuera de él. Aunque Rubí ha resistido y redefinido las normativas de género, en especial, respecto a la mujer sumisa y abnegada, no significa que no haya sido víctima de la violencia masculina. Fue abandonada en un paraje deshabitado, cerca de una playa turística, porque se resistió a acompañar a su “novio” de entonces (Ernesto). El término “novio” está entrecomillado, porque la relación amorosa que mantenían estaba sancionada socialmente, Ernesto no sólo ejerció violencia física cuando la abandonó, sino que tenía la certeza de que no sería denunciado (entre otras atenuantes, ella apenas tenía 17 años). En el espacio social en que se configura la violencia masculina se establecen relaciones fuera de la normativa de género (era casado, taxista y mucho mayor que ella), lo cual les da margen a algunos varones para aprovecharse, ya sea de manera violenta o simbólica, de jornaleras jóvenes. El vínculo que establecieron empezó en el trabajo; la situación laboral de Ernesto, ser taxista, le provee medios simbólicos para acceder a jornaleras a través del cortejo o acoso sexual.

Es complicado establecer la diferencia en la bifurcación de los itinerarios y formas de encarar los problemas de Marcela y Rubí, no obstante, lo que sí se puede esclarecer son las configuraciones microsociales en las cuales son posibles las dos situaciones. Por ejemplo, por un lado está la emergencia de prácticas de jóvenes que cada vez trabajan en mayor cantidad, asisten a eventos sociales incorporándose a espacios homosociales, se separan con mayor facilidad de sus parejas, tienen menos hijos. Y, por el otro, siguen operando los lazos de sujeción a la autoridad familiar representada en primer instancia por el padre, las oportunidades laborales para las mujeres con hijos se reduce, y el estigma de estar separada tampoco desaparece. Las oportunidades de poder, en términos eliasianos, se mueven con base en las lógicas de los reacomodos en las estructuras de autoridad. El grupo familiar de Anastasio ha experimentado tensiones en los procesos decisivos clave de sus integrantes (incorporación al trabajo, unión conyugal, desplazamiento espacial), y también en el funcionamiento, como la división del trabajo doméstico, y el reparto de responsabilidades ante las urgencias diarias.

Imposiciones y resistencias:

el caso de las/os entrevistados

Los itinerarios biográficos de las jornaleras entrevistadas muestran cómo se insertaron en la actividad remunerada y donde la intervención de un varón fue central, ya sea para oponerse o aprobarla. Los permisos se dan por sentado para las mujeres que desde chicas laboran y son constantes en el trabajo agrícola. La capacidad decisoria se debe a un proceso de autonomía, que les facilita realizar acciones (aunque las supervisiones de los varones de la familia son menos sistemáticas que en otros casos) como comprar accesorios personales, asistir a los bailes populares o tener novio a temprana edad.

Las observaciones realizadas y las entrevistas con varios informantes permitieron identificar la importancia de la voz de los varones para las decisiones de las mujeres. Cuando las jornaleras se reincorporan al mercado de trabajo agrícola, los procesos decisorios se convierten en negociaciones con frecuencia ríspidas con sus parejas; no obstante, algunas externaron que las opiniones de sus compañeros fueron favorables al respecto. Por ejemplo, Edith “presumió” la invitación de su marido para que laborara junto a él; no es común que los maridos las “inviten”:

[...] me casé con mi esposo a los 19 años y él me invitó, yo no sabía trabajar en el campo, yo nunca había trabajado [...] y pues me animé [...] Pues yo encantada, yo desde hace mucho tiempo había querido ir a trabajar al campo y como no me dejaban, y pues cuando mi esposo me invitó a trabajar, pues dije ¡vamos!

La situación de Edith pareciera una apertura cultural del marido, no obstante, la idea de mayor autonomía se desvanece cuando se sabe que la invitación estuvo condicionada, aunque no lo mencionó. Edith sabía que no podría trabajar si no era en compañía del esposo, para ella era normal, no esperaría que la invitación fuera para que lo hiciera sola. Para ella, la condición implícita resulta una obviedad: trabajar a lado del marido; una situación que refleja el deseo de control social por parte de él.

Hay desacuerdos, como las jornaleras pendulares que mantenían relaciones de subordinación.¹⁰⁸ Era frecuente que los acuerdos fueran ásperos para estas mujeres, trabajaban sólo en casos excepcionales o cuando existía un excedente en la oferta laboral, y que sus parejas no participaban en las tareas domésticas o de crianza. Aunque casi todas contaban con experiencia de trabajo agrícola, con mucha frecuencia su reincorporación era monitoreada por el marido. Los celos, como expresión social de control masculino, constituyen una variante en la injerencia del varón, es parte de la estructura de las relaciones emocionales. Otro elemento que interviene en los procesos de decisión, para el inicio laboral femenino, es la idea de la responsabilidad social adjudicada a las mujeres con respecto al funcionamiento del hogar.

Como contrapunto a la visión de ellas, en este espacio se rescató la opinión masculina, reflejo del orden social de género de la región. Algunos varones optan por ubicarse en un punto medio en cuanto a aceptar la participación de las mujeres, por ejemplo Reyes aludió a su actitud permisiva, hasta cierto punto, cuando dijo:

[...] las mujeres se hacen muy desobligadas, yo digo que sí trabajen un tiempo pero quieren seguir trabajando toda la vida y desatienden la casa, desatienden los hijos y yo creo que no debe ser así, deben de trabajar por temporadas y dedicarse a los hijos, así pienso yo, porque si los hijos están solos en la casa se vuelven muy desobligados y yo pienso que debe ser compartida, verdad, por ejemplo trabajar una temporada y luego dejas de trabajar pa’ atender su casa pues.

Reyes es originario de Michoacán, y desde muy pequeño llegó a Sonora. Dijo que siempre ha tenido la posición de aprobar el trabajo femenino pendular, incluso desde que se casó. En polo opuesto estaba Felizardo, a pesar de haber experimentado un padecimiento prolongado nunca permitió que su esposa trabajara, so pena de enojarse con ella. Señaló que el origen de su negativa es haber nacido en un medio inhóspito como la sierra de Chihuahua, en donde persisten las venganzas mortales entre familias. Vivir en el PMA significó prolongar el habitus adquirido, pero con poco cambio en las relaciones de género.

¹⁰⁸ Del grupo de jornaleras informantes, solo Vere, Lilian, Gisela y Marcela se podían considerar pendulares, que trabajaban con cierta periodicidad. Es claro que en algunas situaciones muestran lazos de subordinación y, en otros, cierta autonomía. Por ejemplo, Gisela mostró capacidad de decisión cuando se separó y se volvió a unir con su pareja, administraba el salario de Juan, o externaba su desacuerdo con la manera en que su hijo era educado por él; pero a la vez estaba obligada a servirle comida, lavarle, escuchar su aprobación para trabajar, etcétera.

El habitus masculino como parte del proyecto de género en Felizardo se expresó en forma extrema. Para él es motivo de presunción y orgullo haber aguantado el dolor a pesar del trabajo agrícola.

Entrevistador (E): ¿Tu esposa ha trabajado?

Felizardo (F): No –seco y enfático–. No ha trabajado ni un día.

E: ¿Antes sí?

F: ¡Noooo! ¿Antes cuando estaba sola? –Me pregunta, y con un movimiento de cabeza le digo que sí–. Pues sí trabajaba en el empaque de elote, de calabaza, pero ahora que está conmigo no, a mí no me gusta que trabajen las mujeres, nunca me ha gustado. Mi jefa todo el tiempo nos decía: “nunca deben dejar trabajar a las mujeres, ¿por qué?, porque parece que no, pero sí, los suegros le agarran un corajito porque está trabajando su hija. Yo que tengo mis hijas, si miro que no andan trabajando sus maridos, me da coraje”, decía mi amá, “y ustedes nunca dejen trabajar a la mujer”. Y es que nosotros traemos eso de allá de Chihuahua, porque allá no trabajan, pues. Trabajan, como te digo, en la casa, hacen ollas, estates de palma, cajetas, todo ese tipo de chamba, pero en el campo, no; mi apá nunca dejó trabajar a mi amá.

E: ¿Ella ha querido?

F: Sí, pero yo no la dejo, porque van a decir que lo que tienen es por lo que ella trabaja en el campo o algo así, por eso a mí no... o sea, a mí no.

E: ¿Al tener el dolor muy fuerte?

F: Así trabajaba –(con énfasis).

E: ¿Nunca dijiste: que ella vaya a trabajar porque yo no puedo?

F: ¡No! Nunca pensé en eso, yo trabajaba así, malo, me agarraba de las matas y a llorar del dolor, pero así trabajaba yo y sí traía buena chambita, andaba de supervisor, no podía fallar.

E: ¿Y no era muy difícil para ti?

F: Sí era muy difícil porque yo no llevaba lonche, nomás un vaso con atole o un té o un café, puro jugo, porque no podía mascar, o sea, sentía dolor y así me la tomaba como agua, no, pero yo, nunca me gustó que ella trabajara.

Hasta cierto punto, Felizardo enfrentó con éxito la experiencia del padecimiento, en tanto al dolor y la incapacidad. Se le planteó un escenario hipotético, en el que además de una crisis económica familiar enfrentara su padecimiento, para averiguar si permitiría que su esposa trabajara, y él respondió: “Me la pones difícil pero aun así no la iba dejar [trabajar], en ese caso pediría prestado a mis hermanos o ver quién”. La esposa de Felizardo es objeto de críticas constantes por parte de su cuñada y otras vecinas, por la actitud sumisa frente a su esposo. La masculinidad en tanto práctica y discurso configurados en la biografía de Felizardo y su contexto de vida, le valió para adscribirse a un proyecto. La articulación entre la

biografía y la historia, su socialización primaria estuvo marcada por la mirada tradicional sobre las relaciones entre los sexos.

Edith expresó que desde pequeña tenía deseo de laborar en las faenas agrícolas, lo logró hasta cumplidos los 19 años y, sobre todo, al inicio de su vida conyugal. La trayectoria biográfica estuvo marcada por su inactividad en la adolescencia, patrón poco común en el contexto de estudio. La fuerza de imposición, la autoridad social que reviste el padre le significó la imposibilidad de trabajar, y externó las razones que éste aludía para no dejarla:

No me dejaba y según él porque yo estaba muy delgadita, y dice que a lo mejor me iba a desmayar en el campo, porque no la iba hacer, y no pues para qué, yo te voy a comprar tus zapatos o lo que ocupara, ropa y para la escuela es el que me daba. Cuando traía [...] porque él [su papá] trabajó en el palofierro, traía leña de palofierro y me apartaba unos trocitos para que yo los vendiera, y ya venían compradores y yo me quedaba con ese dinero. Él me ayudó mucho a mí.

Las razones para evitar que Edith trabajara están sustentadas en lo que se ha documentado a lo largo de esta investigación, el funcionamiento de las dicotomías de género. El hecho de estar “delgadita” le auguraba un fracaso, debido a la condición física que se requiere en las faenas del campo. La asociación entre la imagen débil, “dice que a lo mejor me iba a desmayar”, y la condición subyacente a su persona, es decir, el ser mujer, fueron elementos que rondaron en las justificaciones de su padre para evitar que trabajara. El inicio de actividades remuneradas de las mujeres del PMA sigue, en parte, el patrón soltería-trabajo (como en el caso de las hijas de Anastasio). Como Edith, existen mujeres que por diversas razones no laboran cuando son solteras o están casadas pero, por lo general, una parte importante de la fuerza de trabajo del PMA es femenina.

Por otro lado, cuando ellas asumen compromisos conyugales, los maridos desean que se retiren de la vida laboral. Ante el imperativo categórico del deber masculino como soporte del hogar, es decir, la adjudicación del rol de proveedor del grupo doméstico, se han fraguado diversos matices y formas de entender los presupuestos de género. De esta manera, y a pesar de las resistencias de los maridos, las mujeres del primer y segundo grupo de edad se insertan en la dinámica del trabajo asalariado con mayor libertad que antaño. No significa que exista ausencia de control y supervisión de los esposos en las faenas laborales, las respuestas de las mujeres están moduladas según el patrón biográfico y los factores sociales.

El acuerdo se da porque cuentan con una trayectoria laboral larga desde la soltería, y evitaron retirarse cuando iniciaron la vida marital, de esta forma, la decisión de continuar laborando reviste el carácter de acuerdo. Según Vere, cuando están bajo presión económica y se asoma la posibilidad de trabajar, es necesaria la aprobación del marido, de lo contrario es fácil que se genere un conflicto. Ellas dicen que ayudan a sus esposos porque la responsabilidad es “estar en casa”, cuando se introducen al mundo laboral por primera o segunda vez es en calidad de colaboradoras, pero en los hechos, a diferencia de antaño, la autonomía en sus acciones públicas son más visibles. La complejidad en las decisiones para trabajar salta a la vista. Si en principio era por ayudar, dadas las condiciones económicas, al final algunas expresaron que otra de las razones es por “meritito gusto”.

[...] para mí, el hombre es obligación que tenga que trabajar porque tiene que mantener a la familia y nosotras las mujeres que somos las de la casa, del hogar, tenemos que dedicar al hogar cien por ciento, que a barrer, que a tenerle comida lista al marido, a los hijos, todo eso, entonces uno, por decir yo que le ayudo a mi esposo a trabajar porque con lo que él gana no alcanza pues [...] de hecho aquí casi todas las mujeres le ayudamos a los hombres a trabajar porque no alcanza con el salario que ellos ganan, es

muy poquito, entonces yo le ayudo a mi esposo a trabajar por eso, y también porque *me gusta* a mí *sí me gusta* trabajar, *me encanta*. Nomás que cuando llego bien cansada y no me dan ganas ni de barrer, ni cocinar ni nada.

Edith partió de un supuesto cultural, la división de responsabilidades según la consideración de ser hombre o mujer. La separación por medio del discurso de espacio privado y público fue retomado por ella en su alusión inicial, no obstante después reconoció una realidad social sustentada por necesidad económica: la participación laboral femenina. Entonces, en la práctica se plasma un rompimiento en torno a dicha estructura dicotómica normativa.

El relato muestra la complejidad en las contradicciones de las decisiones, también la manera en que se entrecruzan los condicionantes: el económico pero, sobre todo, resalta el triple fraseo, “me gusta, sí me gusta y me encanta”. Parte del itinerario biográfico de Edith se compone de un deseo frustrado de laborar cuando era soltera, de su unión conyugal, el principio de su vida laboral y el nacimiento de su hija; una vez casada, y después de algunos meses, su esposo la invitó a hacerlo. Al abandonar la soltería se asume que las jornaleras se dedicarán a la crianza y cuidado de sus hijos, así como a las tareas domésticas; por ende, se sobreentiende que los varones seguirán laborando hasta que el cuerpo aguante.

Las razones inmediatas sobre el motivo de su reincorporación a la vida laboral se reducen a la insuficiencia económica para el mantenimiento y reproducción del grupo doméstico. Es poco común que se aluda como razón principal el interés estrictamente personal; como se vio, sólo Edith empezó a trabajar porque además le gustaba, sin embargo la fuerza de la decisión fue mayor pues se animó por la invitación del marido. Tampoco es común que ellos las inviten, incluso si aprueban su reincorporación al mercado laboral. En general opera un mecanismo de control social masculino, los celos.

EL ASCENSO LABORAL, RELACIONES DE AUTORIDAD Y CONFLICTO

Pocas trabajadoras logran ser cuadrilleras y después supervisoras. Por lo regular, como peonas sólo aspiran a recibir poco más del salario mínimo, a menos que laboren a destajo. De las entrevistadas, sólo doña Maren, Evangelina y Edith han ocupado el puesto de cuadrillera, y la primera ha logrado ser supervisora. El caso de estas jornaleras puede mostrar las dinámicas de resistencia que enfrentan cuando ostentan algún grado de autoridad laboral. En general, los/as entrevistadas comenzaron a trabajar en la infancia-adolescencia, y los varones tuvieron la oportunidad de ascender; las jornaleras que lo hicieron fueron de las pocas que empezaron a trabajar entre los 19 y 25 años. Las de este grupo no desaprovecharon la oportunidad, aunque reconocieron que de pronto se sintieron inseguras, por ejemplo Edith lo vivió así:

Primero pensaba que no la iba hacer sobre lo que es agarrar cuadrillas pues, dije a lo mejor no la hago, pero dije ‘bueno, si sé trabajar muy bien, sé hacer los trabajos muy bien y yo creo que todo me tiene que salir bien’ y yo misma me di ánimo, como te digo, me di el ánimo y dije, no pues como no la voy hacer, si es un trabajo muy sencillo que tienes que explicarle a la gente, si tú sabes tienes que explicarle a la gente, entonces pues se me hizo un trabajo fácil.

En primera instancia, la sensación vivida por Edith se ciñó a su creencia de incapacidad, pues dirigir una cuadrilla implicaba el manejo de personas de carne y hueso. El proceso reflexivo que la llevó a aceptar

el cargo en parte se basó en la experiencia previa de éxito como trabajadora.¹⁰⁹ Una cualidad reconocida para considerar a alguien como candidato/a para el puesto, además del conocimiento y habilidad en las tareas agrícolas, es la capacidad de saber dirigirse a los demás, es necesario transmitir un mínimo de autoridad. En la experiencia de Edith al dirigir cuadrillas, las situaciones se volvían conflictivas cuando se enfrentaba a trabajadores agresivos. Si por una parte la automotivación fue central para la decisión de aceptar la propuesta del campo para ser cuadrillera, además de la aprobación de su marido –también cuadrillero–, la conformación de relaciones laborales resultó problemática. Y con los varones ha tenido mayor dificultad:

[...] fácil en eso, en explicar a la gente, tener paciencia con la gente, en eso se me hizo fácil, en lo difícil es en tratar a la gente que es agresiva, porque tienes que tratarlos también, para que lleves un control bien, porque no todos te salen bien, hay uno que otro que te sale muy gritón, que se la llevan gritando en el trabajo, diciendo groserías, ellos solos o con el compañero, o sea, debes tratarlos un poquito más.

La condición de mujer, según Edith, le ha permitido que no le falten al respeto sus compañeros, pero cuando detecta a los “escandalosos” es cuando se aboca para “tratarlos un poquito más”. En su experiencia es poco frecuente que los trabajadores ofendan a las cuadrilleras, sin embargo, se han dado situaciones en que algunos agreden a sus jefas inmediatas. En una relación más horizontal, trabajadora-trabajador, ellas tienen que ser cuidadosas para no generar interpretaciones equivocadas. Las dinámicas de conquistas y acosos sexuales son moneda corriente en el surco y fuera de él, por ello el actuar de las mujeres debe ser medido con exactitud. Las prácticas desarrolladas para cuidarse del acoso cambian cualitativamente según se encuentren en grupo o solas. La insubordinación masculina al mandato femenino obedece a que “se montan en su macho”, dijo doña Maren, porque quieren hacer su voluntad, y “uno tiene que fajarse los pantalones para hacer que hagan el trabajo como lo pide el campo y no como ellos quieren”.

A Maren le valió saber leer y escribir para que la invitaran a ocupar el puesto de cuadrillera y apuntadora. Por lo regular son supervisores o contratistas quienes hacen la invitación, ella la recibió del ingeniero del campo en donde vivía, y decidió aceptar luego de que se complicó un empleo en la clínica del IMSS del PMA. Con educación media básica y preparación técnica como enfermera, empezó a trabajar elaborando los registros de la producción en el cuarto frío. Fue importante que contara con un grado escolar para lograr ser cuadrillera, dada la relación que estableció entre la educación y el trato con la gente:

Lo que yo estudié me sirvió porque te enseñan a tratar a la gente y el desenvolvimiento para algunas cosas. Como me dijo el ingeniero, se necesita una gente que sepa hablarles a las personas, que sepa cómo expresarse, cómo explicarles sin tantos rodeos y decir concretamente las cosas.

Evangelina, con 46 años de edad y varios de trabajo en faenas agrícolas, ascendió porque dijo que fue “aventada”. Un modo distinto al de Edith y doña Maren, ella levantó la mano cuando sus superiores le preguntaron a un grupo de trabajadores/as sobre quién deseaba traer una cuadrilla. Un elemento fundamental para atreverse a levantar la mano es que pensaba que cubría el requisito de conocimiento y habilidad para el trabajo, y además se consideraba responsable para ese puesto, y no le tembló la mano para hacerlo, aunque reconoció que la escasa escolaridad no le ayudó. Dada su afiliación religiosa, fue conocida como “la hermana”

¹⁰⁹ Arteaga documentó que en temporeras residentes de la localidad norteña de El Palquí, Chile, el inicio del trabajo en la vid les demuestra la capacidad que antes menospreciaban, fue el caso de una supervisora: “[...] cuando empecé a trabajar de seleccionadora, me dijeron, mira está es la calibre y esta es la variedad de uva, y entonces yo empecé ya, uno no es tan tonta acá, empieza a tener un poquito de inteligencia y se da cuenta de que sí puede hacer las cosas [...]” (2000, 160).

y cuenta que ello le valió el respeto de sus compañeros/as. Para Evangelina, se debe llevar un equilibrio entre el trabajo doméstico y el asalariado, y máxime cuando se tiene una responsabilidad:

[...] si eres la cuadrillera, si eres la supervisora o si eres la apuntadora tienes que llevar carácter, tienes que llevar sonrisa, si estás atascada de aquí [*de quehaceres domésticos*], no lo vas a reflejar allá [*en el trabajo*].

El equilibrio se basa en la buena organización doméstica y la productividad laboral, al ocupar algún cargo de responsabilidad es importante dicho equilibrio, pues de lo contrario la sonrisa se desvanece y la irritabilidad puede aparecer. El “carácter” es justamente saber y buscar el equilibrio entre la presión laboral y la familiar. Como ya se vio, muchas mujeres prefieren trabajar para paliar/mitigar los problemas familiares, y quienes enfrentan algunos agudos son proclives a ser agresivas en el trabajo. Para Evangelina, el respeto se construye con base en las relaciones que se establecen con las demás personas, y trabajar en el surco no es la excepción. Las entrevistadas aluden con frecuencia a la idea del respeto, y los varones lo hacen en menor medida cuando se les interroga sobre las relaciones laborales y los conflictos. Como se señaló arriba, don Reyes se refirió al respeto en términos de necesidad existencial, para las mujeres que deseen ser consideradas como tales.

Según las informantes, las agresiones directas de los varones a las cuadrilleras o supervisoras son esporádicas. Sin embargo, ocurren situaciones en las que la expresividad de la agresión es atenuada, y se vuelve más simbólica que material. No significa que haya ausencia de un medio físico para la agresión, sino que no representa daño corporal considerable.

Cuando laboraba en el corte de vid industrial en Campo Nuevo, viñedo cercano al PMA, mis superiores inmediatos eran mujeres. En una ocasión, al estar cortando y mientras una de las cuadrilleras me revisaba, es decir, verificaba que estuviera cortando los racimos según color, cayó cerca de nosotros un pedazo de tierra compacta –un terrón–. La cuadrillera no tardó en molestarse y alzar la voz para reclamar esa agresión sutil, pero contundente. Con determinación llamó a salir del anonimato a la persona que había lanzado el objeto para conocer su identidad, mientras los trabajadores vecinos de líneas escuchaban incrédulos. Rosa, la cuadrillera, denunciaba la falta de hombría del supuesto agresor porque no daba la cara, al esconderse en las líneas de trabajo contiguas: “Parece que no es hombre el que aventó el terrón”, le decía en voz alta a un vecino de línea.

Después supe que era una práctica que habían vivido con relativa frecuencia las cuadrilleras de ese campo. Parece contradecir la versión de la agresión esporádica de los varones hacia ellas. Aquí la contradicción aparente es porque las condiciones especiales del campo y de la actividad misma facilitan dichas agresiones. En el capítulo siguiente se relata la actividad conocida como “tolva” (corte de uva industrial) realizada mayoritariamente por varones; sobresalen los individuos conocidos como cholos, considerados agresivos por definición. Dada la cercanía del campo, y la facilidad para contratarse cortando vid, cualquier persona que lo desee lo puede hacer. Además de la rapidez con la que se debe realizar el trabajo, los pocos racimos de vid, la multitud de trabajadores, el calor y, por consiguiente, la competencia y ganas de obtener mayores ingresos hacen que las tensiones se expresen en riñas entre varones. De este modo, la problemática y tensión social está a flor de piel en comparación con otros campos. Por esta razón la frecuencia con la que se agrede a las cuadrilleras es mayor que en cualquier otro campo.

Es común que las cuadrilleras sean estrictas e impongan sin vacilación las políticas de calidad que exige el trabajo; su actitud al revisar las líneas las hacen blanco de atentados como el descrito. El principal motivo de enojo de los/as trabajadoras es cuando son instruidos o “regañados” por realizar mal el corte. Por el momento, aquí llaman la atención las dificultades que enfrentan las mujeres cuando ostentan un puesto de mayor jerarquía que el de peón.

El caso de las mujeres que han ocupado cargos de supervisión y mandos medios muestra que ahora las relaciones de autoridad son menos asimétricas; en los campos de algodón, los puestos de mando eran desempeñados exclusivamente por varones. Sin embargo, al igual que en otros escenarios, en los viñedos de la Costa y campos en general, las mujeres ascienden, pero no ocupan los mandos máximos. Algo similar ocurre en la región vitivinícola al norte de Chile (Arteaga 2000, 161), el trabajo femenino es valorado y considerado de suma importancia para el proceso de producción de la vid y de cualquier otra fruta u hortaliza, pero existen topes en la escala laboral.

Las situaciones biográficas de doña Maren, Edith y Evangelina –mujeres con mayor inclinación para trabajar al lado del marido, con menos fricción con sus demás compañeras de trabajo– las han hecho alcanzar puestos de mando. Un elemento importante en los procesos de ascenso es que ellas asumen posturas y actitudes reconocidas como masculinas; fajarse los pantalones, andar como hombre o alzar la voz son signos que aluden sistemáticamente a una imagen masculina.

Las jornaleras que logran ocupar puestos de mando tienden a asumir algunos rasgos–de la hegemonía masculina: violencia verbal y actitud autoritaria, contrarios a la idea de la mujer comprensiva en tanto símbolo de la feminidad. Dice Evangelina, “tienes que llevar carácter y tienes que llevar sonrisa”, la determinación para tomar las decisiones es fundamental en un puesto de mando y, a la vez, para armonizar las relaciones interpersonales y disminuir los conflictos, la sonrisa es símbolo de tranquilidad; y el género se corporiza en el gesto. Las disputas surgen ante las resistencias de los varones para ser subalternos de mujeres. En este proceso existe un equilibrio cambiante de poder a razón de los cambios estructurales del mercado de trabajo, cuyo efecto es el de allanar el terrenos para los ascensos femeninos.

LAS EMOCIONES Y EL CONTROL EN EL TRABAJO

Aunque Connell alude a la noción psicoanalítica de catexis para analizar las expresiones de deseo heterosexual y homosexual, también refiere otras formas sociales como los celos. Dicho autor le otorga mayor importancia a la sexualidad y al erotismo, no obstante, aquí interesa resaltar las emociones moduladas socialmente para el control de las mujeres, por parte de los jornaleros en el contexto de las relaciones de género. Los celos se convierten en indicadores del deseo de los varones por controlar el cuerpo de las mujeres, en el caso contrario se expresa un intento por equilibrar la balanza pero según premisas diferentes. Los celos son emociones producto de relaciones que intentan regular la acción erótica, amorosa y sentimental de una persona hacia otra, previo vínculo emocional o sexual. Representan consecuencias de las estructuras de género, el poder y la catexis fundamentalmente; representan –según los informantes– un tipo de sentimiento de molestia, regulado por la creencia de tener derecho legítimo de posesión sobre alguien más.

Una de las mayores ofensas para los varones es que le griten “chivo”, significa que es considerado como “hombre” burlado por su esposa en el terreno amoroso y sexual. Es difícil sostener que la mayor ofensa para una mujer sea el insulto de ser “chiva”, no significa que le resulte agradable, sino que puede experimentar un grado de vergüenza social, con desenlaces distintos entre los sexos. En los varones se exacerban las emociones, la ira puede aparecer para enfrentar la ofensa de manera decidida. Los varones guían su deseo de control por el temor a ser considerados dentro de esta categoría de desprestigio masculino. Existe una razón para que ellos no permitan laborar a sus esposas y, en menor medida, a sus hijas. Son los celos de los maridos, según las entrevistadas, la causa de que a algunas se les coarte su libertad laboral, y la prohibición para que no lo hagan la expresan con la frase “él no me deja”. La importancia de los celos fue emergiendo como categoría discursiva, para identificar un rasgo de los varones del PMA, y además implica las relaciones sociales y, por ende, las prácticas.

Es frecuente que los maridos de las jornaleras pendulares les nieguen la aprobación para que laboren. La esposa de Anastasio, de 37 años, decía que sentía la necesidad de trabajar de manera más constante, para contribuir con el gasto familiar y para sentirse más independiente, y quería hacerlo en compañía de Rubí, pero no lo había hecho porque en ese campo laboraba su esposo. Al preguntarle por qué desistió, sin vacilar dijo que los días laborales se convertirían en un “martirio” por el control de Anastasio, que la vigilaba constantemente. Un hecho que varias mujeres advierten es no sentirse a gusto porque no pueden bromear o entablar relaciones amistosas con varones.

Cuando ellas laboran, siempre afloran las emociones en los surcos, y son reguladas por las relaciones de poder. Algunas expresan su resistencia para trabajar al lado de sus parejas: la jornada se convierte en un “martirio”, pues se sienten cohibidas sin una libertad mínima para “sacar curas”, que significa hacer bromas, chistes y juegos de palabras antes, durante o después de las jornadas, con el objetivo es sentirse de buen ánimo. En general, las actitudes son jocosas y despreocupadas en términos de cruzar los límites de lo prohibido, a través de las bromas o chistes. Una de las entrevistadas aseguraba que se sentía mejor trabajando en el campo que en su casa, porque en él se pueden vivir momentos graciosos.

Estas prácticas discursivas, de “sacar curas”, las llevan a cabo las mujeres cuando el marido no está pues, de lo contrario puede ser motivo de riña o pleito. Las entrevistadas conciben a sus maridos, y a los hombres en general, como personas incapaces de convivir y bromear en el trabajo, cuando ellas participan activamente y hay otros varones. Otro hecho que motiva los celos es que existen situaciones/momentos en que los taxis transportan sólo a mujeres. Según algunos informantes, esto sucede por necesidad del mercado de trabajo, solamente los llamados taxistas contratan mujeres. Se sabe también que ellos pueden convenir, de manera discrecional, dar un trabajo sin rendir cuentas al patrón o contratista.

En términos formales, los taxistas son choferes que trasladan, en unidades cerradas tipo *van*, a miles de trabajadores/as –sobre todo en temporada alta– a diario hacia los campos agrícolas de la Costa, y en ocasiones a Pesqueira y Zamora, poblados ubicados al norponiente de Hermosillo. Según algunos entrevistados, en ocasiones sucede que los taxistas “suben” sólo a mujeres alegando que los dueños del campo así lo desean, por las necesidades del cultivo. Damián explica que es porque quieren ser ellos nada más entre todas las mujeres, “se las dan de muy querendones”.

Según varios/as de los/as informantes, un elemento más para “subir” únicamente a mujeres en los taxis es la facilidad de dominarlas, a diferencia del hombre, y no les faltan razones para pensar así. En ocasiones las relaciones entre cuadrillero y trabajador se convierten en luchas campales, a veces físicas, a menudo simbólicas. Por orgullo, ninguno de los dos se deja comentó Edith.

La catexis puede ser una forma de contención de sentimientos, los cuales están provistos por ideologías de género que imponen una visión de posesión sobre las mujeres. La ira que acompaña a los celos es moneda corriente, varias de las informantes aseguraron que no deseaban averiguar qué sucedería si ellas fueran las que engañaran a sus maridos: “Dice que me mataría, pero ni quiero averiguarlo” –señaló Elsa.

A pesar de los procesos de autonomía en las jornaleras, existen determinados arreglos o imposiciones para controlar, supervisar o coordinar las actividades de las mujeres en el contexto de su participación en el mercado de trabajo agrícola. Los celos se pueden considerar como práctica social de control masculino sobre las mujeres, por la amenaza potencial de otro varón, representan posicionamientos que involucran relaciones de poder.

Una vez más Maren concluyó:

[los varones] no trabajan y son muy celosos, no trabajan pero sí están cuidando el rancho que quieren (risas), les digo ‘están como los perros flacos, no comen ni dejan comer, nomás están muele y muele’, y siempre platican [las mujeres] lo mismo.

La metáfora “cuidar el rancho” es fiel a la dinámica de género, además no trabajar es equivalente a no comer, y a la vez significa no permitir que la esposa trabaje. De hecho, por lo regular “siempre platican lo mismo”.

En un intento de reflexionar o criticar a los varones y sus intenciones de estar cerca de sus parejas en el trabajo, Reyes dijo contundente:

[...] Entonces el encargado del campo desaparta: tú como cuadrillera, o con ese cuadrillero, y tú p'acá con puros hombres. Ah, no, si no trabaja mi esposa conmigo no trabajo y se viene. Esa persona no es que sea muy macha ni muy hombre, es autoritario, es tonto, [...] simplemente cuando anda en el trabajo, el marido quiere estar pegado con ella en el trabajo, si le asignan un trabajo a él con los hombres y a ella con las mujeres, tú tienes que hacer lo que te están encargando. Ah, pero no quieras estar pegado a la mujer. Me ha tocado, muchas veces cuando trabaja la mujer y le llamo la atención a la mujer, viene el marido y –qué, qué pasó, a ver, qué rollo– entonces, el trabajo que ella hace, el marido está respondiendo por ella, entonces de qué me sirve que el trabajo no lo haga bien y el marido esté entremetido, entonces sabes qué, mejor ya no vengas, porque mi cuidado es cuidar el trabajo, y únicamente cuando yo le llame la atención a la señora no es para echarle los ojos o para echarle los perros como dicen, o pa' tratar de manosear, no, no, el trabajo es el trabajo, porque yo dependo de mi trabajo, porque el encargado ahí me quiere tener, si yo fuera mano larga o esas cosas, olvídate que fuera encargado, porque yo tengo que respetar a la gente.

Por su parte, Reynaldo se arrepiente de su reacción poco diplomática ante un exhorto de su compañero para estar cerca de su mujer, mientras ambos laboraban. El otro polo para no estar cerca de sus compañeras es la creencia de feminización en términos simbólicos. La contestación de Reynaldo, situación que se retoma en el capítulo siete, fue la de lanzar un contundente: “¡no soy faldero para estar cerca de mi esposa!”, condensa la ideología masculina respecto a la separación de actividades, aunque en este caso resulta paradójico en el contexto de la estructura de los celos.

La explicación que dio Reynaldo es simple y, además, contribuye a resolver la aparente contradicción. Según él, los momentos rípidos por causa de los celos lo vivió cuando eran jóvenes, y hoy reivindica su creencia de trabajos separados por la confianza mutua, pero señaló que antes ambos se celaban durante la jornada laboral. En efecto, son en su mayoría las mujeres jóvenes quienes se quejan del intento de control de sus maridos, vía los celos. La edad de las informantes jornaleras que tenían que solicitar la aprobación de sus maridos, como Lilian, Vere, Gisela, Marcela, oscilaba entre 23 y 37 años.

Reynaldo señaló su propio cambio de actitud de cuando intentaba controlar a su esposa, al parecer con el paso del tiempo se dio cuenta de su error, pero hay casos, según expresó, de gente de mayor edad que no cambia:

[...] que quieres algo para ti solo, no quisieras que le hablara a nadie, pero yo digo que es por la juventud; bueno yo digo en mi caso no, porque gracias a Dios ya cambié, pero hay personas que siguen; yo lo he visto en otras personas mayores, en los trabajos, inclusive se han golpeado, se han ofendido.

Los varones y las mujeres están en constante interacción estructurada por las lógicas de control emocional y corporal. Aparecen ideologías de género, ideales (separación de tareas por sexo) o normas (control de las mujeres), que expresan los efectos del proceso de hegemonía de la masculinidad dominante. Los conflictos son resultado de las resistencias de las mujeres (se les ha ofendido y golpeado). Como dice Connell (2003), los varones no necesitarían usar la violencia si tuvieran un control absoluto, la emplean por necesidad. Los celos son producto del género y de la necesidad de control de la masculinidad dominante.

La organización de la práctica en el surco puede estar influida, como manifiestan los/as informantes, por la manera en que los jornaleros ocupan la posición en las relaciones de poder: le reclaman al cuadrillero cuando le llama la atención a su esposa, censura el tipo de plática o la frecuencia de ésta en caso extremo. Al parecer, la etapa biográfica, casado con hijos mayores –como Reynaldo– puede configurar matices a las relaciones de catexis.

En suma, los celos en tanto emociones producto del proceso de regulación entre los sexos, tienen tonalidades distintas según el tipo de configuración social. Las relaciones laborales con presencia fundamentalmente masculina en orden jerárquico hacen que los varones estén alerta sobre la actuación de sus esposas. El correlato de la vergüenza por un engaño es reflejo de una herida al orgullo masculino. En el ámbito comunitario, la mayor seguridad masculina de evitar un engaño es contener el mayor tiempo posible a las mujeres en actividades domésticas: el imperativo del hogar.

VI. EL PELIGRO LABORAL EN EL HORIZONTE SOCIOCULTURAL COSTEÑO¹¹⁰

*Me gustan los peligros, ay;
y juego con la muerte
al fin esa es mi suerte,
y soy con ella fiel.
Aunque me cueste la vida.*

(canción de Manuel Esperón
y Ernesto Cortázar)

La literatura que aborda la cuestión de los daños a la salud en hombres y mujeres por lo regular llama riesgo a la probabilidad de que ocurra el evento que provoca la lesión, y que involucra comportamientos individuales (Sabo 2000; Östlin 2001; Sen y Östlin 2007). Como ya se mencionó, aquí se utiliza el término peligro para exponer, en principio, lo que los agentes definen como los factores sociales y medioambientales que provocan algún tipo de daño. Con el término riesgo se ejemplificará la exposición al *peligro* en ámbitos sociales. Para entender las formas en que sucede dicho proceso, es importante describir el entramado social vinculado por relaciones de poder.

La hipótesis planteada en este capítulo es que los cuidados entre varones y mujeres, ya sea en el trabajo o en la calle, no son diferenciales en forma automática. Sin embargo, la organización social basada en el género contribuye para modular dichas prácticas. El ordenamiento social por género promueve matices específicos entre hombres y mujeres y, en algunos casos, puede favorecer que se cuiden y tomen las precauciones debidas, en otros puede ocurrir lo contrario. Cuando los varones desatienden el peligro lo hacen en sintonía con el MVD y, sobre todo, no se circunscriben a la esfera individual sino que puede causar efectos en terceras personas, como en la familia y los compañeros de trabajo. En el capítulo se recuperan situaciones que, por medio de bromas o incentivos sociales, tratan de reafirmar los imperativos de la masculinidad descuidada; dicho proceso no está exento de contradicciones entre la reproducción de un orden de género y las resistencias a él.

El MVR se vincula con las prácticas de algunas mujeres, porque se desdeña la integridad personal, y se antepone el bienestar del grupo doméstico al propio; en ello se encuentra un imperativo para las jornaleras jefas de hogar: el bienestar de sus hijos. Cuando despliegan prácticas de atención y cuidado, lo dirigen a la esfera personal: se cuidan la cara, las manos, el cabello, se resguardan de posibles acosos de los varones.

¹¹⁰ Con información contenida en este capítulo se redactó un artículo publicado en la revista *Culturales* (Calvario 2016).

En términos metodológicos, se trata de captar la interrelación entre los puntos de vista de cuadrilleros/as, taxistas y los/as trabajadoras asalariadas agrícolas (también como pobladores de Miguel Alemán).¹¹¹ Las temáticas se refieren al cuidado, las definiciones sobre el peligro, la división sexual del trabajo y la masculinidad.

Este capítulo se divide en cuatro apartados. El primero contiene las definiciones sobre el peligro en el contexto de las dinámicas de autoridad en el trabajo; se incluyen los peligros identificados por los informantes, esto para entrever las lógicas de adjudicación y explicación subyacentes. El segundo versa sobre las prácticas de cuidado en la dinámica laboral de mujeres y varones. La intención es analizar los aspectos sociales que influyen para que en algunos casos se cuiden y en otros no. En el tercero, por medio de la experiencia etnográfica se analizan las prácticas sociales que ocurren durante y al terminar la jornada laboral en cuanto al cuidado social. El objetivo del cuarto es exponer un panorama de los conflictos en el trabajo y de situaciones que provocan fricciones interpersonales.

LA DEFINICIÓN SOCIAL DEL PELIGRO Y LOS DAÑOS

En una revisión y análisis sobre los estudios de salud laboral y el género a escala mundial, investigadores de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) señalan que son heterogéneas las maneras en que hombres y mujeres se exponen a factores de riesgo, porque las dinámicas de las desigualdades en salud ocupacional dependen, en parte, de las condiciones materiales de vida en países de bajos y altos ingresos. No obstante, concluyen que existen dos posibilidades respecto a las desigualdades de salud laboral, que: “[...] Las mujeres y los hombres se enfrentan con diferentes riesgos debido a la división del trabajo por razón de género o bien están expuestos a los mismos riesgos en diferente manera” (Östlin 2001, 23).

El proceso de trabajo y, en especial, la organización de las faenas según criterios de diferenciación entre hombre y mujer, junto con los significados culturales que subyacen a dichas definiciones, provocan o acarrear ritmos, tensiones y factores de daños distintos. Antes de exponer la definición social del peligro en el trabajo es preciso presentar brevemente los motivos principales de atención concernientes a accidentes de trabajo,¹¹² por parte del personal médico de urgencias en el IMSS y el CS-PMA.

Los médicos de urgencias entrevistados relataron que los motivos de accidentes laborales son las heridas de mano como cortaduras de dedos, lumbalgias (dolor de columna) por cargar pesado, y presencia de objetos extraños en los ojos. Los trabajadores de granjas y barcos presentan picaduras por animal y caídas (esguinces). En menor grado están las intoxicaciones por agroquímicos, y los casos que más atienden en temporada alta de la cosecha de vid son las deshidrataciones o golpe de calor y las cortadas. La experiencia de los médicos del IMSS y del centro de salud coinciden con la literatura respecto a los accidentes de trabajo en las faenas agrícolas en México (Vanackere 1988, 262; Seefóo 2005); en cuanto a las causas de éstos, en primer término se adjudican a la falta de utilización de equipo para protegerse, un médico dijo:

El trabajador es muy noble, va y si le dice que tiene que hacer su trabajo, saca la chamba, y si hay un *peligro* lo asume, pocas veces se quejan de que no tenían equipo de protección, es más, a veces no están enterados de cuál es el equipo adecuado que tienen que utilizar, también es por ignorancia o porque lo que quieren es sacar su chamba [...].

¹¹¹ Cabe recordar que en algunos casos, un mismo agente puede fungir como taxista y cuadrillero a la vez, o taxista y jornalero.

¹¹² En Sonora aumentó la tasa de incidencia de los accidentes y enfermedades laborales del año 2000 a 2009, ya que por la cifra de lesionados o enfermos por motivos de trabajo pasó de 2.9 a 3.7 por cada cien trabajadores (Secretaría de Trabajo y Previsión Social, stps 2010). También se incrementó la tasa de incapacidades permanentes de 2.5 a 5.5 por cada cien casos para los mismos años (stps 2010). Esto muestra la dimensión de los daños en ambos sexos en el ámbito laboral en Sonora.

Una médica del IMSS dijo que las trabajadoras son más cuidadosas, y lo que más padecen son las deshidrataciones (Calvario 2003). Fueron 99 los accidentes registrados en los jornaleros eventuales y de planta durante el año 2000 y 2001; 78 por ciento correspondió a varones de 33 años de edad en promedio. La persona de mayor edad atendida fue un hombre de 83, residente del campo Santa Aurelia, una caída le provocó un traumatismo en la rodilla.

Figura 12. Lesiones de trabajadores afiliados al IMSS del año 2000 a 2001

Causa	PMA	Campos agrícolas	Total
Traumatismo de cabeza	4	6	10
Traumatismo de abdomen, región lumbosacra, columna lumbar y pelvis	1	7	8
Traumatismo de hombro y brazo	4	4	8
Traumatismo de antebrazo y codo	1	3	4
Traumatismo de muñeca y mano	2	13	15
Traumatismo de rodilla y pierna	1	14	15
Traumatismo de tobillo y pie	0	13	13
Traumatismos múltiples	2	2	4
Efectos tóxicos de sustancia no medicinal y picadura de animal	9	12	21
Efectos de cuerpos extraños que penetran en orificios naturales	0	1	1
Totales	24	65	99

Fuente: elaboración propia, con información proporcionada por el área de archivo del IMSS-PMA.

El peligro en el surco

En este apartado se pretende encontrar algunas regularidades respecto a lo expresado por los/as trabajadoras sobre el peligro en el centro laboral. Fue consistente la asociación inmediata entre éste y los accidentes de transporte durante el trayecto al trabajo. Algunos remitieron irremediamente la definición de peligro a los percances carreteros, cuando se dirigen al centro laboral o al regreso. En segundo lugar estuvo el medio ambiente, con la presencia de animales venenosos, el uso de sustancias tóxicas, las herramientas y a las personas visualizadas como parte de las amenazas cotidianas; las temperaturas extremas, por otro lado, provocan deshidrataciones identificadas como daños.

Eligio enunció las diferencias entre el riesgo y el peligro; predomina el uso de esta categoría en la vida diaria, para este informante, realizar maniobras descuidadas con cables de alto voltaje es arriesgarse, y exponerse al peligro de electrocutarse; el comportamiento lo ciñe al riesgo, y el factor de daño lo equipara al peligro. Cuando trabajó como taxista llenaba garrafones de gasolina dentro del vehículo y mencionó la toxicidad al respirar los gases que desprendían. Para exponer las diferencias entre riesgo y peligro, señaló que “del riesgo se pasa al peligro”. Según él, la acción de llenar los garrafones adentro del taxi es un riesgo, pero la manifestación de signos de malestar (ojos) era indicio del peligro de intoxicarse. La gasolina resultaba peligrosa ante una acción arriesgada.

La distinción en cuanto a la definición del peligro en ámbitos sociales, como el PMA, y el centro de trabajo se refiere a objetos y situaciones más que a la concepción en sí. Las herramientas como tijeras, azadones, machetes o navajas, animales venenosos, sustancias químicas y las situaciones relacionadas con el transporte de los/as trabajadoras son referentes objetivos que, junto con las prácticas laborales, provocan lesiones relacionadas con el centro laboral.

En el contexto general y común, los/as jornaleras, en sus discursos le atribuyen propiedades al peligro: graduación-magnitud, transitividad y, sobre todo, incertidumbre. En cuanto a la graduación, es común que los informantes aludan a hechos u objetos que consideran “muy peligrosos” o “lo más peligroso”. Lo que describen como peligro engloba a las herramientas, los animales, los asaltos y hasta las sustancias tóxicas empleadas en la agricultura. En el caso de las mujeres, la magnitud de las expresiones se intensifica, por ejemplo Elsa de 31 años, advertía a su compañero de trabajo que sacara las tijeras de la bolsa trasera de su pantalón, porque podía cortar a alguien; las tijeras “son muy peligrosas”, y finalizó recalando que son “bien peligrosas”:

Elsa: y los hombres no, los hombres se meten las herramientas aquí, les vale y van ahí corriendo y a las mujeres es a las que les pasan los accidentes. Como la otra vez, por cierto el sábado, llevaba un señor aquí las tijeras, miré al señor y le dije: ‘va picar a alguien con esas tijeras’ de ahí del pantalón, ahí las traía... [Es] persona mayor, don Parra, le dije yo ‘quítese esas tijeras porque se va picar usted o si no va picar a alguien’, se subió al carro y yo no me había subido y se las miré. ‘Si es cierto’, dijo otra señora, ‘sáquese las tijeras de ahí’.

Entrevistador : ¿Le dijo otra mujer?

Elsa: otra persona [le dijo] que se sacara las tijeras de ahí porque son muy peligrosas, como las tijeras tienen una punta y son cuchillas así, son redondas de aquí las cuchillas, son bien peligrosas.

Para Eligio las cosas más peligrosas son los químicos y las herramientas. Hay tareas agrícolas que consideran de más peligro, como la parra de la vid, cuando es podada y anillada, en especial por el uso de las tijeras y la navaja. Es necesario advertir que la observación la hizo una mujer; ella opina que hay varones que les “vale”. Si bien, Reynaldo dijo que les hacía la misma recomendación a sus compañeros, también admitió que es más frecuente que los hombres sean más descuidados. Graduar los peligros significa otorgar diversas posibilidades de ocurrencia no en términos estadísticos, sino de las relaciones sociales en juego. Al desencadenar un daño, el peligro está mediado por el manejo de las herramientas, la detección de fauna nociva, por ejemplo. Así, decir que hay mucho, poco o nada de peligro se refiere al cálculo de posibilidades de daño, pero en términos de la relación entre los jornaleros.

Sigfredo visualiza el peligro al andar en las alturas, en los árboles de nogal pepenando sus frutos: “[...] ahí hay mucho peligro, de que me caiga de arriba de unos quince metros, ahí sí hay mucho peligro de que me pueda quebrar un brazo [...]”. Él enfatizó que “hay” peligro, lo ubica en un espacio, se puede localizar; se expresa el lugar donde bajan nuez (pepenando); para él “hay mucho”, es decir, está graduado pues así como hay mucho puede ser poco o nada. Así, existe una magnitud en la que se intenta reflejar un parámetro respecto a la capacidad del posible daño. En el proceso de la construcción social del peligro, se expresa discursivamente la capacidad de multiplicar los eventos, si hay mucho entonces el daño es mayor.

Por otro lado, el carácter del peligro es transitivo, se presenta paulatinamente. Sigfredo condensó esta propiedad cuando expresó que “corre peligro” al podar la planta de la vid. No sólo aludió a una actividad específica, sino a una estructura situacional en la que se transita para que tarde o temprano se corte un dedo,

por ejemplo. En una situación social en la que el daño aún no se asoma pero existe la posibilidad de que ocurra, se transita por momentos que se encadenan para presentar la situación de estar en vilo, en suspenso, por ello Felizardo dijo “estamos peligrando”, al subirse a un transporte.

La contingencia que se le adjudica al peligro, es decir, el grado de incertidumbre de algún evento, por ejemplo los viajes hacia el trabajo, son visualizados como escenario sin gran control: ¡gracias a Dios nunca nos ha pasado nada!, dijeron algunos/as. Margarita y Sandra evocaron la figura religiosa, incluso señalaron que hay que encomendarse a Dios para que no les pase nada: “[...] y digo yo, Dios mío que nos cuida”.

En los relatos sobre los peligros, el hecho de sentirse vulnerables ante algún accidente carretero suele estar presente. Los eventos causantes de daños cobran un sentido de falta de control al conjugarse con los factores sociales. Para los mandos medios como los/as cuadrilleros, es necesario controlar a la cuadrilla porque de lo contrario se está en peligro de causar algún daño personal. Eligio evita dormirse en el traslado al centro de trabajo porque es mejor estar alerta ante una eventualidad, y a diferencia de muchos de sus compañeros/as que dormitan durante el camino, él prefiere estar en vigilia porque sabe que los accidentes son imprevisibles, y que los ocurridos han tenido desenlaces trágicos.

La idea colectiva del peligro y, en consecuencia, las prácticas implementadas en respuesta o ausencia de las amenazas, se ciñen a la relación con el daño. Cuando Ezequiel, taxista y jornalero, exponía lo que para él es el peligro, la inseparable conexión entre el daño y la amenaza se reflejaba en su dicho de que “el accidente es compañero del peligro”; por definición es causante de lesiones y sustos para los/as trabajadoras, de diversas maneras. La argumentación de don Reyes está en el mismo tenor, la materialización del peligro son los daños y, por ende, las lesiones o un desenlace fatal es concebido en un contexto calificado como de peligro, de otra manera no hubiese tenido tales consecuencias.

Las características del peligro (graduación, transitividad e incertidumbre) se expresan en el discurso, pero están sustentadas en la experiencia de los jornaleros y, en especial, en las prácticas. Las explicaciones de los agentes que provocan lesiones y accidentes, es decir, las causas van desde la fatalidad, por motivos incontrolables de carácter divino, religioso hasta la noción de que casi todos los accidentes son humanos; se deben a un descuido, “no es culpa de la máquina, no es problema mecánico” señaló Eligio cuando recordó una lesión en un tractor; “nos arremangó”, dijo.

El uso del término peligro también alude al género. Cuando Ezequiel se refirió a las diferencias en la distribución de labores, distinguió las que, por sus características de fuerza y resistencia, les corresponden a los varones. Algunas tareas se consideran peligrosas, pero al pensar en la posibilidad de que sean realizadas por mujeres, el grado de letalidad aumenta o asumen el estatus de peligrosas. En cuanto a la posibilidad de que las mujeres participen en la instalación de tutores, que sirven de sostén a las plantas de vid, Ezequiel sin vacilar contestó; “es peligroso para las mujeres [...]” y, por lo tanto, en la lógica argumental de él concluyó que “no lo pueden hacer”.

Con base en la experiencia en los surcos de los campos de la Costa de Hermosillo, Eligio advirtió que “una mujer nunca tira a arriesgarse, la mujer está más consciente [...] los hombres ¡sepa! No lo toman en cuenta tanto”. No obstante, conforme fluyó su discurso, surgió la razón para entender dicha diferencia. Al igual que Felizardo, las actitudes distintas las atribuyen al conocimiento sobre las faenas agrícolas. En la lógica de Eligio, algunas mujeres son precavidas porque no saben bien del trabajo y no se arriesgan con actos imprudentes, en cambio, los varones creen que sí y sobreestiman los peligros. Para Mary Douglas (1996), será la desestimación de los riesgos por la familiaridad que el sujeto le adjudica al entorno en donde se desenvuelve. Será que se cuidan más porque son más miedosas, sentenció Damián.

Factores de peligro

La objetivación del peligro queda plasmada en lo expresado por los informantes y los registros propios en cuatro referentes: las herramientas-sustancias químicas, los animales, las personas-situaciones sociales y el clima. Para brindar un panorama breve de los tipos principales de peligros, en este apartado se describen y analizan situaciones en las cuales se destacan los accidentes, las lesiones y las molestias físicas debido al trabajo.

Las herramientas-sustancias químicas

Los informantes coincidieron en atribuir a las herramientas la fuente principal de peligro, en especial las punzocortantes. Son frecuentes los relatos en los que sobresalen las heridas por el uso de tijeras podadoras o cortadoras. Hay situaciones en las que se puede cercenar el dedo a un compañero. Cuidarse implica usar los instrumentos de manera adecuada, para disminuir los factores de distracción. Sandra tenía aún fresca en su memoria la situación que vivió con su amigo y compañero de línea cuando dijo:

Andábamos apurados corte y corte la uva y de repente quise cortar un ramo de uva y sentí duro, era el dedo de mi otro compañero ¡ay pues ya sabrá!, quería llorar, no hallaba ni qué hacer porque muy amigo mío: –¡Sandra, me cortaste el dedo! y un chorrero de sangre [...] solté las tijeras y me asusté.

Esta experiencia le ocurrió a Sandra en la adolescencia, y el impacto emocional fue tal que por un instante quedó inmóvil ante el asombro y temor. Sin embargo, hay percances que ocurren durante la edad adulta, en los que por estar jugando se puede producir una lesión durante la cosecha de la uva. También al cortar calabaza, melón, pepino o chile y anillar la parra de la vid se provocan más lesiones menores. Las herramientas que no cortan, por ejemplo los llamados “niños” (estructura metálica para clavar los tutores de madera en la vid) también generan lesiones, por su peso, e incluso pueden ser más graves que las cortadas. En ambos casos, se les considera herramientas peligrosas debido a la manera de utilizarlas, y al ritmo acelerado de trabajo. Por otro lado, las sustancias químicas, como la cianamida,¹¹³ figuran como elemento de peligro.

En los últimos años ha disminuido la aplicación manual de la cianamida; los agroindustriales de la región han optado por hacerlo con tractor. No obstante, en los campos que se continúa aplicando de forma directa se registran daños corporales. La cianamida es empleada en una fase de la producción de la vid, en cambio el uso de las herramientas es frecuente a lo largo de los procesos agrícolas. En los relatos sobresalió que se aludía con más frecuencia a la relación peligro-herramientas, que a la de peligro-cianamida, no obstante la diferencia cualitativa es el grado de letalidad. En el discurso, la cianamida está asociada con muerte, con desenlaces fatales, pero además éstos son diferenciales. Vere dijo lo siguiente sobre su experiencia anterior con la aplicación del producto:

Era muy peligroso, había ocasiones que me tocó oír que se murieran por eso; es más en los hombres, supuestamente andar echando eso no se podía tomar cerveza y por lo regular había hombres que les valía y tomaban, y me tocó oír que se habían muerto por eso.

¹¹³ La cianamida hidrogenada (Ch) es una amida de cianógeno que se utiliza en el cultivo de uva como regulador artificial de crecimiento en la época de brotación de las yemas. Tiene propiedades tóxicas caústicas, por inhalación, ingestión o por contacto en piel u ojos, cuyo efecto principal es la excitación del sistema nervioso parasimpático (Calvario 2007).

Damián expuso su vivencia de esta manera:

Hasta empezaban a echar espuma, porque se envenenaban o hinchaban, necesitaba ir bien protegido uno, si le daban a uno para protegerse pero de todos modos, es muy fuerte el cianamida, es lo más fuerte que hay en la agricultura, para la gente lo más peligroso.

Cuando trabajé en la vid aplicando la referida sustancia, el overol, guantes y lentes resultaban muy incómodos por lo que, al calor del día, muchas personas se quitaban parte de sus trajes. Yo experimenté irritación en la piel de la cara, a pesar de que en todo momento procuré usar adecuadamente el equipo (Calvario 2007). Las herramientas y las sustancias químicas producen daños distintos según la forma de utilizarlas y los agentes sociales que intervienen. Las reglas, la autoridad, los ritmos y la organización de trabajo propician este tipo de peligros.

Los animales

Las picaduras de serpiente no son menores; los desenlaces mortales aún ocurren y en algunas ocasiones las personas requieren hospitalización. Algunas jornaleras expresaron sentir temor cuando se cruzaban con una serpiente. Para Damián, las mujeres son más cuidadosas porque son más miedosas. Si bien, es seguro que los varones también experimenten temor, la diferencia sigue siendo que ellos no lo manifiestan. Edith y Sandra narraron así el pavor de las mujeres y sus reacciones:

[...] en el deshierbe me ha tocado que voy azadoreando y de repente enroscada, tiro el azadón y corro para fuera, les tengo mucho miedo a las víboras. De hecho a un tío político mío le picó una víbora en el trabajo y falleció, y muchos alacranes y cosas así (Edith).

Le tengo mucho miedo a las víboras, una vez estaba parada, me dijeron Sandra ¡no te muevas, no grites! No'mbre, me puse de todos colores, como pude arranqué, yo bien asustada, me lavé la cara, tomé agua; ya no quería entrar, unas gritonas las mujeres [...] hay unos que no tienen miedo, se mueven y a matarla luego, luego [...] es la mujer la que más se asusta nunca he visto que un hombre corra como yo corrí.

Por esta razón, Reyes sonrió cuando relató la manera en que las mujeres gritan y “son escandalosas” al momento de toparse con una serpiente. Quizá este sea el caso en que las diferencias en varones y mujeres son más acentuadas.

Las personas

La personificación del peligro está dada por la violencia e inseguridad pública en el PMA o en los campos agrícolas; en estos últimos los llamados cholos representan un factor de conflicto. El telón de fondo es la violencia, y más la masculina. En segundo lugar, los entrevistados identificaron a las personas de “fuera”, de algún lugar del sur del país, como quienes pueden figurar como amenaza a la integridad física de otros. Tanto el cholo como el migrante y, sobre todo el fuereño, pueden generar daños, incluso la muerte, a decir de Reyes:

Si me pongo a trabajar con la gente es un peligro, mucha gente que viene del sur no puedes decirles nada, están matando gente como mataron al mayordomo de los pinos.

Según versiones periodísticas, el homicidio del mayordomo lo cometió un empleado que tenía mucho tiempo de radicar en el campo; el hecho que no sea originario de Sonora le otorga cierta relevancia: era fueño. Un ingeniero con fama de autoritario fue muerto a manos de un grupo de trabajadores, esta vez, según Damián, la explicación pasó de la estigmatización al clamor de justicia; dicho ingeniero era reconocido como una persona autoritaria e injusta, un par de trabajadores sureños lo enfrentaron tras una discusión en horas de trabajo, y le quitaron la vida. Damián recordó este hecho para enfatizar los extremos en que suelen caer los mandos superiores y las respuestas “legítimas” de los subalternos.

La temporada agrícola anterior, un grupo de trabajadores del sur de la república arribaron al campo donde trabajaba Reyes, y traían armas punzocortantes debajo de la camisa. Su actitud fue decidida y sin temor para demostrar tranquilidad y autoridad; así se comportan también los cholos. Sandra comentó lo siguiente respecto a una riña en el trabajo:

[...] son muchachos que a veces les vale, le dijo él que se cuidara [al cuadrillero] porque acá [PMA] lo iba a agarrar; al ver la sangre me asusté y me retiré de ahí porque los de la 12 [PMA] ya se iban a meter y se hace el pleito más grande; en ese lado peligra uno.

La noción negativa, cristalizada en una masculinidad descuidada, se expresa en el personaje del cholo, además sobresale la juventud, un rasgo asignado socialmente a este grupo, pues “son muchachos”. En la masculinidad descuidada están encarnadas dos categorías fundidas en una: los cholos.

El clima

Según las experiencias de los/as informantes, el calor extenuante del verano supera las inclemencias del invierno crudo; la deshidratación, diarreas y mareos son malestares que sufren cuando el termómetro rebasa los 45°C a la sombra; el efecto máximo puede ser la muerte de la persona.

Cuando laboraba en el viñedo, un trabajador de alrededor de 50 años murió por golpe de calor, según las versiones médicas. Ante el calor excesivo tomó agua helada en su hora de descanso. El informante dijo que la confluencia de frío-calor en el cuerpo le provocó un paro cardíaco. También, según Ezequiel, realizar el trabajo de manera rápida provoca deshidrataciones, que fue el caso de su sobrino. Al terminar el empaque de la vid, “era, el mes de julio, se pusieron a ponerle tutores a los nogales, y se asoleó”, porque quiso hacerlo rápido, con la intención de ayudarlo a él por las molestias de su espalda. Además, en lugar de suero tomó limonada, pero con demasiado cloruro de sodio, lo cual le provocó una diarrea terrible.

Se hizo del baño ahí trabajando y luego dicen que se empezó a marear y que todo eso, y empezó a sentirse mal y se lo trajeron, se purgó [...] ya no fue ni a trabajar por vergüenza ja, ja, ja.

La vergüenza provocó que el joven no volviera a trabajar. Fue la combinación de varios factores lo que desencadenó el malestar, el deseo de hacer más: ayudarlo a su tío, el calor extremo y la preparación de la bebida.¹¹⁴

¹¹⁴ Debido al tiempo, no fue posible revisar las defunciones causadas por altas temperaturas en la región, no obstante, se encontró que de 2002 a 2010 fallecieron 393 personas en la república mexicana, de ellas “la mayor parte murió en el noroeste del país; el 88.5% eran hombres, de los cuales tres cuartas partes tenían entre 18 y 65 años de edad” (Díaz et al. 2014, 2). En dicho periodo, en Sonora se registraron 150 casos, tuvo el primer lugar en defunciones en comparación con el resto de los estados (Díaz et al. 2014, 9).

Las prácticas de cuidado de los/as trabajadoras se suelen centrar en la protección de las manos, cuando se trata de actividades que implican manejo de herramientas punzocortantes como los cortes de vid, calabaza, pepino y sandía, y la anillada y poda de la vid. En el corte de la vid se usan tijeras de acero inoxidable con hojas filosas, el tamaño es de 15 centímetros.¹¹⁵

En la observación participante, realizada en el campo agrícola x, en la fase de corte de vid, hubo una serie de prácticas laborales que desatendieron las amenazas ambientales y organizacionales. Por ejemplo, los trabajadores no usaban fundas en las tijeras, tampoco otra clase de medidas para evitar una caída o mordida. Cuando el cuadrillero dio las instrucciones no habló de medidas preventivas, por ejemplo, la ubicación del agua y los baños, alguna advertencia sobre animales venenosos, y mucho menos una manera específica de cortar para evitar una herida (Calvario 2003). Al respecto, Garduño (2007, 204) señala que:

En procesos de trabajo que claramente implican *peligro*, aparecen prácticas insólitas como juegos *peligrosos* o hacer creer algunos que hay nuevas reglas de seguridad, para después hacer mofa de ellos. Estas actitudes se reflejan también en relaciones agresivas entre los compañeros.

Trabajar en las condiciones que lo hicimos ya es una llamada de atención y constituye una amenaza para la integridad, parece una nimiedad ponerle funda a las tijeras, cosa en la que no están dispuestos a detenerse, y la constitución física per se deber ser de aguante, tanto de varones como de mujeres. En una ocasión me percaté que había personas que no usaban paños en la cabeza, sólo cachuchas, y la temperatura rebasaba los 40°C. Ninguno llevaba suero o algo parecido, por si se presentaban signos de deshidratación. A pesar de la temperatura extrema, me sorprendió la ausencia de sueros orales; es posible que algunos/as trabajadoras los llevaran en sus mochilas, morrales o bolsas, sin embargo no observé que prepararan alguno, y en general no les agrada hacerlo.

El único percance ocurrido en el campo San Francisco, fue cuando una joven se cortó. Según los informantes, a las mujeres les suceden más accidentes en el trabajo, aunque existe la idea de que ellas son más cuidadosas pero sufren más lesiones, pero éstas se penalizan menos cuando son supervisadas por los cuadrilleros. En cambio, si la falla es de un varón, la carga y presión social aumenta al considerarlo tonto, o en términos nativos “torta”. Por ser un hombre que se corta durante la cosecha de la vid, o si se cae tras una faena considerada como “de poco peligro” ocasiona burlas colectivas, porque se resaltan más los errores que las lesiones visibles.

En cuanto a las lesiones por cortaduras, Elsa señaló que a “los hombres les vale y a las mujeres es a las que le pasan los accidentes”. Felizardo explicó que esto les ocurre más a ellas debido a su falta de experiencia, porque de hecho “son más inteligentes que los hombres”. Gisela, jornalera temporal, reforzó la apreciación de Felizardo para explicar por qué las mujeres son más cuidadosas que los varones; con ironía, Gisela rió mientras decía que ellas son más inteligentes porque ponen más atención a las instrucciones de los mandos superiores, y perciben mejor el entorno, están más al pendiente y, por ende, son más cuidadosas. Según Jesús, los varones se cortan más en la poda o cosecha “por la rapidez o el nerviosismo de la velocidad que llevan o del apuro que traen”.

Al trabajar en la tolva afloró la importancia de la rapidez y el nerviosismo. Una mujer se cayó desde el “burro” (estructura metálica a manera de escalera usada para depositar los racimos, que son llevados a las tolvas en cubetas). Parecía que el motivo principal fue que ella padecía una enfermedad, y se combinó con las

¹¹⁵ Eligio, Ricardo, Margarita, Anastasio, Edith, Maren y Jesús relataron que las tijeras son la causa principal para generar lesiones durante el trabajo y el retorno al PMA.

condiciones adversas de esta labor. Las nociones de cuidado y peligro están asociadas con el trabajo en la medida en que algunas señales de alarma cobran visibilidad, producto de factores sociales.

Las mujeres que se cubren y las que no se cuidan

Una tarde calurosa de verano Maren comentó sobre las circunstancias, fuera del ámbito laboral, en las cuales las mujeres no cuidan su salud. En el porche¹¹⁶ de su casa, con cierta ironía describió las razones por las que algunas de sus vecinas se quedan viendo las telenovelas en lugar de ir al médico. Advirtió que las mujeres de su localidad son precavidas en el trabajo, situación contraria de los varones, pero relegan el cuidado de su cuerpo para un mejor momento (como la revisión de mamas y el examen del Papanicolaou). Las jornaleras, y habría que agregar que también ellos, evitan acudir al médico por no faltar a sus centros de trabajo; ella se aguanta el dolor de muela hasta el día de descanso.¹¹⁷

Sorprende la manera en que Maren advertía la contradicción de cuidarse en el surco (cuando esto es posible), y no hacerlo debido a la vergüenza-negación del marido (en el caso del monitoreo del Papanicolaou), el trabajo doméstico y de crianza. Para entender la importancia del cuerpo en la práctica social, a propósito de la dominación masculina, vale la pena recordar a Pierre Bourdieu:

[...] La probabilidad de sentirse incómodo en el cuerpo de uno, el malestar, la timidez o la vergüenza son tanto más fuertes en la medida en que es mayor la proporción entre el cuerpo socialmente exigido y la relación práctica con el cuerpo que imponen las miradas y las reacciones de los demás (2000, 86).

La cita de Bourdieu vuelve complejo el problema del cuidado, porque introduce la construcción social del cuerpo, en especial el femenino. Uno de los motivos señalados por Maren respecto a que las mujeres eviten el Papanicolaou es la negativa del marido; además, el peso de la mirada de los demás, y sobre todo del control masculino, no es menor. La práctica de ir al médico a la revisión implica que su cuerpo sea explorado. Maren señalaba la paradoja de la precaución femenina en el trabajo y la desatención respecto al cuidado del cuerpo. Aunque es claro que protegerse en el surco implica el cuidado corporal; Maren señaló que las mujeres no ponen la misma atención, y con ello intenta distinguir entre el cuidado en el trabajo y el del cuerpo en sí: para ella la vagina y los pechos representan las partes que definen la identidad femenina, y es curioso que ante determinados factores no les presten atención como debieran.

Las entrevistadas dijeron que sólo se atienden en el surco ante situaciones graves de malestar (lesión, enfermedad u otro tipo de daño). No obstante, Maren citó la forma de actuar de una antigua compañera y de ella misma cuando hay padecimientos que no son originados directamente por el trabajo, como las enfermedades relacionadas con la alta presión arterial, y comentó que se agravan si no se acude al control médico. Para eso ellas acuden al centro de salud o al IMSS de la localidad. Fuera de estos ejemplos críticos, los cuidados son menores, según Maren y su amiga. También calificó a doña Lupe, su compañera de trabajo, y a ella misma como personas “muy atrabancadas”, no la piensan mucho para hacer las cosas; por ejemplo, mover sola el “burro”, para depositar los racimos de vid en las tolvas. La función de doña Lupe es

¹¹⁶ El porche es un espacio en las casas de Sonora y de otros lugares de la república, que está techado y cuenta con ventilación lateral y frontal, por eso, representa una especie de estancia-descanso a la entrada de la vivienda. Se popularizó, según Núñez (1993), en los años sesenta, por la influencia de la arquitectura californiana, de Estados Unidos.

¹¹⁷ En general, cuando las mujeres no se cuidan en el trabajo es porque contraponen un valor al daño probable: los hijos son lo primero, el sentido de sacrificio incluye la exposición a peligros corporales o emocionales: “Somos muy dejadas, mira, te voy a decir, si la mamá tiene a su cargo varios hijos que alimentar pues si hay que darles comida y no puede porque está trabajando y no puede dejar de trabajar porque si falla un día luego no te dan trabajo, ese es uno de los detalles, yo también así era; si me tenían que sacar una muela tenía que ser el sábado o el viernes en la tarde, para reposar o el domingo en la mañana porque entre semana no podía, me atrancaba de pastillas o lo que fuera y ya no iba [...] ese es uno de los detalles de que no va uno al médico porque estás trabajando, eso lo digo por mí”.

contabilizar y supervisar la limpieza de los racimos de vid, se ubica en el burro, para cerciorarse de la calidad del corte. Maren mencionó que la Lupe no salía del seguro, con lo que indicó que atiende sus padecimientos, pero su prioridad no es cuidarse.

Las labores consideradas fáciles como el raleo, la mojada, el amarre y el despunte de la vid o el empaque de chile, calabaza, pepino y sandía son realizados preferentemente por mujeres. Las prácticas de cuidado van desde cubrirse el rostro hasta usar guantes en los empaques, a excepción de la vid. Las “protecciones” otorgadas a las mujeres pueden ser distintas, como la asignación diferencial de tareas y las preferencias para que no estén expuestas a sustancias químicas dañinas:

Yo supongo que por precaución han de haber mandado a las mujeres a un lugar donde no hubiera ese líquido, porque ellas son más frágiles a los olores: ¡ay, que huele mucho! Y pues nosotros sí los soportamos, algunos olores, no todos [...].

Hay formas diferentes de encarar o exponerse a situaciones peligrosas. Por ejemplo, las acciones articuladas en la manera de tomar precauciones se tildan de “exageradas”. Damián comentó que las mujeres son más cuidadosas debido a que son “más miedosas”. El miedo es un termómetro social para indicar el grado de valentía.

Una mujer de 62 años, ya retirada de las labores agrícolas -madre de una informante-, mencionó que la mejor manera de cuidarse de una mordedura de serpiente era evitar molestarla. En cambio, la reacción de un varón de 23 años es distinta, cuando él se percata de la presencia de una serpiente en los surcos intenta matarla, sin dudarle. Lo que para ella es preventivo, no hacer nada, para él es un acto peligroso, y viceversa. Encarar la amenaza para evitar la posibilidad de ser mordido representa que el daño es posible, puesto que si se comete un error es probable que se consume el mordisco. Para Jesús, jornalero joven es peligroso no hacer algo, puesto que el objeto-peligro, la víbora, seguirá enroscada y la amenaza de que muerda a alguien está latente.

Para los/as jornaleras, antes que el cuidado, la prioridad es el trabajo, porque de eso depende la subsistencia, no obstante, se dice que las mujeres lo hacen en pos de la tranquilidad y bienestar del grupo, en los varones el discurso está dirigido en exclusiva a la proveeduría: arrimar el dinero, y en las mujeres a atenderlos, en toda la extensión de la palabra.

Las prácticas de cuidado en los varones

Los varones participan en actividades pesadas como la poda, la anillada y el corte de vid, entre otras. Para ellos, el cuidado y la atención a las lesiones quita tiempo para ganar lo suficiente. Para las mujeres, la referencia a las tensiones laborales y el estrés no desanima la instrumentación de prácticas de cuidado, salvo cuando se ocupe un puesto de autoridad. Jesús narró la manera de laborar en la tolva y cómo se atendió de inmediato cuando se cortó un dedo:

La tolva eso es de andar cortando sin ver, porque si están viendo en donde cortas no te va a rendir, te mochas un dedo, no te lo mochas, pero te lo agarras, y qué hace uno, para cuando [...] a mí me tocó ¿y qué hice? corté el racimo, lo puse aquí en mi mano, lo exprimí y con el mismo sabor que tiene la uva me cortó la sangre y entonces me quedó así la cortadita pero así le seguí [...].

No es casual que ante las lesiones los varones refieran que continúan con la labor, como una forma de aguantar y de enfatizar su valor. La idea de aguantarse se expresa también en las mujeres cuando dicen que

ante los “hombres huevones” –flojos–, ellas tienen que aguantar enfermedades, “aunque estemos tirando la toalla así vamos a trabajar”. Para el caso de los varones, la resistencia es el baluarte social, las lesiones en las cuales la sangre fluye se convierten simbólicamente en una referente, que si bien no se toma como prueba viril explícita, en los intersticios del discurso resalta la noción de aguante: “mocha la mano pero le seguí” enfatizó Jesús.

Ante los dolores intensos que lo hicieron llorar, y después de las terapias alópatas, Felizardo encontró alivio con una jornalera curandera, mientras trabajaba en el surco. Pudo laborar durante un año con los dolores de cabeza que le aquejaban, hasta que gracias a los rituales de curación de la mujer, en el surco, encontró la cura:

[...] me dolió mucho al lado izquierdo de la muela y se me pasaba al cerebro y del cerebro se me pasaba a la frente y me pegó un dolor que no me dejaba día y noche y duré un año, yo no hallaba qué hacer con el dolor, tomaba alcohol, yo pensaba que a lo mejor era un tumor y no, no me quitaba nada el dolor, me daban pastillas y llegaba de la chamba y me iba al doctor me ponía inyecciones de penicilina pa'l dolor y me salía de la cama no me dejaba el dolor, hasta que me fui a trabajar a un campo que se llama Santa María y me tocó una señora que trabajábamos juntos cortando en el chile; sabía que yo estaba malo, me dijo –tú estás malo, tienes una enfermedad grave, estás malo, tráeme –me dijo– un huevo de gallina de rancho y unas hojitas de albahaca y ruda, yo te voy a curar –me dijo– y así fue, yo le llevé en la mañana que me fui a trabajar y allá en el trabajo me curó, me curó como ocho veces y de ahí pa'cá se me quitó el mal [...]

Ante el dolor, la trayectoria terapéutica primero fue la medicina moderna por la relación causal muela-infección y dolor. El efecto nulo de las inyecciones y las pastillas, y con un toque de suerte, apareció la figura femenina de la sanadora. Este pasaje de la vida de Felizardo se relaciona con la experiencia de la enfermedad en el surco; implica una noción de cuidado respecto a las prácticas de sanación. Las supervisoras o cuadrilleras suelen ser condescendientes ante las lesiones de los demás; no obstante, algunas asumen posturas autoritarias y de desdén ante éstas. En los procesos del trabajo agrícola, las jerarquías laborales, como sistemas de poder, pueden llegar a influir decididamente en la intensificación del daño y sus efectos. En el relato siguiente se muestra cómo, ante una lesión considerable por la presencia abundante de sangre, a decir del trabajador, el imperativo de aguantarse fue traducido por la supervisora con la frase “ya te chingaste”:

[...] andaba podando y un vecino ahí de línea, de la segunda línea se cortó, jaló una línea y se encajó la tijera [...] esa vez no dijo nada, así anduvo podando, y después llegó otra vez la supervisora y él le dijo: ‘oye, me corté mira’ y dicen que le dijo la supervisora: ‘pues ya te chingaste’, y pues el bato se agüitó pues y siguió trabajando pero más despacio, pienso que le dolía, yo terminé mi línea y salí para afuera a tomar agua para ir a agarrar otra línea y me encontré al muchacho, era un señor muchacho y me enseñó, ‘¿que se cortó?’, le dije yo, ‘sí mira’, me dijo, y ya traía la sangre ya cuajada así, traía un guante, se hizo en guante para abajo y traía toda la sangre cuajada, la ponía en la llave y no se iba la sangre, porque ya estaba cuajada ahí pues, y el señor se exprimía todavía y con los guantes sucios y le digo: ‘oiga no se exprima, se le va a salir toda la sangre, mejor póngase ahí algo limpio pa que se tape la sangre pues, y un ratito se lo quita y le presiona para que salga la sangre ya molida pues’, y no sí, y ya lo miró una cuadrillera que andaba ahí y le dijo que si qué tenía, que si se había cortado y sí, le dijo, ‘espérate’, le dijo, ‘ya no trabajes’, le dijo, ‘ahorita le vamos a hablar [...] al contratista para que te lleven a curar’, le dijo. A veces sí pasa, tanto cuadrilleras como cuadrilleros que son más bruscos con los trabajadores, como en el caso de esa supervisora.

La atención que las cuadrilleras le ponen a las molestias de las/os peones están relacionadas con acciones paliativas como ofrecer pastillas o ser condescendientes ante la expresión de un dolor. En sentido estricto, en los campos agrícolas no se cuenta con la infraestructura para atender lesiones, molestias menores o cualquier clase de padecimiento. Por consiguiente, la atención corre por cuenta de los/as cuadrilleras.

Si los varones y las mujeres se abstienen de laborar cuando tienen algún dolor agudo o toman precauciones ante animales venenosos, la distinción principal es la carga valorativa al orden de género. Por ello, la normalización de las amenazas puede variar; mientras que las entrevistadas aseguran que las mujeres son más atentas y cuidadosas para el trabajo, algunos varones consideran como nimiedades los posibles daños, y sólo son dignos de atención los episodios que pudiesen originar situaciones letales o lesiones graves.

Seefó dice que ante el cúmulo de circunstancias adversas de los jornaleros, su percepción del riesgo (en este caso del peligro) se basa en la experiencia vivida, ya sea buena, regular o mala. De tal forma que una intoxicación, por ejemplo, pasará a segundo plano de atención cuando se han vivido sistemáticamente episodios extenuantes (2005, 226). Sin embargo, el orden que establece el sistema género respecto al cuidado es importante. Es decir, las experiencias de jornaleros/as serán distintas al asignarles actividades separadas con base en normativas, según la clasificación de género; también el hecho de que las mujeres experimenten jornada doble (hogar y trabajo asalariado), los cuidados se trasladan y jerarquizan de manera distinta, porque dichas rutinas suponen funciones sociales diferenciadas. En los varones el ideal de la proveeduría y las nociones sobre el cuerpo, en tanto aguante físico, implican un despliegue de prácticas que tienden a reproducir el orden según el género.

Los proyectos que se plasman en los surcos para atenderse, cuidarse o dejar de hacerlo se concretan. Por ejemplo en Felizardo quien, ante el dolor, evade dejar de trabajar, el proyecto construido se embona con la masculinidad descuidada, pero a la vez empata con el MVR en tanto único proveedor. Cuidar a la familia, y sellar su responsabilidad con el aguante ante el dolor es, en cierta forma, darle más peso a dicho modelo. Felizardo, en su proyecto de vida –unión conyugal temprana–, cumplió como proveedor, el rol que sus padres le exigían en un contexto tradicional de la sierra chihuahuense.

Las mujeres, en cambio, viven las paradojas de ser más cuidadosas en el trabajo y dejar, para mejor momento, la atención de su cuerpo. Con una larga trayectoria laboral, Maren es crítica del descuido de los varones y de las precauciones de sus compañeras. Cerca de la frontera entre el MVR y el MVD ocurren situaciones en las cuales a partir de la noción de responsabilidad, Reyes insistió en que cuidarse es equiparable a inmovilizarse o, en el peor de los casos, a no cumplir con sus obligaciones: “nunca me he cuidado” de lo contrario “no tuviera nada”, explicó. A la vez, emerge un presupuesto del MVD, o rasgo negativo de la masculinidad hegemónica: “al cuidarte te haces más frágil”, al hacerlo de más se demuestra cobardía.

UNA ETNOGRAFÍA DEL CORTE DE VID Y EL REGRESO AL PMA

Para registrar las situaciones sociales previas y posteriores a las jornadas, trabajé en el corte de vid de mesa e industrial en dos viñedos de la Costa de Hermosillo: Campo Nuevo –limita con el PMA– y San Francisco –ubicado a dos horas al norponiente de la comisaría–. Esto permitió contrastar la información recopilada en las entrevistas, con lo que ocurría en las faenas; la organización laboral y los factores que generan conflicto.

Para trabajar con altas y bajas temperaturas en los campos agrícolas de la Costa se necesita estar en buena condición física, para soportar las inclemencias del semidesierto sonoreño.¹¹⁸ La deshidratación es

¹¹⁸ El municipio de Hermosillo, y Sonora es uno de los estados donde hay más defunciones por altas temperaturas (Díaz et al. 2014).

uno de los malestares que experimentan los/as jornaleras tras días de laborar. Además, los informantes aludían a la incertidumbre respecto al peligro en la línea, porque durante el verano pueden ser mordidos por una serpiente.

La primera experiencia etnográfica resultó extenuante y menguó mi condición física, y las incursiones subsiguientes tuvieron que ser con varios días de separación. El desgaste físico causado por el solo hecho de exponerse a las temperaturas extremas, ya es en sí un atrevimiento, que resulta normal para los/as jornaleras.

Campo Nuevo: ¡trabajo de hombres!

El trabajo conocido como tolva es el más extenuante e “ingrato” de todos, puesto que además del desgaste físico, la remuneración es poca en comparación con las demás faenas. A pesar de estar cerca del PMA, es necesario irse muy temprano pues el sol arrecia alrededor de las ocho y media de la mañana. Gracias a la red de amistad con informantes puede acompañarlos durante el trayecto al campo. En un tractor que jala una batanga (un tipo de plataforma para transportar objetos), llamada popularmente “cacerola” se traslada a los jornaleros desde un punto de acceso, hacia el lugar de trabajo. La mayoría de los que trabajan en la tolva son varones, las mujeres lo hacen en compañía de un varón con quien por lo regular tienen un lazo de parentesco.

Era fácil identificar a las personas que se dirigían al campo, pues llevaban consigo cubetas y tijeras. Muchas iban provistos con lonche,¹¹⁹ pues el plan era estar de regreso a más tardar a las diez de la mañana. Cuando el lugar de trabajo es un campo lejano del PMA la mayoría lleva provisiones. En Campo Nuevo, el ritmo de las labores en la tolva implica que se terminan temprano, por lo que la opción es desayunar en el hogar.

Llegamos al lugar de trabajo cuando empezaba a clarear, como a las cinco de la mañana, después de recorrer alrededor de 800 metros desde uno de los accesos al campo. En el trayecto le pregunté a un varón de alrededor de 40 años sobre su experiencia en el corte de vid industrial, y también resultó ser primerizo, pues tenía poco de haber llegado al PMA. Parecía que no había meditado mucho en la labor que empezaría, en principio se trataba de una actividad de sobrevivencia; sin embargo, su sonrisa y despreocupación por las condiciones que enfrentaríamos indicaban que, de alguna forma, la experiencia ante ambientes parecidos le resultaba familiar. Había cierta algarabía entre la gente, en su mayoría varones; se sumaban al contingente personas que traspasaban el cerco que separa al PMA del campo; algunas formaban grupos pequeños (esposa, hermanas, hijas), que se trasladaban en bicicleta o en triciclo, cuando se trataba de familias.

Desde el principio el ritmo de trabajo fue intenso. Las líneas –formadas por varias plantas de vid, que equivalen a surcos– se asignan según la abundancia de la fruta. Se aprecia la rapidez con que se llenan las cubetas, las personas recorren la línea para salir a vaciarlas al contenedor o tolva –caja metálica en que se transporta la uva hacia las vitivinícolas–. El trayecto fue extenuante, ya que muy a menudo se tienen que recorrer 70 u 80 metros cargando dos o cuatro cubetas. Hay personas con tanta habilidad y fuerza, que pueden cargar en los hombros cuatro cubetas llenas de vid en un solo viaje.

La fatiga se empieza a sentir a los pocos minutos, en principio el corte es sencillo, pues sólo se evita cortar uva verde y con basura. Durante el trabajo es fácil sostener conversaciones e iniciar amistades fugaces. Un joven de alrededor de 23 a 25 años, radicado en el PMA, relató sus experiencias en el corte de vid y, sobre todo, los accidentes; cortarse los dedos con las tijeras es aparentemente la lesión más común; el día anterior, su compañero de lado se había herido. Cada trabajador toma un lado de la línea y al acabarse el corte empieza

¹¹⁹ El lonche es la provisión para un día: desayuno y comida, y consiste en tortillas de harina de trigo dobladas a la mitad rellenas con papas, huevo, frijol, jamón, bolonia y, en ocasiones, algún trozo de carne.

por otro, y por lo regular ya está ahí un/a compañera. Nadie parecía estar atento a un animal escondido en la yerba ni en las plantas, pues con frecuencia las víboras se enreden en el follaje de la vid. La precaución para evitar una cortada era concentrarse durante el corte, pero no utilizaba guantes. Para combatir la temperatura elevada, sólo se tomaba agua, pero no algún suero o producto similar. Por la experiencia, los trabajadores eran diestros en los movimientos corporales para cargar las cubetas, aunque al subir a la tolva era común que resbalaran por las escaleras. Este resultó el punto crítico donde había accidentes frecuentes.

Aunque el/la jornalero/a tenga compañía, el trabajo lo hace de manera individual; sólo cuando hay redes familiares existe la ayuda. Un día acompañé a trabajar a la familia de Lilian, esposa de Anastasio: Rubí, Marcela, el esposo de ésta y el hijo menor de Lilian; lo hicimos en líneas contiguas, le ayudé a Rubí y a su hermano a llenar las cubetas, y Marcela y su esposo hicieron lo propio.

En cuanto a las redes de amistad, tres jóvenes estaban acompañados por un par de muchachas entre 14 y 17 años; ellas se hacían notar pues eran pocas las mujeres, y menos aún las jóvenes; en ocasiones se separaban de sus compañeros varones cuando iban a tomar agua o a satisfacer otra necesidad. Lo notorio entre ellos/as fue la algarabía, las risas y los juegos de palabras. Es posible que se tratara de jóvenes solteros/as pues lo usual, cuando se trata de mujeres con algún tipo de unión conyugal, es que estén acompañadas de sus parejas.

Cuando le comenté a Francisco, esposo de Evangelina, sobre mi experiencia extenuante de trabajar en la tolva, de manera jocosa y en broma externó: “es que eso es para hombres”. Los entrevistados opinaron que la poda exige condiciones físicas óptimas, el pequeño chascarrillo del esposo de Evangelina aludía a dicha situación.

En la incursión al viñedo comprobé lo que me habían relatado respecto al perfil de los trabajadores de la tolva; algunos fumaban marihuana y otros, los menos, se drogaban. La presencia de mujeres era menor, había pocas familias y varios niños se aventuraban a cortar vid en las líneas. De ahí que sean elocuentes las expresiones como la de don Pancho, que sintetizan la asociación fortaleza-resistencia, para aguantar las condiciones climáticas, sociales y la hombría, de esta forma para ellos/as tiene sentido decir que “eso es cosa de hombres”.

El hecho de que la fuerza de trabajo joven, en especial de varones, se haga visible por medio de la violencia, la droga y las riñas es reflejo de la situación social de la localidad. Una riña frontal y algunas fricciones en las líneas de trabajo, más los testimonios de los informantes indican la tensión en la cual se trabaja. No sólo por el conflicto interpersonal latente (trabajador-trabajador, trabajador-cuadrillero/a) sino por las condiciones climáticas extremas y el gran desempleo. En las relaciones que se establecen existe una expectativa de resistencia, habilidad, agilidad y astucia para obtener mayor rendimiento en la producción, y para engañar a la apuntadora y al compañero de lado. Las relaciones de amistad resultan cruciales, pues así se está en mejores condiciones de enfrentar las dificultades y hacer más amenos los momentos. Aunque entre los familiares las relaciones son más íntimas (de confianza más cercana), cuando van a trabajar grupos de amigos, suelen ser de varones.

El esfuerzo físico que requiere trabajar en la tolva se puede comparar con la instalación de barrotes (tutores) en pleno verano. La diferencia entre estas labores extenuantes radica en que la primera se realiza en un contexto de precariedad absoluta. Ni siquiera existe un contrato, tampoco hay horarios y el pago, que es de siete pesos por cada una, se recibe poco después de vaciar la cubeta en la tolva, esto es, luego de que el/la trabajadora corta, llena y vacía los baldes.

Los factores de peligro son poco visibles, sólo en determinados momentos, las víboras, las tijeras y el mismo sistema de trabajo son dignos de atención. Lo más importante es realizar más cortes de racimos; este sistema de trabajo propicia la precarización de este tipo de empleo, reflejado en las condiciones, además en la personalización del peligro: los conflictos interpersonales representados por los “marihuanos-cholos”. En la

tolva es donde ocurren más accidentes, puesto que cada cubeta pesa alrededor de diez kilos, y que algunos varones optan por cargar cuatro en los hombros; dos por cada lado, es decir, alrededor de 40 kilos en un trayecto de poco más de cien metros; quizás el peso no es lo significativo sino la astucia para subir las cubetas y guardar el equilibrio todo el trayecto hasta subir las escaleras y vaciarlas. Otros cargaban dos cubetas, una en cada brazo, aun así se necesita habilidad, rapidez y fuerza.

La actividad de la tolva y el corte de uva industrial representan una prueba de resistencia para los varones. La manera en cómo se configuran las prácticas está cargada de significados de género. Entre algunas de las cosas que presumen los trabajadores están su capacidad física, lo que ganan, la cantidad de uva cosechada y los enfrentamientos en los que salen airosos. La tolva es un referente simbólico para quien quiera presumir de ser verdaderamente “hombre”, en tanto conjunto de prácticas que promueven una ubicación en el espacio de las relaciones sociales y, por ende, de poder.

Campo San Francisco: ¡sácale lumbre Chapo!

Con la intención de laborar en un campo distante al PMA, me contraté como jornalero en el lugar conocido como “albergue”. Poco antes de la cinco de la mañana, los taxistas inician sus recorridos cotidianos por las calles para recoger a sus trabajadores/as, o acuden al popular “albergue”. Las *vans* se usan como medio de transporte para cientos de trabajadores/as, por eso les llaman taxis.

Conforme me acercaba al lugar de contratación tuve la sensación de ser observado por gran cantidad de trabajadores que esperaban sentados el paso de taxis.¹²⁰ Después de transcurridos algunos minutos de haber llegado, escuché que solicitaban trabajadores para el corte de vid; de inmediato me acerqué y pregunté el lugar exacto y el tipo de pago, en realidad fue sólo para seguir el protocolo y confirmar que se trataba de corte de vid. Recibí la información, abordé el taxi, y la única condición era que tuviera tijeras para el corte.

El trayecto hacia el campo duró alrededor de 50 minutos. Algunos que ya se conocían charlaban, yo me limité a preguntar detalles sobre el trabajo (en qué consistía, la forma de pago, la hora de salida y el tiempo de llegada). Una vez que el cuadrillero indicó la línea en la cual debería iniciar, me dio instrucciones precisas respecto al corte: la uva no debía ser más chica que una canica y colorada, sin incluir algún racimo verde o que tuviera demasiadas uvas de ese mismo color. Después de un par de minutos se terminaron las charolas para transportar los racimos; para ese momento ya estaba sudando y tenía sed. De las tres de la tarde en adelante había ráfagas ligeras de viento fresco del mar de Cortés, que contrarrestaba la intensidad de los rayos del sol.

La escasez de las charolas y, en algunos casos el robo de las cajas, propiciaba un ambiente hostil entre quienes las tenían y los que las querían. Era obvio que entre más cajas se tuviera, la posibilidad de ganar más era mayor; el pago era de 11 pesos por charola. Escuché reclamos mutuos de varones acusándose de haber sustraído charolas de las líneas contiguas. Cuando salíamos de la línea a tomar agua o por cualquier otra necesidad fisiológica, existía el temor de que se fueran a robar las cajas. La rivalidad que provocaba la ausencia de herramientas u otros enseres de trabajo se expresaba entre los varones, aunque también ocurría en las mujeres. En un descuido, a mi compañero de línea y a mí nos “robaron” las charolas.¹²¹ No me atreví a averiguar, aunque mi impotencia afloraba y deseaba saber quién/es era/n él/los responsables de los “robos”. Después un grupo de jornaleras venían del almacén con varias cajas.

¹²⁰ Pocos días después la abuela de Pepe, quien vive cerca del lugar, confirmaría mi percepción, ella dijo sentirse incómoda al caminar ante la presencia y mirada de todos.

¹²¹ Sandra relató sobre un joven (cholo) que fue golpeado por sospechas de haber robado unas cajas a otra cuadrilla.

La organización de las actividades suele provocar situaciones problemáticas. En el caso citado, la deficiencia fue que faltaban cajas para depositar los racimos de uva, lo que generó que se disputaran las pocas que había. La misma desorganización laboral pasa inadvertida para los trabajadores como factor de conflicto, se personaliza en los cuadrilleros quienes por lo regular también desempeñan otras faenas como peones. Las fricciones más comunes se dan entre los varones y, en particular, con los cuadrilleros porque en términos de distancia social son los más cercanos al peón, a diferencia de los ingenieros o los administradores.

La falta de herramientas, agua o baños es responsabilidad de las autoridades del campo, sin embargo, las fricciones mencionadas por los entrevistados se refieren al trato de los/as cuadrilleros hacia el peón. Lo último que le importaba al cuadrillero que me supervisaba eran las condiciones de seguridad laboral, cuando pasaba por las líneas gritaba constantemente: “¡Nada de verde chavalos, nada de verde!”; y a la vez que revisaba a cada trabajador, yo fui corregido en varias ocasiones.

El ritmo de la jornada fue acelerado, trascurrió entre la falta de material, el calor intenso y una que otra broma. Es común que haya conversaciones entre los compañeros de línea, porque se conocen o debido a que inician una amistad, y también escuchar a alguien cantar mientras corta los racimos.

No observé medidas preventivas básicas relacionadas con el manejo de las tijeras o para combatir el clima extremo. El agua para beber estaba caliente, y el lugar para obtenerla en ocasiones quedaba retirado. Además, los/as apuntadoras cometen errores; su función es registrar los cuadros (conjunto de líneas de 90, 100 o 120 plantas de vid por cada trabajador y las cajas hechas por cada uno), y darles los comprobantes en papel, para que ellos puedan cobrar sus cajas. Cuando me tocó el turno, no recibí el comprobante de cuatro cajas, y estuve a punto de reclamarle enérgicamente. Fui a las líneas contiguas para señalarle el error, pero evitó, de todas formas, ponerme atención y menos darme la razón. Ya sabía de los conflictos que generan los errores de registro, por lo que algunos varones evitan ostentar el puesto, que en su mayoría desempeñan las mujeres.

Al terminar, alrededor de las cuatro de la tarde, cada cuadrilla fue trasladada en taxis a las oficinas del campo para esperar el dinero. Tardaron poco más de cuatro horas en llevar el efectivo, y como los taxistas recibieron el pago entendí que pagarían en el PMA. Las caras de desesperación no se hicieron esperar cuando algunos taxistas encendieron sus equipos de sonido; también había un vehículo equipado con televisor y reproductor de discos compactos, que el operador encendió. Un par de programas cómicos amenizaron la espera, mientras varios de los/as jornaleras se acercaban al taxi por curiosidad. Otros/as se sentaron en unas bancas que estaban alrededor de la oficina del campo, entre ellos estaba Damián, acompañado por Margarita, su esposa. Conversé varios minutos con ellos, y se sorprendieron de mi determinación de ir a laborar y conocer de manera directa los sinsabores del trabajo agrícola.

De regreso, al arribar al PMA hubo situaciones dentro del taxi, que plasman la interacción microsocial diaria que ocurre antes, durante y después de la jornada. Por ejemplo, fueron constantes las voces de un par de varones ejerciendo presión sobre el taxista para que pagara esa misma noche. El taxi llevaba alrededor de doce personas, a un lado del conductor iba una jornalera. Un trabajador insistía, con ánimo provocador, que nos pagaran pese a la oscuridad que por algunos minutos inundó el PMA. Al entrar al poblado alguien le pidió al cuadrillero que liquidara el día:

Varón 1:¹²² Simón, de una vez liquidanos, –alguien del taxi apoya la idea.

¹²² Alto, robusto, de entre 24 y 27 años, con voz grave y con cierto protagonismo en las conversaciones dentro del taxi. El varón proponía un encuentro sexual a otro varón –mucho más joven– horas antes, mientras trabajábamos. Cuando Pepe escuchó la grabación, de inmediato reconoció la voz de este sujeto, me confirmó que era adicto a la marihuana.

Jornalera acompañante:¹²³ Dice que no ve plebes, –comprensiva dice a todos.

Taxista (Chapito):¹²⁴ Es que no veo, –reafirma.

Varón 2:¹²⁵ ¡Cómo que no va a ver!, –de inmediato exclama otro varón.

Varón 1: ¡Cómo no va a ver!, ve lo que le conviene y orita está tirando el ojo a la sorda, –apoya al varón 2, y además enfatiza un hecho, tirar un ojo es contemplar a las mujeres del taxi discretamente.

Continuaron intercambiando palabras, dos varones insistían en que el taxista nos pagara en una esquina, mientras algunas jornaleras recogían a sus hijos. Él alegaba que no completaba cambio (es decir, billetes y monedas para pagar cantidades fraccionadas), y que algunos de los trabajadores estaban desesperados por llegar a sus casas porque ya era tarde (poco más de las nueve de la noche). Los varones seguían insistiendo:

Varón 2: Ándale verga, –en tono ofensivo dirigiéndose al taxista.

Jornalera acompañante: No lo presionen plebes, –señala tímida.

Varón 1: La güera lo está defendiendo, déjenlo ser, aí’stuvo”, –con voz elevada.

Varón 2: Ya ganó la batalla, concluye.

Los/as demás miraban hacia afuera del taxi mientras avanzaba, y algunos/as intercambiaban una que otra palabra, y a la vez escuchábamos la insistencia. Los varones no se daban por vencidos, a pesar de que habían expresado que lo dejarían por la paz; la atención se desvió por unos instantes cuando recogieron a unos pequeños, hijos de una de las trabajadoras.¹²⁶

Los niños abordaron la unidad para bajar más adelante, junto con su madre. La razón por la que apuraban a la señora era para llegar, cuanto antes, al punto acordado y que el chofer nos pagara. Los demás seguíamos a la expectativa, sin embargo, la presión para que el taxista liquidara era mayor, a pesar de la hora. Pocos segundos después, hubo un instante de tensión, cuando una jornalera le pidió la parada al chofer, éste no respondió; por segunda vez dijo imperiosamente:

Jornalera 3: Que me voy a bajar, díganle que se pare, –con desesperación les dijo a todos.

Varón 1: Ey, Chapo ¡que te pares canijo!, –enfático por segunda vez le dijo al taxista.

Varón 2: Adelante se va a parar, –contestó otro.

¹²³ Le decían “la güera” por tener la piel clara, de 23 a 25 años.

¹²⁴ Al taxista le decían Chapo, por ser de estatura baja, complexión gruesa, piel morena y acento indígena, es decir, su español no era fluido. Alrededor de 28-32 años de edad.

¹²⁵ Entre 21-24 años, complexión delgada y estatura media.

¹²⁶ Jornalera 2: “Vente mijo, ¡la bolsa!”, dice la mujer a uno de sus hijos. Varón 1: “¡Vámonos pues porque se está haciendo tarde!”, impacientes exclama en voz alta. Varón 2: “¡Que aquí los dejen cuidándose!” Refiriéndose a los pequeños. Varón 1: “Que aquí los dejen, no le pasa nada a los plebitos hombre, no tengo la culpa que tengan tantos chamacos, ¡para que le ponen tanto al jale!”, exclama burlón; todos se ríen. “Ponerle al jale”, al aludir a la relación sexual que exige la procreación. Jornalera acompañante: “vámonos”.

Taxista: ¿Me puedes decir por favor?, es lo único que te pido, –respondió.

Varón 1: ¡Todo bien Chapito!¹²⁷, te estoy enseñando hablar español hijoo, no hay pedo, –aludió en forma amistosa a su condición indígena, y continuó–: está duro el Chapito, –dijo evitando un diálogo directo con el taxista.

Cuando la trabajadora se bajó en lo que parecía ser su domicilio, la conversión continuó mientras se arribaba al lugar convenido. Hubo otro momento tenso y jocoso a la vez: dos varones entablaron una competencia simbólica. Uno de ellos miró pasar a una muchacha por la calle emitiendo un chiflido, de inmediato el varón 1 le refirió: “nada que ver con aquella de tu cantón wey, aquí es otra”. El varón aludido le contestó con enfado: “cállate wey, tú límpiate el culo primero”. Los demás rieron, y burlonamente el varón 1 reaccionó “uy, me das miedo”, y agregó: “a tu prima me deberías de dar”. Alguien dijo que le dolía la cabeza y el tema de confrontación se diluyó, y, al fin, el auto se detuvo en una esquina convenida y el taxista empezó a pagar.

El ritmo de trabajo no fue como la tolva, y el consumo de droga fue más discreto. Los varones en los dos escenarios tomaban la iniciativa en la interacción social. En este tipo de actividad hubo más mujeres; la organización del trabajo por sexo descansaba en el hecho de que ellas cortaban y los varones cargaban las charolas, y cuando éstas se acabaron, algunas mujeres fueron al almacén del campo a traer más. Al igual que en la tolva, se expresó un tipo de masculinidad, cercano a la llamada descuidada. Las mujeres también cometen actos imprudentes, pero eso no es lo único que determina a la masculinidad descuidada, también se refiere al consumo de drogas y al uso de la violencia física o simbólica.

La conversación colectiva que se suscitó al regreso del campo incluyó una gama amplia de temas de interés para la investigación, y reprodujo un orden de género particular (lo que Connell llama régimen de género). El entramado de relaciones está organizado desde criterios de selección respecto a qué y quién puede o debe ser tal cosa, en el trabajo, las conversaciones, los reclamos, las vaciladas y las bromas, están reguladas por una microestructura de vínculos establecidos, fundamentalmente con base en la autoridad y, en especial, la masculina.

El protagonismo varonil para promover que se pagara el día se suscitó con una serie de tensiones. Las relaciones de poder se manifiestan en la forma en cómo una masculinidad ejerce presión sobre otra; ésta se expresa en los surcos, cuando está latente algún conflicto en el que la violencia física y verbal se asoma de manera constante. Además, la confrontación en los diálogos descritos incluye la tensión entre la marginalidad simbólica del varón indígena frente a los otros que encarnan una masculinidad que los censura mediante ironías (“te estoy ensañando español”, dijo irónico y burlón el varón 1 al chofer) o expresiones de desprestigio (“ándale verga”), con lo cual se trata de disminuir a otro varón, que en la jerarquía laboral agrícola se encuentra arriba de los demás. Así que el cuestionamiento constante no es sólo por encarnar la virilidad indígena, sino por la posición superior que ocupa dicho varón y, por lo tanto, de competencia laboral pero también de la sexual. En una ocasión, el varón 1 de nuevo utilizó la ironía para reprochar al taxista la posición para observar a las mujeres de manera discreta, con una intencionalidad erótica (“ve lo que le conviene y orita está tirando el ojo a la sorda”); en otro momento declaró que el apoyo de una mujer (acompañante) hará ganar la “batalla”, dado el valor simbólico de ella (la “güera” es joven).

La alusión a la condición femenina se expresó de nuevo cuando los varones rivalizaron al enviarse mensajes ofensivos, pero en reacción a una tensión que tiene que ver con las mujeres en tanto objeto sexual: “uy me das miedo [...] a tú prima me debería de dar”, concluyó uno de ellos. La ironía, el sarcasmo y la risa

¹²⁷ La frase de ¡todo bien! es muy socorrida en el PMA, sobre todos por los varones; intenta evitar un conflicto, envía el mensaje de que no se desean problemas.

burlona son estrategias convencionales constantes, en particular, del varón 1, próximo a la imagen social del sinvergüenza o baquetón. El modelo del varón descuidado hace sentir su influencia en la forma del uso de la violencia verbal, y la confrontación constante. El consumo de droga por parte de los varones 1 y 2, los protagonistas de los diálogos, se yuxtapone con la categoría desprestigiada del marihuano o cholo.

AGRESIONES TRABAJADOR/A-CUADRILLERO/A

La personificación del peligro para algunos/as informantes se expresa en las amenazas de ser agredidos por otros/as a razón de la misma dinámica laboral. La principal fuerza social amenazante son los varones, la resistencia de éstos a dejarse mandar por otros, varones o por mujeres suscita conflictos que desencadenan lesiones. Damián asegura que una fuente de peligro son las disputas laborales, que están sustentadas en la configuración de la práctica de género: los varones que no se dejan sobajar ante otro tienen la prerrogativa de responder a los descritos. La acción de sobajar es disminuir la dignidad, el orgullo, el valor como trabajadores, pero además es central saber quién emite el insulto, la ofensa o las malas maneras. También, dicha acción es de resistencia, desde una masculinidad subordinada, en términos laborales y simbólicos.

En la relación varón-varón, las interacciones en el surco pueden transitar de la camaradería a las riñas. El conflicto, en tanto expresión de relaciones de poder, mediadas por el sistema género se configura en las interacciones cuadrillero/a - trabajador/a, o trabajador/a - trabajador/a. En cuanto a la atención respecto a los cuidados físicos, Reyes mencionó su cautela en el manejo de las cuadrillas. Maren y Damián enfatizaron la resistencia de los varones para “dejarse mandar”, no es sencillo trabajar para “torear” los conflictos.

En primer lugar, las relaciones de cuadrillero-trabajador/a tienen tonalidades distintas. Como mencionó Maren, existen algunas ventajas y desventajas al trabajar con varones o con mujeres, por ejemplo:

Las ventajas de las mujeres es que la mujer es más manejable, a la mujer le dices qué va hacer, es más fácil que aprenda, te hace las cosas como tú las pides, en cambio el hombre sí hace los trabajos rudos, te hace los trabajos más pesados, pero tiende a hacer su voluntad a como piensa él, si el hombre tiende a hacerlo como él dice uno tiene que amarrarse los pantalones y decir yo lo quiero así.

La idea respecto a la docilidad de las mujeres traspasa del mero estereotipo femenino a las políticas laborales. Revertir el efecto de la dominación masculina, cristalizada en la posición voluntariosa de los trabajadores (“tiende a hacerlo como él dice”), es el propósito de Maren al señalar que “tiene que amarrarse los pantalones”. Simbólicamente, aludir a los pantalones es llamar en su actuación a una forma específica de plantarse en el trabajo. La actitud de “amarrarse los pantalones” se convierte en práctica cuando supervisa a los jornaleros a su cargo; a diferencia de otras u otros cuadrilleros/as ejecuta órdenes de sus superiores en medio de chascarrillos, para diluir en lo posible la distancia e imagen autoritaria que tiene que preservar.

Edith, con su experiencia como cuadrillero desde los 23 años, señaló que los varones son los que más “la respetan”. Una hipótesis plausible, según ella, es la condición de ser mujer: “será porque somos mujeres”. Las agresiones a cuadrilleros las han provocado otras subordinadas; en estos casos, según Edith, se debe a la envidia por sus puestos de mando.

En segundo lugar en cuanto a las fricciones, Reyes ha observado un cambio cualitativo y sustancial en las relaciones cuadrillero-trabajador/a; en los últimos tiempos, las mujeres se enojan más tras una instrucción recibida. En primera instancia, contrasta con el relato de Maren, en el sentido de que son más manejables. En rigor, Maren reconoció la existencia de algunas como agresivas; la agresividad se debe a los problemas familiares que les aquejan. Edith agregó que ellas, a diferencia de los varones, son las que más se enferman del

dolor de cabeza porque se preocupan más por los asuntos familiares (discusiones con el marido, problemas de autoridad con los hijos). En relación con el temperamento vinculado con la agresividad de algunas trabajadoras, don Reyes detectó la siguiente situación:

Reyes: Pues ahorita las mujeres se enojan más.

Entrevistador: ¿Por una corrección que les diga...?

R: Por una corrección, no les gusta que las manden, ya ahorita la mujer no quiere que la manden, ya no [...]

E: ¿Antes sí?

R: Sí, se ponía más suave antes, yo trabajaba con puras mujeres, me mantuve muchos años allá en otro campo con una cuadrilla de puras mujeres, no se ponían así, antes no se ponían así, ahorita sí. Yo manejaba antes puras mujeres, cuadrillas de mujeres, y muy suave, pero ahorita ya no, no, no, se ponen muy agresivas.

E: ¿Por qué cree que haya pasado eso?

R: Yo no sé mucho, pero sabes lo que yo me di cuenta, que está muy sufrida la mujer, muy golpeada, muy marginada, yo creo que sí, porque se casan muy chicas y tienen hijos muy chicas y las mandan a trabajar.

Este diálogo refleja la perspectiva de Reyes sobre el vínculo causal de la agresividad de las mujeres. La conexión trabajo-condición femenina resalta por la relación del desempeño y el “estar muy sufrida”. La experiencia de Ezequiel, taxista y jornalero, le permite coincidir respecto a la condición altanera de algunas de ellas.

También hubo agresiones por parte del cuadrillero hacia el trabajador, fue el caso de un individuo agredido por sus compañeros y el mismo superior inmediato, Sandra relató:

De aspecto cholo que le llaman aquí, se le echaron encima todos y el mismo señor –cuadrillero– lo picó, la gente que era del poblado se arrimaron, el ‘hombre’ se fue; no había sido justo por unas cajas, las había agarrado el muchacho, habíamos entrado en la mañana y el señor cuadrillero dijo que esas cajas era de su gente, el muchacho le contestó con groserías; como que el señor se burló de él. Él se tapó (la herida) con su misma camiseta, le salía sangre, son muchachos que a veces les vale, le dijo él que se cuidara [al cuadrillero] porque acá [PMA] lo iba a agarrar; al ver la sangre me asusté y me retiré de ahí porque los de la 12 [PMA] ya se iban a meter y se hace el pleito más grande; en ese lado peligra uno.

Coincidió con otros informantes respecto a que dichas situaciones se convierten en peligro, al contemplar la posibilidad de resultar herido o lastimado. La figura del cholo en tanto persona conflictiva y que “les vale”, puede considerarse como una especie de masculinidad marginada representante de la violencia y, por tanto, del peligro. También es reflejo de lo que he llamado el MVD, en el discurso y en la práctica se le asocia con personas que no se cuidan.

Las relaciones laborales entre varones tienen mayor dificultad para conciliar ánimos y sobrellevar las dinámicas de autoridad en el surco. La masculinidad como práctica en situación crítica, como en los conflictos, se suele considerar parte de la normalidad. El trato hacia los subordinados puede ser la diferencia para que éstos no *se salgan del bucal*, y hacer frente a esta supuesta normalidad de la agresividad de los varones.

Algunos trabajadores se ven enfrascados en la idea de *no dejarse*, las categorías étnicas y de clase se entrecruzan para presentar relatos que muestran una resistencia para criticar el trato que se les da a los “oaxaquitas” (grupos indígenas del sur del país) y la reivindicación del orgullo masculino y de clase. Damián calificó las relaciones laborales como autoritarias, “lo sobajan mucho a uno”, y expuso la situación de las personas del sur. Damián exigió su derecho de réplica cuando fue regañado con malos modos, se les grita y se le dicen groserías; en casos críticos mejor optaba por salirse del trabajo. Es revelador que no aluda a las mujeres como categoría social “sobajada”. Reynaldo dijo enfáticamente llevarse bien con sus compañeros, aunque había vivido episodios de protesta y fricción, en especial con cuadrilleros y contratistas. Damián y Reynaldo tenían claro no dejarse ante una acción que consideraban que mellaba su dignidad, y más cuando provenía de otros varones.

Los conflictos laborales donde participaban las mujeres son menos, pero se han hecho visibles. Las jornaleras que han sido cuadrilleras, como Edith y Maren, enfatizaron la necesidad de saber cómo tratar a los varones en el surco; en particular, ellas han mostrado inclinación por acercarse más a los/as trabajadores/as para limar fricciones. Tener el control de la situación es menester para el éxito del trabajo colectivo. Si bien Reyes refirió al manejo que se debía tener con la cuadrilla, a diferencia de las informantes, el trato con los trabajadores/as lo pasó por alto. Para las cuadrilleras es importante amenizar las horas de trabajo con bromas o tratar de acercarse ante problemas de salud de los peones a su cargo.

Las situaciones de fricciones laborales afloraron cuando me dedicaba al corte de vid industrial, registré un caso de violencia mientras descansaba a la orilla del surco: una persona le arrojó una cubeta a la cabeza a otra; la “víctima” al agacharse e incorporarse sonrió irónico, y se subió a la bicicleta para alejarse de ahí, en tanto el agresor se introdujo en el follaje de la línea y enseguida salió empuñando una especie de daga puntiaguda. Acto seguido, el “agresor” intentó darle alcance con aparente ira, pero el contrincante se había alejado, y optó por devolverse. Ante la huida del trabajador, uno de los presentes expresó con tranquilidad: “qué culón el amigo, se fue”. A pocos metros de ahí, segundos después, otro de los compañeros replicó el comentario anterior, “pos ni modo que se quedara, pinchi dagón que sacó el otro”.

Ante el contexto de tensión permanente por el sistema de trabajo de sobreexplotación (baja remuneración y derechos laborales nulos) y el hecho de que todos los trabajadores de la tolva sean del PMA, muchos de ellos vecinos entre sí, hace que se resuelvan viejas rencillas en el escenario del campo. En el caso descrito, el conflicto eminente fluctuó entre el reto y el retiro simultáneo, en el cual uno de los participantes lanzó el reto, el otro ante la ira optó por retirarse rápidamente. La risa significó que uno de los hombres se burló del otro, el burlado tenía que resarcir la ofensa. Las configuraciones sociales, con más exactitud, el entramado de relaciones en el trabajo brinda las condicionantes para la efervescencia social.

VII. EL PRESTIGIO DE LOS ESTEREOTIPOS MASCULINOS

*En la interacción en la vida cotidiana
vemos la manera en que uno de los
participantes le otorga significados.
[En la sociedad] hay un proceso de
tipificación –categorización– social en
cuyos términos los otros son aprehendidos
y tratados en encuentro cara a cara.*

(Berger y Luckmann 2006, 47).

Sin vacilar y con enfado, un jornalero de 43 años reaccionó ante su compañero cuando él le insinuó la obligatoriedad de los varones de estar junto a sus esposas mientras laboran: “no compa, no soy faldero para estar en las faldas de mi mujer” le increpó, aunque poco después lamentó la descortesía por la rudeza de su dicho. La carga simbólica que significó la imagen de la “falda”, en alusión a la sumisión masculina, y su rechazo tácito a una postura potencial de este tipo, reflejó una respuesta defensiva en tono no amigable.¹²⁸ Ser “hombre” en el PMA puede significar encarar amenazas sociales con “coraje”, fuerza de voluntad y arrojo.

El prestigio, lo que en la antropología llaman honor o valor social (Ortner y Whitehead 1996, 151), funge en situaciones específicas como resorte simbólico para generar violencia verbal o física. El prestigio entrelazado con los estereotipos,¹²⁹ en especial de género, promueve formas simbólicas que pueden dar pie a conflictos. Las personas representan un factor de peligro, en particular ciertas categorías sociales que pasan por un proceso de estereotipación. En este capítulo se analizan las nociones de honor, valor, reputación y, la vez, los estereotipos masculinos para identificar las respuestas frente a los modelos masculinos y el peligro. También la manera en que se consolida la división social del trabajo en dicotomías que reproducen la estructura normativa de género.

Hay discursos que se estructuran como un intento de deslegitimar la autoridad masculina, o poner en duda la legitimidad social del varón. En el terreno simbólico, hay disputas para tener la razón, encarnar la autoridad masculina, enfrentar insultos de otros varones o simplemente para reconocerse, y que los demás lo

¹²⁸ El arrepentimiento del informante –por su reacción– se expresó cuando se dio cuenta que a poca distancia de ellos estaba una pareja trabajando, “sí me dicen algo, pensé yo, les voy a pedir disculpas”, dijo, un poco apenado.

¹²⁹ Los estereotipos representan las imágenes positivas o negativas de manera exagerada respecto a las mujeres u hombres de la localidad; los ideales de género son expectativas que corresponderían a los géneros para considerarse como tales. En el caso de los primeros, se utilizan sólo para contrastar la ideología con las prácticas y, en segundo, para demostrar la debilidad o fuerza en las acciones de los agentes, en términos heurísticos sirven para guiar el análisis y asir los modelos.

reconozcan como un hombre. Opera una estructura del prestigio en tanto conjunto de posiciones que ostentan valores reconocidos y apreciados en el contexto de la hegemonía masculina. Como antítesis, las mujeres advierten que hay discursos sobre las prácticas¹³⁰ de los varones que los desvaloran y, por lo tanto, los desprestigian. En el estereotipo del cholo se expresa una masculinidad que refrenda la violencia, el consumo de droga y el ser sinvergüenza. El proceso que intenta lograr la hegemonía por parte del MVD se ve entrelazado con otros grupos que le disputan dicha supremacía.

La hipótesis de trabajo describe la relación entre los significados derivados de la tensión entre los dos modelos de masculinidad aludidos en capítulos precedentes, y los discursos que otorgan des-prestigio a los varones de la localidad. Se expresan categorías discursivas que estereotipan a los sujetos, para ubicarlos en una posición de desprestigio o desvalor de cara a la personificación del peligro y la violencia. El desvalor es resultado de la hegemonía de la masculinidad dominante, expresado en el MVR.

Este capítulo se divide en tres apartados, en el primero se analizan los mecanismos sociales que permiten la construcción de significados sociales que separan o asemejan, excluyen o incluyen, sancionan o premian con base en el orden de género en el PMA. Las representaciones sobre los varones tienden a ser negativas cuando, en la práctica, se distancian del MVR, en especial en torno a la proveeduría y la conducción racional de su vida. Se expone la manera en que los recursos de lenguaje, de forma más precisa la elaboración de categorías sociales des-prestigiadoras refuerzan las prescripciones de género. Con ello se analizó cómo los informantes caracterizan a los varones del PMA en la dicotomía huevón-trabajador y la categoría social del borracho y marihuano; dichos discursos son elaborados a partir de las prácticas. Se puede apreciar la imbricación del modelo masculino dominante y el alternativo. Un varón puede tomar distancia de la figura del huevón, aunque reconozca que no se emplea con frecuencia porque significa mala reputación; en cambio, ser borracho, aunque tiene significados negativos, las prácticas de alcoholización no son negativas per se. Se recuperó la categoría de joto, y se mostró que puede tener dos acepciones: reafirmar amistad u ofender a un adversario; asimismo el término “verga”, usado popularmente en el México contemporáneo, aunque tiene múltiples significados, en el PMA puede representar el preludio de un conflicto interpersonal.¹³¹ En el segundo apartado, se aborda el caso de un grupo de varones, se profundiza sobre una dimensión de la normalización ante un conflicto potencial. Se trata de un discurso y una práctica que estigmatiza a los varones conocidos como cholos o marihuanos y los ubica en el MVD. Los agravios y fricciones son telón de fondo de las interacciones analizadas en la localidad de estudio.

También se analiza la manera en que algunas prácticas se convierten en valentía frente a situaciones desafiantes. Los significados sociales sobre el ser varón y la presentación de los jornaleros en la vida pública permiten expresiones que refuerzan ideas del deber ser y hacer en tanto “hombres”. La valentía se concibe como una postura motivada por demostrar valor ante escenarios críticos.¹³²

¹³⁰ Al representar las prácticas es una forma de objetivar una parte de la realidad, y como dice W. I. Thomas, las percepciones de los agentes son reales en consecuencia (citado en Bertaux 2005, 27). La labor del investigador es contrastarlas con otras representaciones y, en este caso, con las mismas prácticas a las que hacen alusión.

¹³¹ Es difícil precisar desde cuándo es que las fraseologías sociales que reivindican el sentir masculino en el PMA han cobrado importancia en el lenguaje de la vida diaria. No obstante, con base en las entrevistas formales e informales y demás conversaciones, se constataron expresiones que refuerzan la significación de lo masculino a lo largo de los últimos diez años.

¹³² Carolina Rosas en un estudio sobre masculinidad y migración en un pueblo de Veracruz refiere a la valentía como efecto sobre la migración (los otros son la idea de la proveeduría masculina y el control masculino sobre la mujer). La define como “sentimiento orientador de las acciones masculinas que se demuestra cuando una situación o sentimiento requiere ser resuelto o controlado” (2007, 201). Para los propósitos de la presente investigación resulta demasiado amplio entender la valentía respecto a situaciones o sentimientos que demandan solución; y a la vez estrecha al considerarla como un sentimiento nada más. Concibo la valentía como práctica social, que se encuentra dentro del orden de género, orientada a enfrentar un peligro, aunque tenga su origen en un sentimiento. Por otra parte, al igual que Rosas equiparo valentía y hombría, puesto que estos términos implican la prescripción de demostrar el ser “hombre”.

En el último apartado se profundiza sobre las dicotomías de género, principalmente en el trabajo. Además, se analizan datos etnográficos respecto a la organización y tensión del reparto de las tareas domésticas. Ante cambios del mercado laboral, los varones aumentan su presencia en la escena familiar, y las mujeres se incorporan con mayor regularidad a las faenas agrícolas remuneradas. La clasificación en la separación de las labores entre varones y mujeres produce asignaciones como “trabajos pesados” versus “trabajos livianos”. Además, las diferencias que se establecen en el imaginario colectivo refuerzan la separación de actividades en el trabajo, por ejemplo las mujeres, de preferencia, están destinadas a realizar tareas “ligeras y fáciles”.

DES-PRESTIGIO EN LOS VARONES

El deber ser masculino, el des-prestigio y las prácticas

El análisis de los procesos de desacreditación, que incluyen a los estigmas, no sólo implica las representaciones, en este caso de género, sino que además conlleva las respuestas de los varones y, por tanto, el despliegue de prácticas ya sea para resistirse, minimizar, reproducir o revertir la des-valoración masculina. Incluso la representación de borrachos, huevones y marihuanos parte de las observaciones de los informantes sobre las prácticas de los varones, y hay ciertas conductas de ellos que provocan que se les asignen algunas categorías sociales.

En nuestro contexto se da por sentado ser “hombre”, es parte del sentido común, se presenta como categoría trasparente en términos de la trilogía del prestigio al que alude Núñez.¹³³ Como sucede con el honor, según Peristiany (1968), hay categorías que en determinadas situaciones, actores, correlación de fuerzas o momento temporal pueden asumir significaciones distintas.

En esta investigación emergen tres áreas de significación para las prácticas de los varones: a) las consecuencias de la utilidad de sustancias para la alteración de la conducta (consumo de alcohol o droga); b) las prácticas sociales de control por parte de los “sexos”, con la tendencia de la imposición del varón hacia la mujer y c) las prácticas pasivas de los varones para activarse en el mercado laboral u otra labor productiva informal. A diferencia de los recursos lingüísticos como las frases y términos como *joto*, *valer verga* o *torta* (Calvario, 2003), para las mujeres existen categorías sociales que encarnan a varones concretos asociados con formas de actuar. Ser huevón/flojo, borracho/marihuano y celoso implica un desprestigio, estos rasgos representan la antítesis del MVR. Hubo entrevistados/as que tuvieron dificultad para describir cómo eran los varones del PMA, sin embargo, al preguntarles cómo deberían de ser expresaron varias categorías que condensan el ideal masculino; es cercano a lo que la literatura respecto a las masculinidades ha revelado en América Latina: trabajador, responsable y proveedor (Viveros 1997). El ideal de cómo deberían ser los varones implican una conexión con el MVR y, por ende, de la noción de cuidado, es el aspecto positivo del proceso de la hegemonía masculina.

En concreto, refieren que los varones para ser “hombres” deber ser considerados con la mujer, en caso de que trabaje le deben de ayudar en las tareas domésticas. Para los varones, el ideal sería que no trabajen sus parejas porque así ellos cumplirían con la expectativa. Está implícito la centralidad del trabajo en la

¹³³ Guillermo Núñez, en un estudio sobre las relaciones homoeróticas entre varones de la sierra de Sonora y la ciudad de Hermosillo, documenta cómo pesan sobre los hombres las expectativas sociales que contribuyen a una identidad genérica; le llama trilogía del prestigio masculino el hecho de querer demostrar ser “hombre”, heterosexual y masculino, para reafirmar su identidad social masculina (1999, 52). La construcción de lo masculino y lo femenino en tanto expectativas sociales para varones y mujeres trajo consigo la coincidencia entre el ser “hombre” y ser masculino como norma dominante; “el ‘hombre’ debe ser valiente, activo, decidido, fuerte, firme, aguantador, atrevido [...]” (1999, 54). De esta forma, según Núñez, la masculinidad son los comportamientos que se ajustan a las expectativas, por ello, ser ‘hombre’ y masculino es parte de la estructura de prestigio; pero además, ser heterosexual es condición para ostentar el prestigio del varón.

concepción de la identidad masculina (deber ser, aspiración y lo que realmente hace) pues las actividades asalariadas están confinadas en exclusiva a los varones. El trabajo, como práctica, es la vacuna para que no quede en entredicho ser “hombre” cabal, como parte del MVR.

Para ser un “hombre” es necesario evitar que se le considere un mitotero e invente chismes, de lo contrario pierde algo de hombría, es decir, su entereza se ve disminuida. Por último, los varones tienen que ser respetuosos con la mujer y la familia, y no hablar no más por hablar o referir temas sexuales frente a las mujeres, lo cual sería una falta de respeto.

[...] he oído en pleito entre mujer y hombre a veces ando en el trabajo o entre mitote, tu andas en tu trabajo ahí y que no, que aquella mujer esto, que aquella mujer esto otro, entonces oye a la mujer y es cuando dice, –no pos es poco hombre, [...] El hombre necesita ser compartido, compartir sus cosas con su pareja, con cualquier persona, como te digo eso es cosa de que dicen de que es poco hombre, es el vocabulario, que hay veces que anda uno, no en el trabajo o sea, oyen hablar de una mujer y qué es lo que pasa, ahí uno es el que no se detiene en el vocabulario, a lo mejor uno sí platica eso, pero donde no haya nadie, porque hay gente descarada que se ponen hablar y no les importa quién los oiga, pero en el caso uno ya piensa más, no andar hablando mal de la mujer y sabiendo que hay gente, pues lo acusan a uno pues, ese es mi caso [...] para ser hombre se necesita, respeto y todo eso no, saber uno dónde hablar las cosas, no nomás estar hablando y que oigan todos, porque yo los he oído pues, hay hombres que se sueltan hablando majaderías y no está bien.

Destaca el hecho de la necesidad de establecer una buena relación con su contraparte genérica por las fricciones entre cónyuges en el trabajo. El deber ser está centrado en la conducción con respeto hacia las mujeres, no manchar su reputación, contenerse en los temas de conversación, porque aunque “uno hable de eso” (majaderías que por lo regular implican contenidos sexuales) tiene que detenerse ante la presencia femenina. Se trata de la honorabilidad masculina al adscribirse a dichas conductas. Las cualidades negativas surgen cuando algunos contestan a la pregunta sobre la manera de ser de los varones del PMA. En las ideas sobre sí mismos, en tanto pertenecientes a una categoría social, se yuxtaponen posiciones ambiguas, zonas contradictorias del género.

En el terreno empírico, doña Maren expresó su opinión respecto a los varones del PMA; sin vacilar dijo que son “celosos, borrachos/marihuanos y huevones”. Algunas mujeres afirman que es difícil señalar que así sean todos, Edith no compartió esa opinión alegando que en cualquier lugar hay borrachos, huevones y celosos, y no cree que así sea la mayoría, –necesitaría entrevistar a todos para saberlo, argumentó–. Hizo un escrutinio breve de sus vecinos, y encontró que la mayoría son trabajadores, uno que otro es borracho, “¡pero borrachos donde quiera hay!”, sentenció. De aceptase estos rasgos, para Edith equivaldría también a ver que la mayoría de los varones son desobligados e irresponsables, incluso su esposo y hermanos.

Sin embargo, Maren insistía en su convicción de la abundancia de varones borrachos o marihuanos, y aunque haya trabajo en los campos agrícolas prefieren abstenerse. En la propia práctica etnográfica registré situaciones de varones que no laboraban pues las condiciones de trabajo no les agradaban y, además, aseguraban descansar después de un tiempo de trabajo arduo; como Pepe, de 19 años adicto a la droga, quien tras una temporada de laborar en el surco, quizá semanas, “descansaba” durante días, aunque su familia estuviera en dificultades. Con la frase ¡todo bien!, Pepe¹³⁴ asumía que se encontraba sin dificultad; ante la reprimenda de su madre, por la poca solidaridad mostrada y su adicción, se enojaba porque se cuestionaba su autonomía como joven soltero y sin compromiso.

¹³⁴ Vive con sus padres, hermanos/as, sobrinos/as y un cuñado; nació en el PMA y desde los 14 consume drogas, sobre todo marihuana.

Visualizarse como huevón, es decir, una persona que trabaja esporádicamente y no aporta al sostenimiento del grupo doméstico, no le afligía ni le llenaba de vergüenza. Semejante al “sinvergüenza” de Andalucía, estudiado por Pitt-Rivers, la amenaza al “honor” (1968, 21-76), la condición de varón para Pepe no provocaba gran conflicto en su fuero interno y externo. De alguna forma, y ubicado como drogadicto, Pepe representa una manera de resistir al mandato del “hombre” cabal y proveedor. Como él, los jóvenes solteros adictos a alguna droga se zafan de la presión del modelo masculino dominante, y lo ajustan a las nuevas condiciones sociales.

Para Reyes (54 años), los varones que se comportan así son “comodines”, relegan la responsabilidad a la madre, a la esposa, a las/os hijos o los/las hermanas. La significación del sinvergüenza como huevón o comodín contiene un sentido diferente a la categoría de joto, pues suponen nada más desvalorizarlo, mientras que la última lo feminiza. El punto crítico en el entorno social para la evaluación de los varones es la combinación de la figura del borracho y el huevón. Felizardo, sin vacilar, expresó su desagrado por los varones que considera *baquetones*, porque le quitan el dinero a sus esposas para beber en las cantinas o con sus amigos, y no trabajan: “yo he visto que la mujer raya y llega el marido y le quita el sobre y se van a tomar [...] son locos, no les interesa la familia”. Al preguntarle a Sigfredo cómo eran los varones del PMA, respondió:

Toman mucho todos los sábados, no hay otra cosa, no hay otra diversión, pienso que por eso, es la única forma de distraerse [...] yo tomo poco de vez en cuando solamente.

La presencia femenina en las prácticas de alcoholización en las fiestas y reuniones sociales del PMA ha aumentado en los últimos años. En incursiones etnográficas anteriores en la región registré testimonios que aludían a la presencia femenina en las juergas de fines de semana.

La tendencia a considerar a los varones como borrachos no es exagerada pese a la feminización incipiente de las prácticas de alcoholización. La música norteña o de banda a volumen alto y las *caguamas* (cervezas en envase de vidrio) suelen acompañar a grupos de varones jóvenes y adultos sentados a las afueras de algunos domicilios, en especial los fines de semana. Una maestra de la preparatoria consideró que la comunidad era “muy fiestera” y, en los últimos años, la gente se ha hecho muy “pisteadora”. Al interrogarla sobre las diferencias entre varones y mujeres, mencionó que si bien los varones tienden a consumir más, un cambio es la presencia de mujeres:

Antes era mucho más sano, no recuerdo ver tomar a mujeres cuando vivíamos en el campo, sí debía haber ¿no?, no puede ser moda de estos últimos años pero no había tanto, mucha liberación, (enfatisa y corrige)...mmm... mucho libertinaje.

Ningún informante se ubicó en la categoría de borracho, pues tiene un sentido de desprestigio ante los demás; dijeron que de vez en cuando “toman”, con la intención de distraerse un poco. En realidad, algunos de ellos bebían con mayor frecuencia de lo que admitían. De alguna manera, este hecho muestra la distancia que marcan los varones entre lo que públicamente se considera como rasgo masculino negativo en el MVR. La imagen pública del varón “borracho” no se cuestiona si no tiene relación con la categoría de flojo; siempre y cuando sea responsable y no le falte nada a su familia, su reputación social es menos vulnerable a la crítica.

Existe una distancia entre cómo deberían de ser y cómo son realmente los varones del PMA. Ser respetuoso, considerado y trabajador son horizontes valorativos a los que todos deberían aspirar. En el discurso se reconoce un ideal, pero casi nadie se ajusta a él y, desde su punto de vista, los que más se aproximan a esta exigencia son ellos mismos. Algunos se emborrachan, se drogan o se pelean (con amigos o con sus parejas conyugales), y en ocasiones no van a trabajar por motivos de fuerza mayor o porque creen

que merecen un “descanso”; por supuesto, ninguno se considera huevón o flojo. Las mujeres detectan esta distancia entre el deber y el ser; la voz de ellas representa una crítica aguda hacia los varones que consideran borrachos y huevones, pero además a menudo se le agrega otro ingrediente como lo refirió Maren:

Muchas son las pláticas de mujeres que dicen que dejaron al marido porque que no trabajaba, tomaba mucho y además era bien celoso [...] pero es un tipo de celos de los hombres de aquí porque las mujeres trabajan y son celosos para estarla llevando.

Doña Maren expuso que a pesar de los celos las mujeres trabajan, pero si en realidad fueran celosos no las dejaran hacerlo. Una jornalera de 29 años explicó la disposición de su esposo para permitirle trabajar en el campo, “si quieres ir ve, pero no andes de volada [...]”, me imagino que se refería a que no ande de coqueta”, concluyó. Elsa, de 30 años, y 15 de jornalera, señaló que su marido es celoso porque no la deja ir a ningún convivio con sus amigas, pero se extraña que para el trabajo no sea celoso, “¡es convenenciero!” externó.

En mi experiencia etnográfica, el tema de los celos de los varones surgió en tanto contactaba a mujeres como posibles entrevistadas:

Hoy conversé con Arizbel, pero curiosamente a los pocos minutos salió su esposo, permaneció inmóvil a unos cuatro metros de donde estábamos. Pensé en primera instancia que era su papá, y continúe con mi saludo pues después iría a saludarlo; en ese momento se desplazó hacia su pequeña hija que estaba tras Ariz, me di cuenta que se trataba de su pareja. Lo saludé, respondió con un gesto de enojo al expresar, –parece que estoy pintado!– No me esperaba su respuesta, entonces ella hizo un gesto de pesar por su actitud hostil hacia mí; me hice el desentendido y proseguí con mi petición de ayuda para localizar posibles entrevistados/as. Para no ignorarlo por completo, volví a dirigirme a él y le pregunté si me recordaba en tono amistoso, él vacilando en la respuesta y con risa irónica me respondió que no, en seguida Ariz le dijo que yo la había capacitado en las elecciones estatales del 2006. Me dio algunas referencias de posibles entrevistados y me retiré agradeciendo su amabilidad, en ese momento su pareja se había retirado.

Ariz tiene antecedentes de trabajo agrícola, pero sólo en vacaciones escolares, no obstante su expareja sí laboraba de jornalero de tiempo completo. La estructura de los celos operó en el plano simbólico y en el subjetivo; quedar atrás de la mujer, en un encuentro social, puede provocar fricciones, además se sintió incómodo y a la vez fue capaz de mostrar desdén hacia otro varón. Ser catalogado como celoso fue lo que menos le importó.

Poco tiempo después, la mamá de Arizbel se disculpó tras enterarse del hecho; refirió que además estaban separados y que su exyerno no le simpatizaba por ser muy flojo, comentó que mantenía una relación con Ariz por la hija de ambos. Aquí es importante señalar la actitud de un varón (jornalero de la localidad) que, ante la presencia de otro, expresó antipatía, y además la percepción de la suegra, en el sentido de verlo como un flojo. “Son contados los que son responsables”, dijo Maren, y añadió, “es más, hay más mujeres solas trabajando porque dejan al marido, porque no quiere trabajar habiendo trabajo”. El desprestigio parece operar sólo por el lado de las mujeres, pero con denuncia crítica a muchos varones.

La apreciación de doña Maren está sustentada en su vida diaria, y su experiencia de décadas en la región. Sus dichos condensan la huella social de la masculinidad, por ello no se equivoca al caracterizar las actuaciones de los varones respecto a la tendencia a participar en prácticas de alcoholización, y realizar ejercicios de poder como mecanismo de sujeción y control de las mujeres, para evitar engaños amorosos o sexuales.

El proceso de adjetivar las acciones de algunos varones, en este caso, sobre su actuar como hombres, obliga a pensar en la manera que repercute en las relaciones entre los sexos. Las separaciones por el desempeño laboral y, por lo tanto, la falta de proveeduría, ha obligado a algunas jornaleras a asumir la jefatura mientras encuentran otra pareja. El hecho de que ellas sean los aportes principales para sus familias lleva a entender que será difícil que vuelvan a tener el rol pasivo de antaño. Los informantes señalaron que la participación laboral de las mujeres en el PMA ha aumentado en los últimos años; ello implica nuevas relaciones de poder, si bien, algunos se resisten a estos cambios y lo demuestran al evitar que sus parejas trabajen. Doña Maren es reflejo de la mujer que, ante la ausencia de su marido, asumió el rol de proveedora y educadora de sus hijos. Es entendible que su vasta experiencia laboral en los campos le permita ser observadora aguda de los problemas de sus congéneres, dada su propia situación.

Es así que la estructura de prestigio implica ser trabajador y abstemio o por lo menos que no incluya el desabasto familiar. Por otro lado, la desvalorización implica ser flojo, es decir, trabajar poco o no hacerlo, además de ser celoso. En realidad las mujeres desvaloran a los varones celosos, lo que lleva implícito el problema del control masculino.

Categorías discursivas como imposiciones

Existen varias categorías discursivas que llevan implícito el objetivo de desvalorizar o de manera más concreta de ofender. Hay un intento de estigmatizar en el sentido de Erving Goffman, es decir, la imagen social de una persona se ve deteriorada por poseer o mostrar atributos no deseados socialmente, en este caso se activan mecanismos para excluirlo de algunos espacios o en ciertos momentos. Asignar una etiqueta, una marca negativa como la de joto, es una estrategia simbólica de atenuar el estigma, o de evitar el objetivo que denota dicha categoría, asemejarlo a una mujer. Con el término joto se desacredita a varones por posturas supuestas de poca virilidad y mostrar poses, vestimentas o conductas femeninas.¹³⁵ Además, la trama de sentido implica la ausencia de valentía; representa la equivalencia a ser “culón” cuando se alude a la cobardía.

El efecto de estigmatización puede no lograrse pues se establecen “requisitos”; por ejemplo, la etiqueta se puede usar de manera jocosa, incluso de amistad pero siempre y cuando en el encuentro entre los agentes se expresen marcos de sentidos que eviten la virulencia del término. Los saludos cotidianos entre pares de muchachos, tanto niños, adolescentes o jóvenes se suele utilizar la categoría estigmatizada de joto. Damián, al decirle que había escuchado en jóvenes de la localidad el uso de frases de saludos como los citados mencionó:

Aquí la verdad eso ya ni es ofensivo (sic), bueno yo, en mi caso, así nos llevamos todo el tiempo de chamacos. Ey joto, qué onda joto, pero entre amigos, pero ya si otra persona te llama, que no conoces ni nada, es motivo de pleito, pero si era del círculo de amigos, uno ni se ofendía, era como diciendo ¡qué onda amigo!

En la etapa biográfica en la cual se considera a las personas con la categoría de “chamaco”, es decir, jovencito, y según Damián entre los amigos es posible usar la expresión “ey joto” como saludo y, por lo tanto, la connotación ofensiva se desvanece. Es una ofensa cuando proviene de un desconocido, el que no forma parte del círculo de amigos es un enemigo potencial. Según la categoría de rango social, en términos de poder masculino se puede pasar por alto un insulto pero, en cuanto al honor, como lo registra Peristiany, “se supone que un inferior no posee suficiente honor para reaccionar a la afrenta de un superior.

¹³⁵ En esta investigación, la atención se puso en esta categoría en el sentido señalado, se excluyeron los significados sobre las relaciones homoeróticas y sexuales entre varones, pues rebasaba el propósito general del estudio.

Un superior puede ignorar la afrenta [...]” (1968, 31). Si un niño es el que tiene la intención de etiquetar a un adulto, se puede ignorar.

Una muestra de ello son las reacciones virulentas de unos niños ante el pretendiente de su hermana; la des-valoración es en realidad un chantaje de los hermanos. Elsa registró la manera en que ellos le demostraron rechazo a su pretendiente: “él [su actual esposo] les daba dinero para que no le dijeran: vete de aquí joto, qué una bola de fregazos”.

Ante la situación de celos, para ganarse la buena voluntad de los cuñados, con los obsequios se evitaba la enemistad de ellos. Elsa resaltó, en primer término, que era fácil ignorar el insulto de unos niños, pero había una afrenta pública hacia su novio como varón: acusar de ser joto a alguien significa cuestionar su virilidad y, por consiguiente, dudar de su condición de “hombre”. Sandra acusó a su marido de no ayudarla en los quehaceres domésticos, por la creencia colectiva de que si lo hace “como dicen, eres joto”. La risa que provocó en Elsa el relato sobre sus hermanos guarda relación con los incentivos y el júbilo de los padres al escuchar a sus hijos menores exclamar frases o palabras usadas por adultos como ofensa. Sigfredo sanciona a su hijo pequeño para que no diga palabras ofensivas: “[...] otros niños dicen groserías, incluso a sus papás, le dice una grosería: ‘joto’, y les da risa [...]”.

También existen otras formas de menospreciar, como la expresión “valer verga”, usada por varones de una manera ofensiva, pero dependerá del lugar, la persona y en las circunstancias sociales en las que se diga. Verga representa la genitalidad masculina, y su utilidad es múltiple, en tanto repertorio de sentido, no obstante, tiene una carga valorativa negativa, peyorativa y, por ende, de insulto.¹³⁶ Del mismo modo, se convierte en un calificativo pues personifica al insultado y lo desvalora, “oyes tú verga” o, de forma más ruda, como relató Román, de 18 años, en una discusión de dos varones en el centro laboral: “tú vales verga pa el trabajo, no aguantas nada”, dijo uno de ellos al contestar el reclamo del otro por la repartición desigual de tareas.

En la actualidad, expresiones de este tipo son más evidentes en mujeres, lo notable es que persiste la censura por parte de los varones u otras mujeres.¹³⁷ Por lo regular, cuando ellas utilizan “malas palabras” es para reivindicar un carácter fuerte, decidido y combativo.¹³⁸ Llegar a los insultos, como la escena relatada por Román, son situaciones críticas y dejan la sensación de haber sido avasallado por las acciones y las palabras de un contrincante. Las significaciones de “joto o valer verga” son múltiples, no obstante, las referencias mostradas aquí indican una articulación con las relaciones de poder en tanto expresiones de agresividad conducentes a riñas mediadas por “no dejarse ni uno ni otro”. El honor masculino es llevado a escenarios laborales y homosociales. El lenguaje para desvalorar tiene una connotación violenta y, por tanto, condensa peligros potenciales, según el éxito que se obtenga y se ponga en duda la respetabilidad del varón dentro de la estructura normativa de género. En suma, el relato de Román sobre la ofensa de “valer verga”, del insulto por un desconocido al llamar joto a un varón, según Damián, la fricción de mi experiencia con el yerno de don Roberto –y la referencia a éste como flojo–, muestran cómo las resoluciones del conflicto microsociales están mediadas por significados desprendidos de los objetos o las personas.

¹³⁶ Sobre el término verga, Gutmann encontró cuatro significados en una colonia popular de la Ciudad de México, “vale verga, no vale verga, me vale verga, es una verga”. Es positivo y negativo (2000, 185). Hay otras que se usan en Sonora, en la Costa: “vete a la verga” (es semejante a vete al demonio); “qué verga” (inconformidad, resistencia); “ey tú, verga” (alguien que se dirige a otra persona, pero trata de menospreciarla). Ya se mostraron ejemplos: en un diálogo de regreso del trabajo, un jornalero se dirigió al taxista con “¡ándale verga!”, equivalente a ándale idiota. Y cuando una joven, en una quinceañera, se quejaba y mandaba por cervezas a sus compañeros varones: “a qué verga, vayan ustedes”.

¹³⁷ Los espacios homosociales demarcan los acervos discursivos exclusivos de los varones, por eso cuando una mujer hace uso de palabras consideradas groseras pierde su encanto femenino, le hace perder valor en tanto mujer. Así quedó registrado en el diario de campo hace seis años: “Juan, comentó que le gustó una muchacha pero cuando escuchó que le decía a su hermana en una pelea, –vete a la verga, ¡ya valió madre! Pensó, aunque reconoce que poseía belleza de rostro y cuerpo pero al escucharla se desvanecía el atractivo físico”.

¹³⁸ Como el de Rubí, jornalera joven, madre soltera y con antecedentes de empleada comercial del PMA. La censura de sus padres no se hizo esperar, no obstante, la ausencia de reprimendas para el hijo fue evidente cuando, de igual forma, refirió con estos términos su disgusto.

Aquí se exploran los procesos en los cuales se desvalora y estigmatiza a los varones en el contexto de la tensión entre el MVR y el MVD. La homosociabilidad masculina es un concepto utilizado para identificar la tendencia de los varones a participar de manera activa en los espacios públicos, con mecanismos sociales que censuran o inhiben la participación de las mujeres (Burin y Meler 2000; Kimmel 1997; Viveros 2003). No significa que la presencia de ellas sea nula, sino más bien hay mecanismos que facilitan, cuando es el caso, su actuación discreta. Además, al final se abre paso una heterosocialidad (Marqués 1997), es decir, los espacios tradicionalmente masculinos tienden a disminuir su centralidad, y existe la socialización y participación de ambos géneros. Algunos lugares como las canchas deportivas están perdiendo su carácter de exclusividad varonil, debido a la aparición incipiente de ligas de fútbol femenino; no obstante, la heterosocialidad no significa que la masculinización, sobre todo en términos simbólicos, haya desaparecido del todo. Por ejemplo, la práctica del fútbol femenino contiene rasgos masculinos como la vestimenta, los juegos y las posturas corporales.

En ocasiones, las cantinas, las salas de billar o algunas áreas deportivas son testigos de conflictos en medio de discursos, que refuerzan una manera de comportarse en tanto varones. Esta tendencia no excluye la posibilidad de que las mujeres asuman estos mismos repertorios, pero con resultados distintos en su entorno inmediato. En este contexto se pronuncian frases que refuerzan un sentido masculino o, si se quiere, una intención de reafirmar el mundo homosocial. Con frecuencia escuché, tanto en la calle como en entrevistas formales o informales, expresiones cotidianas como “¡todo bien!” No resulta casual que fueran varones quienes recurrieran a esta frase en repetidas ocasiones. Después de escucharla un par de veces, entendí la connotación que implica su uso en el discurso social. A primera vista, pareciera que “todo bien” es sólo una expresión usada en contextos sociales distintos y que es genéricamente neutra, es decir, no es reflejo de un orden social de género. Pero al describir el contexto específico en que se pronuncia, se constata que si bien es reflejo de las condiciones imperantes de conflicto constante (en la calle) también reproduce un orden homosocial.

A diario cientos de trabajadores/as arriban al PMA, y es notorio el aumento del tráfico y el bullicio en las calles. En las esquinas suelen reunirse jornaleros jóvenes para jugar o platicar mientras fuman marihuana o beben cerveza. La esquina representa la convergencia social de agentes, relaciones y acciones, un escenario de convivencia (Whyte 1971) de varones. Algunas personas se refieren de manera negativa a quienes participan en estos espacios; les llaman cholos o marihuanas, cuyo rasgo es que son personas a las “que les vale”, no adquieren compromiso. Las riñas en el trabajo y las agresiones surgen de las reacciones de los cholos ante un llamado de atención para que tengan una “buena conducción laboral”.

El estereotipo del cholo y su vínculo con las riñas

En los estudios de género, el estereotipo se ha usado para representar rasgos negativos o positivos en la manera de actuar o deber ser de los varones y mujeres en contextos distintos. Por ejemplo, la figura del macho mexicano se ha confrontado con la realidad empírica (Gutmann 2000; Fernández-Cerdeño 2006). En el PMA, interesa resaltar la imagen estereotipada del cholo. En este apartado se relaciona el estereotipo negativo o, si se desea, la estigmatización del estereotipo en la figura social masculinizada del cholo, con las tensiones sociales, y de la manera en que las personas del poblado los perciben como peligrosos.

La construcción social de la efigie del cholo se ha abordado en espacios urbanos vinculados con las pandillas originadas en los años sesenta, en Estados Unidos. Según Valenzuela, varios grupos sociales inmersos en procesos de construcción de identidades colectivas están mediados por componentes étnicos,

clásicas y juveniles; fue el caso de los cholos y los pachucos (1991, 166). Al parecer, como movimientos sociales, los chavos banda son expresiones del centro y sur del país, pero en el norte son los cholos (Valenzuela 1991, 173) quienes deambulan por las calles de Matamoros, Monterrey, Hermosillo, Torreón, Ciudad Juárez, Nogales y Tijuana. El impacto de las subculturas juveniles ha facilitado la construcción y solidificación de una imagen negativa, en especial la del cholo y acompañada con gran presencia de relaciones sociales de dominación masculina.¹³⁹

Los estudios sobre las identidades barriales y la juventud han documentado cómo se ha establecido la relación del estereotipo y el estigma en grupos sociales (Blanco 2008, 189-197). La Real Academia Española¹⁴⁰ define al estereotipo como “imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutables”. Cano señala que se trata de “una creencia errónea exagerada cuando menos asociada a una categoría cuya función es la de racionalizar nuestro comportamiento respecto a esa categoría” (citado en Blanco 2008, 189).

En los últimos diez años ha habido pleitos callejeros, debido a la formación de bandas rivales, que suelen considerarse pandillas que sostienen alguna clase de rencilla con las de otros sectores del PMA. En realidad, es una expresión social que llama la atención por su aparición en una localidad con rasgos rurales.

En las invasiones son frecuentes los pleitos colectivos en los cuales se delimitan áreas de influencia de pandillas (La Crisis, Los Pelones, Los Pájaros). Las personas entrevistadas que viven en estas zonas expusieron sus temores cuando salen en las noches por algún “mandado” o cualquier otra cosa. Para Sandra es claro que la tranquilidad de antaño fue borrada por la presencia de los cholos; con la intención de serenar los ánimos después de una pelea colectiva, no duda en expresarles lo equivocado de su conducta; pues confía en que no le harán daño, pues los conoce desde que estaban pequeños. Ante ello, se gesta una percepción colectiva de amenaza personificada socialmente en los cholos; porque consumen algún tipo de droga, y se les relaciona con delitos como robos o asaltos. Por lo regular ser cholo implica su afición a la marihuana. No obstante, si a alguien se le adjudica la etiqueta de marihuano no necesariamente implica que sea cholo; la construcción de la categoría social marihuano es para personas de distintas edades, en tanto la de cholo se asocia con jóvenes menores de 30 años.

Es un proceso interesante, pues a la vez que se construye el estereotipo en el imaginario, éste parte de situaciones reales: las peleas, los robos, la vestimenta, la manera de hablar, la adicción a la droga y que son los varones jóvenes quienes tienen dichos rasgos y ejecutan esas acciones. Sin embargo, no se trata de un grupo social compacto, homogéneo o que se puede delimitar con facilidad. Es sencillo encontrar que se asocia colectivamente al cholo con formas específicas de comportamiento delincencial; la mayoría usa vestimenta holgada, camisa y pantalón por lo regular de mezclilla, y se hacen tatuar alguna imagen en el cuerpo; tienen entre 16 y 30 años de edad, y laboran como jornaleros. Sandra identificó a su hermano en esta categoría, al narrar cómo él y sus amigos sostuvieron una pelea en la cual sus contrincantes los superaban en número, dijo que los rivales le ocasionaron un daño grave y al final señaló: “él es tremendo, se fue de aquí [...] también él era cholo, hablaba como los cholitos de aquí”.

Hay mujeres consideradas “locas”, porque son adictas a una droga o participan en algún robo, sin encasillarlas en la categoría citada, aún es difícil escuchar que alguien señale la existencia de “una chola” o de “cholas”. En este último caso, algunas son estigmatizadas no porque pertenecen a esta categoría sino por apartarse de la lógica del orden de género, es decir, de las expectativas sociales para una mujer

¹³⁹ José Manuel Valenzuela refiere que aunque algunos grupos de jóvenes han reivindicado la posición de las mujeres (jipis, *punks*), no obstante, hay un desfase porque en la práctica prevalecen “los roles tradicionales”. En Tijuana, “la “chola” sin abandonar el discurso tradicional presenta rupturas factuales interesantes en la imagen de la mujer sumisa” (1991, 171). En el escenario del PMA no he registrado situaciones y discursos en que se reconozca socialmente la presencia de la “chola”, y mucho menos un discurso igualitario y reivindicativo hacia las mujeres.

¹⁴⁰ www.rae.es

habitante del PMA, que son incompatibles con la idea de concebirlas como “libertinas” (“morras locas que andan en las *curas* [diversión]”).

En las entrevistas, es común que las personas aludan a este grupo de varones como problemáticos en el trabajo, se dice que son los más violentos y difíciles de manejar afirman algunos cuadrilleros/as; además fuman marihuana o consumen otra droga mientras son transportados a los lugares de trabajo o en la misma línea. La referencia a riñas laborales, surgida del análisis de los datos, confina a los cholos como los que no se detienen ante nada, son impropios, agresivos, les vale, se ponen locos, la configuración de “locos” en las relaciones laborales de conflicto, se expresó en el diálogo siguiente:

Vere: Hubo una ocasión que un chavalito casi pica a un cuadrillero por lo mismo que era muy deste [...] le caía gordo, lo picó, ya no me enteré, pero el caso es que se llevaban muy mal ellos dos.

Entrevistador: ¿Era muy deste qué, el muchacho que hirió al cuadrillero?

V: Pues hay veces que unos son cholos, drogadictos, que les gusta fumar y todo eso, y a veces se ponen muy locos y ya le caía gordo cualquier persona o no sé, yo creo que eso fue lo que pasó.

Las situaciones de riña y agresiones laborales no son propias de este grupo, sin embargo, para Vere la hipótesis sustentada en el sentido común le sugería que los rasgos de los cholos como drogadictos que se “ponen muy locos” estaba asociado a su agresividad. Son variadas las situaciones que se manifiestan en el trabajo como las que originan un daño, por ahora es preciso advertir que en esta situación lo importante no es si realmente el muchacho “era muy deste”, sino la relación que establece con la agresividad y la categoría social de cholo y drogadicto, y la deducción consecuente de la informante de “ponerse loco”. Fumar marihuana es frecuente entre los varones, incluso es un rasgo colectivo, según se verá más adelante.

La valentía puede ser adjudicada también a las mujeres en el sentido de que algunas de sus prácticas como andar en los surcos, trabajar en condiciones extremas y ser las proveedoras principales. Sin embargo, existe una zona de significación de la valentía (si se toman en cuenta las referencias a los pleitos callejeros, las fricciones verbales en la calle), en términos de interiorización de normas o prescripciones, destinada a los varones.

La honra y la autocontención de la situación

Con el fin de entrevistar a Gisela, conversé en varias ocasiones con su esposo Juan. La intención era explorar algunos ejes generales de la investigación, y conocer un accidente trágico reciente ocurrido en su centro laboral. Con experiencia en el consumo de drogas, y haber estado en la cárcel dijo que ya no tenía problemas, y describió su situación actual con la frase de “todo bien” –con énfasis–; ésta contiene un sentido específico; si bien refiere al discurso y, por tanto, a las representaciones, implica las prácticas sociales. Al principio parecía que “todo bien” era una rareza fraseológica, pero al escucharla un par de veces en las calles, la percepción cambió; incluye la autocontención y control de la situación ante eventos que pudieran alterar la conducta.

En este sentido, Juan utilizaba reiteradamente esta frase corta por sus antecedentes de reincidir en el consumo de droga o sus participación en pleitos callejeros o entre pares. En la última visita a casa de Gisela y Juan me enteré que lo habían detenido en la comandancia de policía del PMA, por agredir a una persona en la calle. Según relató doña Carla, la mamá de Juan, el fuereño retó a golpes a su hijo y él sólo respondió la ofensa. El escenario ocurrió en la esquina, cerca de su domicilio, lugar frecuentado por los “plebes” (en

Sonora así se refiere con afecto a hijos, parientes o amigos cercanos) para ingerir bebidas alcohólicas. En apariencia, la riña se suscitó por una situación que no ameritaba mayor confrontación. El retador se llevó la peor parte, pues resultó con fractura de nariz y, según doña Carla, su “plebe” no quería porque el contrincante era mayor que él y, por ende, sería considerado como “abusón”, es decir, un varón que, sabiendo de su ventaja física, empleó arteramente su condición de superioridad. En el fondo se trataba de responder al honor masculino de no dejarse amedrentar por otro varón en un lugar público. El honor en el PMA, como en otros contextos, representa un capital simbolizado en el prestigio en tanto hombre, implica responder con agallas ante una situación que suponga poner en entredicho el honor.¹⁴¹

Juan ha experimentado muchas situaciones críticas, de violencia física por medio del uso de la fuerza, pero con la frase “todo bien” intentó normalizar y asumir posturas neutras ante amenazas. Su esposa no dudó en expresar que su pareja es muy machista en el sentido de no dejarse en situaciones como la señalada. Sólo rió ante el relato de Gisela, incluso ella señaló, con indignación, la intención de su marido de buscar la dirección del contrincante para hacerle pagar los días que estuvo encarcelado, “pa meterle unos putazos”, dijo enfático.

En las calles, con la frase de “todo bien”, se intenta darle un sentido no agresivo a la prueba de fuego constante de la masculinidad dominante. En el surco, debido a la presión en la productividad, se desatan fricciones entre trabajador/a y superiores, pero las marcas de género siempre conllevan múltiples conflictos. Las mujeres son observadoras agudas para detectar las contradicciones de las prácticas de los varones. En el recorrido diario registré el uso de la frase citada por Julián, yerno de don Roberto. La expresión es reveladora porque surgió en una fricción entre varones; uno de ellos la utilizó en un intento por normalizar la situación en un contexto social particular. Después de conocer a don Roberto y concluido el *rapport*, al día siguiente proseguí con la conversación sobre los temas sustantivos de la investigación,¹⁴² relatado así en el diario de campo:

Al llegar al domicilio se encontraba una joven de alrededor de 12 años y un sujeto de 35. Pregunté por mi informante, ¿para qué lo buscas?, reviró el sujeto, enseguida expliqué que deseaba platicar con don Roberto; y pregunté ¿eres Julián?, asintió desconfiadamente y le aclaré que su suegro me había proporcionado su dirección dado mi interés por su reciente empleo de cianamida. Le externé si podía entrevistarle sobre su experiencia en la aplicación del agroquímico cianamida. Esto ocurría mientras la pequeña gritaba a otra persona para que avisara a don Roberto de mi presencia. En específico, le comenté al sujeto que me interesaba saber los cuidados, con desinterés me contestó sobre la ganancia material que obtendría por ceder su tiempo, le respondí “ninguna”. Se rehusó a la entrevista. Me sentí incómodo por la descortesía, le pregunté a la pequeña su escolaridad y sobre su relación con don Roberto. El yerno de don Roberto conversaba con su esposa –en los límites del domicilio– a escasos metros donde me encontraba; al escuchar mis preguntas enseguida con tono irónico y censor, expresó en voz alta: no que sólo iba a preguntar sobre el cianamida, eso (mis preguntas) no es nada del cianamida; contesté con enfado que era una manera de hacer tiempo mientras salía

¹⁴¹ En el texto clásico sobre el honor y la vergüenza, Peristiany define el honor en términos de un sentimiento de evaluación ante ciertos códigos de comportamiento, y el honor sexual es referido al campo femenino. La similitud con la localidad de estudio, toda proporción guardada, tiene que ver con la estructura social del honor. Existen prácticas que pueden guiarse por los preceptos del deber ser, para el caso del presente estudio, de los varones relacionadas con las amenazas de sanciones cuando se infringen las reglas de conducta. Para la sociedad mediterránea, “un ‘hombre’ que nunca pone en peligro la propiedad, la piel y el honor de sus conciudadanos, no puede aspirar a tener ni a ganarse una reputación de ‘hombre’ de honor mediante la mera aceptación pasiva de las regulaciones sociales” (1968, 12). En el contexto de estudio implica asumir las prácticas para enfrentar el peligro. Conuerdo con Peristiany cuando dice que: “Honor es el valor de una persona a sus propios ojos, pero también a ojos de su sociedad. Es su estimación de su propio valor o dignidad, su pretensión al orgullo, pero es también el reconocimiento de esa pretensión, su excelencia reconocida por la sociedad, su derecho al orgullo (1968, 22)”.

¹⁴² La conversación versó sobre los precios de los solares, la utilidad de plantar batamote en el perímetro de éstos a manera de cerco ecológico, los orígenes familiares, los trabajos de la cianamida y la permanencia en el lugar en que vive.

don Roberto, al ver mi reacción de inmediato expresó: ¡todo bien! ¡todo bien! retirándose de inmediato rumbo a la calle.¹⁴³

El incidente ocurrió en la zona de invasión. Después sentí cierto temor ante la posibilidad de encontrarme con él, sobre todo en las calles sin iluminación. Quizá me podría reconocer y reclamar a manera de revancha, porque se pudo haber resentido por mi contestación. El evento descrito muestra cómo el sujeto intentó normalizar, y hasta tranquilizar los ánimos, pues los dos varones dieron muestra de enemistad. “Todo bien” equivalía, una vez más, a no querer problemas. Él no imaginó mi reacción, y ante mi molestia inesperada, usó estratégicamente una frase consensada en la localidad para restituir o recobrar cierta normalidad de la situación. La relación de poder emergió en la medida en que la actitud de Julián fue factor de tensión, y provocó la reacción del investigador. Julián, en tanto hombre, lanzó un anzuelo para provocar una inhibición social en otro, con la intención de demostrar su valor en una relación social pero, paradójicamente, el hecho de no sentir vergüenza le dio la pauta para la posibilidad de retirarse, sin menguar mucho su posición de varón.

La respuesta tajante y firme era una prerrogativa muy bien identificada por Julián. Es difícil considerar la misma reacción de una mujer ante una situación similar. La intervención para encarar simbólicamente al investigador-actor sólo es posible en este contexto, por la certeza de Julián de su derecho para interferir en tanto varón vigilante ante un intruso, que para él era significativo, puesto que sucedió en las afueras del hogar. Supuso un retiro simbólico o actitud pasiva por parte del investigador. La reacción fue una osadía para su posición de escrutador familiar. Ante un cálculo erróneo optó por retirarse del escenario, lo que dejó al descubierto que se trataba en realidad de una farsa, que en su actitud ésta puede suponer una desvaluación de su hombría, Julián tenía claro que podía eludir situaciones incómodas al no estar en la misma categoría social que su oponente simbólico.

Como sucede en la sociedad mediterránea con las nociones de honor y vergüenza (Peristiany 1968), con las distancias culturales obvias, existen categorías sociales como el estafador o el vividor para el cual la honra se encuentra depositada en el armario, y la vergüenza muy a menudo es desconocida, según la conveniencia del caso, para Pitt-Rivers se trata de los “sinvergüenzas” (1968, 41). No fue casual que Julián, sin rodeos preguntara sobre el beneficio. En términos discursivos se expresan y construyen categorías dirigidas a poner en duda la condición viril de los varones, pero además con contenidos rudos en tanto sentidos sociales que se toleran hasta cierto límite.

En síntesis, los cholos integran una categoría social identificada como agresiva y, en contexto de violencia, usan frases para contener y mantener la normalidad de la situación. Los rasgos de quienes se adscriben a esta categoría estereotipada son el trabajo irregular, la movilidad interregional constante y el afrontamiento de las situaciones críticas por medio de la violencia. Los individuos en estudio actúan para rechazar, aceptar o negociar las expectativas sociales respecto ubicarse en una categoría desprovista de reputación social. En la tensión con Julián, en tanto interacción microsocia, emergió una frase social tranquilizadora, asimismo la práctica de visitar a su familia política le otorga ciertos derechos y, en este caso, pensó que el escrutinio al extraño estaba más que justificado para salvaguardar los intereses familiares. “Todo bien” representa una parte del discurso social pero marcado por el género, refleja la hombría al responder de manera contundente, pero matizada, al contener un conflicto potencial. Las relaciones sociales en las que se expresa esta frase, como otras ya analizadas, se orienta por la estructura de la honra, en especial la masculina. No sólo en la categoría social del cholo se puede sobrellevar amenazas u ofensas públicas, siempre y cuando

¹⁴³ No comulgo con la idea del investigador neutro en cuanto a valores y sensaciones, además me pareció que tenía el derecho de disgustarme porque estaba en una interacción social no controlada y espontánea. Desde el punto de vista ético, el sujeto tenía también todo el derecho de negarme la entrevista si no miraba algo de provecho para su persona, en términos materiales, sin embargo su actitud de antemano hostil me involucró en una situación ciertamente no recomendable desde el punto de vista operativo y de respeto en la investigación.

no sean alusivas a la infidelidad femenina, y en situaciones límite los varones se enfrentan mediante la violencia física. Las relaciones de poder entre los contrincantes condujeron a que Juan, por ejemplo, llevara a una situación crítica por su idea de no dejarse. En el mundo simbólico del PMA hay frases que se suscitan ante factores amenazadores o, por lo menos, conflictivos. Con su respuesta, Julián intentó mostrarse como vigilante de la familia y de su esposa.

LAS DICOTOMÍAS EN EL TRABAJO AGRÍCOLA Y DOMÉSTICO

En este apartado se muestra la manera en que se divide el mundo del trabajo con base en representaciones de género. Los objetos, como las herramientas, y lo que implica desempeñar actividades con significados que separan las tareas en livianas versus pesadas, fáciles versus difíciles. Los informantes explican la división del trabajo en términos de imágenes colectivas sobre la percepción del desempeño de los varones versus las mujeres, en especial en los campos agrícolas. Las dicotomías discursivas como débil-fuerte, pesado-liviano, sucio-limpio, rudo-dócil son empleadas para dar contenido a los estereotipos que indican la inclinación que se debe tener, en el trabajo agrícola, si se es varón o mujer. Dichas dicotomías señalan una lógica de distinción según el agente social involucrado, pero principalmente se trata de la separación simbólica y material de los espacios y del trabajo asalariado, entre los hombres y las mujeres.

La separación de las actividades está dada por la imposición jerárquica de las autoridades del campo a los/as trabajadoras; las “pesadas” o rudas, las que requieren mayor fuerza física de la habitual, son realizadas por varones porque se cree que ellos lo hacen mejor. Una de las faenas pesadas, por ejemplo, es clavar tutores (barrotes de madera que apoyan los ramales de la vid cuyo peso puede oscilar entre 20 y 25 kilos) y jalar los alambres que corren a lo largo de cada hilera de plantas.

Felizardo identificó como sigue la relación de la actividad con la facilidad de realizarlas: “[...] nomás la poda no porque se usa tijera grande y muy dura la uva, hay palos muy duros, pero el desbrote, el deshoje, el amarre, el empaque, la despuntada y mojada de racimo laboran mucho las mujeres [...] es muy facilito”.

Sobre la posibilidad de realizar las tareas aludidas por Felizardo, por parte de varones, otro informante respondió que sí las realizan: “yo mismo las he hecho” dijo; pero a algunas no les rinde (la producción mínima necesaria para obtener el salario, en caso del trabajo por contrato), o se quedan muy atrás cuando trabajan por día. Son trabajos delicados y, los hombres son más brutos y toscos por lo cual es más difícil que las hagan bien, comentaron.

El raleo es una tarea que las mujeres hacían mejor, según algunos informantes. La razón es que los hombres se enfadan muy rápido, no son pacientes, se desesperan con facilidad. Reconocen que hay mujeres a las que no les rinde, y que también algunas se enfadan por lo rutinario de la actividad, pero son los varones los que más se quejan y rezagan en las líneas. Hay labores que desempeñan mejor los hombres y otras las mujeres, según la idea de sus rasgos inherentes. Por ejemplo, ellas realizan mejor las tareas de formada de la planta, el raleo, el desbrote y el empaque, pues son más pacientes, delicadas y cuidadosas. Sin embargo, en los argumentos expresados se entrecruzaban situaciones para favorecer que las mujeres fueran más contratadas para ciertas tareas.

Pues sí, el desbrote, tienen más paciencia, tienen más, muchas veces el hombre es muy cuachalote en la chamba, más cochino pa’ trabajar, la mujer tiene más calma pa’ trabajar, como el raleo he visto que mujeres ralean bien bonito y saben y les rinde mucho, hay hombres huevones que hacen 10, 15 matas, había una pareja de mujeres que me sacaban una fila diaria y la demás hacía 15 o 16 matas y todos los racimos secos, me quemaban la bolita de la uva, y las mujeres no y donde andaban los hombres todo el racimo quemado; y el tipo de deshoje también igual, mucha hoja, para trabajar las mujeres tienen más calma pues, todo, nosotros queremos estar ahí como caiga y ellas no, no hacen cochinerero.

No es casual que a los varones se les asocie con los términos de cochino, *cuachalote* y huevón. Para este informante, las características intrínsecas de las mujeres hacen que les rinda mejor el trabajo, tener más paciencia es sinónimo de poseer más habilidad para ser cuidadosas en el trabajo, y así las tareas son realizadas de mejor manera. Dado el sistema de contratación informal (en la mayoría de los casos), existe la posibilidad en una misma semana que no sean requeridos los varones y queden desempleados de manera momentánea. Esto se debe a varias razones, una es la formalización de los requisitos por parte del mayordomo o contratista (si se tratase de este tipo de modalidad laboral) del campo para contratar sólo a mujeres.

Una de las novedades que surgieron en el trabajo de campo es la existencia de trasportes sólo para jornaleras, por ejemplo, en la plantación del chile, el deshoje o raleo de la uva y el entrene de la vid, entre otras actividades. El supuesto que se esconde tras el criterio de contratación es genérico, son ellas las que tienen más paciencia y son más delicadas, dijeron algunas entrevistadas. Aunque algunas jornaleras comentaron que tanto varones como ellas pueden hacer lo mismo, hay diferenciación, y lo que demuestran sus aseveraciones es una convicción reivindicativa hacia el trabajo femenino: ¡Nosotras también podemos!

Para los varones, hacer trabajos livianos es motivo de enfado, aburrimiento y hastío, por ello no les rinde. Felizardo, Damián y Sigfredo coincidieron en que se desesperaban para terminar la faena cuando andaban en el raleo, que consiste en quitar las “bolitas” extras del racimo de la vid, la dificultad radica en que se deben dejar algunas “bolitas”, pero distribuidas en forma uniforme, sin que se amontonen, para que tengan suficiente espacio cuando crezcan. Ser toscos e impacientes son elementos que no permiten que los varones realicen con facilidad, destreza y rapidez actividades como el empaque de la calabaza, el raleo, el entrene y capada de racimo, como lo hacen las mujeres.

VIII. CONSIDERACIONES Y REFLEXIONES FINALES

Aquí se documentaron las formas en que se expresa/n la/s masculinidad/es, en relación con las ideas y las prácticas frente al peligro. En principio, el interés por vincular ambas categorías por un lado obedeció a revisar la representación que se hace de los varones sobre sus prácticas, consideradas descuidadas, en especial cuando ponen en riesgo su integridad física y la de los demás y, por el otro, examinar las prácticas de las mujeres como cuidadosas, prudentes y precavidas. Las estadísticas reforzaron lo anterior, sobre todo en cuanto al tipo de muertes, accidentes y delitos. El problema consistió en averiguar cómo se establecen las dinámicas entre los varones y las prácticas de peligro, a partir de un contexto de vulnerabilidad social. El caso de los/as jornaleras agrícolas, quienes viven en Miguel Alemán, Sonora, permitió someter a escrutinio la hipótesis de trabajo, respecto a los modelos masculinos que responden a las situaciones de peligro.

En este sentido, se analizó la relación entre la masculinidad y las situaciones consideradas peligrosas por los/as jornaleras agrícolas del PMA. Para lograr la meta fue necesario identificar patrones estructurales en el ámbito de las interrelaciones sociales de género, puesto que se requería entrelazar eventos biográficos y las normativas de género. El resultado fue que se expresaron varios modos de “ser hombre”, en un contexto de dominación de los varones. Fue importante modular, según experiencia biográfica, la situación conyugal o la responsabilidad familiar, por ejemplo. Asimismo, las variables macroestructurales, como la condición de precariedad laboral y material fueron clave para el estudio.

El concepto de masculinidad, como sistema de ubicación en el espacio social de género, y no sólo como práctica social, permitió describir y analizar las formas en las cuales se despliegan estrategias frente a señales de alarma en el contexto de un orden de género. A su vez, fue necesario incluir una perspectiva que recogiera la interacción permanente entre eventos biográficos y el medio social circundante y, sobre todo, entre el discurso y la práctica.

Una de las reflexiones finales más importantes de esta investigación es que la adjudicación en automático a los varones como temerarios o valientes (“bríncale no seas culón”) no muestra la complejidad del vínculo entre las estructuras normativas de género y las subjetividades masculinas. Si bien se construyen representaciones de género, sostenidas por estereotipos negativos, sobre los varones residentes del PMA, las vivencias en la calle o en el trabajo exponen las formas en que otros factores se hacen presentes en la relación masculinidad y peligro.

LA MASCULINIDAD, EL PODER Y EL PELIGRO

Aquí, la línea de investigación fue distinguir analíticamente la utilización de los términos masculinidad y masculinidades, en aspectos específicos de la realidad social (Hearn 1996; Rosas, 2008; Palma, 2012; Hernández 2012). En relación con la teoría, este ejercicio fue útil porque permitió distinguir las diversas

expresiones del género; en especial las variaciones de la matriz sociocultural, que alimenta las formas de ordenar las relaciones sociales en que participan decididamente los varones. De ahí el uso en plural del concepto de masculinidad, es decir, las configuraciones sociales que derivan de la marcación simbólica y material a los machos humanos; es importante realizar la distinción en términos analíticos, y no sólo como consecuencia del reconocimiento de las múltiples experiencias de los varones (Hernández 2012, 23). Si bien es cierto que reconocer la diversidad de experiencias conlleva una distinción analítica sobre la masculinidad, porque implica entender las formas en que se llevan a la vida real las expectativas de género, las cuales se reproducen de modos distintos en la experiencia biográfica, es necesario también enfatizar la matriz cultural de la masculinidad, para dejar claro que las configuraciones sociales de género que envuelven las biografías de los individuos, están en interacción permanente con ésta.

Además, al utilizar la masculinidad en singular se da cuenta de los ejes históricos y transculturales que se derivan en la llamada dominación masculina, y de las normativas estructurales que refuerzan la subordinación de las mujeres y de ciertos varones hacia otros. En dicho sentido, el concepto implicó entender el poder en términos relacionales, y no como sustancia o propiedad inherente de los varones. El género trata necesariamente de desigualdades sociales. Las distinciones para ocupar los puestos de mandos medios y altos en los campos agrícolas son reflejo de un imaginario colectivo sobre la división sexual del trabajo, y también involucran una desigualdad social. La regulación del comportamiento en las hijas o esposas de los jornaleros en el trabajo, el hogar o la calle es producto de dicho sistema de desigualdad. Como lo han sugerido algunos de los estudios sobre la violencia hacia las mujeres, el género es una manifestación de las desigualdades en las sociedades (Castro y Riquer 2003), y en el lugar de estudio no fue la excepción. No es menor que Joan Scott advirtiera la relación entre la desigualdad, el poder y el género (1996). Sin embargo, además fue necesario concebir las relaciones de poder en términos eliasianos, es decir, como oportunidades que se gestan en los entramados sociales, de este modo se tuvo que advertir que existen equilibrios de poder cambiantes, ya que los agentes que se pueden considerar subordinados tienen, en determinadas situaciones, una autonomía relativa. De ahí que existieron ciertas categorías sociales de mujeres que clamaron (y claman) mayor independencia o autonomía de los varones. La violencia hacia ellas no fue entendida como señal de alarma en términos de la configuración social del peligro, no obstante, dichas relaciones de poder (entre varón-varón, varón-mujer o mujer-mujer) desencadenaron situaciones peligrosas, principalmente los pleitos en el ámbito de las relaciones laborales rípidas.

El poder, en tanto componente del género, es una categoría indispensable para explicar situaciones sociales, a las cuales se llamó límites o críticas. La forma en que se presenta la organización social hace que un asunto pase gradualmente a considerarse crítico para identificar daños posibles. La masculinidad fue un línea explicativa para responder a la pregunta: ¿cómo los/as jornaleras se enfrentan a circunstancias que ponen en riesgo su seguridad personal o la de los demás?

De este modo, la conexión entre el peligro y el género, en específico la masculinidad, estuvo vinculada con las relaciones sociales, en especial las vinculadas con el poder. Las investigaciones anglosajonas (*men's studies of health*), que abordaron la temática del cuidado frente a enfermedades y riesgos, contribuyeron a visibilizar la necesidad de estudiar a los varones desde la óptica de la influencia de los factores psicosociales y culturales (Verbrugge, 1985; Sabo y Gordon, 1995; Harrison et al. 1989; Sabo 2000). El error, desde mi punto de vista, es que desestimaron las relaciones de poder junto con una concepción demasiado estrecha del género y, sobre todo, psicológica de la masculinidad. Si bien, el producto del presente estudio, en términos teóricos, fue la tensión constante entre una perspectiva colectivista versus una individualista, se intentó lograr una visión integradora.

En la lógica de la reivindicación varonil frente al desprestigio, de la amenaza al honor masculino, se configuraron circunstancias que originaron dos líneas de interpretación: a) enfrentar la ofensa anteponiendo el valor de la responsabilidad y b) hacer caso omiso de cualquier tipo de cuidado, fuera de una ética de

cuidado de sí y de los demás. Los resultados que apuntaban a la primera interpretación estuvieron en la lógica explicativa que se desprende de los trabajos clásicos sobre el honor/orgullo masculino, no obstante, y salvando las distancias culturales obvias con el mediterráneo (Pitts-Rivers 1968; Peristiany 1968), las normativas fueron más flexibles y, a la vez, el orgullo no se circunscribió a las relaciones amorosas, derivadas en los celos, sino que también se extendió al trabajo. Respecto a la segunda interpretación, el cuidado estuvo y, de hecho está relacionado con la idea social sobre el cuerpo. Como señala Figueroa y Flores, y aunque ellos lo supeditan en relación exclusiva con otras personas, el cuidado está vinculado con el sistema de género, no sólo en el plano de las representaciones, sino en la división sexual del trabajo (2012, 14).

El cuidado en términos de categoría descriptivo-empírica estuvo dirigido a los aspectos públicos y privados, y no sólo respecto a la preocupación y acción hacia otras personas en la esfera doméstica; los cuidados sociales, por ejemplo ante accidentes, riñas y drogas estuvieron concatenados con la masculinidad y, en ocasiones, con una visión ética (bueno-malo) del cuerpo. Pero la alusión al cuerpo no sólo se supeditó a una concepción ética sobre sí mismo (no consumir droga, hacer ejercicio equivale a un cuerpo “limpio”), sino también en relación con el aguante frente a las faenas agrícolas. La representación de “más fuerte”, “más resistente”, “más aguantador” en este caso sobre los varones, connotó una referencia sobre quién era el de más capacidad física, incluso entre ellos.

En el trascurso de la investigación y el diálogo entre la teoría y los datos resultó obligado adoptar una definición analítica de la masculinidad, alejada de las que la encapsulan en atributos individuales o propiedades particulares. Esto llevó a considerar que así como el género incluye necesariamente elementos estructurales y sistémicos, la masculinidad implica un subsistema –que es social- de ubicación, clasificación y atribución, gracias a la intervención de patrones estructurales de género. Todos los mecanismos sociales que refuerzan las prerrogativas, los imperativos y las normativas para considerarse y validarse dentro de la categoría de “hombre” están siempre en interacción con una forma de inculcación, un universo de conductas consideradas propias de acuerdo con la ubicación en los ejes de desigualdad social.

En una concepción de la agencia y la estructura derivada de las prácticas y los discursos, el concepto de proyecto de género permitió identificar articulaciones sobre la masculinidad en las representaciones sobre los varones. Dicho término implicó el desafío de identificar los elementos que le había dado sus precursores Robert y Raewyn Connell; aunque aluden al origen existencialista del término, es sorprendente la relación de dicha idea con la desarrollada por otros autores ajenos al género. Charles Wright Mills (1961) sostiene el vínculo inseparable entre la historia personal y el contexto sociohistórico; el PG implicó articular las normativas de género, los patrones estructurales originados en una lógica histórica regional, con las experiencias de vida y los episodios biográficos.

En la Costa de Hermosillo dichas representaciones sociales se identificaron en los modelos masculinos. La ventaja fue que describía de mejor modo las ideas en torno a las prácticas de los varones. Las formas en que se resisten a las normativas de género o cómo éstas se ejecutan (el uso de la frase “bríncale no seas culón”) estuvieron enmarcadas por un proceso de imposición, sutil, pero eficaz por parte de la autoridad masculina; a esto se le llamó hegemonía de la masculinidad, porque es la encarnación del ideal, de las normativas que se persigue acatar y alcanzar. Se distinguieron dos modelos con el fin de advertir que la hegemonía no sólo toma una dirección: producir “hombres peligrosos”, sino que además documenta las formas en que se pueden presentar las prácticas, aunque haya sido en la versión del discurso oral. Frente a la idea original del concepto, se procuró evitar el uso de la masculinidad hegemónica como una categoría que lo explica todo y, en especial, la aplicación del concepto a un grupo social.

La dimensión discursiva y las construcciones de sentido por medio del lenguaje oral o corporal permitieron también una mirada complementaria al concepto de la masculinidad. El medio simbólico fue importante en la medida que se requería entender cómo se llevaba a cabo la reproducción de los significados

de género. Los ejes estructurales, como la catexis o la división sexual del trabajo, cobraron mayor visibilidad analítica al vincularlos con la estructura simbólica que operaba en los escenarios de estudio.

A la par, fue importante construir un concepto operativo del peligro que estuviera vinculado con las desigualdades, o con las oportunidades de poder, que se suscitan en la vida cotidiana. Y también aproximarse a una definición más sociológica al considerar a la masculinidad como un conjunto de factores sociales que se materializan en señales de alarma para determinados agentes sociales. Y dichos factores, que aquí serían algún tipo de personas, los taxis y la organización del trabajo, producen dinámicas distintas, en parte por las diferencias en las oportunidades de poder. La otra dimensión del problema, la individual (aunque siempre apegada a un acercamiento de tipo weberiano, es decir, la que considera que la acción social siempre está en relación con otro), se procuró manejar con una categoría complementaria como el riesgo. Las conductas que desafiaban situaciones peligrosas se identificaron como prácticas de riesgo, pero se tomó distancia con el manejo epidemiológico en tanto conjunto de probabilidades de ocurrencia del evento en cuestión. Se incorporó la distinción entre *riesgo* y *peligro* sólo para separar analíticamente los factores y las acciones. La operación metodológica, o si se quiere, el procedimiento fue en dos movimientos vinculados entre sí; primero se partió de presupuestos teóricos sobre la distinción, para después regresar al punto de vista de los informantes; se mantuvo la diferencia respecto a que el peligro se utilizó más recurrentemente por los informantes, mientras que el riesgo se usaba en términos muy parecidos al de la jerga técnico-científica, es decir, a la probabilidades de un evento.

A la par, fue posible establecer la conformación de una masculinidad modelo en términos históricos, en la cual la clase, la raza y la etnia figuraron como horizontes valorativos que alimentaron dicho modelo. De este modo se fraguó una masculinidad blanca y dueña del capital, producto de un largo proceso histórico, abordado *grosso modo*. En cierto modo, las masculinidades en los jornaleros mantienen diálogos indirectos con la masculinidad representada por los dueños, los ingenieros y los mandos altos. Las nociones de “no sobajarse” ante las autoridades no es sólo una resistencia laboral propiamente dicha, sino también cultural, es contrahegemónica de las masculinidades subalternas, como las que se expresan en los jornaleros. Claro está, dentro de éstas también se producen otras resistencias del mismo tipo, como las masculinidades indígenas.

LAS MASCULINIDADES Y EL PELIGRO EN CONTEXTO

Las masculinidades se entienden mejor al ubicarlas en medios estructurales del escenario estudiado; en esta investigación, las representaciones sobre el ser varón se vincularon al trabajo agrícola; el mercado de trabajo, las condiciones de precariedad material y la violencia social exacerbada estuvieron presentes para describir y entender la conexión entre el peligro y la masculinidad. En principio, las condiciones objetivas de vida y la subjetivación de dichas circunstancias proveyeron un marco explicativo en el que la violencia, la inestabilidad del mercado de trabajo y la inseguridad policiaca estaban alimentadas por un orden de género.

El proceso histórico de construcción de los valores regionales que contribuyó a la idea de ser sonoreense estuvo acompañado con la masculinidad de los varones dueños del capital en los primeros campos agrícolas de los valles costeros, y la Costa de Hermosillo no fue la excepción. De tez blanca, descendientes de extranjeros, propietarios de grandes extensiones de tierra, los primeros colonos encarnaron una masculinidad que con el tiempo se volvió referencial; la exaltación del esfuerzo, la valentía y la conquista del desierto configuró, en el discurso oficial, el orgullo de los llamados “agrotitanes”. Ser dueños del capital, y que los peones los llamaran “patrones” representó una forma distinta de ser varón.

Junto con la modernización agrícola a lo largo del siglo XX, en la Costa de Hermosillo también hubo cambios en cuanto a los trabajadores. Según Alfredo Noriega, nieto de uno de los agricultores pioneros a principios del siglo pasado, los primeros peones que se emplearon eran indígenas yaquis o seris. Alrededor de

1950 se iniciaron las primeras contrataciones colectivas de trabajadores del sur de México, y aumentaron en la década siguiente, con la llamada revolución verde. De este modo, hubo un proceso de desplazamiento masivo de familias de jornaleros hacia la Costa de Hermosillo; la importancia de esto en los primeros campos agrícolas fue notoria, por las redes sociales que se establecieron entre ellas y con el patrón.

Aquí se constataron las sutiles y a veces marcadas diferencias en las configuraciones sociales. En un principio, la presencia femenina en el campo era tenue, y se expresaba con mayor regularidad como acompañamiento familiar. Las relaciones jerárquicas peón-patrón se desarrollaban con mayor proximidad, se gestaba un cierto grado de familiaridad, pero con el correr del tiempo se tornaron más rígidas y distantes, lo que provocó mayores fricciones. Existían espacios homosociales con límites claros respecto a la injerencia de mujeres. Las “curas”, las bromas en el trabajo estaban estructuradas alrededor de espacios masculinos, a diferencia de las jornadas laborales actuales en las que la convivencia mixta es más visible que la de antaño.

De este modo, a partir del trabajo agrícola se fraguaron categorías que sintetizan las diferencias en torno a una estratificación sociolaboral (peones, supervisores, mayordomos, administradores) y también han significado espacios de poder donde la balanza se inclina hacia los varones. Por ello, en las entrevistas algunas jornaleras asumieron o reprodujeron la simbología de masculinización cuando señalaban la necesidad de fajarse los pantalones al momento de dirigir cuadrillas de varones, y el objetivo era legitimar su condición de autoridad laboral. Las posibilidades de dominación de los varones nunca fueron o resultaron totales; las mujeres participaron de manera activa en los vínculos sociales al momento del ascenso laboral, la negación a aceptar determinadas tareas o de tomar decisiones. Las relaciones de dominación implicaron un equilibrio de poder cambiante, no siempre la sujeción fue determinante para el desenvolvimiento de ellas.

Dicho proceso no es ajeno a las formas en que se construyen los mecanismos de protección ante daños en el trabajo. La masculinización del espacio laboral está acompañada de una manera de entender y hacer frente al peligro. En la actualidad, con el apogeo de las exportaciones de productos hortofrutícolas, se ha abonado al desarrollo regional pero también a la fragmentación del mercado de trabajo. La precariedad e inseguridad laboral en los campos o viñedos la viven tanto varones como mujeres, las características del proceso de producción no ha favorecido a la protección de los/as trabajadoras; sino al contrario, contribuye a provocar accidentes. Si se considera dicha organización de dicho proceso como rasgo estructural en las dinámicas laborales, la conjunción de los sistemas de producción modernos y la paradoja de la precariedad laboral presentan escenarios que propician daños a la salud. En el discurso social, estos escenarios son considerados parte del peligro.

La precarización laboral propicia factores que impulsan o exacerbaban situaciones peligrosas. Así, la ausencia de seguridad social o lo endeble de ella, los sistemas de organización arcaicos, la falta de capacitación e información sobre el proceso laboral, la alta rotación de trabajadores/as y la hiperflexibilidad abonan a configurar escenarios propicios para generar daños. Es en la interacción de estos elementos materializados en conjuntos de entramados sociales en los cuales se producen lesiones diversas.

Al abordarse dos escenarios de estudio, la representación del peligro los atravesó a ambos: el centro laboral y el PMA. En algunos casos se entrecruzaron las situaciones y los factores que se identificaron como peligrosos, por ejemplo, el transporte de jornaleros/as que se origina en Miguel Alemán es fuente de incertidumbre al provocar daños derivados de accidentes, en ocasiones con desenlaces mortales; no es casual que a dicho sistema se le califique como factor de peligro, debido a la inseguridad de las unidades y del trabajo en general.

La construcción social del espacio en la localidad está guiada por las señales de alarma como la violencia. El hecho de que a algunos trabajadores se les etiquete como cholos, y que se explique la violencia de éstos por su residencia, refleja el vínculo que establecen entre los lugares citados y la categoría de peligro.

En dicho sentido, el PMA fue visualizado por los/as informantes de manera negativa, como lugar peligroso para vivir, en especial por la violencia masculina e inseguridad pública. Este hecho cobra sentido con la irrupción de la violencia macrosocial, y en términos territoriales en gran parte del país, en particular a partir de 2007, año en el cual se generó una escalada del crimen organizado (Guerrero 2009; Escalante 2010). En las últimas décadas, en México han proliferado las redes de distribución de drogas en pequeña escala, y el PMA no es la excepción.

En Miguel Alemán se registran varias formas de violencia social: la delincuencia, el narcomenudeo, las riñas callejeras y el ajuste de cuentas son ejemplos notorios. Se entiende que residentes del lugar lo cataloguen de peligroso, pues en su vida diaria experimentan dichas situaciones de alguna manera. La alta incidencia de delitos, así como también la cantidad de droga asegurada por parte de autoridades policíacas hace prever escenarios intranquilos desde el punto de vista de la seguridad pública. No es casual que mantenga una incidencia delictiva ligeramente superior a la de Hermosillo, y aunque hay diferencias notables entre varones y mujeres en el PMA, ellas delinquen más en dicha localidad en comparación con sus congéneres de la ciudad. La organización de pandillas juveniles es reflejo de una situación social que tiende a la crispación, en especial, a partir de un ambiente inseguro y violento. Cuando los habitantes recurren a la frase “¡todo bien!” es que desean serenar los ánimos, promover la cordialidad entre pares o suavizar una posible relación con extraños. El significado de la frase denota un uso generalizado, en tanto que son los varones quienes más la usan e implica una forma de respuesta ante situaciones que en determinado momento pueden demandar su condición de “hombre”.

Las condiciones laborales desfavorables y los problemas sociales del PMA se conjugan para generar daños a varones y mujeres; pero los primeros son los protagonistas en conflictos violentos mediante los cuales se expresan algunos daños, sobre todo los físicos. Las masculinidades se articulan e interactúan con dichos factores, así se configuran entramados de interrelaciones sociales específicas. Ser hombre implica adentrarse en dichas situaciones; algunos varones lo harán en tono desafiante, otros mitigando las carencias y las necesidades materiales con el cuidado y la responsabilidad.

EL PROYECTO GÉNERO Y LOS HITOS BIOGRÁFICOS

La cristalización del proyecto de género es inseparable de la biografía de los/as informantes, en especial sobre los episodios que influyeron los cursos biográficos subsiguientes. La manera en que se experimentaron las tensiones, entre los patrones estructurales de género (las normativas sobre la masculinidad o feminidad) y la capacidad de obrar en una situación dada, estuvo relacionada con la configuración de las circunstancias decisivas en la vida de los/as informantes. En dicho sentido, fue necesario identificar la manera en que interactuaban las condicionantes sociales en los itinerarios biográficos de los/as entrevistadas.

Los itinerarios reflejaron tensiones que implicaron un conjunto de decisiones y eventos que los marcaron de uno u otro modo. En combinación con lo anterior, los puntos de inflexión fueron cruciales en la confrontación con los desafíos y la socialización de los imperativos masculinos; mostraron las resistencias a los significados del “ser hombre”. Las experiencias biográficas estuvieron situadas en entramados sociales que relajaron el cuidado ante el daño, debido a las prioridades que se jerarquizaron. Si bien, las condiciones de vulnerabilidad (la seguridad social endeble, el mercado de trabajo inestable y la ineficacia de las políticas sociales contra la pobreza) presentan un marco propicio para los factores de daño, los significados de género juegan un papel importante para el despliegue de las prácticas de atención y cuidado. En principio, el abandono escolar es una estrategia para enfrentar las penurias y carencias materiales, pero también implica la reproducción de ideologías que enfatizan las diferencias de género. En los varones recae primero la

expectativa de que podrán sortear los factores de peligro de mejor manera que sus hermanas o esposas, por ejemplo. El abandono escolar significó para los varones y para las mujeres enfrentarse al mundo laboral desde muy jóvenes, la expectativa familiar en cada caso fue diferente.

Las nociones subjetivas del peligro y las conductas consecuentes de riesgo se construyen en interacción constante con hitos biográficos. En la socialización primaria se configuraron escenarios en los que operó, en la práctica, la división social de los sexos. Las actividades lúdicas en algunas experiencias infantiles de los informantes implicaron la separación respecto a las actividades que se consideraban idóneas para varones. Pero dicha separación contenía nociones de temeridad, valentía y arrojo, por esa razón la justificación para no dejar que las niñas jugaran se supeditaba a la idea de que ellas tenían miedo. El caso de Jesús y sus hermanos intentando bajar miel de los panales de los árboles, y dejando a las niñas del campo fuera de la “jugada”, porque según ellos eso no era para mujeres, refiere cómo las ideologías de género operan en las prácticas. La experiencia vivida en una etapa biográfica como la niñez estuvo alimentada por el orden de género, que estructuraba las prácticas y no se remitía sólo a reproducir un discurso sobre la “hombría”, en tanto noción especial de la valentía. La interacción entre el discurso y la práctica en las normativas se van expresando a lo largo de la vida de los jornaleros. El juego aparente en que don Pascual aplastaba una ficha de cerveza en el brazo de su nieto, junto con las risas de complicidad de ambos, configuró un espacio propicio para que funcionara el imperativo ¡los hombres no lloran!, aunque se trataba de una broma en el contexto del juego de un adulto con un niño, el señalamiento del abuelo sobre el aguante ante el dolor resultó una prueba, que simbolizó la inculcación de una manera de encarar situaciones difíciles.

Ninguno de los casos anteriores dicen algo por sí solos, sino que advierten la manera en que se concatenan las relaciones que estructuran las situaciones. El juego entre los/as niños/as, según Jesús, era poco supervisado por los adultos, los espacios de libertad estaban sujetos a los límites del campo, de ahí la poca vigilancia de los padres. Las relaciones vecinales eran más estrechas, y en ocasiones se basaban en lazos consanguíneos. Por otro lado, la interacción entre el abuelo y el nieto se fraguó durante una reunión familiar, que en el PMA suelen ser intensas, porque las interacciones entre los participantes son constantes. Se expresan distintas formas de entretenimiento o actividades de ocio como los juegos de lotería y la convivencia con base en el consumo de cerveza. En ambos casos, la inculcación de una manera de entender la masculinidad, y de llevar a cabo las relaciones entre varones y mujeres está enmarcada por normativas destinadas a regular el comportamiento; como cuando los niños impusieron la separación de juegos entre ellos y las niñas, y también la forma en que el abuelo transmitió la idea del aguante masculino ante un daño posible.

En el lugar de trabajo fue donde se expresaron con mayor contundencia las normativas frente a los daños. La transición de la etapa de niñez al mundo adulto implicó incursionar en el trabajo agrícola; la incorporación temprana a éste en sus distintas modalidades (en vacaciones, en compañía de algún familiar o en solitario) significó que aprendieran lo que era el trabajo rudo, a sortear las inclemencias del clima y a cuidarse de los animales. Desde pequeños/as, varones y mujeres se incorporaron al trabajo en medio de las limitaciones económicas, del semiabandono familiar recurrente y la deserción escolar. La interacción entre el trabajo y los eventos biográficos nunca cesó; la vida laboral está estrechamente relacionada con las experiencias de movilidad espacial y la unión conyugal.

La masculinidad, entendida como ubicación en el espacio social de género y no sólo de adscripción a la categoría “hombre”, y el trabajo se vinculan al representar un recurso de poder. Por ejemplo, cuando los niños excluyeron a las niñas de actividades consideradas dañinas para ellas, la situación escondió la estrategia de reproducir la segregación, para evitar que las mujeres accediesen a recursos; se les protegía del peligro de las abejas, pero también se trataba de que no participaran en el reparto de la miel.

En este contexto, la vulnerabilidad y la experiencia precaria en términos materiales y de susceptibilidad a los daños acompañaron a los/as informantes en gran parte de su vida. En los varones, la inculcación del deber ser, en términos del trabajo, puede ser un paliativo para el sentido de pertenecer a la categoría de “hombre”, porque implica la responsabilidad como proveedor; ante dichos medios adversos (carencia económica, accidentes e inseguridad), la actividad laboral es una de las fuentes de reafirmación del ser “hombre”. Batista encontró que en Brasil los varones que no cumplen con los imperativos de proveeduría, y con ello una vía de acceso al poder, por ejemplo los negros de baja escolaridad, son quienes tienden a desarrollar comportamientos que desencadenan muertes violentas y conductas de riesgo (2000).

La idea y autopercepción sobre lo que es ser “hombre” se ha constituido a lo largo de sus trayectorias biográficas en respuestas constantes a los medios adversos; en la arena de las relaciones sociales de género, superar las dificultades representa una forma de alivianar las expectativas sociales respecto a la condición de varones.

Aunque en las mujeres existe una inculcación que enfatiza las imágenes tradicionales sobre la función social en tanto hacedoras del hogar y la crianza, en los hechos muchas han invertido sobreesfuerzos, y sus experiencias biográficas están marcadas desde niñas por el trabajo agrícola, la movilidad espacial, las rupturas familiares, es decir, lo que se podría llamar medios hostiles. La vivencia de la penuria y la adversidad también la comparten con sus compañeros, con la diferencia de que ellas asumen que hacen cosas que no les corresponden y, ante dichas situaciones, se autoelogian.

Los antecedentes sociales de la inserción de las mujeres al mundo del trabajo muestran las formas en que se les había sujetado al ejercicio de la autoridad laboral. La fuerza de trabajo femenina en los campos agrícolas apareció desde que éstos se cubrían de blanco por el cultivo de algodón. No obstante, la diferencia es que antes existía mayor control en su inserción y, sobre todo, era requisito hacerlo junto a familiares, hoy las mujeres pueden trabajar sin su esposo o pariente. La masificación de jornaleras en la región a finales del siglo XX y principios del actual obedeció a varios factores: a) el auge de las agroexportaciones y, por ende, la necesidad de más mano de obra; b) las crisis económicas cíclicas del país, junto con periodos de desempleo causado por el cultivo anual de la vid y c) el reforzamiento en el imaginario colectivo de la idea de que las mujeres son mejores en labores delicadas. Sin embargo, el mundo del trabajo agrícola sigue siendo masculino, las referencias a la actividad remunerada femenina están alimentadas por un discurso que las ubica como complemento de la proveeduría masculina, aunque en los hechos no sea así.

En tanto momentos biográficos, las movilizaciones espaciales han tomado un papel relevante en los varones entrevistados; hubo diferencias en los grupos de los/as entrevistadas en cuanto a los desplazamientos. Fueron más los varones jóvenes quienes salieron del terruño hacia algún lugar de la Costa o de Sonora; en cambio las mujeres permanecieron más tiempo en el PMA, sólo hubo quienes tenían antecedentes de migración interestatal, pero en décadas pasadas. Como Rosas (2008) lo constató sobre la migración veracruzana, la idea de la masculinidad representada en la valentía para afrontar retos en el proceso de desplazamiento parece estar interactuado para decidir emigrar. Si bien en algunos casos los adultos mayores disminuyen la movilidad, siempre pende en el aire tal posibilidad.

Por otro lado, los procesos que vivieron en torno a la conyugalidad estuvieron marcados por la necesidad en los varones de validarse como proveedores, formar una familia les significó pasar la prueba de fuego como “hombres”. El hecho de unirse a una pareja implicó la necesidad de emplearse de manera regular en una labor y restringirse en los gastos personales; algunos vivieron la exigencias de sus parejas para que cambiaran sus hábitos de solteros (salidas nocturnas, juergas y prácticas de alcoholización). Los varones de más de 40 años experimentaron dichas exigencias con mayor resistencia.

Para las mujeres, la conyugalidad simbolizó sometimiento y resistencia al orden de género. Los proyectos biográficos de las jóvenes están constreñidos por el vínculo conyugalidad-compromiso, pero también algunas pudieron romper los lazos con sus parejas masculinas y establecer otros. Las mujeres de mayor experiencia vivieron las marcas del orden de género tradicional: reconocimiento del empleo femenino siempre y cuando se hiciera al lado del marido o de algún familiar, y la sumisión en las decisiones capitales en el grupo doméstico. Las jóvenes, entre 18 y 30 años, señalaron la necesidad de separarse si el varón no respondía como marido, en especial sobre la responsabilidad de proveer. En el trabajo es posible que algunas, sobre todo en dicho rango de edad, se resistan a trabajar al lado del marido. Las distintas posiciones frente a la autoridad masculina resultaron en relaciones diversas entre varón-mujer. Frente a las resistencias de ellas, sigue operando con fuerza la ideología de género que implica la sumisión al varón, la obligatoriedad del trabajo doméstico y maternal. En las representaciones de la feminidad, se erigen discursos del sacrificio en pos del bienestar de los hijos. Las entrevistadas expresaron ideas respecto a la necesidad de hacer cualquier cosa en pos del bienestar de su hijo/a. Toda proporción guardada, hay semejanzas entre las jornaleras temporales estudiadas por Arteaga en la región vitivinícola chilena (2000), existe un proceso de reivindicación de la autonomía, libertad e independencia de las mujeres.

El aumento de la jefatura femenina, el mercado de trabajo agrícola inestable y la incidencia de políticas sociales para empoderarlas son factores que interactúan para causar fisuras en la autoridad masculina tradicional. Las jóvenes tienen mayores recursos para enfrentar las situaciones de crisis del orden de género regional; pero, a menudo no es tan fácil flexibilizar los lazos culturales transmitidos de una generación a otra. De acuerdo con los datos obtenidos en las entrevistas, las mujeres entre 27 y 40 años cuestionan y tratan de no seguir el patrón de sus madres respecto a someterse a la autoridad del marido, incluso arguyen su determinación de separarse si sus parejas les son infieles. Las de mayor edad, sobre todo quienes tenían pareja, señalaron la obligatoriedad de seguir con el esposo, pero con discursos más igualitarios en el sentido de compartir las decisiones importantes, sin embargo, reconocieron que de jóvenes eso no fue así.

LA DI-VISIÓN GENÉRICA DEL TRABAJO

El funcionamiento de la estructura normativa se expresa gracias a las distinciones genéricas en el discurso, por ejemplo la que sustenta la organización social de trabajo según el género se basa en las dicotomías: débiles-fuertes, obedientes (dóciles)-problemáticos, pacientes-desesperados, delicadas-toscos; no significa que quién y, por lo tanto, determinen la distribución de las actividades laborales, sin embargo ejercen un tipo de influencia. La separación de las tareas se justifica según la idea generalizada de la debilidad, habilidad, paciencia o cuidado frente a lo atrabancado y la fuerza de los varones. En algunas ocasiones los jornaleros identificaron inconsistencias al detectar que según la conveniencia se usaba el discurso de la separación por sexo. Para algunos informantes, la separación basada en los criterios dicotómicos de la “naturaleza de los sexos” se utilizó para tener mayor acceso a las mujeres, en especial, los ingenieros. La eficacia simbólica no es menor, y dichos discursos operan también como justificadores al momento de seleccionar a los varones para las faenas mejor remuneradas. De igual modo, forman parte o más bien alimentan los estereotipos de género, los cuales se reproducen a partir de la segmentación del mundo laboral en masculino y femenino.

Dichas di-visiones tienen relación con los estereotipos y los recursos del poder, pues implica que los varones tienen la fuerza, la capacidad, la razón y la experiencia. La idea de la debilidad de las mujeres y la fuerza del varón determina que sean ellas quienes, en primera instancia, se encarguen del corte, empaque y amarre, de apuntar la productividad o llevar a cabo la mojada de racimos. Los/as jóvenes son quienes realizan dichas actividades pero, de antemano, las preferencias están depositadas en ellas. Los criterios se basan en ideologías de género respecto a la paciencia, la delicadeza y la responsabilidad que se cree que poseen por el

solo hecho de ser mujer. A veces las autoridades de los campos establecen la separación de las labores para evitar las interacciones entre ambos géneros y, por ende, según ellos, los problemas. Esto origina resistencias y fricciones de los varones, por el posible acoso de los mandos medios hacia las trabajadoras. La construcción de las dicotomías, en especial masculino-femenino y los significados derivados tienen efectos distintos según la configuración social, incluso en el trabajo agrícola.

Los varones jóvenes se acercan al estereotipo construido socialmente del huevón; son propensos a quedar desempleados algunos días de la semana. Se produce un discurso frente a las prácticas de irresponsabilidad de sus compañeros, en el que se exalta la condición de poderío para enfrentar las circunstancias de jefatura familiar. Por ello, algunas jornaleras dicen que son más cuidadosas, más delicadas y pacientes para los trabajos, y a la vez delatan la realidad de que pueden realizar tareas consideradas masculinas como “la anillada”.

Es normal que la mayoría de los varones realice faenas pesadas, y sean los mandos medios del viñedo (varones) los que promuevan formas diferenciadas de trabajar en el surco, para ellos y ellas. Si las nuevas versiones del comportamiento genérico les permiten a ellas trabajar en tareas pesadas, se considera una excepción a la regla, siempre y cuando los riesgos posibles sean absorbidos por la misma novedad del hecho, es decir, pueden ser excusadas de toda responsabilidad, “porque las mujeres no nacieron para eso”. Si se accidenta fue por falta de experiencia, no atribuible a la persona en particular sino a su condición de mujer.

La división del trabajo entre los varones se extrapola a los quehaceres domésticos, pero en función de la participación de sus compañeras en el trabajo agrícola, es decir, se sobreentiende que ellos no están “destinados” a lavar, hacer comida o barrer. Cuando hay desempleo masculino y el mercado laboral requiere a las mujeres, los varones se encargan de algunas cosas del hogar, como preparar comida o lavar. Las representaciones respecto al carácter femenino de ciertas tareas domésticas como lavar, cocinar o asear encuentran resistencias por parte de los varones, eso no significa que no las realicen, pero cuando lo hacen experimentan lo que llaman la “vergüenza”, que supone la cohibición por la mirada de los demás, y de lo que significa. Al sentir que hacen tareas consideradas femeninas, de alguna manera está en el aire la posibilidad de que eso les reste virilidad en la relación con la esposa.

LOS MODELOS MASCULINOS

Durante el proceso de investigación se documentó la presencia de dos fuerzas normativas plasmadas en modelos masculinos; el funcionamiento de éstas se basa en la matriz de la masculinidad occidental cuyos rasgos principales son, por un lado, la supremacía simbólica y material de los varones frente a las mujeres y, por otro, la construcción de una identidad heterosexual. Es parte de lo que Connell llama masculinidad hegemónica.

En una colonia de Ciudad Victoria, Tamaulipas, Missael Hernández (2004) registró la referencia a dos clases de varones, los hombres cabrones y los responsables, a los primeros se les relacionó con la capacidad de conquista sexual, la habilidad reconocida socialmente para el trabajo y el valor para los conflictos interpersonales; en cambio, la segunda categoría aludía al cumplimiento de la proveeduría familiar y el compromiso con la crianza y las tareas domésticas. Dichas etiquetas, como las llama el autor, son parecidas a los hombres que “les vale” y los responsables del PMA, y como lo apunta Hernández (2012, 27), en sí mismas las etiquetas no describen algo más de lo que se dice que se hace.

Para el contexto de estudio, cada modelo resultó, según el caso, expresión positiva o negativa desde el punto de vista normativo de la masculinidad, construido por el discurso y la práctica social, en el sentido de enfatizar o demeritar –según la situación– los valores adjuntos a la matriz sociocultural ya descrita. Dicho de otro modo, existen efectos que son valorados positivamente cuando se exalta la responsabilidad o cuidado de

los varones, o por lo menos una ética de cuidado de sí y de los demás (MVR); y otros valorados de manera negativa, cuando se expresa el desdén al cuidado o a la responsabilidad, y se promueve el arrojo para enfrentar los desafíos al peligro (MVD). Las evaluaciones son colectivas, los individuos son quienes las realizan aunque éstas pueden ser un tanto ambiguas; la representación de la valentía, por ejemplo, se asocia a los dos modelos, pero tiene mayor carga valorativa desde el punto de vista de rechazo social en el MVD, por la irresponsabilidad que implica.

Para analizar la fuerza de los modelos fue preciso referir a un proceso hegemónico, derivado de una matriz sociocultural, que refuerza y legitima la autoridad masculina de los jornaleros. En la construcción de la hegemonía masculina se desarrollaron situaciones críticas que derivaron en ánimos crispados y un ambiente de violencia; en dicho sentido, la hegemonía mostró dos caras de una misma moneda. La construcción de significados derivados de imágenes estereotipadas terminó por presentar modalidades. El aspecto que se puede llamar positivo: la exaltación del varón trabajador y responsable; y otro negativo: la proclamación de la valentía en tanto valor de la hombría y el desdén ante la responsabilidad y el cuidado. Dichos horizontes de significado mostraron conexión con las prácticas, cuando se observaron las acciones en el fluir de la vida diaria, y se interrogó a los entrevistados sobre ellas, aunque de ningún modo representan estándares culturales a los cuales los agentes se adscribieron todo el tiempo de manera monolítica. Una idea sencilla se desprende del análisis en esta investigación: los modelos masculinos pueden promover o desinhibir prácticas y discursos frente a factores de peligro. Pero dicho proceso no es automático ni carece de tensiones y contradicciones. La etapa de vida y edad contribuyen para modular los efectos del modelo y, por tanto, de las respuestas al peligro. Las interrelaciones sociales en las que se expresan los modulan y matizan los efectos o la significación de los modelos.

Al analizar las normativas de género emergió la referencia a la asunción de obligaciones en un entramado de relaciones, en este caso, en la lógica de la matriz de la masculinidad hegemónica; de ahí que se convierte en una ética, una forma de asumir las prescripciones centrales en tanto varones, la responsabilidad frente al trabajo y, por ende, ante la familia, que está concatenada con la autoridad masculina. Es quizá una reticencia de lo que, por falta de un término mejor, Miranda (1998) llama “patriarcado ético”, el cual es resultado de un proceso.¹⁴⁴

El varón responsable (MVR)

El modelo del varón responsable reivindica al hombre comprometido, trabajador y cuidadoso en sus acciones y respetuoso de los demás. Los jornaleros entrevistados tuvieron claro que una de sus obligaciones ineludibles era trabajar, aunque experimentaran padecimientos agudos o molestias incapacitantes.

Los varones no se ocupan únicamente de las faenas agrícolas, no obstante, son las principales con las que se enfrentarán gran parte de su vida. Con ello se gesta la idea de la proveeduría y responsabilidad frente a sus familias, ya sea de origen o la propia. Los jornaleros de viejo cuño, quienes desde pequeños fueron socializados en el mundo campesino, con el lazo simbólico a la tierra, mantienen viva la imagen de la inseparabilidad de la condición masculina y su responsabilidad con su trabajo y la familia. En los jóvenes, quienes se socializaron si bien con referentes al ámbito agrícola, en los que su pasado campesino se encuentra erosionado; la inculcación al trabajo es más endeble, la obligatoriedad sigue operando, pero ya no con la misma fuerza que experimentaron sus padres. Los adultos maduros, nacidos en las décadas de los años cincuenta y sesenta, vivieron su pasado campesino en las postrimerías del siglo XX, en algún lugar fuera de las tierras costeñas, cuando el PMA aún no se formaba como tal; para los que nacieron o vivieron desde pequeños

¹⁴⁴ En la época colonial ocurrió una transformación gradual de la masculinidad, que exaltaba la valentía, el desenfreno sexual y la arrogancia, por otra de corte responsable –del padre como proveedor–, de mayor autocontrol y de una “conducta pública intachable” (Miranda 1998, 213).

en la localidad, el imperativo sobre el trabajo ya no fue tan categórico. Jesús, José y Sigfredo experimentaron involuntariamente periodos largos de paro laboral pero, a diferencia de Felizardo, Reyes o Anastasio, la problematización de su desempleo fue menor, mientras que los últimos siempre arguyeron su obligación ineludible al trabajo.

En los varones mayores, la respetabilidad como valor masculino cobró relevancia. No decir majaderías o palabras impropias frente a las mujeres y evitar conflictos públicos con éstas, son algunas de las ideas respecto al deber. El MVR incentiva la idea del “hombre” correcto, justo, ecuánime, sabedor de sus acciones y, a la vez, en los discursos pueden existir expresiones de equidad con sus compañeras. Es lo que De la Cruz (1999) documentó con el término de hombre cabal, cumplidor para el contexto chiapaneco indígena. El prestigio en este modelo está dado por el desempeño en los ámbitos familiar y laboral: ser responsable, cuidadoso de sí y de la familia (administrar adecuadamente su dinero, no ser borracho o marihuano); dicha situación representa la reputación honorable. La proveeduría es vista en términos de obligación social y también de presunción, de orgullo. Ser un buen trabajador, rendidor y mediador puede ser un buen inicio para el reconocimiento y ascenso laboral.

La inculcación o imperativo de la responsabilidad va de la mano con las nociones del cuidado en el ámbito personal, pero además en el social, la conducción de las vidas debe ser responsable para prever los efectos de sus decisiones en los demás. Las condiciones de crispación constante, el ambiente tenso por conflictos interpersonales favorecen el reforzamiento de la noción de cuidado. Es en este punto que el peligro se configura como una amenaza para los demás, aunque no necesariamente para ellos mismos, pues representa un desafío en primer momento, que deriva de la matriz sociocultural de la masculinidad, no obstante, el MVR promueve una visión altruista para enfrentarlos. No se eluden las situaciones que pueden generarles daños, sino que se justifican en pos de la protección de los demás (salvaguardar el empleo y, por ende, el bienestar de la familia).

El cuidado de sí está relacionado con una ética masculina que implica responsabilidad, buen juicio y cuerpo sano. Para este modelo se es valiente en tanto existe la noción de protección a los demás, se confrontan los peligros pero como última medida, y deambula la noción de vulnerabilidad aunque sea de manera sutil; la responsabilidad tiene más peso en términos del prestigio. Hay nociones de igualdad o por lo menos relaciones más equitativas frente a las mujeres. Por ello se comenta la necesidad de ser considerados con ellas, puesto que algunas son trabajadoras y es menester tratar de ayudar en las tareas domésticas. Si bien, en los relatos existía el reconocimiento tácito del trabajo femenino, y en cierta medida su aprobación, al final del día se consuma una visión tradicional en el sentido de que a pesar del empleo femenino, los varones mantienen la expectativa sobre las actividades que les están conferidas social y culturalmente (preparación de alimentos, crianza, limpieza del hogar).

A la par, existió la creencia, en el marco de este modelo, de evitar aprovecharse de la condición de ser “hombre”, en especial sobre las mujeres y los permisos para que laboren. Sólo en situaciones críticas se tolera que trabajen, en cuyo caso es detestable que un varón se aproveche de los ingresos obtenidos por su pareja. El resquebrajamiento de dicho imperativo ocurre, en parte, gracias a las condiciones estructurales del mercado de trabajo, que se vuelve selectivo; se presenta con mayor periodicidad el desempleo masculino y el empleo femenino.

El varón descuidado (MVD)

Con la frase imperativa “¡bríncale no seas culón!”, con la que un padre se dirige a su hijo pequeño, para que saltara un charco de agua, se sintetiza la expectativa social hacia los varones, para enfrentar situaciones difíciles sin ambivalencias. Fue también elocuente la sonrisa irónica de una joven cuando sus compañeros de

trabajo confesaban que andaban en bicicleta de manera temeraria por las calles del PMA; la exclamación de ella al escucharlos fue más que significativa: “¡hombres tenían que ser!”

El MVD se refiere al conjunto de significados que promueven una manera de definir o entender el ser varón: descuidado, irreverente e irresponsable en la calle, en el hogar o en el trabajo. La violencia y la valentía se conjugan para presentar prácticas y representaciones que suponen nociones de arrojo, temple o situaciones temerarias. Se ha configurado un imaginario social en el cual el desgaste físico y la confrontación a medios adversos han alimentado el aspecto “negativo” de la matriz de la masculinidad. El trabajo representa un medio para acceder a recursos económicos, pero no necesariamente al prestigio. Existe un discurso entre mujeres que tiende a estigmatizar las prácticas de algunos varones. Pero también en el seno del modelo se gesta –para los varones– una visión favorable de ciertas conductas, como el de derrotar a un adversario de manera simbólica y física, el honor masculino es prestigio ante pares, aunque a la luz de otros varones o mujeres pueda ser catalogado como un extremo innecesario, en especial las peleas.

El MVD reproduce la noción de valentía, la cual se puede demostrar por presunción, para decirles a los demás que se es “hombre”; también implica prácticas colectivas y no sólo actuaciones o dichos individuales. En las representaciones flota la creencia de una invulnerabilidad ante daños; Damián lo recordó cuando señaló que algunos jornaleros creen que no les pasará nada aunque no se cuiden de los agroquímicos.

En el ámbito del peligro se censura a los jornaleros que expresen miedo, que es el termómetro social de la masculinidad descuidada. La valentía es la demostración del valor como antítesis del miedo, de la cobardía. No cualquier tipo de miedo se censura, pero el de sufrir algún daño deberá ser menor que la gratificación por ser reconocido como muy “hombre”. Se puede admitir que se tiene miedo pero cuando aflora una sonrisa significa una cierta apertura emocional, con la que se reconoce que los hombres también tienen miedo.

La valentía conlleva también una acción opuesta a la cobardía, como no tener miedo en el surco ante animales venenosos, pero quizá las acciones que más implican una práctica valiente son las peleas. Ante una riña, si alguien se retira aflora un discurso estigmatizante al ser tachado de “culón”, es decir, que tiene temor. Cuando una informante joven señaló que ante una situación de conflicto interpersonal tenía que enfrentar a su rival porque de otra manera sería señalada de “culona”, pensé que la categoría del ser valiente después de todo también operaba con cierta fuerza en las mujeres. Como se trató de dejar claro, las mujeres y, en especial las jornaleras jóvenes, se encuentran en procesos de inserción al mundo laboral masculino, y lo hacen incorporando códigos y prácticas que las reivindican en ciertos espacios como la calle o el trabajo. Si bien, a decir de Matthew Gutmann, no se trata de considerar a las mujeres como simples extensiones de sus maridos u otros varones (2000, 43), una vía de acceder a espacios homosociales para las jornaleras es demostrar prácticas valientes y, por ende, de desdén hacia el cuidado personal. Con Rubí se ilustró la manera en que una mujer asumió prácticas de arrojo (era irreverente con las autoridades de los campos, reñía en las calles, se alcoholizaba al son de la música norteña, mantenía relaciones amorosas clandestinas omitiendo los efectos-materializados en daños) en un contexto masculino. Dichas prácticas no son interpretadas en términos de la valentía per se, sino están condicionadas por un conjunto de categorías cognitivas que le dan sentidos diversos a tales acciones en el marco del sistema de género; al tratarse de enfrentamientos directos, el no ser “culón/a” es equiparable a ser valiente. A la vez, el arrojo, la imprudencia o la irreverencia se pueden entender como trasgresores para las mujeres, y normales para los varones, en el marco del MVD.

El MVD es la antítesis del MVR, el ideal de la valentía no es monolítico pues aunque implica situaciones de arrojo, violencia y determinación, en caso de falla o farsa de la práctica valiente, hay posibilidad de retiro. Es claro que la valentía masculina –entendida no como atributo sino como práctica– no se despliega en todos los varones. Los sistemas de ubicación en el espacio social de género, por medio del modelo del varón responsable, promueven formas de cuidado y atención ante los daños.

Las categorías sociales que se apoyan en este modelo son las del cholo, el marihuano y el baquetón (sinvergüenza). También existe un discurso social normativo productor de una imagen negativa del PMA, y la presencia de dichas categorías están asociadas con la masculinidad y la violencia. Algunas mujeres, además refirieron la tríada del desprestigio: celoso-huevón-borracho, para resaltar el aspecto negativo de los hombres del PMA; es decir, el significado de dichos términos está orientado a evaluar a los varones ante prácticas que ponen en jaque la masculinidad en su acepción positiva.

La hegemonía estuvo acompañada por procesos contrahegemónicos embrionarios, es decir, de formas que trataban de instaurar la necesidad y obligación de los varones para alejarse de los dos polos de la masculinidad hegemónica. Cuando algunos entrevistados reconocían que buscaban mejor trato para sus parejas, o el reconocimiento de la obligación de ambos para la proveeduría, por lo menos en el discurso ellos trataban de salirse de los ideales de género.

En suma, lo presentado aquí recogió los postulados y reflexiones principales de los estudios de género y, en especial, sobre la masculinidad. El interés fue discutir, a la luz de hallazgos empíricos, las configuraciones que se establecen y se vinculan con las normas de género sobre la masculinidad. El abordaje sobre el peligro permitió constatar la fuerza de dichas normativas. El contraste empírico se buscó en las mujeres, en términos de las representaciones sobre las prácticas sociales en el cuidado. El peligro y las relaciones sociales de dominación cobraron relevancia analítica al momento de documentar los conflictos interpersonales en el trabajo o la comunidad, y de las renegociaciones de las mujeres frente a los varones. La construcción analítica de los modelos ayudó a documentar las creencias que intentan insertarse en el imaginario colectivo como el ideal para lograr. La resistencia a ser el único proveedor en el grupo doméstico, y a la vez evitar prácticas temerarias, imprudentes, fueron situaciones que se asomaron en la realidad social de los informantes. El estudio del peligro en relación con la masculinidad incluyó las prácticas de la valentía (el registro fue en su mayoría por el discurso), las alusiones al miedo y los conflictos interpersonales. La configuración espacial del lugar, en el contexto nacional de violencia, contribuyó para reforzar los estereotipos masculinos dentro de la localidad relacionada con la inseguridad y el peligro social. De este modo, tanto el funcionamiento de las dicotomías para reforzar la división del trabajo entre varones y mujeres, las relaciones sociales de dominación masculina y el proceso hegemónico de la masculinidad estuvieron influidos por las características históricas y sociales del PMA. Dichos elementos están en función de los entramados sociales, es decir, cómo se configuran las relaciones sociales, de ahí que los estereotipos, los modelos y las ideologías, nunca permanecen fijas y mucho menos reproducen la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboites, Luis. 2013. El norte entre algodones. Población, trabajo agrícola y optimismo en México 1930-1970. México: El Colegio de México (COLMEX).
- Acosta, Leticia. 1990. El poblado Miguel Alemán. Una propuesta de líneas a investigar. En *Memorias del Simposio de historia y antropología XIV*, 107-117. Hermosillo: UNISON.
- Almada Bay, Ignacio. 2011. *Sonora. Historia breve*. México: COLMEX.
- Aranda, Patricia. 2014. De espacios y violencias: vida cotidiana de jornaleras en comunidades del noroeste de México. *región y sociedad* (número especial) 4: 189-216.
- Arellano, Ma. del Carmen. 2014. Violencia laboral contra jornaleras agrícolas en tres comunidades del noroeste de México. *región y sociedad* (número especial) 4: 155-187.
- Arteaga, Catalina. 2000. *Modernización agraria y construcción de identidades*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, Plaza y Valdés.
- Barrera B., Dalia y Cristina Oehmichen (editoras). 2000. *Migración y relaciones de género en México*. México: Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Beck, Ulrich. 2001; 2002. *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, Ulrich. 1998; 2006. *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann. 2006. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bertaux, Daniel. 1997. *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Blanco Arboleda, Darío. 2008. *La cumbia como matriz sonora de Latinoamérica. Los Colombias de Monterrey-México (1960-2008). Interculturalidad, identidad, espacio y cuerpo*. Tesis de doctorado, COLMEX

- Bourdieu, Pierre. 2000a. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 2000b. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre. 1999. Efectos de lugar. En *La miseria del mundo*, dirigida por Pierre Bourdieu, 119-124. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Bourdieu, Pierre. 1988. La ilusión biográfica. En *Historia y fuente oral*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Memoria y Biografía (2).
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brannon, Robert. 1976. The male sex role: our culture's blueprint of manhood, and what it's done for us lately. En *The forty-nine percent majority*, editado por D. David y R. Brannon. Reading: Addison-Wesley.
- Burin, Mabel e Irene Meler. 2000. Varones, género y subjetividad masculina. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- C. de Grammont, Hubert. 2007. Las empresas, el empleo y la productividad del trabajo en la horticultura de exportación. En *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, coordinado por María I. Ortega, Pedro A. Castañeda y Juan L. Sariego, 15-46. México: CIAD, Fundación Ford y Plaza y Valdés.
- C. de Grammont, Hubert. 1992. Reflexiones sobre el mercado de trabajo en el campo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología* (1): 49-58.
- Calvario, Eduardo. 2016. La construcción social del peligro y el género en los jornaleros y las jornaleras agrícolas del poblado Miguel Alemán, en Sonora México. *Culturales IV* (1): 33-60.
- Calvario, Eduardo. 2015. Las jornaleras agrícolas del poblado Miguel Alemán y el control social masculino. En *Relaciones roles e identidades de género en Sonora*, coordinado por Rafael Pérez Ríos, Felipe Mora y Olga Barragán, 73-89. México: Pearson.
- Calvario, Eduardo. 2014. Una mirada a los daños a la salud: las lesiones y género en la Costa de Hermosillo. *Epistemos* 17: 50-55.
- Calvario, Eduardo. 2012. ¡Es la lengua que no los deja! La construcción de sentido en la masculinidad. En *De masculinidades y mujeres en México algunos des/encuentros Cuaderno de trabajo* (10), coordinado por Felipe Mora y Eduardo Calvario, 144-173. Hermosillo: UNISON.

- Calvario, Eduardo. 2011a. Las masculinidades y construcciones de sentido en jornaleros/as del poblado Miguel Alemán, Sonora. En *Masculinidades en el México contemporáneo*, coordinado por Óscar Missael Hernández, 147-158. México: Universidad Autónoma de Tamaulipas (UAT) y Porrúa.
- Calvario, Eduardo. 2011b. Entre muerte y olvido en adultos mayores de la Costa de Hermosillo, ¿migrantes pioneros y/o mochileros “teporochos”? En *Memoria del XVII Simposio de historia, migración y poblamiento en el noroeste de México*, 337-343. Hermosillo: Sociedad Sonorense de Historia.
- Calvario, Eduardo. 2007. Masculinidad, padecimientos y riesgo laboral en jornaleros agrícolas del Poblado Miguel Alemán, Sonora. *región y sociedad* XIX (40): 40-72.
- Calvario, Eduardo. 2003. Masculinidad, riesgos y padecimientos laborales. Jornaleros agrícolas del Poblado Miguel Alemán. Tesis de maestría, COLSON.
- Calvario, Eduardo y Rolando Díaz. 2015. Mortalidad masculina y género. Un acercamiento a la región de la Costa de Hermosillo, Sonora. En *Relaciones roles e identidades de género en Sonora*, coordinado por Rafael Pérez Ríos, Felipe Mora y Olga y Barragán, 90-108. México: Pearson.
- Calvario, Eduardo y Gilda Salazar. 2005. Impactos de la migración en las dinámicas de género en familias migrantes: el caso de la Costa de Hermosillo. Sonora: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-CIAD, mimeo.
- Cameron, Elaine y Jon Bernardes. 1998. Gender and disadvantage in health: men's health for a change. *Sociology of Health & Illness* XX (5): 673-693.
- Carabí, Ángels. 2000. Construyendo nuevas masculinidades: una introducción. En *Nuevas masculinidades*, editado por Martha Segarra y Ángels Carabí, 15-27. Barcelona: Icaria.
- Castañeda, Xochitl y Patricia Zavella. 2002. Redibujando el cuerpo de las mujeres mexicanas que trabajan en el agro de California. California: Policy Research Center y Latino Studies Department, U.C. Santa Cruz, mimeo.
- Castro Luque, Ana Lucía. 2015. Travesías azarosas. Relato demográfico del siglo XX sonorense. México: COLSON.
- Castro, Roberto y Florinda Riquer. 2003. La investigación sobre violencia contra la mujer en América Latina. Entre el empirismo ciego y la teoría sin datos. *Cadernos de Saude Publica* XIX (1): 135-146.
- Chávez, Ana M. y Ricardo A. Landa (coordinadores). 2007. *Así vivimos, si esto es vivir. Las jornaleras agrícolas migrantes*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM.

- Chávez, Trinidad. 2007. Los vencedores del desierto: formación de una ideología regional dominante. *Imaginales* v: 101-113.
- Connell, Robert. 2003. *Masculinidades*. México: Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).
- Connell, Robert. 2000. *The man and the boys*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, Robert. 1998. El imperialismo y el cuerpo de los hombres. En *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, coordinado por Teresa Valdés y José Olavarría, 76-89. Santiago: FLACSO.
- Connell, Robert. 1987. *Gender and power. Society, the person and sexual politics*. Oxford: Polity Press.
- Connell, Raewyn. 2009. *Gender in world perspective*. Cambridge: Polity Press.
- Contreras, Cristina. 2009. En las Amapolas y Lomas de Madrid aumenta violencia intrafamiliar. El poblado Miguel Alemán también registra un desmedido crecimiento de agresiones. *Entorno*. 27 de noviembre.
- De Almeida-Filho, Naomar. 2000. *La ciencia tímida. Ensayos de deconstrucción de la epidemiología*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- De Barbieri, Teresita. 1996. Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. En *Estudios básicos de derechos humanos IV*, compilado por Laura Guzmán, 46-84. San José de Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos/Comisión de la Unión Europea.
- De Barbieri, Teresita. 1990. Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México. En *Normas, prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, coordinado por Juan Ramírez, 83-105. México: Porrúa.
- De Beauvoir, Simone. 1984. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX.
- De Keijzer, Benno. 1997. El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En *Género y salud en el sureste de México*, coordinado por E. Tuñón, 199-219. México: El Colegio de la Frontera Sur.
- De la Cruz, Martín. 1999. *Hacerse hombres cabales. Prácticas y representaciones de la masculinidad entre indígenas tojolobales de Chiapas*. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Sureste.
- De la Garza, Enrique. *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. México: COLMEX, FCE, Universidad Autónoma Metropolitana y FLACSO.

- Denman, Catalina, Carmen Castro y Patricia Aranda. 2007. Salud en Sonora desde una perspectiva de género: retos y propuestas. *región y sociedad* XIX (número especial 4): 147-170.
- Díaz, Rolando, Lucía Castro y Patricia Aranda (en prensa). 2014. Mortalidad por calor natural excesivo en el noroeste de México: condicionantes sociales asociados a esta causa de muerte, mimeo.
- Douglas, Mary. 1996. La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales. Barcelona: Paidós Studio.
- Echarri, Carlos y Julieta Pérez. 2007. Un tránsito hacia la adultez: eventos de los cursos de vida de los jóvenes en México. *Estudios Demográficos y Urbanos* XXII (1): 43-77.
- El Imparcial*. 1993. Terror en la Costa de Hermosillo. Septiembre. Fotos de Rafael Soto, Crispín Ballesteros y Teodoro Borbón.
- Elder Glen, H. Jr, Monica Kirkpatrick Jonson y Robert Crosnoe. 2003. The emergence and development of life course theory. En *Handbook of the life course*, editado por Jeylan Mortimer y Michael J. Shanahan, 3-19. Nueva York: Academic /Plenum.
- Elías, Norbert. 2006. *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elías, Norbert. 2009. El Proceso de la civilización. Investigaciones sociogénéticas y psicogénéticas. México: FCE.
- Ely, Robin J. y Debra E. Meyerson. 2006. Unmasking manly men: the organizational reconstruction of men's identity. <http://mitsloan.mit.edu/osg/pdf/Ely.pdf> (1 de septiembre de 2013).
- Escalante G. Fernando. 2010. Panorama del homicidio en México. Esquema de análisis territorial 1990-2007. En *Seguridad nacional y seguridad interior*. Colección Los grandes problemas de México XV, coordinado por Arturo Alvarado y Mónica Serrano, 301-330. México: COLMEX.
- Fernández-Cerdeño, Araceli. 2006. Masculinidades frente a la vasectomía: la gestación de una brecha. En *Mujeres y hombres frente a las instituciones de salud*, coordinado por Silvia Loggia y Araceli Fernández-Cerdeño, 77-138. México: COLMEX.
- Figuroa, Juan y Natalia Flores. 2012. Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género. La experiencia de algunos varones mexicanos. *La Ventana* XXXV: 7-57.
- Foucault, Michel. 1987. *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Piqueta.
- Foucault, Michel. 1983a. *El discurso del poder*. México: Folios Ediciones.

- Foucault, Michel. 1983b. El sujeto y el poder. www.rau.edu.uy/fcs/dts/miguez/foucaultsujetoy poder.pdf (agosto de 2008).
- Fox, Nick. 1999. Postmodern reflections on 'risk', 'hazards' and life choices. En *Risk and sociocultural theory: new directions and perspectives*, editado por Deborah Lupton, 12-33. Nueva York: Cambridge University Press.
- Fuller, Norma. 1998. La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos de Perú. En *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, editado por T. Valdés y J. Olavarría, 56-68. Santiago: FLACSO-Chile y Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- García, Virginia. 2005. Vulnerabilidad social, riesgo y desastres. *Desastros* XIX: 11-24.
- Garda, Roberto y Fernando Huerta (coordinadores). 2004. *Estudios sobre la violencia masculina*. México: Instituto Nacional de Desarrollo Social y Hombres por la Equidad.
- Garduño, María de los Ángeles. 2007. La relación salud, género y trabajo: aproximándose a la discusión. En *Temas y desafíos en salud colectiva*, coordinado por E. Jarillo y E. Guinsberg, 189-215. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Giddens, Anthony. 1998. La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, Anthony. 1987. Las nuevas reglas del método sociológico. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gobierno del Estado de Sonora. 2002. Quinto informe de gobierno. Hermosillo.
- Gobierno del Estado de Sonora. 2001. Cuarto informe de gobierno. Hermosillo.
- Gobierno del Estado de Sonora. 1994. Programa de Desarrollo Regional Poblado Miguel Alemán y Costa de Hermosillo. Hermosillo: Secretaría de la Contraloría General del Estado.
- Godelier, Maurice. 1980. Las relaciones hombre/mujer: el problema de la dominación masculina. *Teoría* v: 3-28.
- Gomáriz, Enrique. 1992. Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas. En *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*, 83-110. Santiago: Isis Internacional.
- Gruppi, Luciano. 1978. El concepto de hegemonía en Antonio Gramsci. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Guerrero Gutiérrez, Eduardo. 2011. La raíz de la violencia. *Revista Nexos*. <http://www.nexos.com.mx/?p=14318>

- Gutmann, Matthew. 2000. Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho ni mandilón. México: COLMEX.
- H. Ayuntamiento de Hermosillo. 2006. Plan Municipal de Desarrollo 2006-2009. Hermosillo: *Boletín Oficial del Gobierno del Estado*.
- H. Ayuntamiento de Hermosillo. 2000. Plan Municipal de Desarrollo 2000-2003. Hermosillo: *Boletín Oficial del Gobierno del Estado*.
- H. Ayuntamiento de Hermosillo y SEDESOL. 2008. Programa de Desarrollo de Miguel Alemán. Hermosillo.
- Hall, Stuart (editor). 1997. Representation. Cultural representations and signifying practices. California: Sage Publications.
- Hanson, Kara. 2000. La medición del estado de salud. Género, carga de morbilidad y establecimiento de prioridades en el sector salud. OPS 5: 1-43. Harvard Center for Population and Development Studies.
- Harrison, J., J. Chin y T. Ficarroto. 1989. Warning: masculinity may be dangerous to your health. En *Men's lives*, editado por M.S. Kimmel y M.A. Messner, 296-309. Nueva York: Macmillan.
- Hawkesworth, Mary. 1996. Confundir el género. *Debates Feministas* 10 (20): 3-54.
- Hearn, Jeff. 1996. Is masculinity dead? A critique of the concept of masculinity/masculinities. En *Understanding masculinities*, de Mairtin Mac An Ghail, 203-217. Filadelfia: Open University Press.
- Heritier, Françoise. 1996. *Masculino/feminino*. Barcelona: Ariel.
- Hernández, Missael. 2012. Masculinidades en Tamaulipas. Una historia antropológica. México: UAT, Plaza y Valdés.
- Hernández, Missael. 2004. Hombres cabrones y responsables. Construcción y significados de las masculinidades en una colonia popular de Ciudad Victoria. Tesis de maestría, El Colegio de Michoacán.
- Hewitt, Cynthia. 1978. La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970. México: Siglo XXI.
- IMSS. 2010. *Memoria estadística de salud en el trabajo 2009*. México: Dirección de Prestaciones Médicas. Gobierno de la República.
- IMSS. 2001. *Memoria estadística de salud en el trabajo 2000*. México: Dirección de Prestaciones Médicas, Gobierno de la República.

- IMSS. 2000. *Memoria estadística de salud en el trabajo 1999*. México: Dirección de Prestaciones Médicas, Gobierno de la República.
- INEGI. 2008. *Mujeres y hombres en México*. México: INEGI e Instituto Nacional de las Mujeres, Gobierno de la República.
- INEGI. 2006. *Conteo de población y vivienda Sonora*. México: Gobierno de la República.
- INEGI. 2001. *Censo general de población y vivienda Sonora I, 145 y II, 1457*.
- INEGI. 1996. *Censo general de población y vivienda Sonora*. México: Gobierno de la República.
- INEGI. 1991. *Censo general de población y vivienda Sonora*. México: Gobierno de la República.
- INEGI. 1981. *Censo general de población y vivienda Sonora*. México: Gobierno de la República.
- Izcara, Simón Pedro. 2013. La etiología de la migración permanente en la zona citrícola de Tamaulipas. México: UAT y Miguel Ángel Porrúa.
- Kaufman, M. 1992. The construction of masculinity and the triad of men's violence. En *Men's lives*, editado por M. Kimmel y M. Messner, 13-25. Oxford: Oxford University Press.
- Kay, Cristóbal. 2007. Los pobres rurales en América Latina. Teoría y estrategia. *Revista Mexicana de Sociología* I (69): 69-108.
- Kimmel, Michel. 1997. Homofobia, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En *Masculinidades, poder y crisis*, compilado por T. Valdés y J. Olavarría, 49-62. Santiago: Ed. de las Mujeres, 24, FLACSO.
- Lancaster, Roger. 1994. *Life is hard. Machismo, danger, and the intimacy of power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press.
- Lara, Sara M. 2007. Perfil de los jornaleros migrantes en los campamentos de la Costa de Hermosillo. En *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, coordinado por María I. Ortega, Pedro A. Castañeda y Juan L. Sariago, 159-174. México: CIAD, Fundación Ford y Plaza y Valdés.
- Lara, Sara M. 1992. La flexibilidad del mercado de trabajo rural: una propuesta que involucra a las mujeres. *Revista Mexicana de Sociología* LIV (1): 29-48.
- Luhmann, Niklas. 2006. *Sociología del riesgo*. México: Universidad Iberoamericana.

- Macintyre, S., K. Hunt y H. Sweeting. 1996. Gender differences in health: are things really as simple as they seem? *Social Science and Medicine* (42): 617-24.
- Manríquez, Miguel. 2001. Modernidad y cultura regional. En *Sonora 2000 a debate. Problemas y soluciones, riesgos y oportunidades*, compilado por Ignacio Almada, 521-537. Hermosillo: Cal y Arena, COLSON.
- Marqués, Josep-Vicent. 1997. Varón y patriarcado. En *Masculinidades, poder y crisis*, compilado por T. Valdés y J. Olavarría, 17-30. Santiago: Ed. de las Mujeres 24, FLACSO. 17-30.
- Martínez, José María. 1993. Modernización agrícola en la Costa de Hermosillo: ¿Derrumbe de un mito? *Revista de Estudios Sociales del Noroeste* IV (8): 197-217.
- Martínez, José María y Cyrus Reed. 2002. Acuíferos y libre comercio: el caso de la Costa de Hermosillo, Sonora. Sonora: reporte de estudio de Red Fronteriza de Salud y Ambiente, A. C. y Texas Center for Policy Studies, mimeo.
- Minello, Nelson. 2011. Preámbulo. El orden de género y los estudios de la masculinidad. En *Masculinidades en el México contemporáneo*, coordinado por Óscar Hernández, Arcadio García y Koryne Contreras. México: UAT y Plaza y Valdés.
- Miranda, Roberto. 1998. Exploraciones históricas sobre la masculinidad. *La Ventana* (8): 207-247.
- Morales, Manuel., et al. 2002. El acuífero de la Costa de Hermosillo. Conferencia presentada en la Asociación de Ingenieros de Minas, Metalurgistas y Geólogos de México. 20 de enero. <http://aimmgmac-son.org.mx/aimmgmac.html> (agosto de 2004).
- Moreno, José A. 2002. Los valles agrícolas de Baja California: espacios de agricultura para la exportación. En *Migración, poder y procesos rurales*, coordinado por Arturo León, Beatriz Canabal y Rodrigo Pimienta, 65-78. México: UAM y Plaza y Valdés.
- Moreno, José A. y Lya M. Niño. 2007. Pobreza y niveles mínimos de bienestar de los jornaleros agrícolas en los valles de San Quintín y Mexicali. En *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, coordinado por María I. Ortega, Pedro A. Castañeda y Juan L. Sariago, 99-117. México: CIAD, Fundación Ford y Plaza y Valdés.
- Navarro, Carlos. 1992. Las condiciones de trabajo y de existencia de los jornaleros agrícolas en el México de hoy. Seminario Alternativas para el campo mexicano, Programa Universitario de Alimentos de la UNAM, mimeo.
- Noriega, Alfredo. 2010. Cien años de la Costa de Hermosillo. Hermosillo: Garabatos.

- Núñez, Guillermo. 2013. *Hombres sonorenses un estudio de género de tres generaciones*. México: UNISON y Pearson.
- Núñez, Guillermo. 1999. *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual*. Hermosillo: PUEG-UNAM y COLSON.
- Núñez, Guillermo. 1994. La sierra como representación. De su aparición a los discursos de resistencia de Rodolfo Rascón Valencia. En *Memorias del XVIII Simposio de historia y antropología II*: 307-330.
- Núñez, Guillermo. 1993. La metanarrativa de progreso y la emergencia de subalternidades. El caso de “la sierra” en Sonora, México. *Revista de El Colegio de Sonora III* (6): 77-91.
- Ortega, María I., Pedro A. Castañeda y Juan L. Sariago (coordinadores). 2007. *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*. México: CIAD, Fundación Ford y Plaza y Valdés.
- Ortner, Sherry y Harriet Whitehead. 1996. Indagaciones acerca de los significados sexuales. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 127-180. México: PUEG-UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- Östlin, Pirooska. 2001. *Desigualdades por razón de género en salud ocupacional*. OPS 9: 1-26. Harvard Center for Population and Development Studies.
- Palma, Adrián. 2012. Ser hombre e indígena: acercamientos conceptuales a la masculinidad y la etnicidad. En *De masculinidades y mujeres en México algunos des/encuentros*. Cuaderno de trabajo 10, coordinado por Felipe Mora y Eduardo Calvario, 5-10. Hermosillo: UNISON.
- Peak, Terry y Julie Gast. 2014. Aging men’s health-related behaviors. Sage open: 1-10. <http://journals.sagepub.com/doi/10.1177/2158244014558044> (10 de mayo de 2017).
- Pérez Aguilar, Emma Paulina. 2014. *Los sobrevivientes del desierto. Producción y estrategias de vida entre los ejidatarios de la Costa de Hermosillo, Sonora, (1932-2010)*. México: Bonilla Artiaga Editores.
- Peristiany, J. G. 1968. *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*. Barcelona: Editorial Labor.
- Pitt-Rivers, Julián. 1968. Honor y categoría social. En *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, compilado por J. G. Peristiany, 21-76. Barcelona: Editorial Labor.
- Ramírez, Juan Carlos. 2005. *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder*. Guadalajara: Plaza y Valdés y Universidad de Guadalajara.

- Ramírez, Roberto. 1999. Estudio sobre la viabilidad de constituir la comisaría Miguel Alemán en municipio libre de Sonora. Hermosillo: H. Ayuntamiento de Hermosillo.
- Ramírez, Roberto. 1998. Mercado de trabajo en la agricultura. Costa de Hermosillo. Hermosillo: UNISON.
- Reguillo, Rossana. 1998. De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación. En *Tras la veta de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*, coordinado por R. Mejía y S. A. Sandoval, 22-42. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Rezende, Eliza Maria, Helena Megumi, Márcia Maria Fontão. 2009. El significado de ser un hombre con estoma intestinal por cáncer colorectal: un abordaje antropológico de la masculinidad. *Rev Latino-am Enfermagem* 17 (5): 1-5.
- Riquer, Florinda y Roberto Castro. 2012. Estudio nacional sobre las fuentes, orígenes y factores que producen y reproducen la violencia contra las mujeres. Presentación y síntesis de resultados. México: Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres.
- Rivas, Héctor. 2005. ¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora. *Estudios Sociales* XXVI (13): 27-66.
- Robertson, Steve. 2006. I've been like a coiled spring this last week: embodied masculinity and health. *Sociology of Health & Illness* IV (28): 433-456.
- Robertson, Steve. 2003. Lay men's and health professionals' beliefs about masculinity and preventative health care. Lancaster: Institute for Health Research, Lancaster University.
- Rojas Rangel, Teresa de Jesús. 2013. Jornaleros agrícolas migrantes: los invisibilizados. México: Horizontes Educativos.
- Rosas, Carolina. 2008. Varones al son de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago. México: COLMEX.
- Rubin, Gayle. 1996. El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 35-96. México: PUEG-UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- Rubin, Gayle. 1989. Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, compilado por Carole S. Vance, 113-190. Madrid: Editorial Revolución.
- Sabo, Donald. 2000. Comprender la salud de los hombres. Un enfoque relacional y sensible al género. Washington: OPS y Harvard Center for Population and Development Studies.

- Sabo, Donald y David F. Gordon. 1995. *Men's health and illness. Gender, power and the body*. Londres: Sage Publications.
- Salas, Adriana. 2006. La nueva ruralidad en los estudios territoriales en México. Ponencia presentada en el VII Congreso latinoamericano de sociología rural, Quito.
- Scott, Joan. 1996. El género una categoría útil para el análisis histórico. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 265-302. México: PUEG-UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- SEDESOL. 1990. Diagnóstico de la situación de los jornaleros agrícolas de la Costa de Hermosillo, Sonora. Hermosillo: Secretaría de Programación y Presupuesto, Gobierno de la República.
- Seefoó, José Luis. 2005. La calidad es nuestra, la intoxicación... ¡de usted! Atribución de la responsabilidad en las intoxicaciones por plaguicidas agrícolas, Zamora, Michoacán, 1997-2000. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Seefoó, José Luis. 2002. Los jornaleros agrícolas hoy... El Colegio de Michoacán, mimeo.
- Seidler, Víctor. 2000. *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: PUEG-UNAM, CIESAS, Paidós.
- Sen, Gita, George Asha y Pirooska Östlin. 2005. Incorporar la perspectiva de género en la equidad de salud: un análisis de la investigación y las políticas. Washington: OPS, OMS, Harvard Center for Population and Development Studies.
- Sen, Gita y Pirooska Östlin. 2007. La inequidad de género en la salud: desigual, injusta, ineficaz e ineficiente. Por qué existe y cómo podemos cambiarla. Informe final a la Comisión sobre Determinantes Sociales de la Salud de la OMS. Washington: Red de Conocimiento en Mujer y Equidad de Género y OPS/OMS. http://www.paho.org/hq/index.php?option=com_docman&task=doc_details&gid=1982&Itemid=270&lang=es
- Simpson, Ruth. 1996. Neither clear nor present: the social construction of the safety and danger. *Sociological Forum* XI (3): 549-562.
- STPS. 2010. Información sobre accidentes y enfermedades laborales Sonora 2000-2009. México: Gobierno de la República.
- Stern, Claudio, Cristina Fuentes-Zurita, Laura Lozano-Treviño y Fenneke Reysoo. 2003. Masculinidad y salud sexual y reproductiva: un estudio de caso con adolescentes de la Ciudad de México. *Salud Pública de México* (45): 34-43.
- Stillion, Judith. 1995. Premature death among males. En *Men's health and illness. Gender, power and the body*. De Donald Sabo y David F. Gordon, 46-67. Londres: Sages Publications.

- Strauss, Anselm y Juliet Corbin. 2002. Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Thompson, Roberto. 1989. Pioneros de la Costa de Hermosillo. La hacienda de la Costa Rica. Hermosillo: Yescas.
- Urrea, Gabriela. 2004. Diagnóstico de salud. Comisaría Miguel Alemán, Hermosillo: Secretaría de Salud del Estado de Sonora.
- Valenzuela, J. Manuel. 1991. Mi barrio en mi cantón. Identidad, acción social y juventud. En *Nuevas identidades culturales en México*, coordinado por Guillermo Bonfil Batalla, 154-173. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Vanackere, Martine. 1988. Situación de los jornaleros agrícolas en México. *Revista Internacional del Trabajo* II (107): 245-269.
- Vázquez García, Verónica. 2001. Género y tenencia de la tierra en el ejido mexicano ¿la costumbre o la ley del estado? *Estudios Agrarios*: 117-146.
- Velasco, Laura. 2000. Migración, género y etnicidad: mujeres indígenas en la frontera de Baja California. *Revista Mexicana de Sociología* (1): 145-171.
- Velasco, Laura, Christian Zolniski y Marie-Laure Coubés. 2014. De jornaleros a colonos: residencia, trabajo e identidad en el valle de San Quintín. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Verbrugge, L M. 1985. Gender and health: an update on hypotheses and evidence. *Journal of Health and Social Behavior* (26): 156-182.
- Villela, Wilza. 2005. Género, saude dos homens e masculinidades. *Ciencia e Saúde Coletiva* x (1): 29-32.
- Viveros, Mara. 2003. Orientaciones íntimas en las primeras experiencias sexuales y amorosas de los jóvenes. Reflexiones a partir de algunos estudios de casos colombianos. En *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, editado por José Olavarría, 115-127. Santiago: Fondo de Población de las Naciones Unidas/FLACSO.
- Viveros, Mara. 1997. Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente. *Nómadas* (6): <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=105118999005>
- Von der Borch. 2007. Aspirantes a braceros, alambrietas y mojados en los campos sonorenses. La otra cara del Programa de Braceros (1942-1964). En *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza*, coordinado por María Isabel Ortega Vélez, Pedro A. Castañeda Pacheco y Juan Luis Sariago Rodríguez, 47-56. México: CIAD, Fundación Ford, Plaza y Valdés.

- Wacquant, Loïc. 2005. Hacia una praxeología social: la estructura y la lógica de la sociología de Bourdieu. En *Una invitación a la sociología reflexiva*, de Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, 21-84. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Waldron, Ingrid. 1995. Contributions of changing gender differences in behavior and social roles to changing gender differences in mortality. En *Men's health and illness. Gender, power and the body*, coordinado por Donald Sabo y David F. Gordon, 22-45. Londres: Sage Publications.
- Weber, Max. 2008. Economía y sociedad. México: FCE.
- Whyte, William F. 1971. La sociedad de las esquinas. México: Editorial Diana.
- Wright Mills, Charles. 1961. *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: FCE.

Diciembre de 2017
(edición impresa)

Marzo de 2018
(edición electrónica)

Fotografía de portada:
“Bicicleta de uno de los jornaleros de cacao
de la Hacienda El Castillo,
en la provincia del Guayas, Ecuador”
Autor: Jorge López Orozco

Diseño de portada:
Miguel Ángel Campuzano Meza

Formación:
Fernanda Aguilar Almada

Corrección de estilo:
Alma Celina Quiroz Trujillo

Departamento de Difusión Cultural de
El Colegio de Sonora

